D.D. Gianni



A un latido de ti

A un latido de ti



D.D. Gianni

¿Puede sobrevivir un amor verdadero cuando nace sobre una mentira?

Conoce a Doriana y Astor en el Booktrailer publicado en mi IG: @ddgianni_books

Amazon: https://www.amazon.com/author/ddgianni

Mail: ddgiannibooks@gmail.com

YouTube: UCyZIbcRdNhmTJIwj6EfqqOg

Los hechos y/o personajes de la historia son ficticios y producto de la imaginación de la autora, cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de su titular.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias y escucha las canciones a la vez que **Doriana y Astor**, recreando el momento con ellos. Encontrarás todas las canciones mencionadas en el libro en una *playlist* de Spotify:

https://open.spotify.com/playlist/2gAfyNfmOsDWrLfq6eQNvc?si=i3VfcmdNRpyRECxd7He5Gw

(Ctrl+clic para seguir vínculo)

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Epílogo
Epílogo extra

CAPÍTULO 1

«Lo que no está destinado a suceder no sucederá por más que lo intentes.
Lo que está destinado a suceder, sucederá aunque trates de evitarlo»
—Ramana Maharshi

Doriana



Cuando llegué a la puerta de mi piso, ya había pasado la medianoche de un viernes de primavera, fresco y lluvioso.
Antes de entrar, cerré los ojos un instante.

Llevaba más de veinte horas en el hospital. Tenía hambre, sueño y un dolor punzante detrás de las sienes que anunciaba una migraña inminente. Aun así, bastó con escuchar la voz de mi hermana al otro lado de la puerta para que se me cruzara por la cabeza la idea de dar media vuelta y regresar al trabajo.

No estaba acostumbrada a compartir mi espacio con Elena. Me gustaba vivir sola. Pero había sacrificado mis momentos de tranquilidad y de silencio para alojarla durante un corto tiempo porque no tenía dónde vivir.

Escuché su carcajada y solté el aire lentamente.

Un mes y medio atrás había aparecido en mi puerta con varias maletas y el anuncio de que necesitaba quedarse «solo una semana» mientras encontraba otro lugar donde vivir. Su novio la había echado del piso que compartían —y que él pagaba— después

de descubrir que le había sido infiel. Desde entonces, aquel «corto tiempo» se había convertido en seis eternas y agotadoras semanas.

Elena trabajaba medio horario en una tienda de lencería. Nunca había querido estudiar ni construir nada demasiado estable. Vivía como si el futuro fuera problema de otra persona.

Era mi hermana y la quería, pero a veces querer a alguien no alcanzaba para convivir. Veíamos la vida de forma muy distinta, y eso hacía que nunca termináramos de entendernos del todo.

Nuestro padre nos había dejado un fideicomiso. Yo había invertido el mío en la universidad; Elena, en cambio, lo había gastado en viajes, ropa y joyas. Cuando terminé la residencia en cardiología, ella ya había dilapidado todo su dinero.

Del otro lado de la puerta volvió a sonar su risa.

Me masajeé la sien.

Por las voces, parecía estar acompañada.

No quería ver a nadie. Cuando estaba cansada me volvía insoportable; cuando estaba cansada y con hambre, directamente infernal.

Respiré hondo y abrí la puerta.

Tal como imaginaba, Elena estaba en la terraza con alguien. Había varias cervezas abiertas y sonaba música de fondo mientras conversaban y se reían como si fueran las tres de la tarde y no más de medianoche.

Sentí crecer la indignación dentro de mí.

Ni siquiera había tenido la consideración de pensar que yo llegaría agotada o que al día siguiente debía volver a levantarme temprano.

Por un segundo pensé en encerrarme directamente en mi habitación.

Pero no lo hice.

Era mi piso.

Así que caminé hacia la terraza con decisión.

—Elena —llamé.

Nada.

—Elena.

Esa vez ambos giraron hacia mí.

A su amigo —o lo que fuera— ni lo miré.

—Hola, hermanita —canturreó Elena, con una sonrisa amplia—. ¡Pero qué cara tienes! Menos mal que eres doctora, porque si no te mandaría urgente al hospital. Estás pálida como una muerta —dijo, riendo.

—¿Puedo hablar contigo?

—¿Tiene que ser ahora? —Señaló a su acompañante con gesto teatral—. Como verás, estoy ocupada.

Seguí ignorándolo deliberadamente.

—Sí, tiene que ser ahora.

Elena dejó escapar un bufido.

—Qué borde eres —murmuró, sin molestarse en bajar demasiado la voz. Después miró a su amigo y añadió—: Astor, esta es mi hermana. ¿Puedes creer que somos mellizas? No nos parecemos en nada, ¿verdad?

Y en eso, era de las pocas cosas en las que estábamos de acuerdo. No solo éramos completamente distintas en personalidad, también físicamente. Elena tenía el cabello castaño, ojos color miel y una presencia extrovertida e imposible de ignorar. Yo, en cambio, era rubia, de ojos celestes, demasiado pálida y bastante más seria de lo que la mayoría consideraba sociable. No me consideraba antipática, solo introvertida.

Así que, al final, lo único que mi hermana y yo compartíamos era la altura.

Vi al desconocido ponerse de pie y, por primera vez, me obligué a mirarlo de verdad.

Entonces entendí por qué Elena parecía tan animada.

Era ridículamente atractivo.

Cabello rubio, mandíbula marcada, hombros anchos y unos ojos celestes tan intensos que resultaban casi intimidantes. Vestía unos *jeans* gastados y una sencilla camiseta blanca que, de alguna

manera, conseguían que pareciera salido de una campaña de ropa masculina.

Y me estaba mirando.

Su mirada tenía tanta fuerza que podía sentirla sobre la piel.

Eso me desconcertó más de lo que debería.

—Encantado de conocerte —saludó, tendiéndome la mano.

Su voz era grave. Tranquila.

—Doriana Delacroix. Como te dijo Elena, su hermana. —Estreché su mano.

—Astor Sinclair. Como *no* te dijo Elena, tu vecino.

Y eso me sorprendió.

—¿Vives en este edificio? No te había visto antes.

—¡¿Y cómo lo vas a ver si no sales ni a la esquina?! Tu vida se resume a ir de aquí al hospital y volver —dijo Elena, mirando a su invitado con una gran sonrisa como si lo que hubiera dicho fuera gracioso.

Astor no sonrió. Siguió observándome con una atención incómodamente intensa.

—Yo sí te he visto antes —dijo al fin.

Sentí algo extraño en el pecho. No le presté atención porque asumí que era por el cansancio.

—Por suerte para ti, hoy conociste a la melliza simpática —intervino Elena, señalándose.

La miré, ya sin paciencia.

—¿Podemos hablar?

—¿Ahora?

—Creo que debería irme —intervino Astor, y me volvió a mirar—. Fue un gusto conocerte, Doriana.

—Gracias, igualmente. Y no tienes que irte. Discúlpame por esto, es que trabajé más de veinte horas y estoy destruida —aclaré.
—No tienes que disculparte, te entiendo.

Elena hizo una mueca.

—No te vayas. Doriana se encierra en su habitación y se olvida del mundo. Podemos seguir conversando —le propuso.
—Te agradezco, Elena. Pero yo también estoy cansado. Otro día, quizá.

Después volvió a sostenerme la mirada durante un segundo más. Un segundo innecesariamente largo.
Mi hermana, en cambio, me fulminó con la mirada.

—Buenas noches —murmuré.

Me di media vuelta y caminé hacia mi habitación, pero pude sentir su mirada siguiéndome hasta que desaparecí de su campo de visión.



La puerta de mi habitación apenas terminó a cerrarse cuando Elena irrumpió hecha una furia. Entró sin llamar, como un huracán dispuesto a arrasar con todo.

—¡No puedo creer que seas tan insoportable! —estalló—. ¡Nunca te pones en mi lugar! Eres tan jodidamente egocéntrica. Quería pasar un rato con él y, por supuesto, lo arruinaste siendo como siempre eres… ¡una maldita antisocial! —gritó.

¿En serio?

—Elena, estoy demasiado cansada y no tengo ganas de discutir —dije, mientras me quitaba los zapatos y caminaba hacia el baño.
—¡Pues yo sí quiero discutir, egocéntrica!

Cerré los ojos por un instante.
No es buen momento, me dije para mis adentros.

—¡¿Me estás escuchando?! —gritó otra vez.

Me detuve en seco y giré para mirarla.

—¿Yo soy la egocéntrica? Tú eres el epítome del egoísmo. Eres incapaz de pensar en alguien que no seas tú misma. Trabajo casi todo el día, llego agotada a *mi* casa y lo único que pido es un poco de silencio para descansar. Pero ni siquiera eso eres capaz de respetar. Y si vivir conmigo te resulta tan terrible, eres libre de irte cuando quieras —increpé.

Elena soltó una risa incrédula.
Sus ojos parecían dagas listas para atravesarme.

—Ay, por favor. No puedo creerlo. ¿Hiciste todo esto solo para tener una excusa y echarme?

Le sostuve la mirada.
Y quizá por el cansancio, quizá por semanas enteras aguantándome sus desconsideraciones, esa vez no retrocedí.

—No necesito excusas para hacerlo.

El golpe fue inmediato. Lo vi en su expresión.

—Eres increíble. Pues, lamento decirte que no tengo a dónde ir, así que vas a tener que soportarme aquí, te guste o no.
—Entonces vas a tener que empezar a respetar lo que te pido. Necesito dormir y me gusta tener la casa en orden.

El orden era otro campo de batalla. Dejaba cosas tiradas en cada habitación, como si el caos la siguiera a todas partes.
Elena respiró hondo una sola vez.
Después sonrió.
Y esa sonrisa fue peor que cualquier grito.

—Ahora entiendo por qué tu novio te dejó por otra —dijo con una suavidad venenosa—. ¿Quién querría estar contigo? Eres insoportable.

Se dio la vuelta y salió de mi habitación dando un portazo.
Sentí el impacto como una bofetada.

Eso sí había dolido.

Amadeo me había engañado después de casi un año de relación. Y aunque no estaba enamorada de él, pensaba que funcionábamos. Creía que, con el tiempo, podríamos construir algo sólido.

Pero lo había superado y aquello ya no dolía.

Tampoco dolió recordarlo.

Lo que realmente dolió aquella noche no fue recordar a Amadeo. Fue escuchar, en la voz de mi propia hermana, que parecía creer que yo había merecido aquella traición.

CAPÍTULO 2

«Sorprenderse, es comenzar a entender»
—José Ortega y Gasset

Doriana



El despertador sonó demasiado pronto.
O quizá fui yo quien apenas durmió.
Apagué la alarma a tientas y permanecí unos segundos más con los ojos cerrados, intentando reunir fuerzas. Amaba mi trabajo. Podía pasar noches enteras en el hospital y seguir funcionando con apenas un par de horas de sueño, pero aquella mañana el cansancio pesaba sobre mi cuerpo como una carga constante. Y sabía exactamente por qué. La discusión con Elena seguía oprimiéndome el pecho.

Nunca nos habíamos llevado bien. Chocábamos constantemente, pero era mi hermana y la quería de una forma inevitable, incluso cuando conseguía sacar lo peor de mí.

Me senté en la cama y dejé que el aire llenara mis pulmones. Respiré una y otra vez hasta que la angustia empezó a disiparse lentamente.

No tenía margen para permitirme debilidad.

Nunca lo tenía.

Todos los días, había personas cuya vida dependía de mí y el cansancio dejaba de importar en cuanto cruzaba las puertas del hospital.

Me levanté, me duché rápido y me vestí casi en automático.

No desayuné, ya lo haría en el hospital.

Antes de salir, miré hacia el dormitorio en el que dormía Elena. La puerta estaba cerrada.

Suspiré.

Sabía que debíamos hablar, pero esa conversación tendría que esperar hasta mi regreso. Aquella mañana no tenía fuerzas para enfrentar otra discusión.

Tomé las llaves y cerré la puerta del piso con suavidad, procurando no hacer ruido.

El pasillo del edificio estaba en silencio. Caminé hacia el ascensor concentrada únicamente en llegar al hospital cuanto antes.

Presioné el botón.

Esperé.

Las puertas se abrieron con un suave sonido metálico.

Y no alcancé a dar un solo paso porque quedé sorprendida al ver a Astor allí.

Por un segundo, el tiempo pareció desacelerarse.

—Buenos días —saludé al entrar, esforzándome por sonar indiferente.

—Buenos días.

Me coloqué a un lado, dejando espacio entre los dos, y fijé la vista al frente mientras el ascensor comenzaba a descender.

El silencio duró apenas unos segundos.

—Lamento haberte incomodado anoche —dijo.

Su voz era tranquila, cálida, desprovista de juicio; profunda y ligeramente ronca.

Giré la cabeza hacia él.

No debería haberlo hecho.

Había algo en su mirada. No era invasiva. Era… atenta. Como si realmente le importara mi respuesta. Como si lo que yo sintiera le importara.

Su mirada sostuvo la mía.

Estábamos muy cerca. Esa vez, la luz blanca del ascensor caía de lleno sobre él y me permitió verlo mejor que la noche anterior. Aquel rostro parecía una obra de arte. De cerca era todavía más atractivo. Mi amiga Carlota habría asegurado, sin ninguna duda, que ese hombre había hecho un pacto con el diablo para verse así.

—No me incomodaste —respondí al fin—. Solo estaba agotada. Y te pido disculpas por mi comportamiento porque creo que ni siquiera te saludé como correspondía.

Una sombra de sonrisa apareció en su boca.

—Eso explica la mirada asesina.

Solté una pequeña risa, más cansada que divertida.

—Discúlpame. Sin dormir me convierto en una bruja bastante peligrosa —bromeé.

—En ningún momento me pareciste una bruja —su tono descendió apenas al decirlo, más bajo, más íntimo—. Al contrario…

El silencio volvió a instalarse entre nosotros. Desvié la mirada hacia las puertas metálicas, demasiado consciente de su cercanía, del espacio reducido, de su perfume suave y amaderado.

Parecía que el ascensor avanzaba con demasiada lentitud. Tenía la extraña sensación de estar suspendida en el tiempo.

—Admiro y valoro el trabajo de los médicos —dijo después—. El nivel de compromiso que requiere esa profesión… no creo que cualquiera pueda sostenerlo.

Volví a girar ligeramente la cabeza, apenas lo suficiente para mirarlo.

En su mirada solo había honestidad.

Estaba por responder cuando las puertas se abrieron.

—Que tengas buen día —dije, dando un paso hacia afuera.

Una mano rozó suavemente mi codo y me detuvo. El contacto fue mínimo. Aun así, sentí un estremecimiento recorrerme entera.

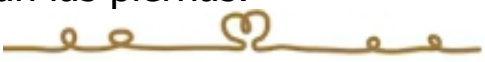
—¿Necesitas que te lleve al hospital, Doriana? —preguntó, y el sonido de mi propio nombre en sus labios me hizo volver a estremecer.

—No, gracias. Tengo coche.

Astor asintió despacio.

—De acuerdo. Por cualquier cosa, vivo en el piso 1502 y estoy a tus órdenes.

Cuando me soltó, avancé hacia la salida del edificio tratando de mantener la compostura. Por alguna razón que no supe explicarme, sentí que me temblaban las piernas.



—Cuéntamelo una vez más —pidió Carlota.

—Ya lo has escuchado dos veces. No podemos perder más tiempo con eso; apenas nos queda tiempo para almorzar —protesté.

Carlota ignoró mi protesta con absoluta tranquilidad.

Ella también trabajaba en el hospital y, en ese momento, estábamos sentadas en la cafetería. Era médica general y, siempre que nuestros horarios coincidían, almorzábamos juntas antes de volver a correr de un lado a otro.

Sin embargo, me había dado cuenta de que contarle lo que había sucedido con Astor —tanto la noche anterior como esa mañana— no había sido una buena idea. Desde que me había sentado frente a ella no había dejado de sonreír, de especular y de sacar conclusiones ridículamente románticas. Ya estaba soñando con una historia de amor entre nosotros, sobre todo, porque odiaba a mi hermana.

—Descríbemelo bien —insistió, inclinándose hacia adelante como si estuviéramos compartiendo información clasificada.

Solté un suspiro resignado.

—Ya te dije que me pareció atractivo.

Carlota arqueó una ceja.

—Detalles.

Apoyé la espalda contra la silla.

—Rubio, ojos celestes, alto, atlético…
—¿A quién se parece?
—No lo sé. No conozco a nadie como él. Pero podría ser modelo si quisiera.
—Tienes que seguir en contacto con él. No dejes que la bruja de Elena se te adelante.
—Lamento decirte que ya se adelantó, porque ayer estaba con ella. Y, además, yo nunca dije que quisiera salir con él. Solo te lo conté porque…
—Porque…
—Fue… raro. No sé… Vive un piso por encima del mío y jamás lo había visto. Y, desde ayer, ya me lo crucé dos veces.

Además, no entendía por qué ese encuentro en el ascensor seguía dando vueltas en mi cabeza. Pero eso preferí guardármelo.

—Eso significa que el destino está haciendo de las suyas.

Sonreí apenas.
Sí, Carlota era una romántica irremediable. Vivía convencida de que el universo organizaba historias de amor mientras el resto intentábamos simplemente sobrevivir a las guardias médicas.

—Deja de divagar. Tengo que volver —dije, apurando el último sorbo de agua.
—¿Nos vemos esta noche?
—Sí, pero sé puntual. No pienso esperarte cuarenta minutos como la última vez.

Sí, Carlota también era una persona impuntual por naturaleza, aunque hacía una excepción cuando se trataba de su trabajo.

—Invita a tu veci…

Me levanté antes de que terminara la frase y salí de la cafetería con prisa, dejando sus palabras suspendidas en el aire. Aun así, estaba convencida de que aquello no era más que otra de sus teorías sobre el destino.



Esa noche íbamos con un grupo de amigos a un bar elegido por Carlota: *Vértigo 360*. Según ella, era el lugar «más imposible de conseguir reserva» de todo Madrid, lo que explicaba el tono triunfal con el que nos había anunciado que había logrado conseguir una mesa en la terraza.

Yo ya sabía lo que esperar.

Viernes por la noche. Bar de moda. Gente hasta en el techo.

Nuestro grupo estaba formado por completo por compañeros del hospital: dos enfermeras, un administrativo, otro médico, Carlota y yo. Después de semanas agotadoras, aquellas salidas eran una manera de recordarnos que todavía existía vida fuera de las guardias, los pacientes y el café recalentado.

—¿Te estás preparando para una cita? —preguntó Elena, entrando en mi dormitorio sin llamar a la puerta, como era su costumbre.

Aún no habíamos hablado sobre lo sucedido la noche anterior, así que aproveché que parecía estar de mejor humor.

—Elena, sobre lo de anoche…

Ella me interrumpió con un gesto despreocupado.

—No tienes de qué disculparte. Sé que lo dijiste porque estabas cansada y, probablemente, celosa por verme con alguien tan guapo. No soy rencorosa. Ya lo olvidé.

Porque a ti te conviene, pensé, pero me guardé el comentario.

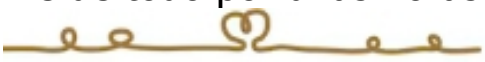
—¿Has seguido buscando piso?

—Sí, pero todavía no encuentro nada que me guste —respondió, encogiéndose de hombros—. No me respondiste. ¿Tienes una cita?

—No. Voy a salir con amigos.
—Era de esperarse.

Y salió de la habitación antes de que pudiera decidir si aquello había sido sarcasmo o simple desprecio.

Preferí no seguir pensando en eso. Aquella noche no quería discutir. Quería olvidarme de todo por unas horas y divertirme.



La noche había caído cálida sobre Madrid cuando llegué a *Vértigo 360*.

La terraza estaba llena de ese murmullo inconfundible de la gente pasándola bien. Las luces tenues colgaban como pequeñas estrellas sobre las mesas y una brisa ligera las mecía suavemente.

Nos acomodamos en una mesa cerca de la barandilla, desde donde se veía la ciudad iluminada. Había botellas abiertas, vasos que chocaban con brindis improvisados y la música nos envolvía con un ritmo contagioso. Cuando nos reuníamos, nadie estaba pendiente del teléfono ni del reloj. No había preocupaciones, solo música, amistad y esa sensación simple y poderosa de estar exactamente donde queríamos estar.

A medida que avanzaba la noche, la música fue apoderándose del ambiente. Carlota fue la primera en levantarse para bailar, moviéndose sin vergüenza, marcando el inicio de nuestro momento en la pista de baile. El resto no tardamos en seguirla.

La canción *Hush Baby, Hurry Slowly*, de Sigrid, envolvía el ambiente con ese ritmo vibrante, y nosotros simplemente nos dejábamos llevar. Girábamos, nos acercábamos, nos separábamos y volvíamos a encontrarnos entre risas. La iluminación cambiaba de tonos y pintaba las caras de los presentes con destellos de color, como si cada movimiento fuera parte de un pequeño espectáculo.

Miré a Carlota y a Hugo, quienes bailaban con pasos improvisados y reían a carcajadas. Sonreí. Levanté los brazos y cerré los ojos por un momento, sintiendo la música y olvidándome de todo.

Cuando la canción terminó, me acerqué a mi amiga para avisarle que iba al baño.

Me abrí camino entre el gentío y tuve que hacer una fila de varios minutos para poder entrar.

Al salir del baño, el pasillo estaba todavía más lleno que antes. Avancé como pude entre la gente hasta encontrar un tramo algo más vacío y silencioso. El calor dentro del bar era insoportable, así que me apoyé contra la pared y cerré los ojos apenas un instante, disfrutando del aire fresco.

—¿No te diviertes? —preguntó una voz masculina a mi izquierda. Una voz tan grave y seductora que el estómago se me encogió al instante. Una voz que no tardé en reconocer.

Abrí los ojos de inmediato y me volví despacio, casi con cautela.

Astor estaba a mi lado y me miraba con una sonrisa seductora. No pude evitar volverme a sorprender ante su presencia. Había algo profundamente magnético en su mirada, una combinación de seducción y simpatía. Era como si su presencia alterara algo en el ambiente.

—¿Qué haces aquí? —pregunté antes de pensar.

Su sonrisa se amplió.

—Supongo que lo mismo que tú. Aunque no pareces muy convencida de estar pasándola bien.

—Me estoy divirtiendo. Solo necesitaba aire.

—Hay una gran terraza, ¿sabes?

Lo miré entrecerrando los ojos. ¿Me estaba vacilando?

—Sí, lo tengo claro. Pero vine hasta el baño y aproveché a quedarme unos minutos en un lugar fresco. Pero tengo que volver con mis amigos porque…

Me detuve en seco, con la vista clavada en el hombre que caminaba por el pasillo y se acercaba a nosotros. Mi corazón dio un brinco.

Amadeo, mi ex, estaba allí. Y estaba acompañado. Caminaba con una preciosa chica de la mano. Quizá era la mujer con la que me

había engañado. No la recordaba.

Era difícil imaginar una escena peor.

El aire abandonó mis pulmones de golpe.

No quería verlo, pero no tenía escapatoria.

—Mierda —susurré.

—¿Qué pasa? —preguntó Astor, preocupado—. ¿Te sientes mal?

Amadeo seguía acercándose. Todavía no me había visto, pero estaba a segundos de hacerlo.

—¿Doriana?

Volví la vista hacia Astor.

—¿Puedo pedirte…? ¿Puedes hacer algo por mí?

No dudó ni un segundo.

—Lo que sea.

—Te prometo que, si me haces este favor, voy a estar en deuda contigo. Hay una pareja que está viniendo hacia nosotros. No voltees —dije, en cuanto noté su intención—. Cuando lleguen, necesito que digas que eres mi… pareja.

Una sonrisa lenta apareció en su boca. No arrogante. Segura. Como si acabara de recibir exactamente la oportunidad que quería.

—Hecho.

Y entonces tomó mi mano. La calidez de su piel y ese contacto directo fueron como un bálsamo para mi nerviosismo.

En ese momento Amadeo levantó la vista y me vio. Su expresión cambió al instante. Soltó la mano de la mujer que lo acompañaba y caminó directo hacia mí.

—Doriana.

Intentó abrazarme, pero retrocedí automáticamente hacia Astor.

Y Astor reaccionó al instante.

Su brazo rodeó mi cintura con naturalidad absoluta y me acercó contra su cuerpo. El gesto fue firme, natural. Sus labios se posaron sobre mi coronilla como una clara señal de posesión. La sonrisa de Amadeo desapareció de inmediato.

Yo estaba paralizada.

Pero ya no era por mi ex.

Estaba demasiado ocupada pensando en lo bien que se sentía estar así con Astor.

—Qué gusto verte —dijo Amadeo, aunque seguía mirando el brazo alrededor de mi cintura—. Te llamé varias veces, pero no me atendiste. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias —respondí, volviendo a la realidad e intentando recuperar la respiración.

—También te envié varios mensajes, pero…

—Te presento a Astor —lo interrumpí—. Él es…

—Su novio —terminó Astor con total calma, y sus dedos se ajustaron sobre mi cintura.

La chica que lo acompañaba finalmente llegó hasta nosotros, pero Amadeo ni siquiera la miró.

—¿Novio? —repitió.

—Astor, él es Amadeo, un… conocido.

—Encantado.

Astor extendió una sonrisa impecable, pero no la mano. Amadeo tampoco.

La tensión se volvió casi visible.

—Nos disculpan —continuó Astor con absoluta tranquilidad—. Tenemos que volver con nuestros amigos.

Sin apartar el brazo de mi cintura, me llevó hasta la terraza. Yo me movía como en piloto automático. Si bien no volteé a mirar a Amadeo, podía sentir que no apartó los ojos de nosotros mientras nos alejábamos.

Cuando llegamos junto a la barandilla, me apoyó suavemente contra ella y quedó frente a mí.

Muy cerca.

—Gracias —murmuré—. Era… mi ex. Y no me creí capaz de enfrentarlo sola.

—Un idiota.

—Un infiel, mejor dicho.

—Infiel, idiota… e hijo de puta —afirmó.

Eso me hizo sonreír de verdad.

—Así está mejor —dijo.

De repente, de manera completamente inesperada, tomó mi rostro entre sus manos.

Sentí el pulso dispararse. El corazón me bombeaba con fuerza.

—El infiel hijo de puta sigue mirando —susurró junto a mi oído—. Sígueme la corriente.

Y entonces… me besó.

Por unos instantes me quedé inmóvil en sus brazos, demasiado sorprendida para reaccionar. Pero entonces sus labios se movieron sobre los míos y sentí el toque de su lengua. Y todo pensamiento coherente desapareció. No quise ni pude protestar, solo corresponderle.

Me besaba lentamente, pero con una seguridad que me desarmaba. Su boca sabía a cerveza, y me pareció el mejor sabor del mundo. Un sabor adictivo.

Sus manos descendieron hasta mis caderas y me acercaron todavía más contra él, sin brusquedad, pero sin dejarme espacio para dudar.

Sabía que debía detenerlo. Lo sabía. Pero mi cuerpo no estaba de acuerdo.

Mis dedos terminaron enredándose en su cabello casi por instinto.

Nunca había sentido ese cosquilleo en todo mi cuerpo solo con un beso. Ese vértigo, esa necesidad irracional de acercarme más, de

seguir, de perder completamente el control.

Astor dejó escapar un jadeo contra mi boca y algo en mi interior se desbordó.

Y, aunque demasiado tarde, reaccioné.

Me separé de golpe, respirando entrecortadamente.

La excitación —o lo que fuera que me recorría— se disipó al instante.

La realidad regresó de golpe.

El bar.

La música.

La gente.

Astor me observó en silencio. Sus ojos celestes parecían mucho más oscuros y tenía los labios ligeramente hinchados. Por un instante solo nos miramos a los ojos.

—El idiota está celoso de muerte —dijo finalmente.

Parpadeé.

Ni siquiera recordaba que Amadeo estaba allí.

Pero no pude responder nada. No encontré mi voz.

—Y no olvides que ahora me debes una, Doriana.

Pero antes de que pudiera responder, retrocedió un paso.

Y sonrió peligrosamente satisfecho.

Después se alejó entre la gente dejándome completamente inmóvil junto a la barandilla.

Y entonces pensé algo que hizo que mi corazón volviera a acelerarse: ¿cómo demonios sabía que Amadeo estaba celoso, si él había estado de espaldas todo el tiempo?

CAPÍTULO 3

«El secreto no es correr detrás de las mariposas... es cuidar el jardín para que ellas vengan hacia ti»
—Mario Quintana

Doriana



Esa noche, un grave accidente de tráfico en una de las principales avenidas de Madrid convirtió el Servicio de Urgencias en un torbellino. Salía de un box para entrar directamente en otro. Llevaba horas resistiendo con apenas el desayuno en el estómago. Estaba exhausta. Y, sin embargo, cada vez que un paciente requería mi atención, el cansancio se desvanecía. Permanecía alerta, precisa, completamente concentrada. Solo cuando todo terminaba, el agotamiento volvía a caer sobre mí con todo su peso.

Había perdido la noción del tiempo; ya no sabía ni en qué día vivía. Era tal mi cansancio que, al salir del hospital, opté por tomar un taxi. No confiaba en ser capaz de mantenerme despierta al volante.

Entré en mi edificio casi por inercia. El portero nocturno debió advertir mi estado, porque se apresuró a llamar al ascensor, un gesto que agradecí en silencio. Una vez dentro, me dejé caer contra una de las paredes, entregándole todo el peso de mi cuerpo. El ascensor iba a cerrarse cuando una gran mano se interpuso entre los sensores de la puerta.

Maldije para mis adentros. Solo quería llegar cuanto antes a mi piso y dormir.

El problema fue que la persona que entró me obligó a espabilarme. Él, en cambio, no pareció sorprendido de verme.

—Doriana, ¿cómo estás?

—Buenas noches, Astor —saludé, bajando la mirada. Aún me avergonzaba el recuerdo del beso de la noche anterior.

—¿Siempre sales de trabajar así de cansada?

—No siempre. Hoy fue una jornada especialmente larga por un accidente de tráfico.

—Sí, escuché algo. Espero que no haya sido grave.

—Hay que esperar la evolución de algunos pacientes. Las próximas horas serán decisivas —dije, aferrándome al terreno seguro de lo profesional.

—Para algunas personas… debes ser así como un ángel —añadió.

No supe qué responder. El ascensor llegó al piso catorce —mi piso — y, en cuanto se abrieron las puertas, salí apresurada. Ese hombre me alteraba más de lo que debería.

Me detuve frente a mi puerta y comencé a buscar las llaves en el bolso. Al ser la madrugada del sábado, imaginé que Elena no estaría, lo cual me tranquilizó.

Un ruido a mi espalda me hizo girar.

—Astor, ¿por qué estás aquí? Creí entender que tu piso era el siguiente.

—Porque son las tres de la madrugada y estás a punto de quedarte dormida de pie. Voy a asegurarme de que llegues a la cama… pero también de que antes comas algo. Dijiste que no paraste en todo el día; supongo que tampoco comiste.

—¿Qué?

—Lo que oye, doctora —repitió, sin perder la calma—. Veo que cuidas la vida de los demás, pero descuidas la tuya. Hoy voy a devolverte una mínima parte de lo que haces por otros. Voy a cuidar de ti.

—Soy adulta y no necesito que me cuiden. Adiós, Astor.

Volvió a interponer la mano —esa vez sobre mi puerta—, impidiendo que la cerrara.

—Astor, de verdad estoy cansada. Solo quiero ir a la cama.
—Entonces no perdamos tiempo.
—¿Para qué? —pregunté, desconfiada.

Él sonrió con cierta picardía, y aquello bastó para hacerme sonrojar.

—Eres muy desconfiada. Mis intenciones son honorables. Solo quiero ayudarte.
—Te lo agradezco, pero no lo necesito y…
—De hecho… me debes una —me interrumpió—. Ya sabes, por lo de anoche.

Me volví a ruborizar sin remedio al recordar nuestro beso.

—¿Y piensas cobrártelo cuidándome? ¿Qué eres, un santo? —ironicé.
—No tengo nada de santo, te lo aseguro. Además, puedo cobrarte de la forma que me apetezca.
—Estás bromeando, ¿verdad?
—En absoluto. No perdamos más tiempo, doctora.

Sin esperar respuesta, abrió la puerta con naturalidad y se dirigió hacia la cocina. Decidí que no tenía sentido seguir discutiendo.

—¿Cómo sabes dónde está la cocina? ¿Has venido muchas veces a mi piso? —pregunté, sospechando que había estado allí con Elena.
—No, solo la noche en que te conocí. Conozco tu piso porque es idéntico al mío, Doriana. Aunque el tuyo es bastante más elegante —respondió, mientras seguía caminando.
—No sé si hay algo —dije, al verlo abrir la nevera—. No he tenido tiempo de hacer la compra.
—¿Y tu hermana? ¿No ayuda? —preguntó, frunciendo el ceño.
—Prefiero no hablar de ella.

—Bien. Entonces pediré algo. Conozco un lugar que pueden traernos comida con bastante rapidez. Además, cocinan de maravilla.

—Haz lo que quieras —cedí—. Voy a cambiarme.

Lo vi sacar su teléfono y supuse que iba a llamar al *delivery*. Me dirigí al dormitorio porque era evidente que no pensaba irse.

Ya me había duchado en el hospital, así que me puse un camisón, mi bata y unas pantuflas. Salí del dormitorio sin saber con qué iba a encontrarme.

La sorpresa fue inmediata cuando en la barra de la cocina vi un despliegue de platos que parecían deliciosos.

—¡Madre mía! ¿Invitaste a alguien más? —pregunté, sentándome en uno de los taburetes.

—No sabía qué te gustaba, así que pedí un poco de todo.

Me dejó sin palabras.

Era un gesto muy considerado de su parte… y, aunque me resistía a admitirlo, me agradaba que alguien cuidara de mí de ese modo. Pero no quería emocionarme demasiado. No con él.

—¿Comerás conmigo? —pregunté.

—Si no te molesta…

Reí suavemente.

—¿Y ahora te preocupa eso? Siéntate.

Esa vez fue él quien sonrió antes de acomodarse a mi lado.

—Esta comida se parece bastante a la del bar que fui ayer. Recuerdo la carta...

—Es de allí —confirmó, sin mirarme.

—¿Eres amigo del dueño?

—Algo así —respondió.

No insistí. El hambre y el aroma podían más que mi curiosidad.

—Gracias por esto.

—Cuando quieras.
—Esto está muy bueno —dije, sin preocuparme por las formas.

Astor rio.

—Cuéntame algo, así no me duermo.
—¿Y por qué no me lo cuentas tú?
—Porque te aseguro que te aburrirías. Yo misma me aburro de mí —respondí, y él sonrió.
—¿Qué quieres saber?

En realidad, quería saber muchas cosas, pero no se las pensaba preguntar.

—No sé, lo que quieras contarme.

Se quedó pensativo un instante.

—Vivo en este edificio desde hace dos años, pero no me crucé contigo hasta hace poco más de un mes. Podría decirte incluso el día y la hora exactos.

El tenedor que me estaba llevando a la boca quedó suspendido en el aire. Y odié la manera en la que mi corazón se aceleró al escucharlo, y más aún cuando se acercó apenas un poco y retiró con el pulgar algo que había quedado en mi labio.

—Creo que es hora de que vayas a dormir —añadió, poniéndose de pie.

No discutí.
Necesitaba salir de allí.

—Sí… será lo mejor. Gracias por todo. Y deja todo así, ya me encargaré luego de guardar todo.

Asintió, y yo me fui directamente a mi dormitorio. Me dejé caer sobre la cama, atenta al sonido de la puerta al cerrarse… pero el sueño me venció antes de llegar a oírlo.

Dormí profundamente, sin pensar en el extraño comentario de Astor… ni en la inquietante facilidad con la que empezaba a colarse en mi vida.

CAPÍTULO 4

«Te cruzaste en mi camino y se me olvidó adónde iba»
—Anónimo

Astor



Después de guardar la comida sobrante y dejar la cocina en perfecto orden, salí del piso de Doriana y me encaminé al mío. Aunque estaba fundido, ya no era el cansancio lo que me mantenía inquieto. Aquella noche había tomado la decisión de regresar temprano y no quedarme hasta el cierre de *Vértigo 360*, el bar del que era propietario, porque necesitaba dormir. En las últimas semanas, el local había estado tan concurrido que el agotamiento parecía habérseme instalado en los huesos.

Aun así, no podía evitar sentirme satisfecho. El negocio prosperaba: se había convertido en uno de los locales más codiciados de Madrid. Pero el éxito exigía entrega y compromiso. Las tardes se me iban en la organización; las noches, en la supervisión constante del local. No me quejaba. Gracias a *Vértigo,* estaba amasando una fortuna considerable. Hacía lo que me gustaba y, además, lo hacía bien.

Sin embargo, había algo —alguien— que perturbaba esa reciente tranquilidad: mi vecina, la doctora.

Ella no tenía idea de lo que me ocurría.

Doriana creía que nos habíamos conocido el día en que me encontró en su piso con su hermana.

Pero no.

Yo la había visto mucho antes.

Y nunca la olvidé. Pero pretendía ocultarlo bajo capas de deliberado interés.

¿Por qué?

Porque ella había sido la doctora de guardia cuando ingresaron a mi abuelo con un dolor feroz en el pecho.

Pero… no le salvó la vida.

Recordaba vagamente sus palabras al salir a darnos la noticia, pero no olvidé las lágrimas que corrían por sus mejillas ni cómo no dejaba de pedir perdón. Lloraba como si la pérdida también le perteneciera. Pero ella no podía sentir lo que estábamos sintiendo mi madre y yo. Para ella, quizá solo había sido un paciente más.

Nunca pude perdonarla.

O quizá nunca supe cómo hacerlo.

¿Cómo iba a hacerlo, si por ella había perdido al hombre que ocupó el lugar de mi padre y al que adoraba con todo mi corazón?

También recordaba cómo mi madre se quebró en ese instante, y cómo Doriana no dudó en acercarse para abrazarla. Pero eso no fue suficiente para mí.

Yo solo… me quedé allí, inmóvil, sintiendo cómo el dolor me desgarraba por dentro mientras observaba a la mujer que, en mi mente, había dejado que la vida de mi abuelo se le escapara entre las manos.

Después busqué respuestas.

Todos los médicos coincidían en lo mismo: pese a la rápida intervención de Doriana, no se había podido hacer nada. Mi abuelo había sufrido un infarto agudo de miocardio, un ataque cardíaco repentino y fatal provocado por la obstrucción total de una arteria coronaria.

Palabras vacías. Palabrería de médicos que no significaba nada para mí.

Nada indicaba mala praxis. Es más, todos coincidían en que, pese a su juventud, era una profesional extraordinaria. Una eminencia.

Para mí, sin embargo, solo era la doctora que no había salvado a mi abuelo. Y su juventud no me ayudaba con eso.

Porque necesitaba que alguien tuviera la culpa… aunque supiera que no era justo.

Meses después, mientras buscaba un lugar donde vivir cerca de *Vértigo*, fui a ver el piso en el que vivo ahora. No sabría decir si fue una broma del destino o los hilos de la casualidad, pero terminé comprando el piso que quedaba justo encima del suyo.

El día que la vi subir al ascensor, me sorprendí con el corazón en un puño. Más sorprendido aún por mi reacción interna. No pude decirle nada. Porque, al verla entrar, parecía alguien que no encajaba en absoluto con la imagen que yo había construido de ella. Parecía demasiado… luminosa. Y me descubrí conteniendo un impulso absurdo de tocarla, solo para comprobar que era real.

No pude dejar de observarla.

Y eso me molestó.

Es que la mujer era… perfecta.

Su melena rubia hacía resaltar unos ojos celestes preciosos, demasiado dulces… demasiado hermosos. Tanto que resultaban intimidantes.

Estaba completamente hipnotizado.

Pero Doriana jamás se fijó en mí.

Siempre la veía llegar cansada, absorta en sus pensamientos, sin prestar atención a lo que la rodeaba. Incluso, una vez la vi llegar de la mano del que entonces era su novio. Y, por alguna razón que no supe explicarme, aquello me molestó mucho más de lo que debería.

Cuando acepté la invitación de su hermana para tomar algo en su piso, lo hice únicamente por la oportunidad de conocer y acercarme a Doriana.

Y, al menos desde aquel día, conseguí que supiera que yo existía.

Pero también tenerla cerca y verla simplemente como una persona hizo que empezara a sentir que algo no encajaba con el rechazo que creía sentir hacia ella. Aquella noche se la veía vulnerable, fuera de eje, y tenía que admitir que yo tampoco sentía que lo tuviese todo bajo control. No sabía muy bien por qué quería acercarme a ella. Si era necesidad de respuestas… o la necesidad de hacerle sentir el dolor que yo había sufrido.

Pero… algo no terminaba de encajar.

Nada de lo que despertaba en mí su cercanía se correspondía con el rencor que creía guardar.

¿Por qué, cuando la veía sonreír, sentía que todo se desarmaba dentro de mí?

Aún no sabía cuáles eran mis propósitos con la doctora Doriana Delacroix.

Pero sí sabía que alejarme ya no era una opción.



—¿Cenaste con ella? —aulló Octavio, mi mejor amigo y, además, uno de mis empleados en *Vértigo*.

Era el único al que le había hablado de Doriana y de todo lo relacionado con mi abuelo.

—No pongas esa cara. No fue nada romántico. Sabes perfectamente que con ella jamás podría tener algo así.

—¿Por qué no? Tú mismo confirmaste que ella no tuvo nada que ver. Que no había nada que ella pudiera hacer.

—Quizá no sea justo… pero, para mí, ella sigue representando ese momento de mi vida. El peor.

Octavio entornó los ojos, como si quisiera escarbar más allá de mis palabras.

—No lo entiendo. Entonces, ¿qué demonios buscas acercándote a ella y haciendo de príncipe encantador?

Silencio.

—¡Jodida mierda! —exclamó de pronto, abriendo los ojos de par en par—. ¡Te la quieres follar como una especie de castigo!

Solté una risa seca, sin humor.

—¿No puedo?

—Claro que no puedes. Tú no eres esa clase de hombre, Astor. ¿Qué te pasa? —exhaló, pasándose una mano por el rostro con frustración—. Puedo entender que ella represente algo doloroso para ti, pero si te atrae, no te acuestes con ella solo porque crees que eso va a hacerte sentir mejor. Será todo lo contrario, te lo aseguro.

—No lo creo…

—¿La vas a seducir para… vengarte?

—No es una venganza —afirmé—. Solo quiero dejar de verla. Y no voy a ser yo quien se marche del edificio. Si ella llega a despreciarme lo suficiente como para no querer verme… entonces será ella quien se vaya.

—¿Tu plan es buscar que te odie?

—Exacto.

—¿Y estás seguro de que es solo eso?

Aparté la mirada de mi amigo y la dejé perderse en la terraza vacía del local. Eran las seis de la tarde y todavía estaba cerrado. Solo estábamos los empleados y yo.

Menos mal que Octavio no sabía leer mentes. De lo contrario, habría descubierto lo que de verdad me provocaba la doctora: pensamientos que no tenían nada que ver con alejarla. Más bien todo lo contrario.

Tamborileé los dedos sobre la mesa.

—Muy seguro.

—¿Y a ella le gustas?

—No tengo ni idea.

—Bueno… no sé qué demonios te ven, pero las mujeres caen rendidas a tus pies —dijo, arrancándome una risa breve.

Sabía que era un tío que causaba impresión. No tenía problemas con las mujeres. Pero siempre eran encuentros fugaces, historias de una o dos noches y nada más. A mis treinta y dos años, eso era exactamente lo que buscaba, y no sentía la menor necesidad de cambiarlo.

—Astor, aquí tienes el café que pediste —dijo Ámbar, una de mis empleadas.

—Gracias, Ámbar.

Cuando se alejó, Octavio me lanzó una mirada significativa.

—Otra de tus enamoradas. Lo sabes, ¿verdad?

Me había dado cuenta de que Ámbar tenía una especie de enamoramiento conmigo. Pero, aunque era una mujer bonita, también era mi empleada, y yo siempre había trazado una línea clara entre el trabajo y mi vida personal.

—Ya se le pasará —respondí, dándole un sorbo al café.

—En fin… con respecto a la doctora, espero que recuperes la cordura.

—Pensaré en ello.

—No sé por qué, pero me da que vas a tener que hacer un gran esfuerzo.

—¿Qué quieres decir?

—Nada en particular —respondió con una sonrisa extraña—. Quizá seas tú quien debería andarse con cuidado.

Octavio me sostuvo la mirada unos segundos antes de levantarse y volver al trabajo.

Yo me quedé sentado, incapaz de quitarme de encima aquella extraña sensación de premonición que habían dejado sus palabras.

CAPÍTULO 5

«Todos merecemos a alguien que nos mire como si fuéramos su deseo cumplido»
—Anónimo

Doriana



—¿Quién vino a cenar anoche? —preguntó Elena, al entrar en mi dormitorio sin llamar, fiel a su costumbre.

La escuché.
¿Cómo no hacerlo si entró a los gritos?
Pero no me moví ni abrí los ojos.

—¿Me escuchaste?
—Elena, ¿podrías dejarme descansar? Ayer trabajé todo el día y llegué de madrugada.
—Por toda la comida que hay en la nevera, diría que no cenaste sola —afirmó, sentándose en el borde de mi cama sin mucha delicadeza.

Seguí con los ojos cerrados, pero sabía que, si no respondía, no me dejaría dormir. Además, no tenía intención de ocultárselo.

—Cené con el vecino. Fue él quien pidió comida.
—¿Vecino? ¿Hablas de Astor? ¿Cenaste con él?

Abrí los ojos y la miré. Elena desencajó la mandíbula y me observó estupefacta, como si acabara de escuchar una aberración.

—¡No lo puedo creer! ¿Te estás acostando con él?

Me incorporé con un suspiro. Mi descanso había terminado.

—No me estoy acostando con él. Solo cenamos.
—¿Solo cenaron? Hasta que yo te lo presenté, ni siquiera lo conocías… ¿y ahora resulta que lo invitas a cenar? ¿Pretendes quitármelo, mosquita muerta?

Negué con la cabeza e inspiré hondo, intentando no alterarme, como siempre, a base de pura fuerza de voluntad.

—Yo no lo invité. Nos encontramos por casualidad y… —me interrumpí, clavando en ella una mirada firme—. No tengo por qué darte explicaciones sobre mi vida. Ahora sal de mi dormitorio y déjame dormir.
—¡Ni hablar! Vas a decirme qué demonios está pasando entre Astor y tú. ¿Quieres quitármelo?
—¿Quitártelo? ¿Estás saliendo con él? —pregunté. Aunque entre nosotros no había nada, por alguna razón me incomodó imaginarlo con Elena.
—¿Para qué crees que lo invité la otra noche? ¿Para charlar sobre nuestras vidas? Por supuesto que me lo quiero follar. Así que apártate de mi camino. ¿Entendiste?
—No, no lo entendí. Ahora sal de mi dormitorio y déjame dormir.
—Solo te lo advierto, Doriana… yo siempre consigo lo que quiero.

Volví a recostar la cabeza sobre la almohada.

—Perfecto. Suerte con eso.

Salió dando un portazo.
Cerré los ojos, pero no pude volver a conciliar el sueño.



Era mi día libre, así que pensaba aprovecharlo. Además, el día estaba soleado y cálido, ideal para perderse sin rumbo. Me gustaba mucho caminar, así que decidí regalarme el día recorriendo la ciudad, sin prisas ni excusas. También necesitaba descargar —aunque fuera una parte— la tensión acumulada tras la discusión con mi hermana.

Vivía en el barrio de Salamanca y, desde allí, salí rumbo al Parque del Retiro.

En cuanto puse un pie en la calle, respiré hondo: aspiré el aire que tanto me faltaba en mi piso desde… desde que ya no vivía sola.

Mientras caminaba, escuchando la canción *Fall Into Me,* de Forest Blakk, en mis *AirPods*, comencé a darle vueltas a lo que Elena me había dicho sobre Astor.

¿Por qué me molestaba que ella quisiera seducirlo?

Sí, me parecía atractivo. ¿A quién no?

Era demasiado guapo, demasiado atento y peligrosamente *sexy* para lo que le convenía a mi estabilidad. Pero bien podía ser el mismísimo Adonis en persona que, por más tentador que fuera, si Elena estaba de por medio, yo no pensaba meterme allí… aunque el premio valiera la pena. Ya tenía suficientes problemas con ella como para buscarme más.

Cuando llegué al parque, comencé a trotar; me había puesto ropa de deporte con ese propósito. Me gustaba correr porque el movimiento me ayudaba a engañar a la cabeza.

No habían pasado ni diez minutos cuando alguien se colocó a mi lado y se acopló a mi ritmo.

Volteé… y me encontré con un rostro de esos que te invitaban a mirar una segunda vez, y una tercera, solo para confirmar que era real. Un rostro que te hacía contener el aliento.

—¿Qué haces aquí? ¿Me estás siguiendo? —pregunté, deteniéndome de golpe y quitándome los *AirPods.*

Astor también se detuvo y me miró sonriente. Demasiado cómodo. Demasiado consciente del efecto que causaba. Seguramente, mi desconcierto debió de ser más que evidente.

—Yo podría decir lo mismo, doctora. Siempre que puedo, vengo a correr aquí, pero es la primera vez que te veo.

—Por supuesto que no te estoy siguiendo. Es mi día libre y decidí salir a… Bueno, no tengo que darte explicaciones. Te agradezco lo de la cena de ayer… pero creo que es mejor que no nos veamos más.

Algo en su expresión cambió, apenas un gesto, una tensión mínima.

—¿Por qué? Somos vecinos. ¿Qué tiene de malo que nos veamos, compartamos actividades y tratemos de conocernos?

—Nada de malo, pero…

Me quedé pensando en cómo rebatirle su argumento sin mencionar a Elena, pero nada vino a mi mente.

—¿Pero…?

—Yo tengo horarios complicados y siempre estoy cansada. —Tomé aire—. Me gusta la soledad y… escuchar música mientras troto o camino.

Astor amplió su sonrisa. Como si acabara de escuchar justo lo contrario.

—Entiendo. Podemos correr juntos, solo haciéndonos compañía. Prometo no hablarte.

—Me gusta hacerlo sola —repetí, cruzándome de brazos.

—Vamos, doctora… —Se acercó despacio. Demasiado—. ¿Qué tiene de malo? —susurró en mi oído. Tenía esa voz que no se escuchaba: se sentía. Baja, cálida… directa al estómago. O quizá más abajo.

Sin apartarse, inspiró hondo y rozó con sus labios el lateral de mi garganta, raspándome levemente con su barba de un par de días. Mi piel reaccionó como si lo hubiera estado esperando.

Cerré los ojos.

Era ridículo. Tenía que demostrarle que no me afectaba, pero fracasaba con cada orden que le daba a mi cerebro.

Como pude, me aparté.

—¿Q-qué haces?

—Te hice una pregunta.

—¿Q-qué pregunta?

Sonrió como si acabara de ganar algo. Me tomó de la mano y tiró suavemente de mí.

—Como sea… ven, caminemos un poco.

Y caminamos juntos, pero solté la mano para ocultar los temblores con una fingida calma que no me creía ni yo. Me inquietaba su sola presencia. La forma en que se sentía su cercanía. La solidez de su mirada, cargada de intenciones ocultas… o no tan ocultas.

—¿Lo haces para hacer más entretenida tu mañana?

Se quedó callado un segundo.

—¿El qué?

—Provocarme.

—No lo hago. Y, respecto a lo de la mañana entretenida, podríamos hacerla aún más interesante. ¿No crees?

—¿Por qué todo lo que dices hoy tiene doble sentido?

—También soy inocente de ese cargo. Creo que es tu mente la que le da otros significados.

Sus ojos, de un intenso celeste, brillaron con una intención que no se molestó en ocultar.

Yo bufé.

—Ves, es como yo digo: solo quieres provocarme.

—Lamento que pienses que ese es mi objetivo, porque lo que realmente quiero es otra cosa.

—¿Qué quieres, entonces?

—Que te rindas. Quiero que la pasemos bien. Juntos.

Me detuve. Él también.

—Espero que estés bromeando.
—No lo hago.
—Astor… no sé realmente qué pretendes, pero de verdad… no va a pasar.
—¿Por qué? ¿Tienes pareja?
—No es eso.
—Entonces, ¿cuál es el problema?

Tenía que ser sincera para cortar esa situación de raíz. Parecía un hombre demasiado seguro de sí mismo.

—Mi hermana.
—¿Tu hermana? —preguntó, frunciendo el ceño.
—Estabas con ella cuando te conocí. Yo no salgo con… lo que sea que tú seas de ella.

Astor rio. Abiertamente. Sin culpa.

—No soy nada de tu hermana. Solo la vi esa noche y ni siquiera volvimos a hablar. Y, para ser totalmente sincero, acepté su invitación para tomar algo en tu piso porque te quería ver a ti. Ya me había cruzado contigo y sabía que vivías allí. No pasó ni pasará nada con tu hermana. ¿Quedó claro? —La mirada que me dirigió fue decidida.
—Elena no piensa lo mismo.
—No me interesa Elena. —Se acercó un poco más y yo retrocedí, pero, en cuestión de un segundo, me rodeó con los brazos y deslizó las manos por mi trasero, firmes, seguras.

Fue tal la impresión, que mis brazos quedaron inertes a cada lado de mi cuerpo. Pero no me aparté ni un solo milímetro.
Su boca volvió a encontrar mi cuello, esta vez sin dudas, sin pausa, como si ya supiera exactamente dónde.
Y lo peor era que… no estaba segura de querer detenerlo.

Hasta que reaccioné.

Lo alejé de un empujón.

Él pareció momentáneamente confuso.

—Basta. Creo que es mejor que cada uno siga por su lado.

No esperé respuesta y salí corriendo, con el pulso desbocado y el cuello ardiendo donde aún sentía su boca.

Corrí como si me estuviera siguiendo el mismísimo diablo.

Que en realidad no me seguía. Se había quedado de una pieza.

¿Sería que nunca lo habían rechazado?

No me extrañaba. Porque no tenía problema en admitir que él era… devastador.

CAPÍTULO 6

«Dentro de un abrazo puedes hacer de todo: sonreír y llorar, renacer y morir. O quedarte quieto y temblar adentro, como si fuera el último»
—Charles Bukowski

Doriana



—¿Hola? —la voz de Carlota llegó como desde lejos, acompañada del leve vaivén de su mano frente a mi rostro—. ¿Hay alguien ahí?

Parpadeé y volví a enfocarme en ella.

—Perdón —murmuré—. Estaba pensando en…
—En el rubito de tu vecino —completó ella, inclinándose apenas hacia adelante, como si así pudiera arrancarme la confesión—. ¿No?

Suspiré, dejando escapar el aire con resignación.

—Es que me lo encuentro en todas partes y… no sé… me desestabiliza. Me descoloca.

Carlota entrecerró los ojos. Ese gesto suyo, a medio camino entre la burla y la perspicacia, que siempre anunciaba un veredicto.

—Ajá.
—¿Qué significa ese «ajá»?

Se recostó en la silla, cruzándose de brazos.

—Es que no recuerdo haberte oído decir algo así de ningún hombre. Ni siquiera de Amadeo… y eso que fue tu relación más larga.

—Es que Amadeo era tranquilo —respondí, encogiéndome de hombros—. Previsible. Este hombre es… avasallante. .

La mirada irónica de Carlota se acentuó.

—Ajá.

—Deja de decir eso.

—El *tranquilo* de Amadeo era un infiel —replicó sin rodeos—. Así que no me vengas con esas. Está claro que el rubito buenorro sabe lo que quiere y no se anda con vueltas. ¿Qué hay de malo en eso? Yo creo que… le está dando resultado.

Negué con la cabeza, aunque no estaba del todo segura de mi propia respuesta.

—Te equivocas. Su actitud está logrando lo contrario: no quiero volver a cruzarme con él.

—¿Te asusta su forma de ir de frente? Solo es directo.

—No es eso. —Hice una pausa, buscando las palabras adecuadas porque sabía que mi respuesta no le iba a gustar—. Ya te dije que entre nosotros no puede pasar absolutamente nada porque…

Carlota soltó una carcajada breve, cargada de incredulidad.

—¿Por Elena? —bufó—. ¿De verdad? A tu hermana primero deberías sacarla de tu casa lo antes posible, y luego de tu conciencia. Si le dieras una oportunidad a… ¿cómo se llama?

—Astor.

—A Astor, a Elena lo único que le romperías sería su orgullo. Perdóname, pero la presuntuosa de tu hermana te tiene una envidia atroz. Esa mujer es una arpía y, por más que sea tu hermana, deberías mantenerla lejos.

Fruncí el ceño, aunque su dureza no me sorprendía.

—No es mala —dije, más por lealtad que por convicción—. Solo tiene un carácter difícil.

—¿Que no es mala? ¡Es una víbora! Una completa perra. Yo me andaría con cuidado.

Le dirigí una mirada amonestadora, pero, en el fondo, no podía culparla por pensar así. Elena siempre había sido antipática y grosera con ella por ser mi amiga. Y nunca había hecho el menor esfuerzo por ocultar su desdén hacia Carlota.

—No me mires así —insistió—. Tengo razón. Y también la tengo cuando digo que deberías salir con Astor… y echar a tu hermana de una vez.

—En lo segundo, no te discuto.

Eso pareció arrancarle una mínima victoria. Se levantó de la mesa con un suspiro, como si ya hubiera agotado su cuota de paciencia.

El murmullo de la cafetería del hospital nos envolvía: el tintinear de los cubiertos, las conversaciones a media voz, el ir y venir constante del personal.

—Si no quieres salir con Astor —añadió, mirándome con seriedad —, entonces dale una oportunidad al doctor Noah Pointer. Es guapísimo, encantador y siempre me pregunta por ti.

La miré y me coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Es que estoy cansada. Necesito parar y descansar.

—Podríamos tomarnos un día para ir al spa —me propuso—. Tengo un vale que me regalaron en mi cumpleaños y se debe estar por vencer.

—Eso es mentira. Lo dices para que convencerme —afirmé con total seguridad.

Se mordió el labio para no sonreír. La conocía mejor de lo que ella pensaba.

—Entonces, acepta salir con Noah y pásalo bien. Déjate llevar y no pienses tanto.

—Sí, creo que es el momento de que salga y me distraiga porque…

—No dejas de pensar en Astor.

—Deja de interrumpirme.

—Solo digo lo que tú no quieres admitir. —Se inclinó para despedirse, aún sonriendo—. Nos vemos luego. Avísame si sales con Noah porque quiero todos los detalles. Tu vida se ha puesto interesante.

La vi alejarse entre las mesas, ligera, casi satisfecha.

Me quedé un momento en silencio, observando su silla vacía.

Tal vez Carlota tenía razón.

Tal vez lo más sensato era aceptar la invitación de Noah Pointer, salir, distraerme… y dejar de pensar en Astor.

Astor…

Me levanté finalmente y abandoné la cafetería, arrastrando conmigo esa inquietud persistente, mientras retomaba el ritmo de la jornada, decidida a sacármelo de la cabeza.



Esa noche tenía una cita con el doctor Pointer.

Había insistido en invitarme a cenar y, después de mi conversación con Carlota y del torbellino de emociones que Astor había dejado en mí durante los últimos días, acepté sin detenerme a pensar demasiado, como si decir que sí fuera más fácil que enfrentarme a lo que realmente sentía.

Al regresar del hospital, me crucé con Elena, pero apenas intercambiamos un par de palabras. La vi arreglarse y asumí que también tenía planes. Pero no pregunté.

Me puse un vestido negro que se ceñía a mi cuerpo con sensual elegancia. Me maquillé con cuidado y recogí mi cabello en una coleta suelta, dejando que algunas ondas escaparan con deliberada despreocupación.

Íbamos a cenar en un elegante restaurante ubicado en el emblemático Palacio de Saldaña. Quedamos en encontrarnos allí. Él

saldría del hospital a las ocho y yo vivía lo bastante cerca como para llegar caminando sin apuro.

Ya lista, salí de mi dormitorio. En ese momento, Elena estaba abriendo la puerta principal para irse.

—¿Vas a salir? —preguntó, y su mirada descendió lentamente por mi cuerpo con cierto desdén.

—Sí. Seguramente llegue tarde.

—Yo también tengo una cita… —dejó la frase suspendida, saboreando el momento—. Y te morirías si supieras con quién.

Esperó unos segundos a que le preguntara, pero no le di el gusto. Abrió la puerta y se marchó con media sonrisa.

Tal vez su actitud era porque su cita era con Astor. Esa idea me incomodó. Él me había dicho que no tenía interés en salir con Elena, pero quizá, después de mi rechazo, lo había reconsiderado.

Tomé el bolso con más fuerza de la necesaria, como si con ese pequeño gesto pudiera contener lo que empezaba a inquietarme.

—Allá ellos. No son asunto mío —murmuré.

Salí y me dirigí al ascensor. Mientras esperaba, el teléfono vibró: Noah me avisaba de que estaba saliendo del hospital. Respondí con rapidez, diciéndole que yo también iba en camino.

El pitido del ascensor me avisó de que había llegado. Estaba guardando el teléfono y…

—Hola, Doriana.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente. Mi mano se quedó suspendida dentro del bolso, aferrando el teléfono con fuerza. Alcé la cabeza despacio, como si retrasar ese instante pudiera protegerme de lo inevitable. Porque ya sabía lo que me iba a encontrar.

—Buenas noches, Astor.

Allí estaba, ocupando el espacio con una intensidad que parecía reducir el aire disponible.

Sus ojos me recorrieron de arriba abajo sin prisa, como si me acariciara sin tocarme. Sentí cómo la piel me ardía bajo el vestido.

El ascensor emitió un pitido y obligué a mis piernas a moverse. Las puertas se cerraron y comenzó a descender. Me moví hasta el extremo opuesto. Le di la espalda y quedé mirando hacia la puerta.

Podía sentirlo igual.

Detrás de mí.

Presente.

Y me molestaba que me faltara el aire.

Lo extraño era que verlo me provocó un cosquilleo cálido de alegría en el estómago, algo que la cita con Noah no había conseguido despertar. Y eso también me molestaba.

—¿Cómo estás, Doriana? —Su voz sonó más cercana de lo que debía. Como si hubiera dado un paso sin que yo lo notara.

—Bien, gracias.

—Te ves hermosa. ¿Vas a salir?

—Mi vida no es de tu incumbencia, Astor.

Hubo un silencio breve.

—Créeme, eso quisiera —murmuró.

El sonido de sus pasos fue suave y, antes de que pudiera reaccionar, se situó frente a mí. La distancia entre nosotros era mínima. Peligrosa.

—Y este vestido que llevas… —su voz bajó apenas— no me está ayudando para nada.

Levanté la barbilla y me forcé a mirarlo con una seguridad que no sentía.

—No empieces con esos comentarios. Además, tengo una cita.

Algo cambió en su expresión. Me di cuenta de que se le dilataron las fosas nasales antes de pasarse la mano por el pelo.

Llevaba una camisa negra abierta lo justo para dejar ver la piel bajo su clavícula. Y mi mirada, desobediente, cayó ahí sin poder

evitarlo.

—Pensé que tenías horarios complicados y siempre estabas cansada —dijo, repitiendo mis palabras.

—Cuando tengo interés, hago excepciones. Hoy, por ejemplo.

El silencio volvió a crecer entre nosotros. De pronto, me sentía nerviosa y fuera de control.

—¿Y por qué no puedes hacer una excepción conmigo? —preguntó.

La pregunta no fue desafiante, fue honesta. Y de repente, me pareció más cansado que yo.

—Ya hablamos de esto, Astor.

El ascensor llegó a la planta baja y abrió sus puertas.

Ninguno de los dos se movió.

Entonces me miró distinto. Me pareció ver inquietud en sus ojos. Como si algo le preocupara.

Quería apartar la mirada, pero no podía.

—¿Van a salir? —preguntó una voz desde afuera.

Parpadeé, como si despertara.

Desvié la mirada y me enfoqué en la mujer que quería entrar en el ascensor.

—Sí, disculpe.

Salí rápidamente y sin mirar atrás. Era como si no sintiera el suelo bajo mis pies.

—Doriana…

Su voz me alcanzó antes de que pudiera huir del todo. Me detuve y giré hacia él.

Se acercó sin prisa.

Cuando estuvo frente a mí, inclinó apenas el rostro. Sentí su respiración rozar mi piel un segundo antes de que sus labios tocaran mi mejilla.

Fue un beso suave, contenido… y, sin embargo, arrollador.

—Espero que lo pases bien —susurró en mi oído, tan cerca que el calor de su voz descendió como una corriente por mi espalda.

Luego me miró como si aquel beso también le hubiera dolido.

Y se fue sin mirar atrás.

Me quedé inmóvil, pero con el pulso desbocado.

Después de unos segundos, solté todo el aire retenido.

Tenía una cita con Noah. Pero, en realidad, lo único que quería era correr detrás de Astor.

CAPÍTULO 7

«Cuida tus alas. Hay gente que no puede volar y te odiarán por hacerlo»
—Edisson A. Cajilima Márquez

Doriana



El restaurante era elegante, de luces cálidas y conversaciones contenidas que flotaban en el aire. Las obras de arte salpicaban los distintos rincones y la decoración estaba cuidadosamente pensada. Todo estaba en su sitio: la mesa perfectamente dispuesta, las copas brillando bajo la luz tenue, la música suave acompañando sin imponerse.

Noah también.

Era atento y correcto en cada gesto, el tipo de hombre con el que cualquier velada debería, en teoría, resultar perfecta. Sin embargo, yo sentía que había algo ausente, como si la noche estuviera bien, como si todo fuera correcto… pero le faltara alma.

Lo observaba mientras hablaba; asentía en los momentos adecuados e incluso sonreía cuando correspondía. Pero había algo mecánico en cada una de mis reacciones, como si mi cuerpo se limitara a seguir un guion.

Noah no pareció notarlo. O tal vez sí, pero fue lo bastante educado como para no señalarlo.

A medida que la velada avanzaba, mientras él continuaba hablando —del hospital, de un caso reciente—, mi atención comenzó

a deshilacharse. Sus palabras se escurrían por mis sentidos, pero ninguna dejaba rastro.

En cambio, otras cosas sí.

Un recuerdo. Una voz. Una mirada celeste demasiado intensa, detenida en el espacio estrecho de un ascensor.

Bajé la vista hacia mi copa de vino, girándola suavemente entre los dedos.

—Estás muy callada —comentó Noah, con una sonrisa amable.

—Lo siento, ha sido un día largo.

Asintió, aunque no supe si terminó de creerme.

—Si estás muy cansada, podemos pedir el postre e irnos.

Era justo lo que quería, pero en lugar de alivio, sentí una punzada de culpa.

Alcé la mirada hacia él. No sentí ese vértigo que nunca pedí… pero que ahora, de forma inexplicable, echaba de menos.

—No —dije finalmente, esbozando una sonrisa suave—. Te lo agradezco, pero ambos sabemos que el cansancio es algo con lo que lidiamos a diario. Forma parte de nosotros.

—Muy cierto. Podemos volver a salir un día que ambos libremos. ¿Estás de acuerdo?

—Me parece una buena idea. Gracias, Noah.

Noah me dejó en la puerta de mi edificio y se fue.

Se despidió con la promesa de volver a vernos, pero no insinuó subir, y yo tampoco lo invité.

Al entrar en casa, me dejé caer en el sofá.

La frustración empezaba a mezclarse con un malestar creciente: me dolía la cabeza, las piernas me pesaban y me sentía completamente destemplada. Tenía la sensación de estar afiebrada.

Fui hasta mi maletín, busqué el termómetro y me lo coloqué bajo el brazo. Como sospechaba, tenía más de 38 °C. No me sorprendió.

En las últimas semanas, en el hospital abundaban los casos de influenza.

Me duché, tomé un analgésico y me metí en la cama.

A los pocos minutos, el sueño me arrastró sin ofrecer resistencia.



Un ruido seco me despertó.

El reloj de la mesa de noche marcaba las dos y diez de la madrugada.

Intenté incorporarme, pero todo me dio vueltas. Seguramente la fiebre había subido. Antes de que lograra salir de mi dormitorio, la puerta se abrió.

—Ya estás acá —dijo Elena entre risas—. Veo que tu cita fue un fracaso porque pareces una muerta en vida. Yo, en cambio, la pasé increíble.

—Me alegro por ti, Elena. Estoy afiebrada y no me siento nada bien. Te agradecería que no hagas tanto ruido; necesito descansar.

—¡¿Estás enferma?!

—Es influenza. Y es bastante contagiosa, así que deberías mantener distancia —aconsejé.

Aunque era cierto y buscaba cuidarla, también me ofrecía la excusa perfecta para estar tranquila.

—No, no, no. Si estás enferma, yo no puedo quedarme aquí. Me voy unos días a lo de un amigo. No puedo enfermarme ahora; la estoy pasando demasiado bien.

—¿Un amigo? —pregunté, desconcertada. Tenía entendido que vivía conmigo porque no tenía dónde ir.

—El hombre con el que estoy saliendo. Le voy a pedir que me deje pasar unos días en su casa porque, justo ahora, a mi hermana se le dio por enfermarse.

Negué con la cabeza. Una punzada en la nuca me obligó a cerrar los ojos por un instante.

—No elijo cuando enfermarme, Elena. Pero me parece bien que no te quedes acá. Llámame si tienes síntomas y te digo qué medicina tomar.

—¡No puedo creerlo! Me voy ahora mismo —dijo, y cerró la puerta tras de sí.

Ni siquiera me preguntó si necesitaba algo.

Pero ese pensamiento se disipó casi al instante, arrastrado por el peso del cansancio y la fiebre.

Qué cama más bonita. Ahora mismo eres lo que más quiero en el mundo.

La cama me cobijó como si fuera el único lugar del mundo que aún no exigía nada de mí.

CAPÍTULO 8

«Todos estamos rotos, así es como entra la luz»
—Ernest Hemingway

Astor



A las tres de la madrugada dejé a Octavio a cargo de *Vértigo* y regresé a mi piso. Aunque, siendo sincero, fue él quien prácticamente me echó porque mi mal humor ya había agotado su paciencia.

Últimamente había descubierto lo que era perder el buen humor y arrastrarme al trabajo con una amargura que no lograba disimular. Y no quería pagar mi frustración con los demás.

Pero esa noche ya no podía estar en el local. Mi cabeza estaba atrapada en un único pensamiento. Saber que Doriana estaba en una cita me estaba matando.

Habían pasado horas desde la última vez que la vi y, aun así, era incapaz de concentrarme en cualquier otra cosa. No había manera —ni física ni mental— de arrancarme de la cabeza la imagen de ella ahí afuera, compartiendo la noche con otro en una maldita cita.

Y si solo hubiera sido furia, quizá habría podido soportarlo.

Pero no.

Se mezclaba con una maraña de emociones contradictorias, entre ellas, una necesidad casi dolorosa de volver a besarla.

Me pasé las manos por el cabello una vez más. A esas alturas debía tener el pelo completamente revuelto.

El ascensor se detuvo en la planta baja de mi edificio y Elena salió de él con un bolso de viaje colgado del hombro.

—Hola, guapo.

—Hola, Elena.

—¡Por Dios! ¿Por qué tienen todos tan mala cara hoy? No me digas que tú también contrajiste influenza.

Aquello captó mi atención de inmediato.

—¿Quién tiene influenza?

—Doriana. Está en cama, hecha un desastre. Te aconsejo que ni te le acerques.

—¿Doriana está enferma? —pregunté, con un hilo de preocupación tensándome la voz.

—Mucho. Parece más muerta que viva. Pero no te acerques; me dijo que es altamente contagiosa. Yo me voy unos días porque no pienso contagiarme.

—¿No deberías quedarte a cuidarla y ayudarla?

Elena soltó una risa incrédula.

—¿Estás loco? Eso sería condenarme a terminar hecha una piltrafa igual que ella. Ni en broma.

Ya había notado que esa chica era egoísta y trataba muy mal a Doriana. Pero eso era simplemente maldad y ausencia total de empatía. Había conocido muchas chicas malas, pero Elena ni siquiera se molestaba en esconderse detrás de un velo de decencia. Era puro descaro, sin filtro ni culpa.

Salió caminando con rapidez, aunque unos pasos después, se detuvo y giró para mirarme por encima del hombro.

—Tú y yo tenemos una cita pendiente, guapo. Cuando vuelva y mi hermana esté metida en el hospital, puedes invitarme a tu dormitorio… o yo al mío. Vemos una película o… hacemos algo más interesante.

Vemos una película o hacemos algo más interesante.

Ni lo sueñes.

No le respondí.

Entré al ascensor con otra idea.

Ya podía repetirme mil veces que aquello no era asunto mío. Mi cuerpo parecía decidido a ignorarme.

Presioné un botón. No el de mi piso. Uno anterior.

No debía estar preocupado por la doctora. Seguro que ella sabía cuidarse sola. Eso era lo que me repetía, como si insistir en ello pudiera poner orden al caos que llevaba dentro.

Pero ni siquiera así conseguí apagar aquella necesidad urgente y obstinada de verla con mis propios ojos y asegurarme de que estaba bien.

CAPÍTULO 9

«Valora a quien te dedica su tiempo, porque te está dando algo que nunca recuperará»

—Mario Benedetti

Doriana



Nuevamente, un ruido me arrancó del sueño.

Esa vez era persistente e incómodo, pero estaba demasiado agotada como para preocuparme por identificarlo.

El sonido continuó, insistente, acompañado de golpes secos contra la puerta. Imposible ignorarlo. Fuera quien fuese, no parecía dispuesto a desistir.

Abrí los ojos y me incorporé con esfuerzo. Tardé unos segundos en comprender que era el timbre y que, además, alguien golpeaba la puerta con urgencia.

¿Elena habría vuelto?

Tal vez había olvidado las llaves.

Y, de forma absurda, me invadió la esperanza de que hubiera regresado por mí. Preocupada. Dispuesta a cuidarme.

Saqué las piernas de la cama y noté que seguía mareada e inestable, pero aun así me obligué a ponerme en pie y caminar hasta la entrada.

Ni siquiera pregunté quién era. A esa hora de la madrugada, no podía ser otra persona.

—Voy… un momento —murmuré, pasándome las manos por el rostro para despertarme del todo—. ¿Olvidaste las llaves… ?

Abrí la puerta. Y me quedé sin habla.

—¿Cómo estás? ¿Qué tienes? —balbuceó él, recorriéndome con la mirada.

La sorpresa de encontrar a Astor frente a mí —mirándome con algo que se parecía demasiado a la preocupación— me dejó incapaz de reaccionar. Solo pude parpadear.

—Doriana, ¿cómo estás? —se inclinó hacia mí y apoyó una mano en mi frente—. Maldición… estás ardiendo. ¿Cuánto tiempo llevas así?

—¿Q-qué haces aquí? —logré decir, apartando su mano con debilidad.

Frunció el ceño.

—Necesitas que alguien te cuide.

—Por supuesto que no. Por si no lo recuerdas, soy doctora. Y lo que en verdad necesito es que te vayas para poder volver a la ca…

No llegué a terminar la frase.

De pronto estaba en el aire, sostenida entre sus brazos con una firmeza que no admitía réplica.

Debí haberme resistido, pero ya no tenía fuerzas. Y, para mi desconcierto, allí me sentía mejor.

—Bájame —susurré apenas, aunque fui consciente de que terminé apoyando la cabeza contra su pecho, casi hipnotizada por el latido firme de su corazón.

—Te voy a llevar a la cama. Estás tan enferma que apenas puedes hablar —replicó.

No respondí.

Solo respiré y… su aroma me envolvió.

Olía de maravilla.

Olía limpio, cálido, peligrosamente reconfortante.

—Vamos, Doriana —dijo con suavidad—. Vamos a meterte en la cama.

Negué apenas con la cabeza.

—Vete, por favor. Esto no es… apropiado. No quiero que me veas así.

Me dejó sobre la cama con una delicadeza inesperada. Apartó un mechón de pelo de mi frente y me observó.

—¿Así cómo? ¿Hermosa? ¿Más bella que nunca?
—No te burles de mí.

Sus dedos rozaron mi mejilla con una lentitud que me descolocó. Incluso en mi estado de aturdimiento, fui capaz de apreciar su mirada: intensa y dolorosamente sincera.

—Es la verdad. Eres la mujer más hermosa que he visto… y la más terca también. Déjame ayudarte. Sé que estás sola; me crucé con tu hermana y me dijo que estabas enferma —comentó, y su gesto se endureció—. No debió dejarte sola.
—No tienes que hacerlo. Es influenza y vas a contagiarte.
—No me importa —respondió sin dudar—. Además, tengo un excelente sistema inmunológico. ¿Qué necesitas?

Qué te quedes.
El pensamiento cruzó mi mente antes de que pudiera detenerlo.

—No necesito nada. Soy doctora.
—Y también eres un ser humano que se pone enfermo —afirmó, volviendo a apoyar su mano sobre mi frente—. Tienes fiebre y estás temblando. Cúbrete —ordenó, acomodándome la manta sobre mí con cuidado—. ¿Qué medicinas puedes tomar?
—Ya tomé algo. Puedo volver a hacerlo en… dos horas, más o menos.
—¿Quieres agua?

—Tengo aquí —respondí, señalándole el vaso sobre la mesa de noche.

—Bien. Entonces descansa. Yo me quedo por si necesitas algo.

—¿Qué? No es necesario.

—Sí, lo es. Ahora deja de discutir y duérmete —sentenció, en un tono que no admitía réplica.

—¿Dónde vas a dormir?

Astor miró alrededor antes de señalar el sillón junto a la ventana.

—Ahí.

Negué con la cabeza.

—Con tu tamaño, mañana te va a doler todo el cuerpo. Puedes dormir en la cama de Elena.

—No pienso dormir allí. Me quedo aquí, contigo.

Suspiré lentamente.

—No sé por qué lo haces… pero gracias.

—Duérmete.

—Pero… ¿por qué? —insistí en voz baja.

—Porque verte así… —se detuvo un segundo— hace que lo único en lo que pueda pensar sea en cuidarte.

El impacto que provocaron en mí aquellas palabras fue devastador. Y, por la expresión en su rostro, juraría que él también se sorprendió al escucharse decirlas.

Sostuvo mi mirada unos segundos más antes de apartarse.

—Voy por más agua.

Yo solo cerré los ojos.

Y mientras el sueño volvía a arrastrarme lentamente, lo único que podía escuchar en mi cabeza era: *lo único en lo que puedo pensar es en cuidarte…*

Cuando volví a despertar, la habitación estaba sumida en penumbras, apenas iluminada con las luces tenues del espejo del tocador. Astor estaba inclinado sobre mí, comprobando mi temperatura con su mano en mi frente.

—Hola —dijo en voz baja—. ¿Cómo te encuentras?
—Como si una aplanadora me hubiera pasado por encima.

Una leve sonrisa cruzó su rostro.

—Es porque sigues con fiebre —dijo, sentándose en el borde de la cama.
—¿Por qué sigues aquí? Ya te dije que te vas a contagiar.
—Me lo has preguntado toda la noche. No has parado de hablar.

Eso me hizo espabilarme del todo. Abrí mucho los ojos, temerosa ante la posibilidad de haber dicho algo que fuera comprometedor. Me incorporé despacio y apoyé la espalda contra el cabecero.

—¿Qué… qué te dije?
—Me repetiste unas cien veces que me fuera. Eres bastante gruñona cuando estás enferma —dijo, reprimiendo una sonrisa.

Exhalé tanto que sentí que me desinflaba.

—Lo siento.
—No lo hagas, porque también me halagaste bastante. Si mal no recuerdo, dijiste que mis ojos eran los más bonitos que habías visto.

Sentí que mis mejillas ardían, y no por culpa de la fiebre.

—Eso no es verdad.
—Te aseguro que sí. Además… creo recordar que sugeriste que me acostara contigo porque huelo increíble —dijo, riendo entre dientes.
—Mentiroso.
—En eso no —replicó mientras se levantaba—. Ahora basta de tanta cháchara y dime dónde están las medicinas; necesitas tomar algo para bajar la fiebre.

—Creo que aquí la doctora soy yo.

—No esta noche. Ahora, eres la paciente. Dime dónde están.

—En el armario de las medicinas del baño —respondí bufando, aunque admitía que aquella atención se sentía realmente bien.

Su inesperada preocupación me provocó una mezcla extraña de alivio y tristeza. Quizá porque me di cuenta de lo mucho que quería sentir que le importaba a alguien.

Regresó unos segundos después con la medicina y un vaso de agua.

—Aquí tienes.

—Gracias.

Tomé la medicina y volví a apoyar la cabeza en la almohada.

Entonces, sin decir nada, acomodó el acolchado sobre mí con cuidado. Debí mirarlo con demasiado asombro porque, cuando nuestros ojos se encontraron, él se aclaró la garganta antes de hablar.

—¿Mejor?

—Sí, gracias.

—Voy a volver al sillón —avisó, señalándolo con un gesto de cabeza.

Y, en un impulso completamente irracional, me escuché decir:

—Acuéstate en la cama. No puedes dormir ahí.

Se quedó inmóvil.

Y me miró con una sorpresa tan evidente que me apresuré a justificarme.

—No puedo permitir que pases la noche en ese sillón. Solo… te estoy devolviendo el favor por acompañarme esta noche. Aunque no sé si realmente es un favor, porque lo único que lograré será contagiarte.

—¿Segura?

—Por supuesto que te vas a contagiar.

—No hablo de eso —dijo con calma—. Quiero saber si estás segura de que me acueste allí —añadió, señalando la cama.

Asentí.
Tras una leve vacilación, se quitó los zapatos y se sentó a mi lado.
Y el espacio entre nosotros se volvió peligrosamente pequeño.

—Puedes acostarte.
—Tú solo descansa. No te preocupes por mí.
—Gracias.

Astor me sostuvo la mirada unos segundos. Parecía cansado.

—Deja de agradecerme, Doriana —dijo al final—. Te aseguro que cuidar de ti no me convierte en una buena persona. Harías bien en recordarlo.

Sus palabras me desconcertaron.
Pero, por primera vez en toda la noche, no tuve fuerzas para preguntar qué quería decir realmente.

CAPÍTULO 10

«No eran amantes, no eran novios y tal vez no eran amigos. Pero siempre fueron el uno para el otro»
—Mario Benedetti

Doriana



El agotamiento y la fiebre debieron de haberme sumido en un sueño profundo porque, cuando volví a abrir los ojos, la luz de la habitación había cambiado. Ya era de día.

Estaba claro que ese día no podría trabajar. Me tocaba la guardia de la noche, pero tendría que avisar cuanto antes al hospital para que pudieran cubrir mi turno.

Miré el reloj.

Apenas pasaban de las ocho de la mañana.

Entonces vi una nota sobre la mesita de noche: «*Llámame cuando despiertes».* Y, debajo, estaba su número.

La observé unos segundos. Seguramente, Astor estaría trabajando o habría vuelto a su piso a descansar. Después de todo lo que había hecho por mí, no quería seguir molestándolo, así que decidí ignorar la nota.

Saqué las piernas por el borde de la cama y, cuando comprobé que no estaba mareada, me puse de pie y me encaminé hacia el baño.

Después de ocuparme de lo urgente, me di una ducha rápida y me lavé los dientes. Seguía sintiéndome fatal y el cuerpo todavía me

pesaba, pero lo peor parecía haber pasado. Necesitaba desayunar, tomar la medicina y llamar al hospital.

Me puse una bata sobre la ropa interior y salí hacia la cocina.

Y me quedé paralizada.

Solo pude observar —con una mezcla de curiosidad y desconcierto— al hombre que estaba allí, cocinando algo que olía a huevos revueltos. La escena, doméstica y silenciosa, parecía que no pertenecía a mi piso… ni a mi vida.

Intenté ocultar mi sorpresa, aunque no creo haberlo conseguido.

Debió sentir mis pasos porque giró hacia mí con una espátula en la mano y una calma absoluta en el rostro.

Todo lo contrario a mí.

No entendía por qué, pero me invadió la timidez y una torpeza repentina que me cerró la garganta. Como si de pronto, no supiera qué hacer con el cuerpo ni con la voz.

—Vuelve a la cama, Doriana. Te voy a llevar el desayuno allí —ordenó.

—Buenos días para ti también —saludé con sarcasmo mientras me acercaba a la barra de la cocina, fingiendo una naturalidad que no sentía—. Y estoy bien. No me gusta estar acostada mucho tiempo.

—Te dejé una nota para que me avisaras cuando despertaras. La idea era que yo fuera con tu desayuno, no que vinieras tú.

El espacio entre nosotros parecía más reducido de lo que realmente era.

—¿No tienes que trabajar? No tengo idea de a qué te dedicas, pero supongo que sí trabajas. No quiero ocasionarte problemas ni seguir molestándote. Ya has hecho demasiado por mí y te lo agradezco, pero me siento mejor y puedo arreglármelas sola.

—Trabajo en la noche y no es ninguna molestia. Además, sigues teniendo mala cara. —Su mirada se detuvo en mí un instante más de lo necesario—. Todavía estás muy pálida y demasiado débil para poder ocuparte de ti misma.

—Es por la fiebre, pero me siento mejor —respondí, y le sostuve la mirada apenas un segundo antes de apartarla—. Voy a comer algo para volver a tomar la medicina porque, si no, mi estómago no va a soportarla. —Hice una pausa antes de volver a mirarlo—. ¿Dijiste que trabajas en la noche? ¿También trabajas en el área de la salud?

—No, trabajo en un bar-discoteca.

—Ah… entiendo. ¿Y tienes algún día libre?

—Hoy —respondió enseguida, sin levantar la vista, concentrado en la sartén.

—¿Hoy? ¿En serio?

Para mi sorpresa, se encogió de hombros sin mirarme. No pareció un gesto casual. Evitó mis ojos con una precisión demasiado consciente como para ser accidental.

—O tal vez me estoy rebelando y falté al trabajo para estar con una hermosa chica.

—Pues no deberías hacerlo. No sé de qué chica hermosa hablas, pero esa chica no debería permitir que tengas problemas en tu trabajo.

—Tú eres la hermosa chica. Y no voy a tener problema porque… —Alzó la mirada hacia mí, como si quisiera medir el efecto de sus palabras—. Yo soy el propietario.

—¿El propietario? ¿Cómo se llama el lugar? Tal vez he ido alguna vez.

—Sí, has ido. Es *Vértigo 360*.

El recuerdo me alcanzó antes de que pudiera evitarlo. Allí me había besado.

—Así que aquella noche estabas allí por eso —dije, y supe demasiado tarde que no debí hacerlo.

—¿A qué noche te refieres exactamente?

—A la noche que… que…

—¿Te besé? —preguntó. No apartó la mirada, y eso fue lo más difícil de sostener.

—Sí… ese «favor» innecesario.

—¿Favor? —esbozó una sonrisa breve—. Eso no fue un favor, Doriana. Eso fue un impulso irrefrenable de besarte.

Dejó el plato con el desayuno frente a mí, sobre la barra de la cocina. Sus dedos se tensaron un segundo alrededor del borde antes de soltarlo.

Su respuesta me impactó y sentí cómo algo en mí se descolocaba. Desvié la mirada hacia el desayuno porque fui incapaz de sostenérsela.

De repente estaba famélica, aunque no sabía si era hambre real o una forma de escapar de lo que acababa de decirme.

—Gracias.

—¿Por qué? ¿Por besarte? —preguntó, con una sonrisa apenas ladeada.

¡Madre mía!

—No —negué rápidamente—. Por el desayuno.

—Ya te dije que no me agradezcas. Aunque, ahora que lo pienso… tal vez puedas encontrar otra forma de hacerlo cuando te recuperes.

Aparté el tenedor de los labios y lo miré fijamente.

—¿Perdona?

—Favor con favor se paga —respondió, ocultando una sonrisa.

—Favores en cara echados ya están pagados.

Eso consiguió que Astor finalmente se riera.

Y al verlo reír entendí algo: todo en él parecía medido —los gestos, la voz, incluso el silencio—, salvo esos instantes breves en los que algo se desordenaba y desaparecía antes de que pudiera descifrarlo. Había algo en él que me empujaba a mantener distancia, y algo —más silencioso— que hacía exactamente lo contrario.

Se sentó frente a mí, arrastrando apenas la silla, y comenzó a desayunar con una calma que contrastaba con el caos que yo sentía por dentro.

—¿Cómo te fue en tu cita de anoche? —preguntó de repente.

Levanté la vista.

—¿Por qué quieres saberlo?

—¿Es un delito querer saber algo de ti?

—Depende de lo que quieras saber —repliqué.

—Vamos, relájate —insistió—. Nada saldrá de aquí. Conmigo… estás a salvo de todo lo malo.

—¿Porque tú eres todo lo malo? —pregunté, arqueando una ceja.

Sonrió, pero con una especie de sonrisa amarga y apartó la mirada.

—Quizá lo sea.

Hubo un matiz en su voz —breve, casi imperceptible— que no supe cómo interpretar. Tampoco se me ocurrió qué responder. Me dejó extrañamente desorientada aquel cambio repentino de humor.

Después de eso, seguimos desayunando en silencio. No era incómodo, pero tampoco tranquilo. Era como si hubiera algo suspendido entre nosotros, algo que ninguno de los dos parecía dispuesto a hablar.

Me sentía ansiosa. Extraña.

Aunque seguramente todo era culpa de la influenza… ¿verdad?

Después del desayuno regresé a la cama porque me seguía doliendo todo el cuerpo.

Astor volvió a su piso para ducharse y cambiarse, pero antes me pidió un juego de llaves para poder entrar sin que yo tuviera que levantarme cada vez que regresara. Intenté convencerlo de que no hacía falta que volviera, aunque supe —casi con certeza— que, de no dárselas, no se habría marchado.

Y aun así, aquello no tenía sentido.

Yo jamás le habría dado mis llaves a alguien que acababa de conocer.

Salvo a él.

Astor me inspiraba confianza. Estaba convencida de que era una buena persona, alguien honesto, pese a todas las sombras que

parecían rodearlo. Y, cuando me cuidaba o notaba su preocupación por mí, una sensación cálida se extendía por todo mi cuerpo.

Solo pensar que lo tendría conmigo todo el día me provocaba unas cosquillas en el estómago que nada tenían que ver con el malestar o la incomodidad.

Cuando volví a acostarme tenía muchas cosas dándome vueltas en la cabeza; por eso decidí encender el televisor para distraerme. Un documental de *National Geographic* terminó acompañándome durante los pocos minutos que conseguí mantenerme despierta antes de volver a conciliar el sueño.



Cuando desperté otra vez, me giré en la cama y respiré hondo.

Por fin me sentía mejor.

Al menos, no me dolía la cabeza y la fiebre parecía haberse disipado. Dormir era maravilloso. Calculé que, al menos, había dormido un par de horas.

Volví a acurrucarme. Pero al mover las piernas, noté algo contra ellas.

Sin alzar la cabeza, todavía sumida en esa bruma espesa del despertar, abrí un ojo… y luego el otro.

Y entonces lo vi.

Astor.

¡Madre del amor hermoso!

Estaba acostado a mi lado.

Bueno… no exactamente. Se había quedado en el extremo opuesto de la cama, pegado al borde, como si hubiera intentado ocupar el menor espacio posible.

Y dormía profundamente.

Completamente despierta, me permití observarlo.

Llevaba una camiseta blanca y un pantalón gris de chándal. Solo se había quitado los zapatos. El cabello, ligeramente revuelto, suavizaba aún más su expresión. Sus pestañas temblaban apenas, señal de un sueño profundo.

Observé su perfecto perfil.

Era, sencillamente, extraordinario.

Nunca había conocido a un hombre tan atractivo como él.

De pronto, como si hubiera sentido mi mirada, abrió los ojos.

Sonreí.

Él me devolvió una sonrisa adormilada, cálida.

—Eh —susurró—. ¿Cómo te sientes?

Asentí.

—Mucho mejor. Gracias.

—Discúlpame. Me quedé dormido —explicó—. Me senté aquí para vigilar que no volviera a subirte la fiebre mientras veía televisión y… debí cerrar los ojos en algún momento.

—No tienes que disculparte. En todo caso, soy yo quien debería hacerlo por todas las molestias que te estás tomando.

—¿Te parece que holgazanear es una molestia? —dijo, sonriente —. Hace mucho tiempo que no pasaba un día sin prisas, sin horarios y sin tener que correr de un lado a otro.

—Yo tampoco.

Me miró con lo que a mí me pareció dulzura.

—Siempre pareces cansada.

Solté una pequeña sonrisa.

—Puede ser. Pero, aunque la medicina implica una responsabilidad enorme, me gusta lo que hago. Todos los días me enfrento a situaciones en las que mis decisiones y acciones pueden marcar la diferencia entre la vida y la muerte de un paciente. Esa responsabilidad es abrumadora. El estrés es parte de la medicina.

Algo en él cambió. Fue sutil, pero inconfundible. Mi comentario pareció tensarlo de inmediato. Apartó la mirada y se puso de pie.

—Voy a traerte agua.

Me senté y lo miré con el ceño fruncido.

—Tengo aquí, Astor —dije, señalándole el vaso sobre la mesa de noche.

—Entonces voy a prepararte un té.

Su voz había cambiado. Sonaba más firme. Más distante.

Se dirigió hacia la puerta con rapidez, como si necesitara salir de la habitación.

Lo observé, confundida.

¿Qué acababa de pasar?

—Astor —llamé. Se detuvo y me miró—. ¿Sucede algo?

Pasaron unos segundos en los que esperé con el alma en vilo a que me respondiera.

—No —respondió al fin—. Voy a traerte algo de comida.

Sabía que no me había dicho la verdad.

—No tengo hambre. ¿Puedes quedarte y… no sé… vemos una película?

Se pasó las manos por el pelo y soltó el aire lentamente.

—Yo sí necesito agua. Ya vuelvo…

Y salió de la habitación.

Todo quedó en silencio, pero no era el mismo de antes: ahora tenía peso, como si algo invisible hubiera quedado suspendido en el aire.

CAPÍTULO 11

«Hay miradas que empiezan donde terminan las palabras»
—Anónimo

Astor



Esa noche decidí no quedarme con Doriana e irme a *Vértigo*, pero me aseguré de dejarle comida preparada antes de marcharme. No podía permanecer un minuto más a su lado. Y no porque no me gustara. Era justamente lo contrario. Ese era precisamente el problema.

—Estás pensando en la doctora, ¿no? —inquirió Octavio—. Desde que la conoces, tienes cara de gilipollas. ¿Tan terrible fue estar con ella?

¿Terrible?

No.

Hacía muchísimo tiempo que no me sentía tan bien con alguien. Tan jodidamente cómodo. Pero, en el momento en que comenzó a hablar de su profesión, de salvar vidas… todo cambió. Como si la realidad, cruel y puntual, me obligara a recordar quién era ella: la mujer ligada al peor recuerdo de mi vida.

—No estuve con ella.

—No hablo de sexo; tengo claro que estaba enferma. Me refiero a estar en su casa, compartir tiempo con ella. No sé… nunca habías dejado de venir al local por una mujer, y mucho menos para *cuidarla*.

—Creo haberte dicho que mi plan es seducirla para que…—inspiré profundamente, porque hasta a mí me costaba decirlo—…no quiera volver a verme y se largue del edificio.

—¡No me jodas! ¿Sigues con esa idiotez? Esa mujer te importa más de lo que quieres admitir, y no me creo que *tu plan* sea que te odie. —Me miró fijamente, con seriedad—. Tampoco me trago que te hayas acercado a ella y la hayas cuidado para luego hacerle daño.

—Te equivocas.

Mi amigo bufó.

—Mira… yo creo que deberías contarle la verdad. Decirle que ya la conocías, que atendió a tu abuelo. Quizá puedan hablar tranquilos de lo sucedido y olvidarte de toda esa mierda que se te ha metido en la cabeza.

Solté una risa amarga.

—¿Mierda? Yo lo único que quiero es dejar de verla. Tengo que cruzarme cada día con la persona que, no solo no lo salvó, sino que además fue quien nos dio la maldita noticia. Cada vez que la veo, vuelvo a ese instante. El peor de mi vida.

Octavio me sostuvo la mirada.

—Los médicos no son dioses, Astor. Si fuera así, los seres humanos seríamos eternos. Además, si ella les dio la noticia, fue porque tuvo la valentía de enfrentarlos. Eso habla mejor de ella de lo que supones. No todos los médicos lo hacen.

—No lo entiendes…

O quizá sí. Y eso era lo que más me molestaba.

—¿Te enamoraste de ella? —preguntó, sin rastro de burla ni ironía en su voz.

Solté una risa seca.

—¿Qué gilipollez dices? —exclamé, más irritado de lo que me habría gustado—. Ni siquiera me la follé. —Le dediqué una mirada

irónica—. Nadie se enamora de una mujer antes de habérsela follado.

La mentira quedó flotando entre nosotros.
Octavio me golpeó el hombro con suavidad.

—Qué romántico te has puesto, amigo.
—Sabes perfectamente que nunca fui romántico.
—Lo único que sé es que, si haces lo que estás pensando, serás un hijo de perra sin escrúpulos.

Apreté la mandíbula porque, en el fondo, sabía que tenía razón.
Después de conocerla, de verla sonreír sin defensas, mi plan ya no encajaba igual. Doriana no era lo que yo necesitaba que fuera. No era fría. No era superficial. No era fácil de odiar. Era una mujer dulce, natural y… condenadamente *sexy*. Tenía esa forma tranquila de mirar que desarmaba más que cualquier sonrisa.
Necesitaba encontrar algo en ella que me permitiera seguir adelante con mi plan.

—No voy a enamorarla, solo voy a seducirla para acostarme con ella.
—¿Cómo piensas hacerlo? —preguntó, con desaprobación.

Aparté la vista unos segundos antes de responder.

—Acercándome. Ganándome su confianza. Voy a seguir actuando como el tío perfecto hasta que confíe completamente en mí. Luego me encargaré de que sepa por qué lo hice. ¿Quedó claro?
—¿Claro para quién? — replicó con dureza.
—¿Qué?

La desaprobación le endureció el gesto.

—Deberías poner el freno aquí —respondió, poniéndose de pie mientras el bar empezaba a cobrar vida—. Vas a romperle el corazón a una persona que no tiene culpa de nada.
—No le voy a romper el corazón.
—Ah… es verdad… solo le vas a romper la ropa.

—No le voy a romper el corazón —repetí, aunque esa vez, sonó más como una necesidad que como una certeza.

—En fin… al menos ten la decencia de no decirle que la amas.

Asentí en silencio.

Fue entonces cuando vimos a Ámbar a unos metros, fingiendo limpiar una mesa. En cuanto nuestras miradas se cruzaron, apartó la vista y se alejó deprisa.

Octavio frunció el ceño.

—¿Habrá escuchado? —preguntó, preocupado.

—¿Qué más da? Es lo que hay —respondí, poniéndome de pie—. Ni siquiera sabe de quién hablábamos.

—No me gusta que haya escuchado *esa* conversación —murmuró él.

—Si lo dices por lo que piense de mí, me importa un pimiento. Si cree que soy un hijo de puta, mejor. Así dejará de hacerme ojitos.

—No me gusta —repitió Octavio, sin dejar de mirarla.

—Olvídate de ella y volvamos al trabajo. Por lo que vi, vamos a tener una noche movida.

Octavio no respondió.

Solo negó con la cabeza.

Yo me limité a ocupar mi lugar detrás de la barra, aferrándome al trabajo como si pudiera acallar el ruido en mi cabeza.

Pero no sirvió de nada.

Porque, entre el hielo, las botellas y el murmullo creciente del bar, lo único que podía pensar era en ella.

En si habría cenado.

En si estaría descansando.

En… cómo se vería durmiendo en mi cama.

No sé en qué momento empecé a buscar excusas para volver a verla. Tal vez fue cuando cerré el bar y, en vez de irme a casa, mis pasos tomaron otro rumbo sin pedirme permiso. O quizás fue antes… cuando, entre cliente y cliente, me descubrí pensando en

ella más veces de las que estaba dispuesto a admitir. El caso fue que, cuando quise darme cuenta, ya estaba frente a su puerta.

Llamé.

Pasaron unos segundos.

Los suficientes para ponerme nervioso.

Hasta que la puerta se abrió.

—Astor…

No llevaba maquillaje. El pelo recogido de cualquier forma. Una camiseta amplia le caía por uno de los hombros y apenas le cubría los muslos.

Se me secó la garganta.

Estaba jodidamente preciosa.

Demasiado para alguien que debía evitar.

—Solo quería saber cómo estabas. ¿Te encuentras mejor?

Ella me observó unos segundos, como si intentara descifrar algo más detrás de mis palabras.

—Mucho mejor —respondió, abriendo un poco más la puerta—. Gracias por todo lo que hiciste por mí.

Ese «gracias» me golpeó en un lugar que prefería mantener intacto.

Y, aun sabiendo que era un error, entré.

—¿Cenaste? Te dejé comida —dije, señalando la cocina, aunque era evidente que ya lo sabía.

—Algo comí. —Sonrió apenas—. No tenías por qué hacerlo. De verdad te lo agradezco. Es algo que… no olvidaré.

La culpa me arañó por dentro. Porque no tenía idea de todo lo que escondía aquel gesto.

—No tienes que sentirte en deuda —murmuré.

Doriana cerró la puerta y se dio la vuelta despacio. Sin decir nada, acortó la distancia entre nosotros.

—No me siento en deuda. Me siento cuidada.

Se quedó ahí, tan cerca que podía percibir el calor de su cuerpo. La suavidad de su respiración. El leve temblor de sus labios.

—No es buena idea que me veas así —murmuré.
—¿Por qué no? Me cuidaste desinteresadamente…

¡Dios, nena! Si supieras.
No sabría decir si Doriana vio algún tipo de arrepentimiento en mis ojos, pero se acercó un poco más, quedando casi pegada a mí. La distancia entre nosotros desapareció. Un escalofrío me recorrió la espalda. Podía notar cómo mis propios instintos empezaban a imponerse sobre cualquier intento de lógica.

—Astor… —susurró, y su aliento me rozó la piel— me pones nerviosa.
—¿Por qué?
—No lo sé… Me late el corazón demasiado rápido. Y créeme… sé reconocer una taquicardia. Soy cardióloga.

Sus palabras me golpearon directo en el estómago. Más abajo, también. Tuve que contenerme cuando sus manos me acariciaron las mejillas con una delicadeza que casi dolía.
Le tomé las manos y las llevé hasta mi pecho.

—Como podrás sentir, a mí también me pasa.

Su mirada cayó un instante sobre mi boca.

—Astor…

Se puso de puntillas y me dio un beso en el cuello.

Dios.
Y el poco autocontrol que me quedaba terminó de romperse.
Ya no quedaba nada.
No había plan.
Solo estaba ella.

CAPÍTULO 12

«Y cuánto más te conozco, más me quiero contigo»
—Anónimo

Doriana



Astor me sostuvo la mirada durante un segundo que me pareció eterno y, al siguiente, me hizo retroceder hasta dejar mi espalda pegada a la puerta. Me levantó los brazos por encima de la cabeza, sujetó ambas muñecas con una mano y apoyó la otra mano junto a mi cuello, pegando su torso al mío.

Hubo un silencio breve y denso, roto únicamente por nuestra respiración agitada.

Me miró a los ojos con un brillo salvaje y primitivo.

Y entonces me besó.

Me devoró.

El corazón se me detuvo y luego empezó a palpitar como loco.

Y me rendí. Me rendí a su beso y a él. A esa necesidad feroz que llevaba creciendo desde que lo conocí.

Mi cuerpo cedió en cuanto se pegó al suyo.

Su lengua exigió más y lo único que pude hacer fue corresponderle con la misma intensidad.

Estaba segura de que nadie me había besado así.

Y yo tampoco había besado nunca de esa manera.

Astor apartó la mano de la pared y la llevó hasta mi mejilla para separarme aún más los labios y besarme con mayor intensidad. No hubo suavidad en aquel beso. Solo hambre.

Quería aprenderme su sabor. Absorber sus gemidos. Besar toda su piel. Rendirme al deseo imparable que palpitaba por todo mi cuerpo y se imponía a la razón.

Intenté soltar mis manos para tocarlo, pero Astor me lo impidió.

— Quiero tocarte… Suéltame, Astor —supliqué.

Sin dejar de besarme, me soltó.

Deslicé las manos por debajo de su camiseta despacio, acariciando sus abdominales. Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

Su mano buscó uno de mis pechos y me acarició por encima de la camiseta. Arqueé la espalda, necesitando más. Ya no podía contener lo que estaba sintiendo. Quería más.

Sentí su otra mano empezar a levantar mi camiseta y luego acariciar la silueta de mi ropa interior.

El gemido se me escapó.

Él respondió con otro, grave y contenido.

De pronto soltó una maldición entre dientes y rompió el beso. Retrocedió unos pasos y me miró confundido. Tan confundido como yo. Luego lanzó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—Esto no debería pasar —susurró, jadeante. Pero ni él parecía convencido de sus palabras.

Volvió a mirarme.

No aparté la mirada, y él tampoco lo hizo. Permanecimos en silencio, con aquellas palabras suspendidas entre los dos. Podían significar demasiadas cosas. Y yo necesitaba saber cuál de todas era cierta.

—¿Por qué? ¿Hice algo que te molestara?

Me sostuvo la mirada con una frustración casi dolorosa.

—Doriana, esta mañana todavía te sentías mal. No podemos seguir porque debes estar débil. Si continuamos… no sé si voy a ser capaz de detenerme. ¿Tienes una maldita idea de lo que me estás haciendo? —exhaló con pesadez—. Deberías estar en la cama.

La repentina ternura con la que me habló me hizo estremecer. No me estaba rechazando. Me estaba cuidando.

Astor podía ser cariñoso, comprensivo, incluso dulce. Y en ese instante estaba allí, conmigo, luchando contra sí mismo.

—Ya me siento bien.

Sonrió apenas y se pasó las manos por el pelo, dejándoselo todo alborotado. El gesto desprendía cansancio, nerviosismo… y un deseo apenas contenido.

—Me sorprende, doctora. Tú más que nadie sabes que debes cuidarte. Vamos, te acompaño a la cama.

—¿Te vas a quedar? —pregunté antes de poder detenerme.

Respiró hondo. Durante un instante, ambos permanecimos inmóviles, mirándonos a los ojos. Luego se acercó y me estrechó con fuerza contra su cuerpo. Lo rodeé por la cintura y escondí el rostro contra su pecho. Dejé que su aroma —cálido, adictivo, peligrosamente reconfortante— me envolviera y su calor penetrara en mi cuerpo.

Astor se apartó apenas para mirarme.

—Esta noche no puedo. Tengo que terminar de revisar unos papeles del bar y no sé cuánto tiempo me lleve. Pero, si necesitas algo… lo que sea, llámame enseguida. No importa la hora.

Sus palabras deberían haberme tranquilizado.

No lo hicieron.

En cambio, sentí cómo algo se hundía dentro de mí. Una gran decepción.

Pero lo que más me inquietó fue su mirada evasiva. Esa clase de mirada que, en la historia adecuada, podía doler de verdad, porque te atravesaba por dentro. Era una mirada repleta de remordimientos.

Y, aunque no lo dijo con palabras, me sentí rechazada.

Me deshice despacio de su abrazo.

—Lo haré, gracias. Es mejor que te vayas ahora —dije, señalando la puerta.

Astor frunció el ceño.

—Bien —dijo. Se pasó una mano por el pelo y pareció tan frustrado como yo—. ¿Me llamarás si necesitas algo?

Asentí.

—Doriana…
—No digas nada.

Esa vez fue él quien asintió.
Durante un instante pareció a punto de quedarse.
Pero se marchó.



Dos días después, ya había vuelto al hospital y estaba sumergida en la rutina de siempre.

De Astor no había vuelto a saber nada; no lo había visto ni una sola vez desde aquella noche.

Mi hermana también había vuelto a mi piso porque, según ella, no quería presionar a la persona con la que estaba saliendo. Aunque, por lo que me dijo, tampoco tenía intenciones de marcharse del mío en un futuro cercano.

En fin… todo parecía haber vuelto a la «normalidad».

Y, aun así, ya nada se sentía exactamente igual.

Una parte de mí seguía atrapada en aquel instante con Astor, en la forma en que me había mirado antes de marcharse.

—Cuéntamelo más despacio porque hay cosas que no entendí —me pidió Carlota.

Suspiré y removí el café solo para evitar mirarla.

—De verdad, no quiero seguir hablando de mi vecino.

Le había contado lo ocurrido con Astor la última vez que estuvo en mi piso, pero Carlota no lo veía como yo. Yo estaba convencida

de que se había arrepentido de besarme… y de haberme deseado. Quizá solo quería ser mi amigo.

Carlota, en cambio, estaba completamente segura de lo contrario. Según ella, Astor llevaba días buscándome… y tarde o temprano acabaríamos en la cama.

—Te recuerdo que ya estuvimos juntos en una cama… y no pasó nada —dije antes de beber un sorbo de café.

—¡Por favor! Estuvieron ahí como dos «Carmelitas descalzas». Y sabes perfectamente que me refiero a otra cosa. Yo te hablo de que ese hombre te quiere meter un tremendo magreo —soltó un suspiro exagerado—. A ver… es dueño de un bar donde cada noche debe tener una oferta femenina considerable. Qué digo considerable… debe de tener a media ciudad suspirando detrás de él. Y, si es el rubio que vi en *Vértigo*… cariño, ese tío está para cometer delitos sin importar la pena. Debería venir con advertencias legales. Y probablemente solo quiera pasar un buen rato y ya. Ahora bien, la verdadera pregunta es otra… ¿tú estás dispuesta a eso? Porque, y no lo tomes a mal, no te imagino acostándote con él y luego actuando como si nada hubiera pasado. Quizá por eso él también está dudando.

—Te repito que yo sí estaba dispuesta la otra noche. Fue él quien cortó el rollo y se marchó.

—Y yo repito —dijo, imitándome—: lo primero y más importante es saber qué quieres tú. Porque, sinceramente, con la vida que debe llevar ese hombre, no creo que esté buscando nada más serio que follar. No parece hecho para quedarse con una sola mujer.

—No lo sé…

—Ni «no lo sé» ni mis narices —me cortó enseguida—. Respóndeme: sí o no. ¿Quieres o no quieres?

Tardé unos segundos en responder, pero cuando lo hice, fue con total seguridad:

—Claro que quiero.

—Perfecto. Entonces esta noche vamos a *Vértigo*… y que pase lo que tenga que pasar o… dejamos que el rubio haga el resto.

CAPÍTULO 13

«Te invito a amanecer a mi lado. Yo pago las consecuencias»
—Anónimo

Doriana



Sentía un nerviosismo imposible de controlar, pero también una ilusión tan intensa como insensata. El nudo en el estómago se negaba a desaparecer y las manos me sudaban sin parar.

—No debería haber venido —dije, mirando a Carlota.

—¡Ay, por favor! Estás hecha una diosa. De verdad, Dori, estás escandalosamente *sexy*.

—Lo dices para levantarme el ánimo —respondí, mientras subíamos en el ascensor a la terraza donde estaba ubicado *Vértigo*.

—¿Te has visto en el espejo? Viniendo contigo yo pierdo toda posibilidad de ligar, pero ya estoy acostumbrada —dijo, haciendo un gesto con las manos, como si quisiera quitarle importancia—. Tú deslumbras, amiga.

—No digas bobadas —dije, aunque, por primera vez en mucho tiempo, yo también pensaba que me veía realmente bien.

Carlota me había obligado a usar un vestido que dejaba mi espalda completamente al descubierto. La tela se ajustaba a mi cuerpo, insinuando cada curva con una sensualidad elegante. También me había hecho unas suaves ondas en el pelo y se había encargado de que el maquillaje resaltara mis rasgos, especialmente mis ojos celestes.

—Bobadas son las que dices tú. Y ahora enderézate y cálmate, que ya llegamos —me advirtió, señalándome el panel del ascensor.

Sonó una campanita y las puertas se abrieron.

Cuando entré en *Vértigo 360*, lo primero que sentí fue el golpe de la música vibrándome en el pecho. El corazón me latía tan rápido que, por un instante, pensé que iba a marearme. Las luces recorrían la multitud como destellos líquidos, tiñendo cuerpos, copas y sonrisas.

—Desde que conocí este lugar ya no puedo ir a otro. Me encanta. Nos vamos a divertir mucho —exclamó Carlota, tironeando de mi mano.

Me dejé arrastrar, aunque mis ojos ya lo estaban buscando entre la multitud.

—Tu *sexy* vecino está detrás de la barra. Es aquél rubio, ¿verdad? —preguntó, levantando la voz por encima de la música.

Entonces lo vi.

Y entendí por qué era imposible no mirarlo. Sobresalía entre todos como si el lugar entero girara alrededor de él. Estaba sirviendo bebidas mientras conversaba con varias chicas que le sonreían con descaro. Llevaba una camisa negra remangada que dejaba al descubierto parte de los tatuajes de sus brazos.

—Sí, es ese —respondí, sin dejar de mirarlo.

—Vamos a saludarlo.

—No. Todavía no. Está rodeado de mujeres y… no quiero interrumpir.

Carlota bufó.

—Solo saludarlo, Dori.

—Dame un ratito, por favor.

—Está bien. Pero esta noche no nos vamos hasta que resuelvas lo tuyo con ese dios. Ahora ven a bailar.

Me arrastró hasta el centro de la pista y comenzó a moverse al ritmo contagioso de *Love Tonight* de Shouse.

Cerré los ojos e intenté concentrarme en la música para dejar de pensar en él. Estaba demasiado nerviosa. Sabía que no tenía nada que ver con la clase de mujeres a las que Astor debía de estar acostumbrado. Yo… ni siquiera era capaz de acercarme.

—Voy por algo fuerte porque necesitas relajarte. Y no te pregunto si quieres acompañarme porque sé perfectamente que vas a decir que no —dijo Carlota antes de desaparecer entre la gente rumbo a la barra.

Respiré hondo intentando tranquilizarme.

Apenas me quedé sola, un chico se acercó a mí.

—¿Bailamos?

Era alto, moreno y muy guapo.

—Sí, claro.

—Sancho —se presentó.

—Doriana.

—¿Estás sola?

—Vine con una amiga. Fue a buscar algo para tomar —respondí, señalando la barra.

Fue entonces cuando volví a mirar hacia allí.

Astor apoyaba las manos sobre la barra mientras seguía hablando con aquel grupo de chicas. Les dijo algo que las hizo reír y, como si intuyera que estaba siendo observado, levantó la mirada y recorrió la pista.

Cuando nuestros ojos se encontraron, me quedé sin aire.

Él dejó de hablar.

Parpadeó una sola vez.

No pude moverme, a pesar de que todo el mundo a mí alrededor bailaba. Solo mi corazón retumbaba dentro de mí.

—¿Vienes seguido, Doriana? —preguntó Sancho, obligándome a apartar la mirada de Astor. Y solo entonces recordé cómo respirar.

—Es la segunda vez que vengo.

—El lugar es impresionante, ¿verdad?

—Sí, lo es. Y la música es muy buena —respondí, mientras sonaba *I Think I'm Addicted*, de Oskar Med K.

Sancho asintió y tomó mi mano para hacerme girar. Cuando volví a quedar de frente, Astor estaba allí. Justo delante de mí, mirándome con una intensidad que me atravesó por completo.

Dios… había algo obscenamente sensual en él.

Tragué saliva, intentando deshacer el nudo que se me había formado en la garganta mientras nos mirábamos fijamente.

—Hola, Doriana. —Su voz grave, *sexy* y seductora me hizo estremecer.

—Hola, Astor.

—Veo que ya estás recuperada.

Sus ojos recorrieron lentamente mi cuerpo: mis caderas, mis pechos, mi boca… hasta regresar a mis ojos. El pecho le subía y le bajaba con visible intensidad.

—Sí, ya me encuentro bien.

—Doriana, ¿seguimos bailando? —preguntó Sancho.

—Baila conmigo —intervino Carlota de pronto, apareciendo a su lado para llevárselo antes de que pudiera insistir.

La observé tan sorprendida como Sancho, pero ella solo me guiñó un ojo antes de desaparecer entre la multitud.

Astor me tendió la mano.

Y yo la tomé.

Me hizo girar suavemente y luego atrajo mi cuerpo contra el suyo.

—¿Por qué no me dijiste que ibas a venir? —preguntó. Luego apartó mi cabello a un lado y rozó suavemente mi cuello con sus labios. Su perfume me envolvió de inmediato.

—¿Por qué debería decírtelo? —retruqué, con el corazón desbocado.

—No lo sé… Dímelo tú —respondió, y su voz sonó más apagada que antes, más insegura.

Me aparté apenas unos centímetros para poder mirarlo a los ojos, y reconocí el mismo deseo que llevaba días consumiéndome.

—Yo solo les cuento mis decisiones a mis amigos o a mi pareja —respondí, consciente de que estaba jugando con fuego.

—Y no me consideras ninguna de las dos cosas —afirmó, mientras su mano recorría lentamente mi espalda desnuda, dibujando pequeños círculos con el pulgar.

Le sujeté la barbilla y la acaricié con suavidad.

—No lo sé… Dímelo tú —susurré, devolviéndole sus propias palabras.

Astor sonrió de forma sutil, sin dejar de mirarme a los ojos. Pero no respondió; deslizó las manos delicadamente por mi espalda y las posó en mi trasero para acercarme más a él. Su boca quedó peligrosamente cerca de la mía. Sentí una punzada de deseo tan fuerte que casi perdí el equilibrio. Quería sentirlo más cerca. Mucho más cerca. Hasta el punto de no poder distinguir dónde empezaba él y acababa yo.

—¿A qué estamos jugando? —me animé a preguntar.

—¿Importa cómo lo llamemos?

—Quizá deberíamos ir a hablar a otro sitio —sugerí, consciente de que éramos los únicos abrazados en mitad de la pista.

—Si vamos a otro sitio, voy a elegir mi dormitorio o el tuyo. Si estás preparada… solo dímelo. —Su mirada reflejaba con claridad su excitación.

Dios mío.

Sentí un vértigo tan intenso que tuve que aferrarme a él.

El corazón me retumbaba en los oídos.

—En tu dormitorio.

Sus ojos se oscurecieron al instante.

Su pulgar recorrió mi mandíbula con una mezcla de ansiedad y delicadeza antes de inclinarme el rostro hacia él para besarme lento, profundo, como si quisiera borrar todo lo demás.

El mundo entero desapareció.

—Eres tan jodidamente hermosa. Vámonos de aquí —murmuró contra mis labios.

—¿Puedes irte? ¿No debes esperar a cerrar?

—No pienso esperar ni un maldito segundo más.

CAPÍTULO 14

«Somos una casualidad llena de intención»
—Mario Benedetti

Doriana



Astor abrió la puerta de su piso y esperó a que entrara antes de cerrarla detrás de mí. Apenas escuché el clic al cerrarse, sentí su aliento rozándome la nuca. Un estremecimiento me recorrió entera. Mi cuerpo parecía envuelto en llamas y mis manos seguían temblando, aunque ya no de nervios, sino de pura anticipación. Cada vez que pensaba en lo que estaba a punto de ocurrir, el corazón se me aceleraba y sentía que las piernas no iban a sostenerme. No solo me fallaban las rodillas. Todo en mí cedía. Ya no podía resistirme más, Astor había hecho añicos mi fuerza de voluntad.

Sin decir una palabra, me hizo girar y me sostuvo el rostro entre las manos.

—Eres tan malditamente hermosa que no pude apartar mis ojos de ti en toda la noche.

Me besó.

Y fue letal al primer contacto.

Un beso intenso, profundo, cargado de todo lo que llevábamos conteniendo. El reconocimiento de dos bocas ansiosas. Un beso

torpe de puro deseo, como si ninguno de los dos supiera por dónde empezar.

Pero él lo supo.

Y, sin apartar la boca de la mía, me hizo retroceder lentamente hacia su dormitorio. Enredó su lengua con la mía con tanta pasión que no pude evitar gemir. Astor se estremeció.

Ya no me importaba lo que ocurriera después de aquella noche. Solo pensaba disfrutar de él y de cada minuto juntos.

—Joder, Doriana… me vuelves loco.

Sin dejar de mirarme, se quitó la camisa. Me quedé sin oxígeno. Su pecho ancho y musculoso estaba cubierto por una fina capa de vello rubio. Los músculos de su abdomen se marcaban hasta desaparecer bajo la cintura de sus pantalones.

Santo cielo.

Respirar se volvió complicado.

Astor sonrió al notar cómo lo miraba.

Me tomó una mano y la llevó a la bragueta.

—Quiero que me lo quites tú.

El corazón me dio un vuelco, pero comencé a bajarle la cremallera con lentitud. Lo escuché jadear y le terminé de bajar los pantalones y el *bóxer* con rapidez. Se me contrajo el estómago al verlo totalmente desnudo. Era obscenamente atractivo. Fornido y abrumadoramente masculino. El tipo de hombre capaz de hacerte olvidar cualquier pensamiento coherente.

Sin dejar de mirarme, volvió a besarme. Esta vez con una suavidad que me desarmó.

—Es mi turno —dijo, y deslizó lentamente las manos bajo el borde de mi vestido.

Tomé una gran bocanada de aire.

Hacía mucho tiempo que no estaba con nadie. Y, comparada con él, me sentía terriblemente inexperta.

—¿Estás bien? —preguntó, después de dejarme solo con la braguita de encaje.

Pero bastó mirarlo a los ojos para que la inquietud desapareciera. Todo aquello resultaba nuevo para mí, pero dejé las inseguridades a un lado.

Como respuesta, lo besé despacio.

—Besas como un ángel y un demonio, doctora —susurró, pegando los labios a mi oreja e inhalando profundamente.

—Tendrás que comprobar si en la cama soy igual —respondí.

Sonrió.

—Me gustan los retos.

Me sujetó de las caderas y me hizo caer sobre la cama. Se tumbó encima de mí con una seguridad devastadora. Sentir su piel contra la mía hizo que una electricidad me recorriera de arriba abajo. Sensaciones que no podía dominar.

Astor soltó el aire por la nariz y empezó a bajarme la braguita por los muslos.

—Eres la hostia de preciosa.

Sin dejar de mirarme, deslizó los dedos entre mis piernas. Su mirada reflejaba con claridad su excitación. Era paciente, aunque estaba ansioso.

—Estás muy mojada. —Me besó al mismo tiempo que sus dedos empezaban a moverse dentro de mí.

—Astor… —Arqueé la espalda. Al principio, se movía despacio para que me acostumbrara, pero, de pronto, aceleró el ritmo.

Maldito infierno…

Aparté los labios de los de él y le besé el cuello. Astor se estremeció de placer y un sonido gutural vibró en su garganta.

Sus movimientos se volvieron más frenéticos.

Su otra mano se movió hasta mis pechos, acariciándolos indistintamente. Luego comenzó a jugar con mi pezón. Dejé escapar un gemido contra su boca y sentí sus caderas presionar con fuerza contra mí.

Los suspiros y jadeos de ambos fueron subiendo de volumen. Las sensaciones crecían con una intensidad imposible de contener. Pensé que iba a deshacerme entre sus manos. Me estremecí tanto que las convulsiones me levantaron de la cama. Él atrapó mis gritos con su boca.

Y dejé que mi cuerpo se hiciera cargo mientras las abrumadoras sensaciones pulsantes se desvanecían.

Astor apartó la mano y se incorporó un poco para sacar del cajón de la mesa de noche varios condones que dejó sobre la cama. Tomó uno, lo rasgó con los dientes y se lo puso. En cuanto estuvo en su lugar, agarró mis piernas para que le rodeara las caderas con ellas y comenzó a deslizarse dentro de mí. Los dos jadeamos al mismo tiempo. Nos acoplábamos a la perfección. Empezamos a movernos hasta que encontramos el ritmo adecuado para los dos. Entonces, noté que me estaba mirando con una expresión que no podría definir, pero segura de que nadie me había mirado jamás como me estaba mirando él. Era una mezcla de veneración y pasión, y ese momento me resultó de lo más sincero y real. Lo miré un momento más antes de ladear la cabeza y besarlo en los labios, en el mentón, en la sien y volviendo a su boca.

Cerró los ojos.

—Me tienes al límite. No voy a durar mucho más —susurró con voz grave y torció el gesto como si estuviera haciendo un gran esfuerzo. —Joder…

Gimió alto y, con frenesí, me penetró una y otra vez hasta el fondo, hasta dejarse llevar por el orgasmo. Noté las sacudidas de su cuerpo, el placer robándole el control. Entonces, todo estalló a mi alrededor. Me dejé arrastrar por el orgasmo más intenso de mi vida. Uno que disparó una descarga eléctrica por todo mi cuerpo. Sentí que caía en un abismo sin saber cuando llegaría al fondo. Nunca

había sentido nada que se comparara a esa sensación de plenitud. Lancé un grito sofocado contra su hombro.

—No te contengas, Doriana. Grita…

Volví a gritar.

Estaba perdida en mi propio placer.

Astor calmó mis últimas sacudidas cubriéndome con su cuerpo. Luego, descansó su cabeza en mi pecho como si estuviera escuchando los latidos desaforados de mi corazón. Yo podía sentir los de él.

Había estado con otros hombres antes, pero nada de lo que había vivido antes se parecía a Astor. Nada tan apasionado. Tan devastador. Había sido una experiencia completamente diferente.

—Debo decir que, después de experimentarlo, confirmo que en la cama también eres un ángel y un maldito demonio —dijo con voz ronca—. Y me gustan tus dos facetas —murmuró.

—Mmm…

—No hagas ese ruidito porque no respondo de mí.

No pude evitar reír.

—¿Este? —murmuré—. Mmm…

Astor soltó una risa breve y negó con la cabeza.

—Eres una provocadora. Mucho más demonio que ángel. Pero puede que me guste demasiado.

Volví a reír.

—Quédate conmigo —pidió, repartiéndome besos por el pecho.

—¿A dormir?

—A dormir… y a hacer todo lo que queramos. Solo quédate, demonio. Tenemos toda la noche por delante.

Sonreí y él me estrechó más contra su cuerpo.

Y, por cómo volvió a besarme apenas unos segundos después, entendí que hablaba muy en serio.

Y no me pareció nada mal porque yo no quería estar en ninguna otra parte.



Me desperté desorientada.

Aún estaba oscuro, aunque el amanecer comenzaba a filtrarse tímidamente detrás de las cortinas.

¿Dónde estaba?

Entonces lo recordé todo. Mi cuerpo también se encargó de recordármelo: tenía cada músculo sensible. Pero no era una queja en absoluto. Todo lo contrario.

Había pasado la noche con Astor.

Lo habíamos hecho varias veces; ni siquiera podía recordarlo con exactitud.

Definitivamente había sido un récord para mí.

Habíamos pasado horas entre besos, caricias, cuerpos enredados y sábanas revueltas. Cuando acabábamos, charlábamos un rato. Entonces me besaba… y todo volvía a empezar. Nada de aquello se parecía a lo vivido antes.

Me froté los ojos despacio y recordé demasiado tarde que seguía maquillada. Entonces miré hacia mi lado y no pude evitar suspirar.

Una cabellera dorada descansaba junto a mí. Su rostro… su rostro era bellísimo. Había algo peligrosamente hermoso en él.

Estaba recostado de lado, frente a mí, con un brazo doblado contra el pecho y el otro descansando sobre mi cintura. Su respiración era lenta y acompasada, tan distinta de la agitación descontrolada de la noche anterior.

Desvié la vista hacia el reloj luminoso de la mesa de noche. Eran las cinco y diez de la mañana. Tenía que irme: debía estar en el hospital a las siete y no quería que Elena sospechara nada sobre lo ocurrido con Astor. Al menos, no todavía. Antes necesitaba entender qué iba a pasar entre nosotros.

Con cuidado, aparté su brazo y reemplacé mi cuerpo por la almohada. Astor frunció apenas el ceño, aunque siguió dormido. Me deslicé fuera de la cama en silencio y volví a mirarlo una vez más.

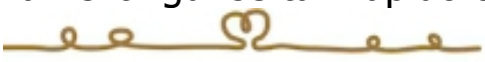
No sabía si aquello volvería a repetirse, pero sí tenía algo claro: no me arrepentía en absoluto de haber pasado la noche con él. Ni siquiera me importaban las pocas horas que había dormido.

Miré alrededor y, aprovechando la escasa luz de la habitación, recogí mi ropa con rapidez, decidida a marcharme antes de que despertara. Salí con cuidado, cerrando la puerta en silencio. No esperé el ascensor; solo tenía que bajar un piso. Esperaba no cruzarme con Elena porque, a esa hora, perfectamente podía estar regresando de alguna de sus fiestas.

Para mi suerte, llegué a mi piso sin cruzarme con nadie.

Me di una ducha, desayuné con ganas —estaba famélica— y salí rumbo al hospital.

Elena aún no había vuelto, así que supuse que estaría con la persona con la que estaba saliendo y de la que yo no sabía absolutamente nada. Tampoco me preocupaba demasiado. Las relaciones de Elena solían extinguirse tan rápido como comenzaban.



Estaba funcionando con apenas un par de horas de sueño y la verborragia de Carlota me martilleaba la cabeza.

—Necesito otro café —dije, poniéndome de pie. Estábamos sentadas en la cafetería del hospital.

—¿Otro? Ya es el tercero.

—Hoy lo necesito.

—Porque tu *sexy* vecino no te dejó pegar ojo —soltó entre risas —. Ve rápido, así seguimos charlando del tema que te mantuvo despierta.

Con un suspiro, me encaminé hacia la barra.

Había sido una muy mala idea contárselo. Aunque, de todos modos, no habría podido evitarlo dado que había sido ella quien propició mi encuentro con Astor.

Cuando regresé, Carlota me observaba con la misma expectación de una niña a punto de escuchar su cuento favorito. Solo le faltaba palmear las manos.

—Cuéntamelo una vez más y, esta vez, no omitas los detalles importantes —me pidió.

Di un sorbo al café antes de responder.

—Ya sabes todo lo que necesitas saber. Los detalles íntimos me los reservo.

—Soy tu mejor amiga —reprochó, frunciendo el ceño.

—Lo eres. Pero eso no significa que tenga que revelarte mis intimidades.

—¿Cómo que no? Si no me las cuentas a mí, ¿a quién se las vas a contar? —protestó.

—A nadie —respondí con una sonrisa.

—¡Qué borde eres! De verdad, eres la peor amiga del mundo. Por lo menos dime que el dios no se levantó de la cama porque lo dejaste fundido.

No pude contener la carcajada.

—Lo dudo. No creo que para él haya sido para tanto.

—¡Qué poca confianza te tienes! Bueno… lo importante es que lo pasaste bien.

—Qué te puedo decir… digamos que sabe perfectamente lo que hace —contesté, dedicándole una sonrisa cargada de suficiencia.

Y esa vez fue Carlota quien rio y celebró mi respuesta.

Sí, había sentido un placer como nunca antes, pero con Astor había sido increíble también por otra razón. Para mí, el sexo nunca había sido solo una cuestión de orgasmos, sino de la conexión que se creaba entre ambos. Y la que había sentido con él era imposible de ignorar. Pero eso no se lo iba a decir a Carlota. Me guardaría ese pequeño secreto para mí.

—¿Por qué no estás comiéndote las uñas, preguntándote si volverá a pasar? —preguntó, haciendo aspavientos.

—En realidad… sí que me lo estoy preguntando. —Dejé a un lado mi taza y me puse de pie—. Pero me tengo que ir.

—¿A qué hora sales?

—Con suerte… a las siete u ocho de la noche —respondí, ya de espaldas a ella y encaminándome hacia la puerta.

—Dori… —llamó.

Me detuve y giré para mirarla.

—Puede que hayas dormido poco, pero hacía muchísimo tiempo que no te veía así de radiante.

Sonreí sin poder evitarlo.

—Puede que me sienta renovada y llena de energía —respondí, notando cómo unas chicas sentadas en una mesa cercana nos observaban alternativamente.

Salí de la cafetería con una sonrisa difícil de disimular, y preparada para concentrarme y afrontar las próximas horas.

CAPÍTULO 15

«¿Es realmente posible decirle a otra persona lo que uno siente?»
—León Tolstói

Astor



Abrí los ojos despacio y la ausencia a mi lado me golpeó incluso antes de terminar de despertar.

Estaba solo.

Y la sensación fue extrañamente decepcionante. Bastó no encontrarla allí para sentir una necesidad absurda de volver a tenerla entre mis brazos.

La almohada aún conservaba su perfume: un aroma suave, femenino, peligrosamente adictivo. Y cuanto más lo respiraba, más difícil se volvía convencerme de que lo de la noche anterior jamás debió ocurrir.

Solté el aire lentamente y me pasé una mano por el rostro.

¿En qué demonios estaba pensando?

Todo aquello había sido una pésima idea.

Me había propuesto poner distancia entre nosotros, pero en cuanto la vi en *Vértigo* —y, encima, bailando con otro— olvidé cada una de mis propias advertencias. Siempre había sabido dominar mis impulsos. Tenía un férreo autocontrol. El dolor, la rabia, la frustración, el deseo… nada lograba desbordarme.

Pero, por lo visto, con Doriana se me olvidaban mis propias reglas. O peor aún, dejaban de parecer necesarias.

No importaba cuántas veces hubiera intentado arrancármela de la cabeza desde la última vez que nos vimos; simplemente había sido incapaz.

Durante esos días me convencí de que lo mejor era alejarme de ella. Por eso la había estado evitando.

Pero…

Me froté la cara con ambas manos.

¿Cómo se suponía que iba a olvidarla después de aquella noche?

Todavía podía sentir el calor de su piel aferrado a la mía. Su aspecto. Su perfume. Y esa mirada capaz de volver peligroso cualquier pensamiento.

Me senté en la cama y tomé el teléfono de la mesa de noche. Lo hice girar entre los dedos mientras intentaba decidir qué demonios decirle.

Debía llamarla.

Exhalé con pesadez y presioné su contacto.

El teléfono sonó varias veces hasta que entró el buzón de voz para dejarle un mensaje. Me quedé en blanco y no fui capaz de decir una sola palabra. Corté la llamada.

Seguramente estaba en el hospital y no podía atender. Decidí enviarle un mensaje en lugar de insistir. Me tomó varios minutos decidir qué escribir. Borré las mismas frases una y otra vez.

Yo:

«Hola. Cómo estás?
Lamento no haberme
despertado cuando te fuiste.
Me habría gustado
prepararte el desayuno.
No sé si tendrás un rato libre
estos días. Podríamos almorzar
o cenar. Avísame»

Releí el mensaje tres veces antes de enviarlo. Yo nunca hacía esas cosas. Y me inquietaba haberme dejado llevar por las ganas de volver a verla. Yo no era el tipo de hombre que dejaba el trabajo de lado para pasar tiempo con una mujer. Me había acostado con muchas mujeres, pero sin importar sus cualidades o lo bien que lo hubiera pasado con ellas, jamás conservaba sus números. Mucho menos les escribía al día siguiente.

Entonces, ¿qué mierda estaba haciendo?

Doriana rompía todos mis esquemas.

Miré la pantalla una vez más.

Ni siquiera había leído mi mensaje.

Dejé el teléfono sobre la cama y fui directo a la ducha. Necesitaba despejarme, sobre todo la cabeza. Tenía la incómoda sensación de estar caminando al borde de un precipicio, como si cada paso que daba hacia ella me acercara un poco más a una caída inevitable. El problema era que, por primera vez, ya no estaba seguro de querer retroceder.

CAPÍTULO 16

«Si usted quiere saber dónde está su corazón, mire dónde va su mente cuando pasea»
—Walt Whitman

Doriana



La cirugía no había sido sencilla, pero sí un éxito. Ahora tocaba informar a la familia del paciente y, después, descansar unas horas.

—En unos minutos estoy contigo —me dijo el doctor García, el cirujano al que había acompañado durante la intervención.

Cuando llegué a la sala de espera, solo estaba el esposo de la paciente: un hombre sentado con la cabeza apoyada en las manos.

—¿Señor Martin?

El hombre levantó la vista, aunque no se puso de pie. Tenía el agotamiento y el miedo marcados en el rostro. Y parecía haber perdido todas las esperanzas.

—¿Cómo está? —preguntó.

Me senté a su lado y le ofrecí una sonrisa serena.

—La cirugía ha salido bien. Su esposa está estable. Las próximas veinticuatro horas serán críticas, pero ahora mismo no hay nada que

haga pensar en un mal pronóstico.

—Gracias, doctora… —dijo, tomándome las manos antes de romper a llorar.

Como siempre, traté de explicar el proceso con un lenguaje claro y cercano, sin tecnicismos innecesarios, para reducir la ansiedad del familiar. Le detallé la sustitución de la válvula aórtica y lo que podíamos esperar en las próximas horas.

—¿Hay algo que le preocupe especialmente de lo que le he explicado?

—No, doctora. Estoy seguro de que todo irá bien. Mi esposa es una guerrera.

—No lo dudo.

—Gracias, doctora Delacroix—intervino el doctor García—. Yo puedo quedarme con él y explicarle lo que necesite. Vaya a comer algo y descanse un poco.

Asentí y salí hacia la cafetería.

El café caliente me devolvió algo de energía. Como si, poco a poco, mi cuerpo pudiera volver a sostenerse.

Saqué el teléfono, lo encendí y revisé los mensajes.

Había varios, pero uno destacaba sobre todos los demás: Astor.

Lo leí más de una vez y no pude evitar sonreír. Me invitaba a almorzar o cenar. No me lo esperaba, y precisamente por eso me hizo tanta ilusión.

Yo:

«Hola. Cómo estás?
Recién enciendo el teléfono porque
estuve varias horas en el quirófano.
Gracias por la invitación.
Si no te complica, preferiría cenar
porque al mediodía suelo estar en
el hospital. Aunque el próximo
viernes tengo mi día libre.
Avísame que te viene mejor»

Seguí bebiendo el café, aunque toda mi concentración estaba puesta en la pantalla del teléfono.

A los pocos minutos se iluminó y vibró.

Un mensaje.

Astor Sinclair:

«No puedo esperar al viernes.
A qué hora sales hoy?»

Sonreí como una tonta. Pero, al notar a varios colegas en las mesas cercanas, intenté recomponer la expresión.

Yo:

«Salgo a las siete. Quieres que
cenemos hoy?»

Astor Sinclair:

«Perfecto. Paso a recogerte?»

La sonrisa se me escapó otra vez.

Yo:

«Tengo coche. Además,
vivimos en el mismo edificio»

Astor Sinclair:

«Pero soy un caballero.
Paso por ti»

Yo:

«Jajaja»

Astor Sinclair:

«Te estás riendo de mí»

Yo:

«De tus ocurrencias»

Astor Sinclair:

«Me ofendes. Soy un caballero.
Aunque a veces me quito la
armadura… como anoche.
No se lo digas a nadie porque eso
solo pasa cuando me acuesto con la
princesa»

Y ahí estaba otra vez esa absurda alegría.

Yo:

«Ni eres un caballero ni yo soy
una princesa. Te parece a las nueve
o se te complica por tu trabajo?»

Astor Sinclair:

«Paso por ti a las nueve»

—¿Quién pasa por ti a las nueve?

Di un respingo y solté el teléfono sobre la mesa.
Levanté la cabeza y me encontré con la sonrisa de Carlota.

—Me asustaste. Y es de mala educación leer mensajes privados.

Se sentó frente a mí con una gran sonrisa y tomó mi teléfono antes de que pudiera reaccionar.

—Llevo aquí un rato, pero estabas tan concentrada en la pantalla que no me has visto. Me pudo la curiosidad —reconoció.

Comenzó a leer los mensajes mientras yo intentaba recuperarlo con el mayor disimulo posible.

—Carlota, devuélvemelo.
—Espera… así que se van a volver a ver hoy —dijo, mientras su sonrisa se ensanchaba todavía más.
—Carlota, dame eso y no me hagas pasar vergüenza. Nos están mirando.

—Así que un caballero que se desnuda con la princesa… esto es oro puro.

—Carlota…

—Oh, venga, no me quites la ilusión.

—Si no me lo devuelves, no te cuento nada.

Sacudió la cabeza y me lo devolvió con un suspiro teatral.

—¡Qué ilusión! Quiero la historia del caballero y la princesa con lujo de detalles.

—Eres imposible.

—No, soy una casamentera profesional. Y, como tengo esta pareja en ciernes, voy a necesitar detalles. Muchísimos detalles. Convengamos que eres brillante tratando otros corazones, pero un completo desastre con el tuyo. Un desastre con buen gusto, pero un desastre al fin. Así que voy a darte consejos.

—No los necesito, gracias.

—No era una pregunta, Dori.

Las horas restantes en el hospital transcurrieron entre pacientes, informes y llamadas. Cuando por fin salí, el cansancio había desaparecido. La perspectiva de ver a Astor había hecho el trabajo que siempre lograban hacer varios pocillos de café.

El *restaurante* era un hervidero de ruido y gente, pero nosotros parecíamos ajenos a todo.

Era tarde; ya había pasado la una de la madrugada, pero Astor no miró el reloj ni mencionó siquiera que debiera marcharse a *Vértigo*.

Estábamos sentados uno junto al otro en la barra. El ambiente era vibrante y la música resonaba por todo el lugar. Sonaba *Unconditional,* de Picture This.

Ya habíamos cenado y, a medida que avanzaba la noche, me sentía cada vez más relajada. No recordaba la última vez que me había reído tanto.

Lo observé durante un instante. La luz tenue acentuaba el ángulo de su mandíbula y la curva distraída de su sonrisa. Era ridículamente

atractivo.

—Gracias por la invitación. Lo estoy pasando muy bien.

Estaba llevando la copa a los labios, pero se detuvo y me sostuvo la mirada más de la cuenta.

—Lo mismo digo. —Alzó su copa—. Brindemos.

Choqué mi copa con la suya y di un largo trago al champán.

—Por una noche inolvidable —dijo—. Las posibilidades que nos quedan son infinitas.

—Ah, ¿sí? ¿No tienes que volver a *Vértigo*?

—Hoy no. Tengo un encargado de total confianza. Un amigo, en realidad. Hace mucho tiempo que me aconseja tomármelo con más calma, así que está encantado de que, al menos, me tome una noche.

No sabía por qué, pero me atrapaba por completo. Podía haberme quedado escuchándolo durante horas.

—¿Y cuáles son esas posibilidades de las que hablas?

Sostuvo mi mirada y sonrió.

—En todas ellas estás desnuda en mi cama —respondió.

Entorné los ojos, fingiendo que me lo pensaba.

—Astor. —Me incliné hacia delante.

Él hizo lo mismo.

La tensión entre nosotros parecía crepitar en el aire mientras nos sosteníamos la mirada. Estaba nerviosa, pero no pensaba acobardarme.

—Dime, Doriana.

—Si me invitas, dudo mucho que rechace la propuesta. Ante todo, me considero educada y agradecida —le susurré al oído.

Astor me miró y soltó una carcajada.

De pronto, me puse seria y me quedé contemplándolo mientras reía. Astor Sinclair lograba seducirme incluso con su risa. Cuando descubrió que lo observaba, llevó una mano a mi nuca, me atrajo hacia él y me besó.

Sonreí contra sus labios.

—No tienes que esforzarte más. Ya me convenciste.

Acercó su boca a mi oído para susurrarme:

—Ya estoy excitado. ¿Qué te parece si nos vamos ahora? Estoy deseando mostrarte mis puntos fuertes.

Sonreí.

—Soy muy consciente de cuáles son tus puntos fuertes —respondí.

Ignorando por completo dónde estábamos, colocó las manos en mis mejillas y me besó de verdad. No pude evitar cerrar los ojos ante la oleada de placer que me recorrió.

Cuando los abrí, vi que me sonreía.

—¿Por qué esa sonrisa, Sinclair?

—Aún no conoces todos mis puntos fuertes. ¿Lista para irnos a… mi cama?

—Creo que llevo toda la noche esperando que me lo preguntes.

Sonrió despacio antes de ayudarme a bajar del taburete. Entrelazó sus dedos con los míos y caminamos hacia la salida sin soltarnos.

—Qué coincidencia… —murmuró, llevándose mi mano a los labios para besar mis nudillos—. Yo llevo toda la noche deseando hacerte esa pregunta.

CAPÍTULO 17

«Más que sus ojos, su mirada. Miraba como queriendo decir algo y no diciéndolo»
—Mario Benedetti

Doriana



Si hubiera sabido que Astor podía seducirme de aquella manera, habría huido en la dirección contraria nada más verlo.
Pero… ya era demasiado tarde.

Apenas cruzamos la puerta de su piso, se inclinó sobre mí para besarme de esa manera que me hacía temblar de pies a cabeza. Y yo acepté su beso con los ojos cerrados, a merced de lo que quisiera hacer conmigo.

Porque sus besos tenían algo peligroso. Eran de los que elevaban la temperatura lenta pero inexorablemente, hasta que el calor se volvía tan insoportable que incluso respirar resultaba difícil.

De pronto, se apartó lo justo para tomarme de la barbilla y mirarme directamente a los ojos. Sentí un vuelco cálido en el estómago al descubrir la leve curva de su sonrisa. Y, por la forma en que me observaba, tuve la absurda impresión de que yo también era capaz de dejarlo sin aliento. Nadie me había mirado así jamás.

Cerré los ojos otra vez.

Porque aquello no debería estar pasando.

Ese no era el plan.

Todo con él se había vuelto demasiado intenso, demasiado personal. Demasiado… íntimo.

Pero Astor no me dio espacio para pensar ni para recuperar el aire.

Me rodeó de nuevo con los brazos y volvió a besarme: la boca, la mandíbula, el cuello, el escote… como si quisiera memorizar cada centímetro de mi piel con los labios.

El corazón me latía desbocado, tanto que estaba convencida de que él podía escucharlo.

Mis manos se enredaron en su pelo y lo atrajeron aún más hacia mí para profundizar el beso, aferrándome a él como si ya no existiera nada más.

Él lo había empezado, pero yo decidí tomar el relevo.

Lo hice girar y lo empujé a través del corredor, haciéndolo retroceder. Astor parecía tan desesperado como yo, y no me detuve hasta llevarlo a su dormitorio y hacerlo caer sobre la cama.

Lo tendí sobre la espalda y me coloqué encima, pero él rodó hasta ponerme debajo para prolongar el beso hasta que no pude respirar.

Cuando se apartó, me miró de arriba abajo, como si fuera un festín que estaba a punto de devorar. Sus ojos estaban febriles y entornados.

—Joder —gruñó, cerrando los ojos con fuerza.

Saltó de la cama y, sin perder tiempo, se desabotonó la camisa y se bajó la cremallera de los jeans. Los pantalones cayeron y lo pude observar sin nada más que el bóxer, con la excitación a la vista. Una oleada de ardor me recorrió el cuerpo. Creo que no había esperado nada con tantas ganas jamás.

Trepó encima de mí y fue delineando un rastro por mi clavícula, el esternón, hasta llegar al ruedo del vestido y comenzar a subirlo. Me incorporé para ayudarlo y a los segundos estaba solo en ropa interior. Entonces, sus labios volvieron a encontrarse con los míos. Le envolví la cintura con mis piernas y enredé mis dedos en su pelo. Sus manos ansiosas estaban en todas partes y el deseo le endurecía los rasgos.

—Estás temblando de placer —susurró contra mi boca mientras sus dedos encontraban el lugar exacto para hacerme perder el control.

Arqueé la espalda cuando comenzó a moverlos. Al principio despacio, pero de pronto, aceleró el ritmo.

El placer me atravesó de golpe y gemí contra su boca, perdiéndome por completo en él.

Mientras aún sentía los últimos vestigios de mi orgasmo, Astor se colocó encima de mí a toda prisa.

—Condón —murmuré pese a estar cegada por el éxtasis.

—Joder… ¿cómo pude olvidarlo? Me descontrolas, Doriana.

—Date prisa.

Abrió el cajón de la mesita de noche, lo sacó y rasgó el envoltorio con los dientes. Cuando estuvo en su lugar, volvió a colocarse sobre mí.

—No voy a durar mucho.

—Haz que dure la segunda…

Me arqueé hacia él, inhaló con fuerza y me penetró. Me aferré a su cuerpo y comenzamos a movernos al ritmo de nuestro propio placer.

—Contigo necesito más de dos veces —murmuró con voz ronca.

—Las que quieras…

Salió despacio y volvió a entrar.

Los dos jadeábamos sin control.

—Bésame —musitó—. Necesito que me beses…

Lo hice.

Y aún en el estado de aturdimiento que me provocaba el placer inigualable que sentía, estaba esa parte dentro de mí que se preguntaba qué significaba todo eso o cómo terminaría. Pero cuando

sus caderas empujaron más fuerte, me olvidé de todo. Ya no quería preocuparme. No quería pensar en nada. Solo disfrutar.

Volvió a salir una y otra vez para embestirme con fuerza.

Podía sentir el cosquilleo del orgasmo acercarse a una velocidad vertiginosa.

—Astor… —dije con un hilo de voz y al borde de la locura.

—Tranquila. —Me apartó el pelo de la frente—. Yo me encargo.

Me besó.

Su lengua buscó la mía con el mismo frenesí con el que me embestía con las caderas.

Ambos gemíamos desesperados.

Y mi orgasmo llegó arrasando con todo mientras convulsionaba bajo su cuerpo.

—Joder —siseó.

Inspiró con fuerza y se dejó ir. Se quedó quieto sobre mí unos segundos. Luego se dejó caer sobre el colchón y me estrechó contra su cuerpo. Apoyé la cabeza en su pecho.

—Joder, Doriana…

El pecho le subía y le bajaba rápidamente porque respiraba con dificultad. Su boca me rozó el cuello y depositó un suave beso en él.

—¿A qué hora tienes que ir al hospital?

—Tengo que estar a la siete.

—Yo te llevo.

—No es necesario, gracias. Tengo coche.

—Pero vas a estar cansada y me gustaría llevarte —insistió.

Levanté la cabeza y lo miré. No apartó la mirada y su expresión irradiaba sinceridad. Estaba segura de que en ese instante, nada en el mundo hubiera conseguido que apartásemos nuestras miradas.

—Tú también vas a estarlo.

—Pero yo puedo descansar un poco más porque trabajo en la noche. Tú en cambio vas a tener que aguantar una larga jornada con pocas horas de sueño.

—Estoy acostumbrada a dormir poco. Además, aún quedan algunas horas para dormir.

Sonrió.

—No tantas, doctora… —sonrió despacio—. Todavía no he terminado contigo.

Y volvió a cernirse sobre mí, buscando mi boca para besarme apasionadamente.

CAPÍTULO 18

«En mis sueños te conviertes en mi vida entera, pero en mi vida, tan solo eres un sueño en el que no puedo dejar de pensar»
—William Shakespeare

Astor



Cuando llegué a mi piso después de dejar a Doriana en el hospital, pensé en volver a la cama y dormir un par de horas más.

No pude.

Sentía que mi puta cabeza iba a estallar en cualquier momento.

Mis planes se habían ido a la mierda.

Doriana lo había cambiado todo.

Ella me cegaba. Era como un rayo de luz colándose justo donde no debía, empeñado en romperme todos los esquemas.

La había conocido de verdad… y me gustaba. Me había dedicado a observarla en busca de defectos y, hasta entonces, solo había encontrado virtudes.

El placer de los orgasmos compartidos con ella apenas rozaba la intensidad de lo que venía después. Cuando la abrazaba, cuando dormía a mi lado, cuando hablábamos de nuestras vidas… la intimidad nos envolvía como una corriente suave e imparable. Y, aunque solo fuera por un instante, era mía. Lo peor era que empezaba a sentir que yo también le pertenecía un poco a ella.

Y temía acostumbrarme a eso.

Quizá tenía razón quien decía que la intimidad y la conexión iban más allá del sexo.

¿Cuándo había empezado todo aquello?

¿En qué momento dejó de ser solo deseo?

No me había dado cuenta de que estaba cruzando los límites hasta que sentí aquella necesidad irracional de volver a verla.

Estaba hecho un lío, pero no tenía la menor intención de aclararme. No quería enfrentarme a lo que todo aquello podía significar. No estaba preparado. Necesitaba pensar en otra cosa.

Tomé el teléfono y llamé a Octavio.

—¿Te caíste de la cama o directamente no te acostaste? —preguntó, apenas atendió.

—Ninguna de las dos cosas. Quería saber cómo fue todo anoche en el local y… solo madrugué.

—Vaya, vaya, una alteración en tu cuadriculado horario. ¿A qué se debe? ¿Al amor?

—No seas gilipollas. Y respóndeme lo que te pregunté.

Mi amigo soltó una carcajada.

—De maravilla, tío. Ya te dije que puedes tomarte varios días libres. Yo puedo encargarme de todo. Ahora que ya te he dicho lo que tenía que decirte… ¿Por qué no me cuentas por qué me llamas a estas horas?

—Ya te dije que no necesito tomarme días libres. Tampoco tengo nada que contar. Ahora voy a salir a correr y luego iré al local a comer.

—Prefiero no pensar en los motivos por los que andas con esa energía a esta hora de la mañana. ¿Todo bien anoche?

—Perfecto.

—Perfecto —repitió.

—¿Se puede saber por qué estás tan cotilla?

—Porque me despiertas a las… ocho de la mañana y quiero que el madrugón valga la pena. Cuéntame de una maldita vez cómo te fue con la doctora sexy.

Suspiré con dramatismo.

Octavio era el único al que le había contado lo de Doriana y también el único que siempre se atrevía a decirme lo que pensaba,

me gustara o no. Y tenía claro que no le agradaban las razones por las que me había acercado a ella.

Le conté por encima cómo había ido todo, pero sin entrar en demasiados detalles. Tampoco mencioné lo confundido que me sentía. No pensaba compartir ese detalle con él, no fuera a sacar su lado bromista.

—*Y después de toda esa canalización física del apetito que los consumía, ¿qué pasó exactamente para que estés así?*

Tardé un segundo en responder por culpa de la imagen que me cruzó la cabeza.

—Así… ¿cómo?

—*Como un idiota preocupado.*

—Deja de decir idioteces —respondí, sabiendo que había dado en el clavo. No por nada era mi mejor amigo.

—*No me dijiste qué pasó.*

—Ella se fue a su piso y yo me quedé en el mío —mentí

Y, aunque no pudiera verlo, supe al instante que había captado al vuelo mi mentira. No me gustaba mentirle. Era la única persona con la que no me reservaba nada. Pero esa vez… no podía.

—*En fin… entonces nos vemos en unas horas* —afirmó.

—Sí. Gracias por lo de anoche.

—*Cuando quieras. Solo… disfruta más, porque…*

—Sí, sí. Ya me lo has dicho: solo vivimos una vez.

—*No. Solo morimos una vez. Vivimos todos los días. Por eso hay que aprovecharlos.*

Exhalé.

—Lo tendré en cuenta.

Después de mis diez kilómetros diarios, detuve el *footing* y apoyé las manos en las rodillas. Normalmente, cuando salía a correr, las preocupaciones eran sustituidas por el dolor muscular y el cansancio.

Pero aquella mañana, ni el ejercicio lograba calmar mis caóticos pensamientos. Nada me distraía del todo. Doriana me había desestabilizado por completo.

Yo estaba, literalmente, huyendo. Pero, en cuanto me detenía, mi mente regresaba al instante exacto en que pasé de tener el control de la situación a perderlo.

Mierda.

Ya estaba otra vez pensando en ella. Necesitaba sacármela de la cabeza de una vez.

Haberla llevado a mi cama se sentía como una victoria agridulce.

Dulce, porque ¿quién en su sano juicio no querría acostarse con alguien como Doriana? El placer había sido indescriptible. Y eso también me jodía.

Agria, porque ella era la cadena que sujetaba ese recuerdo que quería olvidar.

Sacudí la cabeza.

Volví a correr, forzando el paso.

Ya me importaba una mierda el plan de hacerme su amigo para desilusionarla y alejarla de mí. La idea de no volver a cruzármela en el ascensor ya no me daba alivio. Me daba miedo.

Al carajo con todo.

CAPÍTULO 19

«El verdadero amor no se conoce por lo que exige, sino por lo que ofrece»
—Jacinto Benavente

Doriana



—Doctora Delacroix, solo le queda un paciente más —me informó la enfermera que esa mañana me acompañaba en la consulta.

—Puedes decirle que pase. Gracias, Celia.

La consulta con mi último paciente era de control, así que, veinte minutos después, ya había terminado la jornada de la mañana y tenía poco más de una hora para ir hasta la cafetería y comer algo.

Pero…

—Doctora, hay una persona más que necesita hablar con usted —avisó Celia, asomándose por la puerta de mi consultorio—. ¿Le digo que pase?

Me llamó la atención que sonriera con un aire enigmático.

—¿Es uno de mis pacientes? ¿Cuál es su nombre?

Su sonrisa se amplió.

—Yo creo que… es uno de sus admiradores.

—¿Cómo?
—Un segundito…

La enfermera volvió a cerrar la puerta y me quedé mirando hacia allí, completamente confundida.
Al cabo de unos minutos, la puerta volvió a abrirse, pero no fue ella quien estaba allí.

—¿Astor?

Entró y cerró la puerta tras él.

—Te traje el almuerzo —dijo, dejando unas bolsas de papel sobre mi escritorio.

Me quedé completamente boquiabierta.
No podría haber estado más sorprendida. Él era la última persona que esperaba ver allí.
Y, aun así, verlo frente a mí hizo que el pecho se me llenara de un calor inesperado.

—Gracias. Realmente me sorprendiste.
—Me di cuenta. —Sonrió, aunque no tomó asiento—. La enfermera me dijo que ya habías terminado con la consulta y que tenías un rato para almorzar.

Una idea descabellada cruzó mi mente.

—¿Cuánto tiempo llevas esperando?

Su sonrisa se borró al instante.

—Puede que haya llegado… hace bastante rato. No sabía a qué hora quedabas libre para comer, así que vine con tiempo.

Aquello me desconcertó todavía más.

—Gracias, Astor.
—Te traje una hamburguesa con patatas fritas —dijo, pasándome una bolsa—. El resto es mío.

—Huele delicioso y me encanta. —Lo miré agradecida—. De verdad, muchas gracias.

—En realidad, solo estoy intentando echar a perder tu figura para que nadie más te mire.

No habría sabido distinguir qué me dominaba más: la sorpresa, la felicidad o aquella absurda alegría que me ensanchaba el pecho.

Abrí mucho los ojos.

—Con una hamburguesa con queso solo vas a conseguir hacerme… feliz —sonreí.

—Bueno, eso me alegra mucho. Te dejo para que comas y descanses un poco. —Estiró la mano para tomar su bolsa.

—¿Te vas? —pregunté demasiado rápido, antes de poder disimular la decepción—. Quédate a comer conmigo —dije, indicándole que tomara asiento—. Me queda un rato antes de la próxima consulta.

—¿No te ocasionaré problemas?

Siempre había tenido mucho autocontrol. Pero una mirada suya y su voz grave, parecida a un ronroneo, bastaban para hacerme olvidar cualquier prudencia.

—Ninguno. Además, me gusta tu compañía —respondí.

Astor ni lo dudó y se sentó en la silla que utilizaban mis pacientes. Yo despejé un espacio en el escritorio apartando algunos papeles.

—Cuéntame cosas sobre ti —pedí, sacando las patatas para meterme una en la boca.

—¿Qué quieres saber? —Extendió el envoltorio de papel con cuidado sobre la mesa.

—No sé… Háblame de tu familia.

Me sostuvo la mirada tanto tiempo que creí que no respondería, pero en su lugar se encogió de hombros.

—Solo tengo a mi madre, pero nos vemos poco. Ella… está por casarse.

Por un instante, pareció perderse en sus pensamientos, pero pestañeó y volvió a enfocarse en mí.

—¿Tu papá?

Su rostro se ensombreció y lamenté haber hecho la pregunta.

—Nunca lo conocí. Me criaron mi madre y… mi abuelo —respondió.

Hubo tanta tristeza en sus ojos que me quedé inmóvil. No podría explicar el motivo, pero al nombrar a su abuelo pude sentir su angustia y se me estrujó el corazón. Había una añoranza demasiado profunda detrás de esa palabra.

Algo en el ambiente cambió. El aire entre nosotros pareció cambiar de densidad y se me erizó la piel. Había tocado una herida sin saberlo.

Al fin mordió la hamburguesa, pero yo no pude hacer lo mismo con la mía.

No quise seguir preguntando sobre su familia.

—¿Y tú? —preguntó.

—¿Te refieres a mi familia? —Él asintió—. Mi madre vive en Pontevedra y solo tengo una hermana melliza, Elena.

—¿Y tu ex? ¿Estuvieron mucho tiempo juntos?

—Casi un año —respondí.

—Es el tío que vimos en *Vértigo* ¿verdad?

—El mismo. Es odontólogo y me fue infiel con una de sus pacientes… o con varias. Nunca lo supe ni quiero saberlo.

—Imbécil —afirmó, y de repente su mirada se posó en mis labios —. Tienes… —Estiró la mano y me limpió algo del labio superior con el pulgar y, mientras lo hacía, noté que intentaba no sonreír.

—¿Tuviste novia alguna vez?

—Veo que estar en tu consultorio te vuelve muy cotilla. Lo deberé tener en cuenta —bromeó.

—Si rehúyes el tema es porque tuviste muchas novias.

—Te equivocas. Nunca tuve novia. Salí con muchas chicas, pero nada serio —respondió, y mordió su hamburguesa.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y dos. ¿Tú?

—Treinta y uno —respondí, mientras retomaba la hamburguesa y él me observaba con una intensidad difícil de ignorar.

—¿Por qué no tuviste novias?

—No sé por qué—. Reflexionó sobre mi pregunta durante un momento—. Supongo que estoy muy cómodo así.

Y esa respuesta, aunque honesta, dejó una inquietud latiéndome en el pecho.



Un rato después de irse del hospital, Astor me envió un mensaje invitándome a ir esa noche a *Vértigo*.

Estaba agotada y necesitaba dormir, pero pensé que podía pasar un rato por allí para para devolverle el gesto.

Le respondí que iría, aunque no sabía exactamente a qué hora, porque todo dependía de cuándo lograra salir del hospital.

Llegué a mi piso poco antes de las seis de la tarde. Después de una ducha reparadora, cerré las cortinas del dormitorio, me dejé caer sobre la cama y me olvidé del mundo.

La alarma me arrancó de un sueño profundo. La había programado para las ocho. Me tomó unos segundos recordar que no debía prepararme para ir a trabajar, sino para ir a *Vértigo*.

Para esa noche decidí ponerme un top negro de un solo hombro, que combiné con unos pantalones de talle alto adornados con delicadas tachuelas plateadas y unos tacones negros imposiblemente altos. Llevé el pelo suelto y opté por un maquillaje natural. Demasiado natural para la cantidad de tiempo que había pasado frente al espejo.

Antes de salir, me di cuenta de que ese día no me había cruzado con Elena, así que asumí que su relación marchaba viento en popa y que estaba pasando más tiempo con su pareja. En el fondo, esperaba que las cosas siguieran funcionando entre ellos; quizá así terminaríamos viéndonos menos.

Cuando llegué a *Vértigo*, la noche madrileña ya vibraba con esa energía eléctrica que parecía pertenecer únicamente a la ciudad. Desde la calle podía escucharse el rumor apagado de la música mezclado con risas, conversaciones superpuestas y el murmullo constante del tráfico lejano.

El ascensor me condujo hasta la terraza y apenas se abrieron las puertas, una ráfaga de aire tibio me acarició la piel. La iluminación tenue teñía el lugar de reflejos ámbar y violáceos que se deslizaban sobre las mesas, las copas y los cuerpos en movimiento. El ambiente de *Vértigo* tenía algo peligrosamente adictivo… al igual que el propietario.

Apenas di unos pasos dentro de la terraza, comencé a buscarlo. Lo encontré detrás de la interminable barra del local. Las botellas brillaban bajo las luces como piezas de cristal cuidadosamente expuestas, haciendo que el lugar pareciera casi irreal. Astor estaba apoyado contra la barra, hablando con uno de los camareros, con esa naturalidad tranquila de quien sabe perfectamente que todo lo que ocurre allí le pertenece.

Me acerqué y me senté en un taburete frente a él, aunque Astor estaba de espaldas.

—Sinclair, ¿podrías traerme una cerveza?

Inmediatamente se volvió hacia mí. Su expresión apenas cambió, pero fue suficiente. Había algo peligrosamente satisfactorio en la forma en que me miraba. Como si llevara esperándome toda la noche.

—Viniste.
—Te dije que vendría.
—Tenía mis dudas por tus horarios del hospital.
—Para ser sincera… estuve a punto de no venir.
—No importa, porque, aun así, aquí estás —dijo.

Se inclinó sobre la barra y me dio un delicado beso en los labios. Fue un beso breve. Apenas un roce. Pero suficiente para alterarme más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

Él sonrió.

—Voy a por tu cerveza.

En cuanto se fue, noté que cerca de nosotros había una chica atendiendo la barra, pero no dejaba de mirarme. Su mirada era tan intensa que decidí saludarla.

—Hola.

No me respondió. En cambio, giró sobre sí misma y se alejó para seguir atendiendo a los clientes.

Fruncí apenas el ceño. Qué mujer tan rara. Pero no le di importancia.

Volví a recorrer el lugar con la mirada. Realmente era espectacular. Había plantas altas rodeando algunos sectores, sillones de terciopelo oscuro y una música que invitaba a bailar.

Desde allí arriba, Madrid se extendía alrededor como un océano de edificios iluminados. La ciudad parecía más elegante, más distante, casi irreal.

—Aquí tienes —dijo Astor, entregándome una botellita de cerveza.

Levantó la suya hacia mí y las chocamos a modo de brindis.

—Porque viniste.
—Porque me invitaste.
—¿Quieres bailar o prefieres quedarte aquí?

Aunque una parte de mí quería decirle que sí solo para tenerlo más cerca, estaba trabajando y no quería distraerlo.

—Prefiero quedarme por aquí, gracias. Y puedes seguir con lo tuyo; no quiero molestarte.

Me observó. Su mirada descendió hasta mis labios y después volvió a mis ojos.

—¿Molestarme? Lo que haces es mejorar mi noche, doctora. Y… estás hermosa —dijo, acercándose a mi rostro para colocarme un

mechón de cabello detrás de la oreja.

El roce de sus dedos me erizó la piel.

—Gracias. Me esmeré porque el lugar lo amerita —dije, aunque en realidad lo había hecho por él.

—Lleves lo que lleves, siempre consigues que todas las miradas del lugar estén puestas en ti —susurró.

No sabía si era el alcohol, el cansancio o simplemente él, pero cada vez que me hablaba así, el resto del lugar parecía apagarse un poco. Solo quería que siguiera diciéndome esas cosas y mirándome de la manera en que lo hacía, porque me gustaba demasiado. Me observaba como si yo fuera lo único que existía en todo el bar, o incluso en toda la ciudad. Era algo que me maravillaba y, al mismo tiempo, me confundía.

En ese momento se acercó un hombre que tendría un par de años más que Astor y nos miró sonriente. Era guapo, moreno, de ojos claros y sonrisa amigable.

—Hola. Soy Octavio. Amigo de Astor y encargado de *Vértigo* —me saludó, tendiéndome la mano—. Imagino que debes de ser Doriana.

—Así es. Un gusto, Octavio.

—Lo mismo digo. —Miró a Astor—. Perdón que los interrumpa. Necesito comentarte un temita con unos clientes —dijo, y Astor lo miró con seriedad.

—¿Qué pasa?

—¿Me acompañas? —preguntó Octavio, haciéndole un gesto con la cabeza hacia el otro sector de la barra.

Astor me miró.

—Ve tranquilo. Yo me quedo por aquí.

—No demoro.

—Estoy a las órdenes, Doriana —dijo Octavio.

Ambos se alejaron y yo me quedé observando a la gente bailar.

—¿Te puedo invitar una copa?

Miré por encima del hombro y vi a un chico no mucho mayor que yo. Su sonrisa era confiada.

—¿Me hablas a mí?
—Sí, a la mujer más hermosa de todo el lugar.

Tuve que contener una sonrisa. Astor no era el único exagerado de la noche.

Estaba a punto de responder algo cuando Astor apareció de repente a mi lado, colocó una mano en mi cintura y le dio una excusa lacónica antes de apartarme de él.

—Ya decía yo que todos te iban a mirar… —me dijo.

Su mano seguía en mi cintura. Y no parecía tener ninguna intención de apartarla.

—¿A dónde vamos?
—¿Comiste algo? —preguntó, sin responder a mi pregunta.
—Algo.
—Me imaginé. Vamos a sentarnos en un reservado. Pedí que nos trajeran algo liviano.
—Gracias.

Cuando llegamos, los platos ya estaban sobre la mesa. Nos sentamos uno frente a otro. Con él me sentía cómoda y realmente disfrutaba de su compañía. Ya no podía ignorar el desorden emocional que me asolaba desde que lo había conocido. Y, aunque me inquietaba, tampoco quería detenerlo. Astor parecía el tipo de hombre por el que merecía la pena volverse un poco loca… así que pensaba disfrutarlo. Aunque intentaría, por todos los medios, no perder del todo la cabeza por él.

Lo miré.

No dejaba de observar a su alrededor y, aunque era el propietario y entendía que estuviera pendiente de todo, me pareció nervioso. Eso sí llamó mi atención, porque él siempre parecía muy seguro de sí mismo.

—¿Sucede algo?

Me respondió la pausa más larga de la historia.

—¿Todo bien? —insistí.
—Eh, sí, perdona. —Apartó la vista un instante antes de hablar—. ¿Me acompañarías a la boda de mi madre?

Su pregunta me tomó por sorpresa y me dejó congelada.

—¿A la boda de tu madre?

Hubo otra pausa tan larga como la primera. Tanto que llegué a pensar que se echaría atrás con la invitación. Y, si lo hacía, no me molestaría en absoluto porque, ir a una reunión familiar sin saber siquiera qué tipo de relación teníamos me parecía… demasiado.
Se pasó una mano por el pelo y un mechón le cayó hacia delante.
Era ridículo el efecto que tenía en mí aquel pequeño gesto de inseguridad.

—No me gustaría ir solo y… no tengo a quién invitar.

Me costó creerle. Un hombre como Astor probablemente podía invitar a quien quisiera. El problema era que me lo estaba pidiendo a mí.

—¿Cuándo es?
—Este fin de semana. Es en Valencia —respondió, y pude percibir la inquietud, quizá incluso angustia, en su voz.
—Te acompaño —respondí, antes de poder pensarlo demasiado.

CAPÍTULO 20

«Quiero hacer contigo lo que la primavera hace con los cerezos»
—Pablo Neruda

Doriana



Cerré la puerta del consultorio y caminé de un lado a otro durante varios minutos, pensando en todo y, a la vez, con la mente en blanco.
La puerta se abrió de golpe y Carlota entró deprisa, cerrándola con el pie. Traía un café en cada mano. Le había pedido que pasara en cuanto tuviera un rato libre.

—¿Qué sucede? ¿Es por el rubito de tu vecino? —preguntó, dejando los cafés sobre mi escritorio y sentándose en una de las sillas.

—Gracias por el café. —Exhalé—. Necesito contarte algunas cosas que pasaron con él y también pedirte consejo.

—Aquí me tienes. Soy experta en relaciones románticas y toda oídos —respondió, tendiéndome el vaso de café.

Por supuesto, no era ninguna experta en relaciones románticas, solo era una romántica empedernida. Pero era mi mejor amiga y con eso me bastaba. Carlota no me decía únicamente lo que quería escuchar, sino aquello que creía que podía ayudarme… incluso cuando dolía o resultaba incómodo.

Me senté en mi silla y suspiré.

—Anoche fui un rato a *Vértigo* porque Astor me invitó. No quise rechazar la invitación porque él había venido aquí a traerme el almuerzo y…

—Espera, espera, espera —pidió, levantando la mano para detenerme—. ¿Estuvo aquí con tu almuerzo? —preguntó, sin ocultar su sorpresa.

—Sí, ayer. En este mismo consultorio.

—¡¿Por qué no me lo contaste antes?! Eso son palabras mayores. Ese hombre está pilladísimo por ti.

—Carlota, no es eso. Yo significo para él lo mismo que él para mí: una aventura pasajera con la que conectas. La pasamos bien juntos. Nada más.

—Venga, por favor. —Negó con la cabeza—. ¿Cuántas veces vino tu ex a traerte el almuerzo al hospital?

Touché.

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra —respondí—. Lo que iniciamos como… un juego, o como quieras llamarlo, terminará cuando Astor deje de conformarse solo conmigo. Basta con verlo una noche en *Vértigo* para entender que nunca le faltarán opciones. Fui testigo de cómo lo miran con deseo.

»Además, él mismo me dijo que se siente cómodo siendo soltero, o sea, sus relaciones no trascienden las sábanas. Las relaciones estables no son lo suyo y yo tampoco estoy preparada para tener algo que no sea eso.

»Los dos llevamos ritmos de vida muy distintos. Es encantador y guapísimo, pero sé que no va a durar mucho.

—Y, si lo tienes tan claro, ¿qué te pasa entonces? ¿Por qué estás tan, tan… ansiosa?

—Antes tengo que contarte lo que sucedió anoche. Algo que nunca había hecho.

—Empieza de una vez. Quiero que me lo cuentes todo.

Me cubrí el rostro con las manos. El calor me subió a las mejillas apenas recordé lo que había pasado en *Vértigo*…

—Voy hasta el baño —le dije cuando terminamos de comer.

Astor me miró y asintió con la cabeza.

Me lavé las manos y, cuando me estaba arreglando el cabello, levanté la vista hacia el espejo y me lo encontré detrás de mí.

Lo miré sorprendida.

—¿Qué haces?

—Tardabas demasiado y vine a buscarte. —Se acercó despacio, sin molestarse en ocultar sus intenciones.

—Astor, podría entrar alguien.

—Soy el dueño del lugar, así que he puesto un aviso de fuera de servicio —respondió con voz ronca—. Pero tienes la opción de salir o… decirme que eche el cerrojo.

Tiempo atrás habría salido de aquel baño sin mirar atrás. Pero con Astor todo era distinto. Mi cuerpo ya había tomado la decisión por mí.

Tomé aire y lo miré con decisión.

—Echa el cerrojo.

Sin apartar los ojos de los míos, lo hizo.

Con un tirón rápido, me acorraló contra la pared y me hizo sentir cuánto me deseaba.

Me besó con una intensidad que me dejó sin aire. Astor gimió contra mi boca y se apartó apenas un segundo mientras sacaba un preservativo del bolsillo.

Desabroché sus pantalones y tiré de ellos hasta debajo de sus nalgas.

Volvió a abrazarme y me aferré a su camisa, pero él se apartó unos centímetros y buscó mis ojos.

Los cerré.

—Mírame, Doriana —me pidió.

Lo hice.

Y todo desapareció.

Solo estaba él.

Solo estábamos nosotros.

Astor volvió a besarme. Un beso intenso, sin pausa.

A los minutos, se apartó ligeramente para abrir el preservativo con los dientes y ponérselo.

—Justo hoy tenías que usar pantalones —susurró.

No pude evitar sonreír.

Me sacó los pantalones y la ropa interior con una facilidad que no me sorprendió. Me levantó y le rodeé la cintura con mis piernas. Sin dilación, me penetró de un solo movimiento.

Una oleada de placer recorrió todo mi cuerpo.

Astor retrocedió apenas y volvió a moverse con acometidas lentas y precisas, como si supiera exactamente lo que yo necesitaba.

Ambos jadeábamos.

Eché la cabeza hacia atrás, temblando de placer. Cada roce me hacía estremecer y, poco a poco, las fuerzas empezaron a abandonarme. En ese momento era Astor quien dominaba los movimientos.

—Astor —mi voz se quebró contra su boca—. No puedo más.

—Déjate llevar —susurró—. Yo te sostengo.

El orgasmo me atravesó de golpe y tuve que aferrarme a él para no derrumbarme. Me sostuvo con firmeza mientras el mundo parecía desvanecerse a nuestro alrededor.

Mientras recuperaba el aliento, él no dejaba de observarme. Después hundió el rostro en mi cuello y se quedó ahí, respirando contra mi piel. Sentí cómo su cuerpo se tensaba antes de enterrarse por completo en mí con un gruñido ronco, diciendo mi nombre en un hilo de voz que apenas reconocí.

Carlota me contemplaba con los ojos abiertos como platos, incapaz de reaccionar durante unos segundos.

—¡Por Dios! Abre la ventana porque me voy a incendiar —exclamó, haciéndose aire con las manos.

Eché la cabeza hacia atrás y reí.

—Nunca había hecho algo así. Y…
—Te gustó.
—Me encantó.
—Es que ese hombre está como un queso. Como lo dejes escapar, te dejo de hablar. Desde que estás con él tienes algo distinto… un brillo que… madre mía. Ahora entiendo de dónde viene —dijo, riendo.
—Ya hablamos de eso y sabes cómo pienso. Pero hay otra cosa…
—¿Más? Menos mal que eres cardióloga porque me está por dar un infarto.

Volví a reír.

—Quiere que este fin de semana lo acompañe a Valencia a la boda de su madre.
—¿Cómo que… qué? ¿A la boda de su madre?

El viernes llegó más rápido de lo que esperaba.

Astor me avisó el jueves de que viajaríamos en su coche, lo que significaba casi cuatro horas de trayecto hasta Valencia. Cuatro horas a solas con él. La carretera, la música y el paisaje serían nuestra única compañía.

Le avisé a Elena de que me iría todo el fin de semana y pareció tan emocionada ante la idea de quedarse sola que ni siquiera me preguntó dónde iba ni con quién.

El día anterior, Carlota me había obligado a acompañarla de compras para encontrar un vestido deslumbrante y pasar por el estilista. Según ella, al acompañar a Astor a un evento familiar, todas las miradas terminarían inevitablemente puestas en mí.

Eso solo consiguió ponerme todavía más nerviosa.

Aun así, seguí su consejo.

El viernes por la mañana, Astor llamó a mi puerta a la hora acordada. Llevaba un bolso de viaje y un portatrajes. Estaba

guapísimo, con el pelo todavía húmedo y esa sonrisa ladeada que parecía iluminarle el rostro.

—¿Lista? —preguntó, recorriéndome con la mirada.

—Sí, solo voy a buscar mis cosas y podemos irnos —respondí, dirigiéndome al sillón donde había dejado mi bolso—. ¿Desayunaste? Hay café recién hecho y puedo prepararte unas tostadas.

—Un café me vendría genial, gracias. Pero no te preocupes, me lo sirvo yo.

Dejó sus cosas sobre una silla y se dirigió a la cocina.

—¿Empacaste ropa cómoda? Me gustaría aprovechar el domingo para recorrer la ciudad. Quiero enseñarte algunos de mis lugares favoritos.

—Me gusta la idea. —Miré mi bolso—. Y sí, creo que llevo todo lo necesario.

—¿Cuándo tienes que volver al hospital?

—El lunes por la tarde.

Me había pedido esos días libres y, como tenía mucha licencia acumulada, me los dieron sin problema.

—Perfecto. Entonces podemos volver el mismo lunes por la mañana. ¿Te parece bien?

—Sí, claro. ¿Nos quedaremos con tu familia?

—No. Reservé una habitación en un hotel porque en casa de mi madre se está quedando mucha gente y prefiero que estemos más cómodos.

Íbamos a pasar todo un fin de semana juntos y, por lo visto, a solas.

Nosotros no teníamos ese tipo de relación. O eso intentaba repetirme.

Sonreí pese a aquella pequeña esperanza empeñada en abrirse paso dentro de mí.

Me sentía demasiado bien con él. Y, aunque intentara restarle importancia, tenía claro lo que significaba aquel viaje: un fin de

semana lejos de la rutina y otra excusa para volver a acostarme con Astor —como si necesitáramos alguna—.

Y, de algún modo, eso me bastaba.

No había futuro posible entre nosotros. Lo sabía. Incluso así, no quería pensar en ello.

En realidad, lo que estaba haciendo no era propio de mí. Era la mayor locura que había cometido jamás. Aun así, me gustaba estar pensando, por una vez, un poco más en mí que en los demás.

Iba a disfrutar de ese fin de semana sin culpas ni remordimientos.

Cuando llegamos al estacionamiento del edificio, dejamos los bolsos en el maletero y subí al coche. El trayecto comenzó entre conversaciones sueltas y largos silencios cómodos.

—Estás muy pensativa —comentó Astor.

Fue entonces cuando me di cuenta de lo absorta que había estado pensando en el fin de semana con él. Enfoqué la vista y descubrí que ya habíamos dejado Madrid atrás.

—Quizá esté un poco cansada… y el silencio del coche empieza a pesarme. ¿Puedo poner algo de música?

—No tienes que pedir permiso.

—¿Qué te apetece escuchar?

—Lo que tú quieras. Escucho de todo. Tengo gustos bastante eclécticos.

Alargué la mano hacia el equipo de música y lo encendí.

Sonaba *Edge of the Earth*, de The Beaches, y decidí dejarla. Tenía una melodía dulce, aunque su letra hablaba, irónicamente, de una relación entre dos personas opuestas.

Sonreí, bajé un poco la ventanilla y me permití disfrutar de la canción, de su compañía y del paisaje deslizándose tras el cristal.

Lo único que consiguió distraerme fue su voz cuando empezó a cantar una parte concreta de la canción. Una que hablaba de deseo, de adicción a ella y de dos personas incapaces de mantenerse lejos.

Giré el rostro y lo miré.

—¿Te la sabes?

—No olvides que mis noches las paso escuchando música en el bar.

Se inclinó hacia mí y me guiñó un ojo antes de volver a cantar.

—No cantas nada mal —dije, tratando de ignorar la letra y frenando el impulso de robarle un beso rápido, algo que habría estado completamente fuera de lugar.

Para distraerme, me puse a tararearla por lo bajo.

Tenía que dejar la mente en blanco. O, al menos, intentarlo.

Pero Astor estaba decidido a no permitírmelo. Lo demostró inclinándose sobre mí con la excusa de abrir la guantera junto a mis rodillas. Sacó unas gafas de sol y, antes de apartarse, sus dedos rozaron mis piernas con una lentitud difícil de ignorar. Un roce que envió una descarga directa al centro de mi cuerpo.

—Como copiloto no eres muy buena. Creo que te vestiste para desconcentrarme —dijo, desviando la mirada hacia mis piernas.

Llevaba un vestido que, al sentarme, se había subido por encima de los muslos.

—Pues no sabes cuánto lo lamento —ironicé—. No era mi intención desconcentrarte ni corromper tus pensamientos.

—Tarde.

Y el viaje no había hecho más que empezar.



Entendí por qué Astor no quiso quedarse en casa de su madre en cuanto aparcamos frente a la puerta. Como pude observar tras mis gafas de sol, la familia nos estaba esperando allí.

Y eran muchos.

Demasiados como para no ponerme nerviosa.

Me tomé mi tiempo para bajar del coche porque, aunque fuera absurdo, sentía que iba a presentarme como su novia oficial.

Agradecí haber seguido los consejos de Carlota porque, como ella bien dijo, todas las miradas estaban puestas en mí.

Vi a Astor abrazar a la mujer que supuse que era su madre y estrechar la mano al hombre que estaba a su lado.

Salí del coche despacio, intentando aparentar una calma que no sentía y esperando que hubiera dejado claro quién era yo: una amiga.

Pero cuando Aitana —su madre— me miró con aquella sonrisa traviesa, tuve mis dudas.

Ella vino enseguida a saludarme.

Era guapísima, igual que su hijo. Compartían los mismos ojos claros y esa sonrisa fácil capaz de desarmar a cualquiera.

—¡Qué alegría conocerte, Doriana! —soltó, reforzando mis dudas —. ¡Al fin ha traído a una chica a casa!

Aitana me abrazó, pero vi cómo Astor —que se encontraba saludando al resto de la familia— se giraba para mirarnos con expresión resignada.

—Qué guapura de niña y qué elegante. Y rubita como mi Astor. Hacen una pareja preciosa —me alabó.

Confirmado.

Astor no les había aclarado absolutamente nada y, como toda madre, Aitana había sacado sus propias conclusiones y, al parecer, yo ya era prácticamente su futura esposa.

—Encantada de conocerla y felicitaciones por la boda.

—Muchas gracias, querida. Vamos, que te voy a presentar a Iñigo, mi futuro esposo.

Me tomó del brazo y tiró suavemente de mí para empezar a caminar hacia la casa.

Primera presentación superada, pensé aliviada. Solo faltaba el resto de la familia, aunque no estaba segura de que fuese igual de sencillo.

Tomé aire profundamente y seguí caminando.

De repente, se detuvo y me miró.

—¿Nosotras ya nos conocíamos? Porque tengo la sensación de haberte visto antes.

—No lo creo. Aunque quizá me hayas visto en Madrid. Trabajo desde hace años en…

—No, no, no —me interrumpió—. Yo siempre viví en Valencia. Solo fui a Madrid cuando… —bajó la cabeza y vi cómo el dolor le ensombrecía la mirada—. Solo fui cuando mi padre falleció. Él había ido a pasar unas semanas con Astor y… su corazón simplemente no resistió.

—Lo siento mucho.

—No te preocupes —dijo con una sonrisa cálida—. Es un dolor que nunca desaparece, pero esté donde esté, seguro que está brindando por mi felicidad. Era un hombre increíble.

—Seguro que sí.

Me apretó el brazo y seguimos caminando.

Volví a mirar a Astor, pero él ya había quedado atrapado entre abrazos, palmadas en la espalda y voces familiares.

En cuanto llegamos al grupo, se me vino encima una oleada de «Encantados de conocerte», «Siéntete como si estuvieras en tu casa» y «Qué mujer más guapa». No había contado con la cantidad de gente que nos recibió entre amigos, tías, tíos, primos, primas e incluso vecinos, ni con aquel recibimiento tan cálido y acogedor.

Astor me presentó a todos ellos, uno por uno.

Algunos me estrecharon la mano y otros, directamente, me dieron un abrazo.

Solo esperaba que no se me notara lo abrumada que me sentía. Si bien era una persona bastante tímida e introvertida, allí me quedé sin palabras. No sabía qué responder a todas las muestras de cariño que me dedicaban y me sentí completamente superada. Pero también sentí un calor tibio expandirse por mi pecho al descubrir que les había caído simpática.

Al fin entramos a la casa, donde todo estaba listo para el almuerzo.

—Bienvenida, Doriana. Espero que disfrutes del tiempo que pases en Valencia, de nuestra familia y de la boda.

—Muchas gracias.

Astor se acercó y me sonrió.

—Parece que, si te animas a tener algo conmigo, mi familia te aprueba.

Se me secó la boca al verlo bromear con algo con lo que a mí ni siquiera se me ocurriría burlarme.

—¿Qué les dijiste sobre nosotros?

—Solo les dije que vendría con una amiga. Lo que supongan corre por su cuenta. Sin duda, a mi madre le juegan en contra las ganas de verme saliendo con alguien —dijo, encogiéndose de hombros y sin dejar de sonreír.

—¿Y qué decimos?

—Sígueles la corriente. —Volvió a encogerse de hombros.

Seguirles la corriente…

¿Y eso qué significaba?



Después de almorzar con su familia, nos marchamos al hotel. Astor había reservado uno ubicado en pleno centro de la ciudad, cerca de la Plaza del Ayuntamiento y al salón en el que se celebraría la boda esa misma noche.

Unas horas después de registrarnos, me miré en el espejo de la habitación y apenas me reconocí.

Me había hecho unas ondas y llevaba un maquillaje impecable en tonos dorados, con los labios rojos y carnosos.

También había cuidado cada detalle de mi ropa. Y no solo de la que quedaba a la vista. Aconsejada por Carlota, había comprado lencería seductora. Llevaba un sujetador palabra de honor de encaje negro, unas bragas a juego y un liguero.

Estaba a punto de ponerme el vestido cuando la puerta se abrió y Astor entró en la habitación. Me recorrió de arriba abajo con la

mirada e inhaló lentamente, como si acabara de quedarse sin aire.

—Doriana… —murmuró casi para sí mismo.

Llevaba un elegante traje azul oscuro perfectamente entallado, una camisa blanca y corbata en tonos azules y grises. Al verlo, todos los músculos de mi cuerpo se tensaron y se me cortó la respiración. Nunca lo había visto vestido con tanta elegancia y no pude evitar devorarlo con la mirada. Era un hombre impresionante. Sin duda merecía que le dedicaran más de un silbido de admiración.

Y lo hice.

Astor sonrió al oír mi silbido, pero solo unos segundos. Enseguida clavó sus ojos celestes en mí mientras se quitaba la chaqueta y la lanzaba sobre la cama.

Comenzó a acercarse lentamente y me estrechó entre sus brazos. Tomó mi rostro entre sus manos y me besó larga y profundamente. Cuando se apartó, apenas retrocedió unos centímetros para observar mi conjunto de lencería. Sus ojos se oscurecieron de inmediato.

—Jo-der —murmuró.

Sin decir nada más, volvió a besarme y comenzó a empujarme suavemente hacia la cama.

Esa vez fui yo quien se apartó.

—No puedo, Astor… Ya estoy peinada y maquillada para la boda.

—Joder —repitió—. Es que estás para comerte, doc.

—Si quieres que llegue a la boda presentable, tendrás que detenerte.

—Imposible… Hay otra forma de que no te despeines ni un pelo —susurró contra mis labios.

—Astor… no llegaremos a tiempo… —protesté sin demasiada convicción.

—Tendremos que darnos prisa.

Esa vez me empujó suavemente contra el tocador y me sentó encima. Me levantó una pierna y se colocó entre ellas mientras volvía a besarme. Me acarició los pechos, el vientre, el liguero hasta

detenerse en mis bragas, en el punto exacto donde mis piernas se unían. Me miró antes de introducir un dedo en mi interior. Arqueé la espalda y él me sostuvo con fuerza mientras sus dedos me llevaban lentamente al límite.

No apartó las manos de mí, recorriéndome con una lentitud que volvía cada segundo más insoportable.

El placer hizo que quisiera echar la cabeza hacia atrás, sin embargo, me quedé atrapada en sus ojos; clavados en los míos e irradiando ternura.

Su mano subió a mi rostro y me acarició la mejilla con el dorso de los dedos, como si necesitara comprobar que realmente estaba allí.

—¿Qué me estás haciendo, doc? —susurró.

Había algo distinto en su expresión. Nunca me había mirado de aquella manera.

Y sus palabras terminaron de desarmarme. De pronto, lo que sentía dejó de ser únicamente físico y la vulnerabilidad me golpeó con una fuerza inesperada. Necesité decir algo antes de ahogarme en ello, algo más ligero que rompiera aquella intimidad abrumadora.

—Eres tú el que me lo está haciendo…

Sonrió sin separarse de mis labios.

Y me besó.

Me besó con dulzura mientras el placer terminaba de consumirnos.

CAPÍTULO 21

«Cómo no amarte si en tu risa cabe el mundo y en tu abrazo el tiempo se detiene»
—Mario Benedetti

Doriana



Astor detuvo el coche en el acceso circular del salón.

El lugar era precioso, envuelto en una calidez cuidadosamente diseñada para que todo pareciera perfecto: las luces tenues, las flores y la música suave flotando en el aire.

Yo era un manojo de nervios. Pero...

—Estás preciosa, Doriana. Vamos a divertirnos.

Así de simple.

Y, aun así, en cuanto escuché su voz, algo dentro de mí cedió.

Bajó primero y rodeó el coche para abrirme la puerta. Cuando tomé su mano para salir, sus dedos se cerraron alrededor de los míos. El contacto fue firme y se convirtió en el sostén que necesitaba.

Aunque me había dicho que sería una boda íntima, en el camino de entrada había mucha más gente de la que esperaba. La mayoría eran personas que ya conocía, pero otras debían de ser familiares o amigos del novio, porque ni siquiera Astor las reconocía.

El salón estaba repleto de enormes jarrones rebosantes de flores rosas. No había un solo rincón libre de arreglos florales.

Todos los invitados iban vestidos de etiqueta y se movían con esa soltura ensayada, propia de los eventos importantes.

Me alegré de haber seguido el consejo de mi amiga, porque el vestido que llevaba era precioso: una auténtica cascada de brillo dorado. Se ajustaba a mi cuerpo hasta la cintura y luego caía en ligeras capas de gasa que se mecían con cada paso. El escote en pico dejaba mis hombros desnudos, sostenido por tirantes finos que apenas se notaban y aportaban delicadeza al conjunto. Era imposible pasar desapercibida con aquel vestido.

Y lo más importante… a Astor le había encantado.

Me condujo hasta la mesa que nos correspondía. En el camino, nos detuvimos varias veces para saludar.

En nuestra mesa estaba gran parte de la familia. De algún modo, aquello me devolvió cierta calma.

La ceremonia comenzó poco después.

Astor me había contado parte de la historia de su madre. Ella nunca se había casado. Era muy joven cuando lo tuvo y el padre se marchó antes de que él naciera. Después quedaron ella y su abuelo. Solo ellos dos para criarlo. Pero el abuelo ya no estaba con ellos.

Su madre llevaba cinco años junto a Iñigo y apenas unos meses atrás habían decidido casarse. Ambos eran relativamente jóvenes: ella rondaría los cincuenta y él tendría apenas algunos años más. Según Astor, aquella relación le había hecho muchísimo bien porque Iñigo la cuidaba y la respetaba de verdad.

La ceremonia civil fue sencilla, pero emotiva. El momento más intenso llegó cuando el juez los declaró marido y mujer y los recién casados se besaron. Un aplauso cálido resonó en todo el salón.

Entonces, reparé en la forma en que Iñigo miraba a Aitana. Y entendí lo que Astor había querido decir cuando habló de cómo Iñigo la cuidaba.

No era algo que se dijera.

Se veía.

Y ellos lo tenían.

Aunque seguía atenta a la ceremonia, también observé a Astor. Después de todo, era su madre quien se estaba casando. Sin

embargo, era casi imposible de leer. O, al menos, yo todavía no sabía cómo hacerlo.

Cuando le pregunté si estaba contento, respondió sin apartar la vista de la ceremonia:

—Si ella lo está, yo también.

El único instante en que creí percibir algo distinto en sus ojos fue cuando mencionaron a su abuelo y expresaron el deseo de que hubiera podido estar presente. Algo en él se tensó apenas un segundo. Fue mínimo: la mandíbula, la forma en que dejó de moverse. Pero yo lo noté.

Evidentemente, su abuelo había sido una persona muy importante en su vida y todavía lo echaba muchísimo de menos. Quizá aún cargaba heridas que no mostraba a nadie.



—¿Te apetece ir a tomar algo? —me preguntó Astor.

—Sí. Necesito una copa.

Nos levantamos y nos dirigimos a la barra.

—¿Qué quieres, Doriana?

—Algo con alcohol.

—¿Piensas ponerte como una cuba delante de mi familia? —bromeó, fingiendo horror.

—Pensándolo mejor, solo una copa de champán.

Astor sonrió, me tomó de la mano y me susurró al oído:

—Los tienes a todos fascinados, doc.

—No exageres.

Astor pidió las bebidas sin soltarme la mano.

Cuando las trajeron, acercó su copa a la mía para brindar.

—¿Por qué me miras tanto? —pregunté al notar su intensa mirada por encima de la copa.

Astor apenas sonrió. Sus dedos descendieron despacio por mi espalda desnuda.

—Porque no puedo dejar de hacerlo. Eres hermosa.

El corazón se me aceleró, pero no pude evitar pensar en lo que aquello significaba.

—¿Qué estás pensando? —preguntó.

Lo miré unos segundos antes de responder.

—Que contigo me siento demasiado bien.

Me arrepentí en cuanto lo dije.
Algo cambió en su expresión. Su sonrisa se apagó despacio.
Había dicho demasiado. Y ya era tarde para retractarme.

—Yo… también —admitió después de un largo silencio—. Tanto que hasta olvido las razones por las que debería mantenerme lejos.

Algo dentro de mí se hundió.

—¿Por qué lo dices?
—¿De verdad no te das cuenta?
—No. Ilumíname.

Negó con la cabeza, pero no respondió.

—¿Bailamos? —preguntó.
—No me respondiste.

Exhaló.

—Mereces a alguien mejor que yo, doc.

Lo miré y tomé su mano.

—Entonces bailemos —susurré, tirando suavemente de él antes de que pudiera seguir hablando.

Íbamos caminando hacia la pista cuando uno de sus tíos nos interceptó para pedirle a Astor que bailara una canción con su madre. Querían tomarles una foto juntos.

Astor asintió, pero enseguida me miró. No dudé en alentarlo. Ese baile con su madre era especial.

Apenas se había alejado cuando escuché otra voz.

—¿Te apetece bailar, Doriana?

Giré y me encontré a uno de sus primos. Debía de tener mi edad y ya había hablado con él durante el almuerzo en casa de la madre de Astor. Estaba a punto de negarme porque quería ver bailar a Astor con Aitana, pero tampoco quería parecer antipática.

—Sí, claro.

—Soy Alan, uno de los primos de Astor.

—Sí, te recuerdo —dije, sonriendo.

La música era la favorita de los novios y casi todas las canciones pertenecían a los noventa. En ese momento sonaba *Can't Fight This Feeling,* de REO Speedwagon.

Miré hacia donde bailaban Astor y su madre. Sonreí al verlos abrazados y felices riendo juntos. Incluso parecían emocionados.

Volví la atención hacia Alan y le di la mano. La canción era preciosa, pero no estaba muy segura de que fuera la más adecuada para compartir con alguien a quien apenas conocía. Cuando sus manos se posaron sobre mi cintura, mi cuerpo se tensó un poco.

No habíamos llegado ni a dar un par de vueltas cuando…

—Perdona, Alan.

Astor le tocó el hombro a su primo y luego me señaló con la mirada.

—Le prometí a Doriana este baile.

Su primo le sonrió, me soltó y le palmeó el hombro. Astor ocupó su lugar de inmediato.

La pista de baile se había ido llenando lentamente de parejas, pero el resto del salón pareció desdibujarse en cuanto comenzaron a sonar los primeros acordes de *After All,* de Peter Cetera y Cher. La voz suave y melancólica de la canción flotó entre las luces tenues mientras Astor deslizaba una mano hasta mi cintura y me acercaba despacio hacia él.

Apoyé una mano sobre su hombro y la otra quedó atrapada entre sus dedos. Al principio nos movíamos con cautela, siguiendo el ritmo lento de la música, pero poco a poco el baile terminó convirtiéndose en algo mucho más íntimo que elegante. Ya no parecía importarnos el mundo a nuestro alrededor; solo permanecer así.

Sentía el calor de su cuerpo filtrarse a través de la tela del vestido mientras su perfume me envolvía lentamente. Era como si todo desapareciera al compás de la canción.

Girábamos despacio entre las demás parejas. Las capas doradas de mi vestido se mecían alrededor de nuestras piernas cada vez que él me guiaba en un movimiento suave y seguro. Astor no dejaba de mirarme, ni siquiera cuando las voces y las risas crecían alrededor. Nos observábamos como si intentáramos memorizar cada detalle del otro.

Cuando llegó el estribillo, entrelazó aún más sus dedos con los míos y me acercó hasta que apenas quedó espacio entre nosotros.

Y entonces comprendí que no era un baile más.

Bailábamos aferrándonos a aquel instante como si el mundo pudiera arrebatárnoslo en cualquier momento.

CAPÍTULO 22

«Tal vez la felicidad sea esto: no sentir que debes estar en otro lado, haciendo otra cosa, siendo alguien más»
—Eric Weiner

Doriana



Astor pidió el desayuno a la habitación y estábamos sentados sobre la cama, improvisando una especie de picnic.
El ambiente era cálido e íntimo.

Sorprendentemente natural.

La noche anterior había sido mágica. No solo durante la boda, sino también cuando volvimos al hotel. Y aquella mañana habíamos disfrutado de un baño lento y apasionado.

El sexo con Astor era increíble. Imposible explicar con palabras lo que sentía al alcanzar el orgasmo con él. La conexión entre nosotros era demasiado intensa. Tanto que llegaba a desconcertarme.

Estábamos cómodos, recién duchados. Incluso seguíamos con el cabello mojado. Él llevaba un pantalón de chándal y el torso desnudo; yo, un pijama corto de dos piezas y finos tirantes que había comprado especialmente para la ocasión.

Y a Astor también le había encantado aquella prenda.

—Hacía mucho que no venía a la casa de mi madre —dijo, devolviéndome a la realidad.

—Pero no te queda tan lejos —comenté, intentando que siguiera abriéndose y compartiendo más sobre su vida.

—No es por la distancia. Tampoco por el bar, porque sé que Octavio puede hacerse cargo sin mí. —Hizo una pausa, pensativo—. Nací en Valencia y viví allí hasta que decidí mudarme a Madrid. Pero, cuando falleció mi abuelo… —La tristeza o quizá melancolía, cruzó fugazmente por su rostro—. Ya no pude volver a esa casa. Vine varias veces a Valencia para ver a mi madre, pero siempre me quedaba en la casa de alguno de mis primos.

—No volver allí debe de haber sido muy duro para ti —murmuré.

—Sí, pero más duro habría sido entrar en la casa, recordar todo lo vivido y no verlo.

—¿Y cómo te sentiste ayer?

—Fue… mejor de lo que esperaba —respondió, mirándome con intensidad.

Todo lo que estábamos viviendo era increíble y yo me sentía demasiado bien con él, pero había un tema que ambos sabíamos que tarde o temprano tendríamos que hablar. Al menos yo necesitaba resolver aquel conflicto que no dejaba de darme vueltas en la cabeza.

Y ya no pude seguir ignorándolo.

—¿Por qué me trajiste, Astor?

Miró hacia la ventana, pensativo.

—Necesitaba estar acompañado.

—Lo entiendo. Pero… ¿por qué yo?

—¿Por qué no? —Se encogió de hombros.

—No sé… nosotros no nos conocemos tanto y supongo que debes de tener amigas más cercanas.

—Quería venir contigo —respondió sin dudar—. E hice bien, porque comprendí que volver a la casa en la que crecí no era tan malo. Solo es… distinto.

Permaneció callado unos segundos, reflexivo.

—¿Sabes? Creo que logré cicatrizar algunas heridas. Pude ver las cosas de otra manera.

—La compañía habrá tenido algo que ver… —bromeé.
—Todo.

Por el momento, eso me bastaba.
Sonreí.

—Gracias por elegirme.

No apartábamos la mirada el uno del otro. Se había creado una especie de burbuja en la que no existía nada más que nosotros. Miradas silenciosas con las que parecíamos decirnos mucho más de lo que queríamos.
Fue él quien rompió el momento al desviar la vista.

—¿Vamos a pasear por Valencia, doc?
—Por supuesto —respondí sonriente.
—Prometo ser un buen guía —agregó.

Irónico.
Porque, por él, me sentía más perdida que nunca.



Fue un día increíble.
Recorrimos el centro histórico; después fuimos a la Ciudad de las Artes y las Ciencias y las últimas horas de la tarde las dedicamos a la Playa de la Malvarrosa. Durante la puesta del sol caminamos descalzos por la orilla del mar, hundiendo nuestros pies en la arena húmeda. La brisa cálida nos revolvía el cabello y las olas rompían con suavidad, mezclándose con una música lejana.
A medida que avanzábamos, vimos una fiesta a escasos metros y nos dirigimos hacia allí. Aunque estábamos a finales de primavera, parecía una noche de verano.
Yo llevaba un vestido floreado y unas sandalias de esparto que sostenía en la mano. Astor vestía jeans desgastados y una camisa suelta.

—Me gusta mucho tu vestido —susurró junto a mi oído.

Sonreí.

—Aunque, en realidad, no hay nada que te quede mal.
—Supongo que tienes razón —bromeé, y ambos reímos.

Estaba guapísimo. Sus ojos parecían más claros, su pelo más rubio bajo la luz del atardecer. Pero lo que más me impresionaba era la forma en que su risa parecía clavarse en mi alma.

Nos detuvimos en la barra improvisada que habían montado en la playa. Era una fiesta que promocionaba una nueva cerveza e invitaban a todos los que paseaban a esa hora junto al mar y disfrutaban de aquel precioso atardecer. El ambiente era increíble. Estaba lleno de risas, botellas alzadas y cuerpos moviéndose sin esfuerzo.

Nos dieron nuestras cervezas y nos sentamos en la arena.

—No te llevas bien con tu hermana, ¿verdad? —preguntó de repente.

Tema delicado.

Antes de responder, miré el mar y le di un sorbo a mi bebida.

—Perdóname, pero es bastante obvio. Parece disfrutar molestándote.

La mirada se me perdió en la inmensidad del mar.

Suspiré.

—No sé qué pasó con nosotras. —Me encogí de hombros—. Nunca nos llevamos bien. Somos mellizas, pero polos opuestos. Elena es impulsiva; yo mido cada paso. Ella habla sin filtro; yo, la mayor parte del tiempo, me escondo detrás del silencio. Nunca logramos entendernos del todo. Cada conversación termina convirtiéndose en una discusión.

—¿Por qué la alojaste en tu piso?

—Se suponía que sería por poco tiempo —dije, hundiendo los dedos en la arena.

—Quizá no debería decir esto, pero no voy a callármelo porque me molesta la forma en que te trata. Parece que compite contigo todo el tiempo.

—Es mi hermana y, por más que no nos entendamos, la quiero.
—Eso no hace la convivencia más fácil.
—No… —exhalé—. Pero no tiene adónde ir.

Astor negó con la cabeza.

—¿Y tu familia?

Parecía que había llegado el momento de hablar de mí.

—Mi madre vive en Pontevedra. Mi padre falleció cuando teníamos quince años. Vivíamos en Madrid, pero cuando empecé la universidad mi madre se mudó. Intento ir a verla dos o tres veces al año y ella también viene alguna que otra vez.
—Siento mucho lo de tu padre —dijo, más bajo.

Asentí.
En ese momento comenzó a sonar *Sin miedo a nada*, de Alex Ubago, y Astor no dudó en ponerse de pie y tirar suavemente de mi mano para llevarme hacia aquella improvisada pista en la playa.
Me rodeó con los brazos y me atrajo hacia él.
Y me rendí.
Apoyé una mano en su hombro mientras la otra quedaba entrelazada con la suya. Entonces, comenzamos a movernos despacio, solo siguiendo el ritmo lento de la canción.
Era un balanceo íntimo, pausado, torpe a ratos. Pero había algo hermoso en la manera en que parecíamos olvidarnos del mundo. Como si solo existiéramos nosotros, la música y el rumor del mar.
Las palabras de la canción parecían envolvernos. Hablaban de perder el miedo, de abrir el corazón y de encontrar a alguien por quien mereciera la pena hacerlo. Y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que quizá yo también estaba empezando a perder ese miedo.
Sin darme cuenta, apoyé la frente en su pecho y él me abrazó un poco más fuerte, guiándome despacio sobre la arena.
Sin prisa.
Sin ruido.
Sin miedo a nada.

CAPÍTULO 23

«…siempre llega un momento en que no hay más remedio que arriesgarse»
—José Saramago

Astor



Estaba tumbado en el sofá. Por más que había intentado dormir un poco, desde que había llegado a mi piso no había conseguido apartar a Doriana de mis pensamientos. Mi mente regresaba una y otra vez a cada instante compartido durante el fin de semana, sin concederme un solo momento de tregua.

Cerré los ojos con frustración.

Un poco antes de las cinco de la tarde decidí que era mejor irme a *Vértigo* y ponerme a trabajar. Quizá así le daría un respiro a mi cabeza, obligándome a centrarme en algo que no fuera ella.

Entré en el bar y Octavio ya estaba en la barra acomodando unas botellas. En cuanto me vio, frunció el ceño.

—Pensé que hoy no venías —comentó.

—Tenía pensado descansar porque conduje muchas horas, pero no tengo sueño.

—Y yo que pensaba que la doctora *sexy* te iba a dejar agotado —dijo, soltando una carcajada.

—No sé por qué te burlas. Te aseguro que, en ese aspecto, no tengo ninguna queja.

—¿En algún otro la tienes? —preguntó, pasándome una cerveza.

Me senté en un taburete frente a él y, casi por inercia, miré el teléfono.

—Ya veo…
—¿Qué es lo que ves? —inquirí.
—Estás mirando el teléfono con cara de perro abandonado.

Esbocé una sonrisa y dejé el móvil sobre la barra.

—No es lo que piensas. —Exhalé lentamente—. En realidad, fue un fin de semana tan malditamente bueno que estoy… confundido. Aunque el viaje de regreso fue un poco extraño. Hablamos poco. Fue como si hubiéramos agotado los temas fáciles. No sé… había un silencio extraño entre nosotros, uno de esos que pesan más por todo lo que contienen que por lo que callan. Cada vez que quería decir algo sobre nosotros, me bloqueaba.

El recuerdo regresó de inmediato.

Doriana observando el paisaje tras la ventanilla. La luz de la tarde derramándose sobre su cabello y arrancándole reflejos dorados. Las piernas recogidas ligeramente sobre el asiento. La expresión tranquila, como si fingiera interés por cualquier cosa que no fuera mirarme.

Yo, frustrado, tamborileando los dedos sobre el volante. Fingiendo prestar atención a la carretera cuando, en realidad, era dolorosamente consciente de ella. De su perfume. De sus silencios. De la forma en que sonreía cuando algo le hacía gracia de verdad. De cómo se mordía el labio cuando estaba pensando demasiado.

Cuando uno de los dos abría la boca para decir algo, terminábamos hablando de la música, del camino o de alguno de los lugares que habíamos visitado en Valencia. Lo importante seguía atrapado entre nosotros, creciendo con cada kilómetro.

La música sonaba baja, apenas un murmullo.

Entre canción y canción aparecían aquellos silencios en los que podía haber iniciado esa conversación. Esa que podía cambiarlo todo. Perdí la cuenta de las veces que estuve a punto de hablar.

Pero no lo hice.

Y aquellos momentos pasaban de largo igual que los carteles de la carretera.

Así que continuamos avanzando, compartiendo el mismo coche y el mismo silencio, ambos conscientes de que, bajo aquella aparente tranquilidad, algo latía con fuerza.

Exhalé y me pasé una mano por el pelo.

—Y desde que nos despedimos me he pasado pensando si sería tan malo…

Me detuve. Incluso decirlo en voz alta me resultaba difícil.

—¿Qué puñetera cosa?

—Olvidarme de mi maldito plan e intentar algo con ella. Algo de verdad.

Mi amigo negó despacio con la cabeza, como si hubiera estado esperando escuchar exactamente aquello desde hacía días.

—Dios santo, esto es peor de lo que imaginaba.

—¿Por qué dices «peor»?

—Porque parece que tu plan te salió por la culata. En vez de desgraciarla a ella, te desgraciaste tú solo. Estás colado por la doctora. Está clarísimo.

—No ando colado por… ¿Por qué estamos hablando de esto? Ponte a trabajar.

Mi amigo soltó otra carcajada y acabó sentándose a mi lado con una cerveza en la mano.

—Si quieres desahogarte con alguien, soy la persona indicada. Te conozco como si fuera tu conciencia.

—Lo dudo. Y no necesito que juegues a hacer de psicólogo. Necesito que nos pongamos a trabajar —afirmé mientras me ponía de pie.

—No huyas, cobarde. Confiesa tus sentimientos antes de que se conviertan en una carga demasiado pesada.

Me giré hacia él.

—¿Quién ha hablado de sentimientos? Estás hablando sin tener ni idea de lo que ha pasado ni de cómo me siento.

—Precisamente por eso. Porque no has hablado de ellos… pero ahí están. Consumiéndote por dentro.

—No digas gilipolleces —espeté, enfadado… pero conmigo mismo.

—Sabes muy bien que no son gilipolleces. ¿Sabes cuál es tu problema? Que es la primera vez que alguien te importa de verdad. Por eso tienes miedo de arriesgarte. Sería muy triste que, después de que esa chica confiara plenamente en ti, la decepcionaras de una forma tan cruel. Pero sería todavía más triste que terminaras decepcionándote a ti mismo.

Inspiré hondo.

—Octavio, quiero que nos pongamos a trabajar.

Octavio no se movió. Se limitó a dejar la botella vacía sobre la barra.

—Tienes suerte de que no sea demasiado tarde para recapacitar sobre tu estúpido plan. Dile la verdad y deja que ella decida si se va o se queda. No tiene más ciencia.

No respondí.

Me di la vuelta y fui hacia el otro extremo de la barra para ocuparme de cualquier tarea pendiente.

Porque si había algo que tenía claro en aquel momento, era que resultaba mucho más sencillo ordenar un bar entero que poner orden dentro de mi propia cabeza.

CAPÍTULO 24

«No hay barrera, cerradura, ni cerrojo que puedas imponer a la libertad de mi mente»
—Virginia Woolf

Doriana



Para variar, estaba agotada.

Pero aquella vez no era solo cansancio físico. También estaba cansada de darle vueltas a mi relación con Astor. Y no porque creyera que debíamos convertir aquello en algo serio. Ni mucho menos. Ni siquiera podía decirse que nos conociéramos lo suficiente. Lo que necesitaba era entender qué significaba para él. Porque cuanto más me importaba Astor, más miedo me daba descubrir que estaba esperando algo que él nunca había tenido intención de ofrecerme.

Además, seguía sintiendo que había algo en él que no terminaba de encajar. Probablemente solo fueran imaginaciones mías, pero no podía evitar tener esa sensación.

Eran las dos de la tarde y estaba en la cafetería del hospital esperando a Carlota. Me había enviado un mensaje amenazando con atentar contra mi vida si no la esperaba para comer. Obviamente, no era porque tuviera ganas de verme —aunque probablemente también un poco—, sino porque estaba ávida de noticias. Más concretamente, de todo lo relacionado con el viaje a Valencia.

Carlota apareció en la cafetería unos minutos después, con el pelo recogido de cualquier manera y la bata abierta sobre la ropa de

calle. Llevaba una bandeja en una mano y una expresión tan expectante que casi me hizo reír.

Se dejó caer en la silla frente a mí.

—Bien. Habla.

—Hola, Carlota. Qué gusto verte.

—Hola, Doriana. Qué gusto verte. Ahora habla.

Solté una risa por lo bajo.

—¿Ni siquiera vas a fingir interés por cómo estoy?

—Estoy muy interesada en cómo estás. De hecho, por eso estoy aquí. Y porque necesito saber qué pasó en Valencia.

—Eres imposible.

—Y tú llevas… —Miró su reloj— exactamente treinta segundos intentando ganar tiempo.

Dio un mordisco a su sándwich sin apartar la mirada de mí.

—Empieza —dijo, con la boca llena.

Suspiré.

—Lo pasamos bien.

—Eso no es empezar. Eso es solo un titular.

Me mordí el labio para no reír.

—¿Qué quieres que te diga?

—Todo.

Puse los ojos en blanco.

—Hay ciertos detalles que no voy a contarte.

—Perfecto. Entonces, ahora empieza por las partes que pueden contarse en horario infantil y, cuando estemos en tu piso —o mejor, en el mío, porque en el tuyo está la odiosa de tu hermana—, me cuentas la parte sórdida.

No pude evitar reír.

—Sabía que no debería haberte esperado.

—Sabes que no podrías vivir sin mí. Así que no perdamos nuestro valioso tiempo.

—Te voy a contar la historia de este finde en Valencia.

—Por favor y gracias.

Le conté lo de la boda, la familia de Astor y todos los paseos que hicimos. Le hablé un poco de él y también del viaje de regreso en el que me había sentido un tanto incómoda. No por él, sino por esos silencios que, más que pausas, parecían secretos. Silencios elegidos porque ninguno de los dos sabía cómo, cuándo ni qué hacer con eso que se nos atascaba en la garganta.

Cuando terminé, la que se quedó muda fue Carlota.

Fruncí el ceño.

—Ahora te quedas callada.

—Estoy pensando…

—¿En qué?

—En todo, pero, más que nada, en cómo decirle a Astor que realmente estás involucrada en esa relación.

—Yo no dije eso. Yo te planteé que me gustaría saber si… tenemos futuro.

—Es lo mismo, porque si te lo planteas es porque quieres ese futuro con él.

—Tampoco dije eso. —Bajé la mirada hacia el plato durante unos segundos.

—Doriana, estás hablando conmigo. No tienes que esconderme nada. Además, nadie vuelve confundida después de un fin de semana horrible. Se vuelve confundida después de uno perfecto.

Exhalé despacio.

—Definitivamente, el fin de semana fue perfecto.

—Y ahí está el quid de la cuestión.

Levanté la mirada.

—No me estás ayudando mucho. Dime qué hago.

—Lo primero y más importante es: ¿quieres, realmente, aclarar las cosas con él? ¿O quieres seguir disfrutando de esa relación sin etiquetas, pero… placentera?

—Pues claro que quiero seguir disfrutando de esto, sea lo que sea. Además, supongo que ya llegará el momento oportuno.

—Gilipolleces. El momento oportuno no existe.

—Entonces, dame el maldito consejo.

—Tienes que pillarlo con la guardia baja. Hasta ahora ha sido él quien te ha tomado desprevenida con sus actitudes e invitaciones… bueno, es hora de que tú seas la que le dé una buena sorpresa que lo haga reaccionar.

—¿Sorpresa? ¿Qué tienes en mente?

—¿A qué hora sales hoy?

—Con suerte, a las siete de la tarde.

—¿Y él esta noche va a *Vértigo*?

—No lo sé con certeza, pero imagino que sí.

—Entonces, vas a tener que hacer un esfuerzo…



Mientras me duchaba, las palabras de Carlota seguían resonando en mi cabeza: «Si quieres saber qué siente, empieza por mostrarle tú lo que sientes».

Ni siquiera yo tenía claro qué sentía, pero ya no quería seguir evitándolo.

Como también había dicho mi amiga, había llegado el momento de que yo lo intentara.

Salí del baño, me envolví en una toalla y me senté en la cama con el teléfono en la mano.

Abrí el chat.

El cursor parpadeó frente a mí durante varios segundos.

Escribí una frase. La borré.

Escribí otra. También la borré.

Al final, respiré hondo y tecleé:

Yo:

«Avísame cuando vuelvas

de Vértigo. No importa la hora»

El doble *check* tardó apenas un segundo en aparecer.

Yo tardé menos en arrepentirme.

¿Qué demonios acababa de hacer?

Estuve tentada de borrarlo.

Entonces la voz de Carlota —que ya era prácticamente mi conciencia— volvió a mi mente: «Es hora de que seas valiente».

Y no lo borré.

Me limité a dejar el teléfono sobre la cama sin apartar la vista de la pantalla.

Supuse que, al estar trabajando, su contestación iba a demorar en llegar. Sin embargo, me sorprendió su rapidez:

Astor:

«Todo bien?»

Ahí estaba.

Cerré los ojos y suspiré.

Esa respuesta no me sorprendió en absoluto. Como si la única razón por la que yo podía querer verlo fuera que algo iba mal.

Yo:

«Sí. Solo avísame»

Tenía que insuflarme valor y optimismo.

Tomé el teléfono, abrí mi *playlist* y dejé que la música llenara mi dormitorio. Sonaba *Dance The Night*, de Dua Lipa. Con la toalla envuelta alrededor del cuerpo y el cabello aún húmedo, empecé a moverme sin pensar, girando, dando pequeños saltos y siguiendo el compás con una energía despreocupada. Dejé que el ritmo guiara cada uno de mis movimientos y me abandoné por completo a la música.

Tomé el cepillo y lo convertí en un micrófono improvisado, acercándolo a mis labios mientras cantaba cada palabra con absoluta convicción. Frente al espejo, el dormitorio se transformó en mi pista

de baile privada, donde podía expresarme libremente y olvidarme, aunque fuera por unos minutos, de todo lo demás.

—¿Enloqueciste?

La voz de mi hermana me arrancó de golpe de mi pequeña burbuja de felicidad.

Me quedé inmóvil. Tomé el teléfono y detuve la música.

—¿Desde cuándo escuchas música tan alta y… bailas así? —preguntó, arrugando la nariz.

—Solo… me dieron ganas de hacerlo. Tú la escuchas mucho más fuerte y hasta cuando estoy intentando descansar.

Entró en la habitación y se dejó caer sobre la cama.

—Pero yo soy yo —dijo, señalándose—. En cambio, tú…

—¿Yo qué?

—Eres una amargada.

Sentí cómo aquellas palabras me atravesaban.

—A veces pienso que de verdad me odias, Elena. Si tanto te molesta mi presencia, ¿por qué no te has mudado? No pareces muy ansiosa por hacerlo.

—Primero, no te odio. Simplemente somos distintas y… no logro conectar contigo. Ya sabes…

—No, no lo sé. Explícamelo.

Se puso de pie.

—Siempre pareces tan… perfectita —dijo, recorriéndome con la mirada y haciendo una mueca de desagrado—. No me llevo bien con la gente así.

—Elena, soy tu hermana —respondí, y mi voz sonó más débil de lo que pretendía.

Di un paso hacia ella.

Elena retrocedió de inmediato.

—Y, volviendo a lo de mi mudanza, estoy trabajando en ello. No te preocupes, no tardaré mucho en irme.

Giró y caminó hacia la puerta.

—Puedes seguir con tu ridículo baile.

El clic del picaporte resonó en el silencio.

Me dejé caer sobre la cama.

La habitación seguía siendo la misma. La música ya no sonaba. Pero la chica que había estado bailando unos minutos antes parecía haber desaparecido junto con ella.



A las dos de la mañana, la pantalla de mi teléfono se encendió con el mensaje que estaba esperando.

Astor:

«Llego en 10 min.
Voy x tu piso?»

Yo:

«Yo voy al tuyo»

Solo llevaba ropa interior y la camiseta de Astor, olvidada en la maleta desde nuestro viaje a Valencia.

Respiré hondo.

Dudé un instante. Luego me puse en pie.

Tomé el bolso con el cepillo de dientes y algunas cosas de aseo, me calcé las pantuflas y salí de mi piso.

No esperé el ascensor.

Solo era un piso.

Doce escalones.

Pero, con cada uno, el pulso se me aceleraba un poco más.

Astor no sabía lo que iba a proponerle aquella noche, y yo no sabía qué respuesta podía esperar.

Cuando llegué frente a su puerta, respiré hondo.

Levanté la mano.

Entonces la puerta se abrió antes de que pudiera llamar.

Astor me miró en silencio. Sus ojos bajaron, recorriéndome, y se detuvieron en la camiseta. Una sonrisa apareció en la comisura de sus labios.

—Hola —saludé.

Sin decir nada, me tomó de la mano y me atrajo hacia él. Sus labios encontraron los míos. Y me dejé llevar, sintiendo cómo los nervios se deshacían lentamente entre sus besos.

Unos minutos después, terminé apartándome lo justo para poder mirarlo.

—Hola, doc.

—Gracias por esta bienvenida —susurré.

Sonrió.

—Gracias por esta visita, aunque confieso que tus mensajes me tenían preocupado.

—No era mi intención. Discúlpame.

Entré en su piso. La puerta se cerró a mi espalda.

Me giré hacia él.

—Quería… proponerte algo. Pero necesito que seas sincero conmigo. Si no te sientes cómodo, dímelo. Te aseguro que…

No terminé la frase. Me rodeó la cintura y me acercó a él.

Mi corazón golpeaba con tanta fuerza que estaba convencida de que él podía sentirlo.

—¿Qué tienes en mente, doc?

—¿Puedo…? ¿Puedo quedarme a dormir contigo?

Silencio.

Durante un segundo pensé que había cometido un error.

Luego, su respuesta fue otro beso.

—¿Eso es un sí? —susurré.

—¿Tú qué crees? —murmuró contra mi boca—. No pienso dejarte ir esta noche.

Sonreí contra sus labios.

—¿Estabas tan nerviosa solo por preguntarme eso? —preguntó, rozando mi mejilla con los labios.
—Sí. Es que no sabía si te gustaba la idea.
—Me encanta dormir contigo, doc.
—Es que… mi propuesta es solo dormir. Ha sido un día largo y ambos estamos muy cansados.

Astor arqueó una ceja. No consiguió ocultar del todo su decepción, aunque sonrió.

—¿Ya estás jugando esa carta? ¿Luego me dirás que te duele la cabeza?

Me tensé, pero Astor soltó una carcajada y me abrazó con fuerza.

—Así que me estás invitando a una fiesta de pijamas.
—Algo así, pero sin la parte de jugar a verdad o reto.
—¿En serio? Que decepción. Sería más divertido si hacemos verdad o reto versión con *striptease*.
—Eso no existe —dije, empujándolo suavemente en el hombro.
—Yo lo jugué.
—No lo dudo.

Él sonrió. Luego me tomó en brazos con naturalidad y me llevó hacia el dormitorio.
Me dejó sobre la cama con cuidado.

—Te queda mejor a ti que a mí —dijo, señalando su camiseta.
—Me gusta usarla.
—Es tuya… siempre y cuando te la pongas solo cuando duermas conmigo.

Bajé la vista para ocultar la sonrisa.

—Voy a darme una ducha. No tardo.

Entró en el baño y el sonido del agua llenó el silencio del dormitorio.

Me metí en la cama y me acurruqué bajo el cobertor.

Unos minutos después, Astor salió del baño con una toalla alrededor de la cintura. El vapor aún lo acompañaba.

Lo seguí con la mirada.

Sin ninguna ceremonia, abrió el cajón de la ropa interior, dejó caer la toalla y se puso unos bóxer.

Después, la cama cedió a su peso. Me atrajo hacia él y me rodeó con el brazo, pegándome contra su pecho.

—¿A qué hora debes levantarte? —consultó.

—A las ocho. Pero no te preocupes, ya programé mi alarma.

—Vas a dormir pocas horas —dijo, y en su voz percibí una nota de preocupación.

—No pasa nada. Mañana sobreviviré.

Hubo unos segundos de silencio.

—¿Por qué querías dormir conmigo? —preguntó al cabo de un instante.

Suspiré. Esa pregunta ya me la esperaba.

—Quería sorprenderte porque eres tú el que siempre me hace invitaciones.

—Me gustó —respondió enseguida—. Me gusta tenerte así.

—Astor… necesito hacerte una pregunta y que seas sincero.

Astor se giró hacia mí.

—¿Qué quieres saber? —preguntó, mirándome con esos ojos que me deslumbraban.

—¿Qué es esto? Me refiero a nuestra relación.

Astor sostuvo mi mirada sin apartarla. No parecía buscar una respuesta perfecta, sino la más sincera que era capaz de darme.

—No lo sé todavía, doc. Solo sé que quiero seguir aquí —exhaló —. Disfrutemos. Improvisemos. El tiempo dirá.

Quizá improvisar no era tan mala idea después de todo.

—Supongo que tienes razón y al final no importa.
—¿Por qué hablamos del final si recién estamos comenzando?

Comenzando…
No sonaba a despedida y eso, por lo menos, era esperanzador.
Sonreí.

—Tú… ¿estás viendo a otras mujeres?

Los ojos de Astor se estrecharon hasta convertirse en dos ranuras celestes.

—¿Quieres que las vea?

Exhalé con frustración.

—No me respondas con otra pregunta.

Se pasó una mano por el pelo.

—Desde que nos acostamos… solo he estado contigo.
—Yo tampoco estuve con nadie.

Me miró con seriedad.

—¿Y aquella cita que tuviste la noche que llegaste enferma?
—Solo fue una cena.
—¿No volvieron a salir?
—No. Me invitó, pero le dije que no —respondí.

Y era verdad.
El doctor Pointer me había invitado unos días después de nuestra primera cita, pero le había dicho que prefería que solo fuéramos amigos.
Astor se mantuvo en silencio durante unos minutos.

—¿Por qué lo rechazaste?
—Porque… era contigo con quien quería salir —confesé.
—Bien. Prepárate porque vienen curvas, doc.

Levanté la cabeza y lo miré.

—¿Qué quieres decir?
—Que va a ser divertido. Y que quede claro que mereces algo mucho mejor que yo.
—Qué bueno que soy yo la que decido lo que quiero.

Seguía sin saber qué éramos.
Pero sí sabía lo que quería.

CAPÍTULO 25

«Si te vieras con mis ojos… entenderías»
—Frida Kahlo

Doriana



A las ocho me despertó el sonido de la alarma.
Estaba tan calentita y cómoda que no quería salir de aquel estado de bienestar.
Sin abrir los ojos, estiré el brazo y tomé el teléfono para apagarla.

Resignada, abrí los ojos. Y descubrí que seguía atrapada entre los brazos de Astor.

Dormía profundamente, con la cabeza apoyada sobre mi pecho, como si no existiera un lugar mejor para él.

Me tomé un momento para asimilar que estaba en su cama. Que había pasado toda la noche con él. Que, por primera vez en mucho tiempo, no tenía ninguna prisa por irme, y mucho menos, por abandonar la cama.

Levanté la mano y acaricié su mejilla. Sus párpados se estremecieron, pero siguió dormido.

Sonreí y me dispuse a salir de la cama sin despertarlo. Apenas me incorporé, sus dedos se cerraron alrededor de mi cintura.

—Buenos días, doc —masculló.

Giré la cabeza para mirarlo y me encontré con sus ojos celestes, soñolientos. Un bostezo deformó brevemente su rostro mientras se

sentaba para apoyarse en el cabecero. El cobertor cayó hasta su cintura y dejó al descubierto un torso amplio y perfectamente definido.

—Buenos días. No te levantes. Yo ya me voy.

—¿Adónde?

—A mi piso. Tengo que cambiarme y desayunar antes de irme al hospital.

Se puso de pie de un salto, cubierto únicamente con el bóxer que hacía muy poco por ocultar ciertos atributos.

Mi capacidad de concentración sufrió un serio revés.

—Yo te preparo el desayuno.

¿Me iba a preparar el desayuno?

Mi corazón decidió entusiasmarse mucho más de lo aconsejable.

Siempre había oído que el camino al corazón de un hombre pasaba por el estómago.

Empezaba a sospechar que aquella teoría también funcionaba a la inversa.

—No es necesario que hagas eso. Tú puedes seguir durmiendo —sugerí.

—No. Voy a desayunar contigo, doc.

Y, de forma completamente ridícula, aquello me gustó incluso más que la oferta de prepararme el desayuno.

Se acercó y me dio un delicado beso en los labios.

—Te espero en la cocina. Usa este baño —dijo, señalando el baño en suite—. Yo usaré el otro, así ganamos tiempo.

Mientras lo observaba caminar hacia la puerta, recordé la conversación de la noche anterior.

Seguía sin saber qué éramos.

Pero aquella mañana me resultaba difícil preocuparme por eso.

—¿Te preparó el desayuno? —preguntó Carlota, sorprendida.
—No solo lo preparó; también desayunó conmigo e insistió en traerme al hospital para que no condujera cansada.

Los ojos de Carlota se agrandaron de golpe.

—¿Te trajo él?
—No, vine en mi coche. En eso sí lo pude convencer.
—¡Madre mía! A ese hombre ya le diste jaque mate. Tu jugada de anoche fue magistral. Sin duda, ganaste.

Removí el café despacio.

—Espero no estar precipitándome. No quiero cometer locuras ni salir lastimada otra vez.
—Dori…, ninguna historia de amor empieza siendo racional.

Negué con la cabeza, divertida.
Carlota siempre encontraba una respuesta para todo.

—Parece el hombre perfecto —añadió, tras dar un sorbo a su café —. Me encantaría saber cómo se ve desnudo.
—Carlota…
—Es que ya me hago una idea. —Se abanicó el rostro con las manos.

No pude evitar reír.

—Es… sencillamente espectacular. Pero…
—¿Pero?

Hubo un breve silencio.

—¿Se está poniendo muy serio? —preguntó.
—Sí, algo así… No lo sé. Y no quiero que me parta el corazón.
—Te quiero mucho —dijo ella, más suave—, y no quiero verte con otro desengaño encima. Porque no tengo dudas de que este sí sería *el desengaño*. Así que, disfruta y ve con cuidado.
—Con él todo se siente maravilloso. Como nunca me había sucedido.

—Lo sé. Lo he notado en ti. —Me revolvió el pelo con cariño—. No te preocupes tanto. Te gusta estar con él, punto. Es el principio de algo. Y lo que venga después… ya llegará.



A las cinco de la tarde salí del hospital con Carlota. Aunque lo único que me apetecía era dormir, terminé siguiendo el plan de mi amiga: una tarde de chicas.

Ella había reservado una sesión de spa para las dos y no quería defraudarla. Ya lo habíamos hecho otras veces, pero hacía demasiado tiempo que no nos regalábamos una tarde así. No se trataba solo de recibir tratamientos; era regalarse unas horas en las que el tiempo parecía aflojar el paso y podíamos quitarnos las prisas de encima.

Al llegar, nos entregaron unas batas suaves y unas zapatillas.

Después de un rato de sauna y de una ducha fría, nos acomodamos en unas tumbonas junto a una piscina climatizada. El murmullo del agua y la música suave creaban una especie de burbuja aislada del mundo, y ambas nos quedamos dormidas durante un rato.

Más tarde fuimos a recibir el masaje. Las luces tenues, la música relajante y unas manos expertas deshicieron poco a poco los nudos acumulados en hombros, espalda y cuello. Y, durante aquellas horas, el resto del mundo dejó de importar.

—Gracias por esto. No me había dado cuenta de cuánto lo necesitaba —dije, abrazando a Carlota.

Mi amiga tenía esa expresión relajada que solo aparecía cuando has dormido bien o te has sentido verdaderamente cuidada.

—Tenemos que hacerlo más a menudo. Parece que hubiéramos descansado durante varios días. Pero lo mejor es poder estar juntas sin interrupciones, sin obligaciones y sin necesidad de hacer otra cosa que disfrutar de nuestra compañía, ¿verdad?

—Totalmente de acuerdo.

— Pero aún no he terminado contigo —dijo, tomándome del brazo.

La miré arqueando una ceja.

—Ahora nos vamos de compras. Necesitas más ropa nueva.
—Pero si salimos de compras antes de mi viaje a Valencia.
—Solo compramos un par de cosas. Aunque te pases la mayor parte del tiempo con la bata del hospital, ahora necesitas tener ropa para cuando sales —o no— con Astor.

No discutí.
Me seguía pareciendo un buen plan.



Cuando llegué a mi piso llevaba tantas bolsas que apenas podía con ellas.
Venía relajada, de buen humor y con la agradable sensación de haber recuperado algo de energía.
La sensación duró exactamente unos segundos.

—¿Qué son todas esas bolsas? —preguntó Elena, en cuanto entré.
—Fui de compras. Necesitaba algunas cosas.
—¿Algunas? Parece que compraste la ciudad entera. —Miró los nombres de las tiendas y sonrió con sarcasmo—. No sé para qué gastas tanto en ropa si no sales a ninguna parte.
—En eso te equivocas —dije, dejando todo sobre el sofá—. Con mi profesión dispongo de poco tiempo, pero intento aprovechar el que tengo libre.
—Para dormir.
—También. Pero ya que estamos hablando de esto, aprovecho a contarte que me estoy viendo con Astor, el vecino.

Elena se estaba llevando un vaso de jugo a la boca y lo dejó suspendido en el aire.

—¿Es broma? —Su expresión se endureció de inmediato.

—No. Nos hemos visto un par de veces y estamos conociéndonos.

—¡Yo tenía razón! Me lo querías quitar —dijo, dejando el vaso sobre la mesa con tanto ímpetu que podría haberse quebrado.

—¿Quitar? Tú no estás saliendo con él, nunca lo hiciste.

—Pero yo fui quien lo invité aquí. Eres… eres… una maldita envidiosa.

—Elena…

—Siempre ha sido igual contigo. No soportas que llame más la atención que tú y haces lo imposible por quedarte con lo que me interesa.

—No es así. Yo salí con él porque sabía que entre ustedes no había nada, de lo contrario, no habría aceptado.

—Eso es mentira. Seguro que, en cuanto notaste que me gustaba, saliste a buscarlo como una arrastrada.

—¡Basta, Elena!

—¡Basta y una mierda! Pero, te digo algo… Astor es un mujeriego. Seguro solo se está sacando las ganas contigo y luego te va a dar una patada en el culo como te mereces. Realmente… no sé qué te vio.

—No sé qué pasa contigo, Elena, pero yo no creo merecer tus desprecios.

—Lo que no mereces es tener a nadie a tu lado. Igual, yo estoy saliendo con otra persona mucho mejor que ese imbécil. Después de todo, hacen buena pareja… dos rubios idiotas.

Se encerró en su dormitorio dando un portazo.

Me dejé caer en el sofá y me cubrí el rostro con las manos.

Durante años había intentado entender a Elena. Había justificado sus desplantes, sus comentarios crueles y aquella necesidad constante de competir conmigo. Me repetía que estaba pasando por una mala época. Que en el fondo no era así. Que algún día las cosas cambiarían.

Pero ya no podía seguir engañándome.

No era una mala racha ni un mal día. Así había sido siempre.

Elena no quería llevarse bien conmigo.

Y yo estaba cansada de fingir que aquello podía cambiar.

Le había abierto las puertas de mi casa para ayudarla. Pero no podía seguir permitiendo que aquella ayuda se convirtiera en una condena.

Elena tenía que irse.

CAPÍTULO 26

«Te cruzaste en mi camino y se me olvidó a donde iba»
—Anónimo

Astor



Eran casi las tres de la mañana cuando llegué a mi edificio.
Subí al ascensor, pero marqué el piso anterior al mío: el de Doriana.
Hacía tres días que no nos veíamos porque sus horarios habían sido infernales. No entendía cómo podía permanecer despierta tantas horas desempeñando un trabajo que exigía muchísima concentración.

Sus jornadas eran maratonianas.

Algunos días trabajaba durante veinticuatro horas seguidas.

Seguía sin comprender de dónde sacaba las fuerzas para sostener un ritmo así.

Ella me había contado que, si durante las guardias nocturnas lograba dormir tres horas, ya consideraba que había sido una guardia tranquila.

Tres horas.

Seguía pareciéndome una locura. Cada vez que la veía llegar agotada, me preguntaba cuánto tiempo podría seguir soportando aquel ritmo.

Sabía que aquella noche salía sobre las once o, quizá, cerca de la medianoche. Y tenía muchas ganas de verla, aunque solo fuera un rato.

Me detuve frente a su puerta y agudicé el oído. Si escuchaba algún ruido, llamaría. Si no, subiría a mi piso para no interrumpir su

descanso.

No tuve que esforzarme demasiado. Sin duda, había una televisión encendida.

Con eso me bastaba.

Golpeé.

Pero no fue Doriana quien abrió la puerta.

Fue Elena.

—Hola —saludó con voz ronca mientras me hacía señas para que entrara.

—Vine a ver a Doriana —dije, pasando junto a ella.

Elena se interpuso en mi camino, bloqueando el pasillo que conducía al dormitorio de Doriana.

—Doriana no está. Supongo que sigue en el hospital… o quizá salió con alguien.

No pensaba seguirle el juego.

—¿Estás segura de que no está? —pregunté, porque Elena nunca se preocupaba por su hermana.

Elena se lamió el labio inferior y se me acercó.

¿Se me estaba insinuando?

¿En serio?

—No la escuché entrar, así que no debe haber llegado. Y tampoco me importa demasiado.

—Voy a comprobar que no esté en su dormitorio —dije, avanzando por el pasillo.

Volvió a interponerse en mi camino.

Durante un segundo se me pasó por la cabeza apartarla de un empujón, pero jamás lo haría.

—¿Me permites pasar, Elena?

No se apartó.

Al contrario: alzó la mano y deslizó un dedo por mi camisa.

Retrocedí al instante.

—Astor, eres demasiado para la insulsa de mi hermana. No entiendo qué le ves. Doriana me dijo que estaban saliendo y todavía me cuesta creerlo. ¿Es en serio?

—Lo es. ¿Cuál es tu punto?

—Seré directa entonces. Doriana no está en casa y podríamos…

—De nuevo, ¿cuál es tu punto? —la interrumpí.

—Estamos solos, Astor. Créeme, puedo ofrecerte mucho más que la tonta de mi hermana.

Intentó volver a tocarme.

La sujeté de la muñeca y aparté su mano de mí.

—Sal jodidamente de en medio. ¿No tienes escrúpulos? Yo estoy saliendo con tu hermana.

—¿Y? ¿Cuál es el punto? —preguntó, utilizando mis palabras.

—El punto está claro: estoy con Doriana. La única mujer que me interesa.

Finalmente se apartó.

Pero no parecía avergonzada.

Estaba furiosa.

Abrí la puerta del dormitorio de Doriana y comprobé que no estaba. La cerré y me encaminé hacia la salida.

Al pasar por su lado, me sujetó del brazo. Aparté su mano de inmediato.

—No me toques.

—Tú y Doriana… dos imbéciles. De verdad, se merecen el uno al otro.

—No te equivoques. Ella merece a alguien mucho mejor que yo.

Seguí caminando y salí de allí mientras la rabia seguía ardiéndome por dentro.

Después de una ducha, me tranquilicé un poco, aunque no podía dejar de pensar en lo sucedido con Elena.

Esa mujer era despreciable.

La detestaba, y odiaba la forma en que se burlaba y menospreciaba a Doriana.

¿Debería contarle lo sucedido con Elena?

No estaba seguro. Sin embargo, alguien debería hacerle ver quién era realmente su hermana. Aunque también sabía que hacerlo podía romper algo entre ellas para siempre.

Me tumbé en la cama y tomé el teléfono para escribirle un mensaje a Doriana. Quería asegurarme de que estaba bien.

El timbre sonó.

Mi primera reacción fue pensar que era Elena.

Sentí cómo la ira volvía a abrirse paso dentro de mí.

Si había venido con la intención de seguir coqueteándome, no pensaba tener ninguna contemplación al echarla.

Maldiciendo entre dientes, me levanté y fui hacia la puerta con una irritación aún mayor que la de unos minutos antes.

Abrí la puerta con lo que imaginé que no era mi mejor expresión, pero, una vez más, quedé sorprendido.

Porque al otro lado estaba Doriana.

Y mi furia se esfumó en cuanto la vi.

—Hola —saludó tímidamente.

—Doc, ¿estás bien?

—Perdóname que te moleste a esta hora, pero…

No la dejé terminar.

La atraje hacia mí y la abracé.

Ni siquiera me pregunté qué la había llevado hasta mi puerta. Solo me importaba que estuviera allí y pudiera abrazarla.

Pegué los labios a su cuello e inhalé profundamente. Su perfume. Ese que siempre conseguía desarmarme.

Intenté contener aquella fuerza cada vez más implacable que despertaba en mí.

Pero fracasé.

Hacía tiempo que había perdido esa batalla.
Escuché su leve risa y me aparté apenas para mirarla.

—Gracias por este recibimiento. Y yo que pensaba que, siendo de madrugada, me ibas a dejar dormir afuera.

Tardé un instante en comprender lo que acababa de decir.

—¿Dormir afuera? ¿Qué ocurrió?

Doriana bajó la mirada.

—Supongo que Elena no se dio cuenta y echó el pasador. —Se encogió de hombros—. Intenté abrir la puerta, pero no pude.

¿Qué no se había dado cuenta?
Y una mierda. Elena sabía perfectamente lo que hacía.

—No quiero abusar de tu amabilidad, pero ¿te molestaría que volviera a dormir aquí?
—Me molestaría que hubieras ido a otro lado.

La tomé de la mano y tironeé suavemente de ella para que entrara. Cerré la puerta y caminamos hacia el dormitorio. Pero enseguida me detuve.

—Saliste más tarde. ¿Comiste algo?
—Tuve que atender una emergencia. Por eso mismo comí en la cafetería del hospital. También me duché allá.
—¿Y estás muy cansada? —pregunté, y le dediqué una sonrisa que pretendía ser otra pregunta silenciosa.
—Depende —respondió, también sonriendo.

Sin soltar su mano seguí caminando.

—No sé qué tienes en mente —susurró en mi oreja—, pero trabajé mucho y necesito distraerme.

Me detuve y la miré.

—¿No estás agotada?

Negó con la cabeza.

—Estoy deseosa de ir a la cama contigo… pero no para dormir.

Su sonrisa fue toda la respuesta que necesité.

—Y yo te quiero en mi cama otra vez.

Me incliné ligeramente hacia ella y, sin apartar la mirada de sus ojos, deslicé un brazo detrás de su espalda y el otro bajo sus piernas. Y la alcé con facilidad.

Ella soltó una risa suave, sorprendida por el movimiento, y me rodeó el cuello con los brazos. La cercanía hizo que nuestros rostros quedaran a poca distancia. Mientras caminaba, podía sentir el calor de su pecho a través de la ropa y el ritmo tranquilo de su respiración.

Sus dedos se aferraron con suavidad a mis hombros mientras avanzábamos. Me miró un momento antes de ladear la cabeza y besarme en el cuello, en el mentón, en la sien y en la comisura del labio.

Disfruté de sus besos y luego la deposité con delicadeza en la cama.

La besé despacio mientras mis manos iban despojándola de la ropa con una mezcla de paciencia y urgencia. Cada centímetro de piel que descubría hacía más difícil mantener el control. Doriana temblaba bajo mis caricias y pronunciaba mi nombre con esa mezcla de deseo y ternura que siempre conseguía desarmarme.

Preciosa. Sensual. Exquisita.

La deseaba con desesperación.

Seguía cada uno de mis movimientos mientras su respiración se volvía cada vez más agitada.

Yo trataba de hacer todo con especial cuidado, los besos, la lucha con su ropa y las caricias por su cuerpo. Pero entonces Doriana suspiraba o jadeaba y toda mesura se iba al diablo y acababa peleándome con mis propias manos.

Cuando ambos estuvimos completamente desnudos, me abrí paso entre sus piernas, hundiendo mi cabeza en su sexo.

Doriana dejó escapar un gemido.

Se retorcía de placer y hundía sus dedos en mi pelo, tironeándolo sin poder dominarse.

Mi boca la recorría sin concederle tregua.

—Astor…

Y liberó su orgasmo en mi boca.

No me detuve hasta que sus temblores fueron menguando.

Me incorporé y la miré.

—Me encantas.

Doriana cerró los ojos y sonrió.

De pronto los abrió, se incorporó y me empujó hacia ella para que cubriera su cuerpo con el mío. El deseo más primitivo se abrió paso entre nosotros. Sin esperar un segundo más, me coloqué un preservativo y busqué refugio dentro de su cuerpo.

Doriana se arqueó, recibiéndome, entregándose a mí por completo.

Comencé a empujar a un ritmo vertiginoso. Una y otra vez.

Las sensaciones eran enloquecedoras.

Ambos estábamos al límite.

—Córrete para mí, doc.

La besé.

Y no hizo falta más.

Ambos llegamos al orgasmo gritando el nombre del otro.

Lo siguiente fue el sonido de nuestras respiraciones agitadas y nuestros cuerpos sudorosos y temblando.

Mi cuerpo permaneció laxo sobre el suyo, envuelto en el calor de su piel y en la cadencia de su respiración.

Pero yo era demasiado grande para permanecer mucho tiempo sobre ella, así que la sorprendí al girarme de repente con ella entre mis brazos, hasta quedar boca arriba, deliciosamente aplastado bajo su cuerpo.

Le di un delicado beso en los labios y ella apoyó su cabeza en mi pecho, cubriéndome con su larga melena rubia.

—Ahora puedo dormirme placenteramente —susurró, y me dio un beso en el pecho.

Mi corazón seguía latiendo con fuerza, pero ya no era por lo que había ocurrido unos minutos antes.

—Yo también —murmuré, pero Doriana no lo escuchó porque acababa de dormirse.

Permanecí unos segundos observándola antes de cerrar los ojos. Por primera vez en mucho tiempo, el silencio se parecía más a la paz que a la soledad.

CAPÍTULO 27

«Que me perdone el tiempo
Por querer detenerlo cuando te miro»
—Te Miro, Tiempo - Sergio Umbria

Doriana



Abrí los ojos.

La habitación estaba en penumbra y, por un instante, olvidé dónde me encontraba, hasta que los recuerdos de la noche anterior acudieron a mí.

Había sido increíble, pero no solo por el sexo. Con Astor compartía algo mucho más profundo: una intimidad que trascendía el deseo, aunque la intensidad de nuestra conexión física seguía asombrándome. Era esa necesidad constante de buscarnos, de compartir los pequeños momentos, de volver siempre el uno al otro.

Yo lo sentía. Y cada gesto suyo, cada mirada, me hacía creer que él también.

Nunca me había sentido tan plena. Astor dormía sobre mí, rodeándome con los brazos firmemente, la nariz hundida en mi pecho y el aliento cálido acariciándome la piel.

Giré la cabeza hacia la mesita de noche y miré el reloj: las ocho y media de la mañana.

Ese día entraba al hospital por la tarde, así que no tenía prisa por levantarme.

Le acaricié el cabello y él se agitó apenas.

Despertó con un leve gemido y, enseguida, cambió de posición para acomodarme sobre su pecho. Me acurruqué y lo abracé, mientras me acariciaba lentamente la espalda.

—Doriana… —murmuró.

Una sola palabra, pronunciada aún con la voz arrastrada por el sueño, tan baja e íntima que sonó a promesa.

Y yo ya sabía cuál sería mi respuesta.

—Sí, Astor —susurré, con una voz tan adormilada como la suya.

Su respiración cálida quedó suspendida sobre mi piel durante unos segundos.

—¿A qué hora tienes que levantarte? —preguntó.

—Hoy tengo que estar en el hospital por la tarde, así que no tengo demasiada prisa. Aunque debería pasar por mi piso para comprobar si lo de la puerta se debió a que Elena echó el pasador o si se rompió la cerradura.

Durante unos segundos guardó silencio. Lo único que hizo fue abrazarme un poco más fuerte.

—¿Nos duchamos juntos?

—No tengo ropa limpia.

Astor sonrió.

—Ponte un bóxer mío.

Me tomó suavemente de la barbilla para obligarme a mirarlo y me besó. Se adueñó de mi boca, y yo le respondí con la misma urgencia. Enredé los dedos en su cabello mientras él me rodeaba la cintura y me acariciaba la espalda. Un gruñido bajo vibró en su garganta mientras la tensión entre nosotros crecía.

Era imposible seguir conteniéndonos.

—Vayamos a la ducha o no saldremos de la cama.

La idea no era mala en absoluto, pero antes de que pudiera responder, ya me había levantado en brazos y me llevaba directo al baño.

Cuando llegamos, sin soltarme, encendió la ducha.

Me sostuvo entre sus brazos mientras el agua caliente resbalaba sobre los dos. Sus manos recorrieron mi espalda con una lentitud que consiguió borrar cualquier resto de sueño. Había algo extraordinariamente íntimo en la forma en que me miraba.

De pronto me sujetó el rostro con una mano y no apartó los ojos de los míos. Su respiración era irregular. Ese instante fue profundamente íntimo, lleno de cosas que no decíamos. Lleno de algo que aún no tenía nombre, pero que crecía entre nosotros.

Su mirada descendió por mi rostro hasta detenerse en mi boca. Acarició mis labios con un dedo y luego apoyó su frente en la mía.

Respiró hondo, despacio, como si quisiera absorber mi aroma.

Rozó mi nariz con la suya y, sin más, me besó.

Ambos gemimos.

Me aferré a sus hombros, atrayéndolo más hacia mí.

—¿Tomas la píldora? —murmuró en mi oreja.

—Sí.

—Bien. Me hice análisis hace poco y estoy bien. Siempre usé preservativo… pero contigo quiero hacerlo sin nada.

—Yo también.

Me sujetó suavemente por la cintura y comenzó a bajarme hacia su erección. La sensación me recorrió como una descarga abrasadora, dejándome sin aliento. Los gemidos escapaban de mis labios sin que pudiera evitarlos, mientras un estremecimiento tras otro me sacudía, arrastrada por una ola de placer imposible de resistir.

Su pecho se expandía contra el mío con cada respiración profunda. Me hablaba al oído mientras continuaba embistiéndome.

Hasta que estallé en sus brazos y mis espasmos desencadenaron su orgasmo. Nuestros gemidos se mezclaron mientras el placer terminaba de arrastrarnos.

Cuando me relajé sobre él, sujetó mi cabeza y me mantuvo pegada a su cuello.

Ni siquiera intenté apoyar los pies en el suelo.

Astor cerró el grifo y nos sacó fuera, pasando una toalla por mi cuerpo antes de pasarla por el suyo.

Sin soltarme, se dirigió a la habitación y me dejó sobre la cama.

—Mientras preparo el desayuno, puedes dormir un poco más —dijo, tapándome con el cobertor.

—¿Y si mejor te acuestas un rato más conmigo y luego lo preparamos juntos?

Me miró y, sin decir nada, se metió en la cama y me abrazó por la espalda, pegándome a su cuerpo.

Se inclinó para besarme, susurrando:

—¿Así estás bien?

—Mmm… eso es justo lo que quería.

Sonrió contra mi cabello y me estrechó un poco más entre sus brazos. Con el sonido tranquilo de su respiración junto a mi oído, cerré los ojos otra vez.

Y me volví a dormir.

CAPÍTULO 28

«Solo las personas que se preocupan por ti pueden oírte cuando estás callado»

—Anónimo

Doriana



Llegué a mi piso cerca del mediodía.

Astor no quería que me marchara y me había invitado a almorzar, pero tuve que rechazar la invitación. No porque no quisiera acompañarlo, sino porque tenía que estudiar el caso de un paciente con una cardiopatía compleja que me había remitido un colega. La cirugía presentaba desafíos anatómicos poco habituales y quería revisar cada detalle antes de darle mi opinión.

Esa vez, la puerta de mi piso se abrió sin problemas, por lo que comprendí que Elena había echado el pasador la noche anterior. Tendría que hablar con ella para que fuera más cuidadosa, porque yo solía llegar más tarde que ella.

A esa hora, sin embargo, Elena no estaba. Así que, después de cambiarme de ropa, me encerré en mi dormitorio para leer la historia clínica del paciente.

Perdí la noción del tiempo. No sé cuántas horas habían pasado cuando escuché abrirse la puerta principal.

Dejé la historia clínica sobre el tocador y, aún sentada, estiré los brazos por encima de la cabeza para aliviar la tensión acumulada en la espalda y los hombros.

Normalmente estudiaba los casos en mi despacho, donde tenía todas las comodidades, pero desde que Elena lo usaba como dormitorio evitaba entrar sin su permiso.

Cuando llegué a la cocina, mi hermana se servía un vaso de agua.

—Hola —saludé—. ¿Cómo te fue hoy?

Noté su sorpresa al verme.

—Muy bien. ¿A ti? —Dejó el vaso en la encimera y volvió a mirarme—. ¿Hoy no tienes que ir al hospital?

—Entro a las seis.

—¿Y a qué hora te vas?

—Supongo que cinco y media. —Me senté en un taburete de la barra de la cocina—. Elena, anoche, cuando llegué de trabajar, no pude entrar porque estaba puesto el pasador.

Frunció el ceño.

—No me di cuenta. —Hizo un gesto con la mano para restarle importancia—. Además, imagino que, si estás acostándote con Astor, te habrá servido de excusa para meterte en su cama.

No quería discutir. Elena, sin embargo, no me lo ponía fácil.

—Mira, Elena, yo llego del hospital agotada y me gustaría que tuvieras un poco de consideración. Mi cama está aquí, no en casa de Astor. Anoche tuve que molestarlo en plena madrugada y…

Largó una carcajada que me interrumpió.

—¿Molestarlo? ¡Qué cínica! Te hice un favor, querrás decir. Porque imagino que aprovechaste la oportunidad para meterte en su cama. Aunque eres tan insulsa y amargada que seguramente te dormiste en el sillón. —Volvió a reír con sarcasmo.

Sentí cómo se me tensaba la espalda.

—¿Qué demonios te pasa? —grité—. ¿Por qué eres tan cruel conmigo? ¿Qué te he hecho?

Me miró con desprecio.

—No te soporto.

Agradecí estar sentada porque aquellas palabras fueron como una puñalada en el corazón.

—Elena…
—Elena nada. Sabes muy bien que no nos llevamos bien y que prefiero no verte. No te aguanto. Nunca pude.
—Esto no tiene ningún sentido. —Intenté razonar con ella—. Hablemos de lo que te sucede conmigo. Yo nunca te hice nada como para que me odies de esta manera. Estoy segura de que podemos arreglarlo.
—Doriana, es que no lo entiendes. Yo no deseo tener una relación contigo. Así de simple —respondió con tranquilidad.
—¿Simple? —pregunté, cada vez más dolida—. Soy tu hermana.
—Eso no cambia nada.
—Yo…
—Yo, yo, yo… —bufó—. Siempre se trata de ti, ¿verdad? Es obvio que estás celosa de que conmigo sí funcione y de que a ti te haya engañado.

Sus palabras no tenían ningún sentido para mí.

—¿De qué hablas?
—Bueno… ya que estamos diciendo las cosas de frente, te informo que estoy saliendo con… Amadeo.

¿Amadeo?
Sentí como si me arrojaran un balde de agua fría.

—¿Estás saliendo con mi exnovio?

Sonrió.

—Exacto. ¿Cuál es el problema?

¿Cuál era el problema?
¿En serio?

Que ella no lo entendiera dolía muchísimo más.

Porque en ese momento yo sí lo entendí.

Mi verdadero duelo no era haber perdido a Amadeo. En absoluto.

Ni siquiera era perder a Elena.

Mi duelo era perder la esperanza.

La esperanza de tener la hermana que siempre había querido. Porque, hasta ese momento, una parte de mí seguía creyendo que algún día podríamos ser hermanas de verdad.

—Tienes razón, Elena. No hay problema. —Me puse de pie—. Pero vamos a terminar con esto de una vez. Quiero que te vayas de mi piso. Ahora. Empaca tus cosas y saca todo antes de que me vaya a trabajar.

La expresión de Elena pasó de la soberbia al desconcierto en un instante.

—No puedes hacer eso.

—Ya lo creo que puedo. Tienes unas horas o las pondré personalmente en la calle.

—¡No tengo adónde ir!

—Vete a vivir con Amadeo. Aunque… ¿puedo darte un consejo de hermana? Nunca le creas porque es un maldito mentiroso e infiel.

—No puedo vivir con Amadeo.

—Yo creo que sí. Se merecen el uno al otro.

Giré y me dirigí hacia mi dormitorio.

—No te creo capaz de sacar mis cosas. Siempre fuiste una cobarde.

Me detuve en seco, giré y la miré con una firmeza que la hizo retroceder un paso; por primera vez pareció dudar.

—No confundas calma y paciencia con cobardía. Está claro que nunca llegaste a conocerme, Elena. Jamás tuviste la intención de hacerlo, pero te puedo asegurar que soy capaz de eso y de mucho

más. Conozco muchas personas que necesitan donaciones de ropa, y la tuya les vendría muy bien.

—Eres una maldita desgraciada.

—Eso es lo que siempre dijiste. Así que no me voy a preocupar en hacerte cambiar de opinión. Te aconsejo que empieces ahora, porque el tiempo vuela —dije, señalando mi reloj de pulsera.

—¡Te odio!

—Eso ya lo sé.



Cuando Elena salió de mi piso y la puerta retumbó a su espalda, me derrumbé.

Sentí que el suelo se abría bajo mis pies.

No era solo la traición. Era que venía de mi propia hermana.

Me invadió una mezcla de tristeza, incredulidad y soledad, como si una parte de mi vida acabara de quebrarse.

Solo podía escuchar una y otra vez aquellas dos palabras: *Te odio*.

Palabras que seguían clavadas en mí.

No entendía nada.

Éramos mellizas. Con ella compartía recuerdos, historias familiares y una parte de mí misma.

Y, sin embargo, en aquel instante me resultaba imposible reconocer a la mujer que acababa de marcharse.

Las preguntas comenzaron a girar en mi cabeza como un enjambre:

¿Qué había pasado para llegar a esto?

¿De verdad me odiaba?

¿La había conocido alguna vez de verdad?

Busqué respuestas en cada conversación, en cada silencio, en cada recuerdo que compartíamos.

No encontré nada.

Entonces rompí a llorar.

Las lágrimas llegaron de golpe, calientes, incontenibles. Me doblé sobre mí misma mientras los sollozos me sacudían el cuerpo.

Y lloré como no lloraba desde la muerte de mi padre.

Porque comprendí que acababa de perder a mi hermana.



Llegué al hospital con los ojos hinchados y el dolor aún latiendo en el pecho, pero en cuanto las puertas automáticas se abrieron, mis problemas personales tuvieron que quedarse fuera.

Una enfermera me interceptó antes incluso de que llegara al vestuario. Tenía pacientes esperando y una agenda que no podía detenerse por mí.

Me puse la bata, me recogí el pelo y comencé la ronda.

Durante unas horas dejé de ser Doriana para convertirme en la doctora Delacroix, la médica que necesitaban.

El rato de descanso lo pude compartir con Carlota, aunque ni su humor ácido pudo animarme.

Bebí un sorbo de café con la mirada perdida.

—Entiendo que estés angustiada. Pero realmente, sigo pensando que es lo mejor para ti. Perdóname, pero de Elena no podías esperar otra cosa.

—¿Que me odie?

Carlota exhaló.

—Dori, siempre buscó perjudicarte. Ya sabes lo que pensé cuando empezó a vivir contigo. Sé que lo de Amadeo es difícil de digerir, pero no me sorprendió. Ni de ella ni de él.

—No es eso lo que me angustia.

Carlota tomó mi mano por encima de la mesa.

—¿No te molesta que salga con tu ex?

—Me molesta que lo hiciera para hacerme daño. —Suspiré—. En fin… como bien dices, es mejor seguir adelante.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —preguntó, sin soltar mi mano.

—Dormir.

—¿Quieres venir a dormir a casa y vemos alguna película? Mañana no trabajamos y podemos levantarnos a la hora que queramos. Vamos —dijo, animada—. Hace mucho que no lo hacemos.

—¿Pasar la noche con mi mejor amiga? —Sonreí—. Me parece un buen plan. Gracias.

Carlota me empujó con el hombro.

—Gracias a ti por aguantarme.
—Me vas a hacer llorar —dije, sonriendo apenas.
—Y prepárate, porque esta noche te pienso abrazar hasta dejarte sin aire.

Sonreí.
Y, por primera vez en el día, la tristeza dejó de pesarme tanto.

CAPÍTULO 29

«El amor es un secreto que los ojos no saben guardar»
—Anónimo

Doriana



La noche en la casa de Carlota fue de lo más divertida. Mi amiga se aseguró de que no viéramos nada dramático y eligió dos comedias desternillantes con las que no paramos de reír. Además, habíamos decidido saltarnos la dieta, así que nos dimos el gusto de disfrutar de unas hamburguesas tan deliciosas como calóricas y, para coronar la velada, el clásico helado de chocolate.

Aunque al día siguiente las dos teníamos libre y habíamos planeado disfrutar del día juntas, a Carlota la llamaron del hospital para cubrir una guardia de última hora. Así que regresé a mi piso con la intención de aprovechar la jornada para hacer una limpieza a fondo y poner algo de orden.

Estaba aparcando cuando recibí una llamada de Astor. Habíamos intercambiado varios mensajes y él sabía que estaba en lo de Carlota, aunque aún no le había contado que Elena se había mudado ni las razones.

—*¿Qué estás haciendo?* —preguntó.

—Estoy llegando a casa. ¿Tú qué haces?

—*Voy camino de una reunión con un proveedor. Quiero negociar la incorporación de una nueva cerveza para el bar.*

—Suerte con eso.

—*Gracias. ¿Vas a aprovechar para descansar?*

—No, para nada. Cuando llegue a casa pondré música y me dedicaré a limpiar el piso de arriba abajo.

—*Deberías aprovechar tu día libre para descansar o hacer algo que disfrutes. Trabajas demasiadas horas a la semana.*

—Siempre reservo alguno de mis días libres para hacer una limpieza general.

—*¿Y Elena? ¿Por qué no le dices a ella que lo haga?*

En ese momento salí del ascensor y me dirigí hacia mi piso.

—Elena se mudó ayer. Discutimos y…

Me detuve en seco.

Frente a mi puerta estaba Amadeo.

—Maldición. ¿Qué hace aquí? —murmuré, sin poder disimular la sorpresa.

—*¿Qué?* —preguntó Astor al instante—. *¿Qué pasa?*

—Amadeo está en mi puerta —respondí.

Hubo un silencio breve al otro lado de la línea.

—*¿Tu ex?* —Su tono cambió de inmediato—. *Quédate donde estás, Doriana. No entres al piso con él. No tiene derecho a presentarse así y no sabemos lo que busca.*

—Tranquilo —dije, más firme de lo que me sentía—. Ya me encargo yo de él.

Corté la llamada y seguí caminando, más furiosa que nerviosa. Después de enterarme de lo suyo con Elena, encontrarlo allí me resultaba profundamente desagradable.

Cuando vio que me acercaba, sonrió, como si nada hubiera pasado.

Yo no le devolví el gesto.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté. Mi voz sonó tan afilada como pretendía—. Imagino que Elena ya te habrá dicho que se

mudó. Y si no lo hizo, sería un descaro de tu parte presentarte aquí por ella.

—No estoy aquí por Elena. Necesito hablar contigo y me has bloqueado en todas partes —respondió, sin el menor rastro de vergüenza.

—No tengo nada que hablar contigo, Amadeo. Estoy ocupada, así que te pido que te vayas.

—No he venido a discutir —dijo en voz baja—. Te echo de menos.

El aire cambió de inmediato.

El pasillo pareció encogerse.

—¿Qué? —se me escapó, incrédula.

Ese hombre había perdido el juicio.

No solo me había puesto los cuernos; ahora, además, salía con mi hermana.

La indignación me golpeó de lleno.

—No tienes vergüenza —dije, contenida—. Ni siquiera voy a darte el gusto de contestarte. Me das asco. Lárgate de una maldita vez.

No se movió.

Solo agachó la cabeza como si estuviera avergonzado. Pero yo sabía que no era más que una actuación.

Me resultaba tan patético que no podía ni mirarlo.

Y no era odio, era puro rechazo. Solo quería que desapareciera.

—No tengo nada serio con Elena. Fue ella quien me buscó. Yo…

—¡Lárgate, Amadeo!

—No puedo creer que estés con un tío que vive de un bar y se pasa las noches rodeado de mujeres. ¿Qué tiene él que yo no tenga?

El golpe fue inmediato.

—¡Moral! —solté—. Ahora sal de mi vista.

Las puertas del ascensor se abrieron como si hubieran esperado ese instante.

Astor apareció en el pasillo y cruzó la distancia que nos separaba en apenas unos segundos.

Al verlo, sentí un alivio inmediato.

—¿Qué hace aquí? —escupió Amadeo—. Esto no es asunto suyo.

—Esto se terminó —gruñó Astor—. Si alguna vez me entero de que vuelves a acercarte a Doriana, voy a encargarme de que lo lamentes. Y no te conviene averiguar hasta dónde soy capaz de llegar.

Tenía las fosas nasales dilatadas y la mirada tan oscura que apenas parecía quedar rastro del celeste de sus ojos. Jamás lo había visto así.

—Qué se puede esperar de un… barman —soltó Amadeo con desprecio—. Dori, controla a tu gorila.

—A mi novio querrás decir —corregí.

Lo dije sin pensar.

Astor no pareció sorprendido por mi afirmación. Bajó la vista hacia mí durante un instante y entrelazó sus dedos con los míos.

Amadeo sí se sorprendió.

—No puedes hablar en serio… este tío…

Astor dio un paso hacia él.

—Termina la frase —dijo.

—Aparta de una vez. Ve a servir tragos y habla solo cuando se te pida. No eres más que un...

El puño de Astor se estrelló en su rostro.

Amadeo se tambaleó hacia atrás, llevándose la mano a la nariz. Yo estaba tan sorprendida como él.

—No puedo creer que estés saliendo con este matón…

—Lárgate de una vez, Amadeo —repetí.

—Cariño, mira lo que me hizo. Tienes que curarme y…

Levanté la mano, cortándolo en seco.

—Será mejor que te vayas antes de que sea yo la que te pegue esta vez.

Me miró incrédulo.
Retrocedió.
Y, sin dejar de sujetarse la nariz, comenzó a caminar hacia los ascensores sin decir nada más.
Apenas desapareció de nuestra vista, Astor se volvió hacia mí de inmediato.

—¿Estás bien?
—Sí, gracias.
—Discúlpame por lo ocurrido.
—No te atrevas a pedirme disculpas por poner a Amadeo en su lugar. No estoy a favor de la violencia, pero se lo buscó.
—Tampoco estoy a favor de la violencia, pero no podía dejar que siguiera diciendo esas barbaridades.

Suspiré.

—No te lo dije, pero Amadeo y Elena están saliendo. La discusión con ella fue, en parte, por eso.
—¿Tu hermana sale con él?
—Sí, aunque, si bien me dolió su decisión por todo lo que implica, no fue por eso que le dije que se fuera. Con Elena no nos llevamos bien y ya no era sano seguir viviendo juntas.
—Creo que fue una muy buena decisión.
—Supongo... —Suspiré—. ¿Cómo llegaste tan rápido?
—Digamos que me salté unas cuantas normas de tráfico.
—¿Hiciste eso por mí?
—Estaba preocupado —respondió sin dudar.

Sonreí y giré para abrir la puerta.

—Gracias, pero no debiste. ¿No tenías una reunión?

Astor sonrió apenas.

—Sí, pero tú eres más importante.

Me quedé paralizada, con la llave en el aire.
Por un instante solo se escucharon nuestras respiraciones.
Hasta que reaccioné y abrí la puerta.
Cuando entramos, dejé el bolso en el sillón y lo miré.

—¿Quieres tomar algo? —pregunté.
—En realidad… me gustaría que hablemos —respondió, acercándose a mí, pero pude notar que estaba tenso.

El corazón comenzó a martillearme dentro del pecho.
«Me gustaría que hablemos» era como «Tenemos que hablar», y rara vez significaba algo bueno. Era como decir «Sin ánimo de ofender, pero…» o «Espero que no me malinterpretes, pero…»: una advertencia de que no te iba a gustar lo que venía después.
Y estaba segura de que tenía que ver con mi mención a nuestro noviazgo. Seguramente Astor quería aclararlo. Lo había llamado «novio» y él nunca había hablado de que tuviéramos ese tipo de relación.
Suspiré.

—Si es por lo que dije… solo lo hice por la situación. No pienso que seamos novios…

Me puso un dedo en los labios para detenerme.

—¿Para ti tendría algo de malo? —preguntó mientras retiraba el dedo lentamente en una suave caricia.
—¿Te refieres a ser novios?

Asintió con la cabeza.

—¿Quieres… ser mi novio?

Nos quedamos callados, mirándonos a los ojos durante un buen rato.

—Si estás de acuerdo, yo quiero intentarlo —dijo al fin—. Quiero descubrir cómo es tener una relación estable, una novia con horarios de infierno, dormir abrazados, compartir desayunos.

Sentí cómo toda la ansiedad se evaporaba de golpe, dejando paso a una calidez inesperada.

—¿Estás seguro, Astor? —insistí, porque eso implicaba que los juegos se habían terminado. Lo nuestro iría en serio.

—Sé lo que quiero, doc. Y te quiero a ti. He estado con muchas mujeres, pero jamás me había sentido así. Y estoy seguro de que esto no va a desaparecer; al contrario, cada día se hace más fuerte. —Hizo una pausa—. Y sí, lo reconozco, al principio pensar en una relación seria me acojonaba porque nunca estuve en una, pero luego me di cuenta de que solo quiero estar contigo. Doc, cuando estamos juntos no quiero estar en ningún otro lugar. —Exhaló, nervioso—. Quiero ser tu novio, Doriana Delacroix. ¿Qué dices?

Le pasé los brazos por el cuello y lo miré. Luego hice una pausa con aire reflexivo como para darle dramatismo al asunto.

Astor rodeó mi cintura, aunque aún aguardaba mi respuesta con evidente nerviosismo.

—Sí, quiero ser tu novia, Astor Sinclair.

Me tomó el rostro entre las manos y me miró a los ojos. Había algo distinto en aquella mirada. Algo cálido, profundo y sereno, que disipó de inmediato el último resto de ansiedad.

Sin decir nada más, se inclinó hacia mí y sus labios encontraron los míos. Fue un beso lento, profundo, cargado de emociones. Un beso que decía más que mil palabras, un suspiro compartido acompañado de la sensación de que, por aquel instante, nada más importaba.

Y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que estaba exactamente donde quería estar.

CAPÍTULO 30

«La felicidad solo es real cuando es compartida»
—Christopher McCandless

Doriana



Su beso comenzó poco a poco, con una suavidad infinita, como si quisiera fundirse conmigo. Cuando el beso se volvió más profundo, me olvidé de pensar e incluso de respirar. En ese momento solo existían Astor, el tacto de su cuerpo contra el mío, el calor de su boca y los latidos desenfrenados de nuestros corazones. Si conseguí mantenerme en pie fue únicamente porque él me sostenía entre sus brazos.

Sin romper el beso, me alzó con facilidad y mis piernas se enredaron alrededor de su cintura. Sus manos recorrieron mi silueta antes de deslizarse bajo mi sujetador.

Gemí contra sus labios y profundicé el beso.

Necesitaba más.

Estar en el salón ya no me importaba. Nadie podía interrumpirnos.

Sin apartarse, Astor avanzó unos pasos y, tras retirar unos papeles, me sentó sobre la mesa.

Sus manos seguían acariciando, jugando con mis pechos.

Tiró de mi sujetador y me lo desabrochó con facilidad. Entonces se apartó apenas para mirarme. Ambos respirábamos con dificultad. Me quitó la blusa y terminó de quitarme el sujetador. Y, aunque no era la primera vez que me veía desnuda, la admiración con la que

me observaba hacía que lo pareciera. Su manera de observarme avivaba aún más el deseo que ardía en mí.

Sus manos regresaron a mi cuerpo y sentí que me derretía. Sus caricias combinaban veneración y precisión.

Me enloquecía.

Estaba tan perdida en sus caricias que, cuando llevó sus manos hacia el cierre de mis pantalones y me alzó las piernas para quitármelos, me sobresalté.

—Confía en mí —susurró sin apartar de mí aquella mirada ardiente.

Asentí.

En aquel momento era capaz de cualquier cosa que me pidiera.

Me quitó los pantalones y la ropa interior.

Me sentía expuesta y traté de taparme.

Astor me lo impidió.

—Confía en mí —repitió—. Nunca haría nada que no quisieras.

—Lo sé.

Sus manos se posaron en mis rodillas y abrió mis piernas.

Su mirada me hizo estremecer. Jamás nadie me había mirado así, como si yo fuera lo más hermoso que había visto en su vida.

Sonrió antes de arrodillarse ante mí.

—¿Astor?

—Hoy me toca disfrutar del postre.

Llevé las manos al borde de la mesa porque necesitaba aferrarme a algo.

Astor me besó el interior del muslo al tiempo que su aliento acariciaba esa zona tan sensible de mi anatomía. El placer era tan intenso que no pude evitar arquear mi espalda y gritar.

Estaba perdida.

Era como si todo mi ser se condensara en ese punto.

Mi cuerpo comenzó a estremecerse.

Y Astor debió notarlo, porque redobló sus atenciones.

Y estallé en mil pedazos con una intensidad que no recordaba haber sentido nunca. El placer me recorrió por completo. Todo era demasiado intenso.

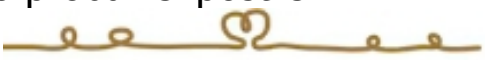
Astor se levantó despacio, me abrazó con fuerza y buscó mi boca.

—Ha sido increíble —murmuré.

—Ha sido un verdadero placer.

Lo miré y sonreí.

—Yo también quiero probar el postre…



No recordaba haber dormido así desde hacía mucho tiempo… ni siquiera sabía decir desde cuándo.

Con los horarios del hospital y las obligaciones que no podía aplazar, el descanso era un lujo para mí. Rara vez lograba dormir varias horas seguidas.

Pero ese día había dormido de verdad.

En la cama y en el sofá, con Astor.

Había sido un sueño largo, profundo, de esos que dejan el cuerpo ligero y la cabeza desorientada. Incluso terminé pidiéndole disculpas por ello.

—Me he vuelto a dormir. Lo siento —dije, levantando la cabeza de su pecho con gesto de mortificación.

Estábamos acurrucados en el sofá.

Astor no se movió; solo sonrió con calma.

—Tranquila. Se nota que lo necesitabas.

—Sí, es verdad. Debe de ser porque contigo me siento tranquila. Pero no me gusta desaprovechar el tiempo que podemos pasar juntos.

—Si estamos juntos, no lo estamos desaprovechando —respondió, acariciándome la mejilla con suavidad.

Asentí sin decir nada. Era exactamente eso y me gustó que lo dijera.

Mi casa parecía menos vacía cuando él estaba allí, moviéndose con toda la naturalidad del mundo.

Ahora éramos… novios.

Aún me resultaba extraño y, sin embargo, aquel nuevo título me hacía sentir afortunada de que me hubiera elegido a mí.

—Tenemos toda la tarde. ¿Qué te apetece hacer? —pregunté, dejando la barbilla apoyada en su pecho.

Astor recorrió mi cuerpo con la mirada antes de detenerse en mis ojos.

—Podemos quedarnos aquí… improvisando.

Solté una carcajada.

—No creo que improvises nada. Lo tienes todo calculado.

—Más bien decidido —admitió—, pero dejo sitio para la improvisación.

—¿Te gustaría improvisar fuera de casa un rato? Podríamos ir al Retiro y tomar algo en alguna cafetería.

—¿Es eso lo que hacen los novios? —preguntó, sonriendo.

—Eso hacemos nosotros.



Astor había ido a cambiarse de ropa y me había pedido que me vistiera cómoda e informal, sin olvidar llevar abrigo. Seguí su recomendación. Me puse unos *jeans*, una blusa ligera y una chaqueta de punto.

Unos minutos después llegó su mensaje: me estaba esperando en la calle. Eso me extrañó porque había supuesto que pasaría a recogerme por mi piso. No le di más importancia. Tomé el abrigo y salí.

Cuando bajé del ascensor, saludé al conserje y me dirigí hacia la salida del edificio. Pero apenas abrí la puerta, me quedé paralizada.

Astor estaba de pie junto a una imponente motocicleta, sosteniendo dos cascos.

Se me secó la garganta al instante.

Parecía la clase de hombre capaz de meterte en problemas… y resultaba escandalosamente *sexy*.

Llevaba unos *jeans* gastados, una camiseta blanca ajustada que se ceñía a su torso y una chaqueta de cuero negra.

Me acerqué a él, que no dejó de sonreír ni un instante.

Era una motocicleta de gran cilindrada. No entendía demasiado de motos, pero no hacía falta ser una experta para darse cuenta de que aquella máquina valía una fortuna.

—No sabía que tuvieras una moto.

—La mayoría de las veces uso el coche, pero para salir simplemente a dar una vuelta, me gusta montar a esta chica. No hay nada parecido. ¿Vamos? —preguntó, tendiéndome uno de los cascos.

Tomé el casco y observé cómo se lo colocaba. Estaba un poco nerviosa; nunca había montado en una motocicleta, pero lo veía tan entusiasmado que no quería que lo notara.

—¿Te ayudo a colocarlo?

—Creo que puedo —respondí, pero noté que sujetarlo no era tan fácil.

Astor sonrió y se inclinó hacia mí para ajustarlo correctamente. Luego se montó en la moto y me hizo una señal para que subiera.

Procurando no dar un traspié ni hacer el ridículo, me acomodé detrás de él. Me tomó de las manos y me las colocó en su cintura. El simple contacto con su cuerpo envió una descarga por cada una de mis terminaciones nerviosas.

—Relájate, doc. Estás tensa. Disfrútalo.

Lo intenté.

Y durante el trayecto tuve la sensación de estar volando.

Aunque me aferraba a Astor con fuerza, una intensa sensación de libertad se adueñó de mí.

Era el final de la primavera y el sol comenzaba a perder la dureza del mediodía para volverse cálido y agradable. La ciudad latía con el

ritmo inconfundible de la tarde y la motocicleta se deslizaba con facilidad entre coches, autobuses y taxis.

Al llegar a la Gran Vía, la ciudad pareció iluminarse. Las luces de los carteles empezaban a encenderse poco a poco, mezclándose con la última claridad del día. Allí todo parecía amplificarse: los sonidos, las luces, el movimiento, la sensación de estar atravesando el corazón palpitante de Madrid.

Después atravesamos la Plaza de Cibeles, donde el tráfico giraba alrededor de la rotonda como una coreografía. Allí, la tarde adquiría un aire solemne, casi majestuoso, con edificios monumentales que empezaban a destacar cuando el sol caía.

Al acercarnos al Parque del Retiro, el ritmo cambió otra vez. El borde del parque ofrecía un contraste suave: árboles oscuros, gente paseando, corredores aprovechando la última luz. Astor redujo la velocidad, como si también quisiera saborear aquel instante.

Cuando el sol terminó de ocultarse, Madrid cambió de piel. Las luces comenzaron a dominar las calles, los bares cobraron vida y el paseo en moto adquirió un aire casi cinematográfico. Avanzábamos sin prisa, dejándonos llevar por el murmullo de la ciudad.

Sonreí mientras me dejaba envolver por el paseo, por mi acompañante, por las vistas y por todo lo que aquella ciudad despertaba en mí. En uno de esos momentos descubrí que Astor me observaba a través del espejo retrovisor derecho. No podía verle los labios, pero habría apostado cualquier cosa a que estaba sonriendo.

Finalmente, aparcamos frente a una pequeña y acogedora cafetería del centro.

—¿Y, Doc? ¿Qué te pareció el paseo?

—Sin duda lo repetiría, motero —respondí, dándole un delicado beso en los labios.

—Me alegra saberlo —dijo, sonriente. Me tomó de la mano y entramos en la cafetería.

El aroma a café recién hecho llenaba el aire, mezclándose con notas de pastelería casera. Nos sentamos en una mesita cercana a la ventana, disfrutando de ese momento íntimo. Mientras sostenía

entre las manos una taza de café humeante, lo escuchaba hablar apasionadamente de su bar y de los cambios que tenía previstos realizar.

La música de fondo, *Perfectly Broken,* de BANNERS y Lily Meola, nos envolvía suavemente y parecía acompasarse al ritmo de nuestra conversación.

Mientras reíamos, compartiendo anécdotas y sueños, el tiempo pareció detenerse en ese refugio cálido.

Y en Astor.

Mi refugio.

CAPÍTULO 31

«El amor … El amor no tiene lógica ni razón: es un acto de fe en lo desconocido, Un salto al vacío con los ojos cerrados»
—Isabel Allende

Doriana



Astor insistió en que lo acompañara a *Vértigo* y me pareció el broche perfecto para aquel día maravilloso.
Eran poco más de las ocho cuando llegamos al local. Nos dirigimos directamente a la barra, donde Octavio trabajaba esa noche. Al vernos llegar de la mano, sonrió. Ya nos habían presentado, así que lo saludé con un beso en cada mejilla.

—Qué bueno verte por aquí, Doriana.
—Gracias, Octavio.
—Ponte cómoda. ¿Qué te traigo para tomar? —preguntó.
—Una cerveza está bien.
—Yo voy hasta la oficina a dejar mis cosas y ya vuelvo —dijo Astor antes de encaminarse hacia una puerta al costado de la barra que decía: «Solo acceso a personal autorizado».

Octavio regresó con mi cerveza y me dedicó una mirada afectuosa.

—Me dijo Astor que eres cardióloga.
—Sí. Trabajo en el Hospital Universitario Fundación Jiménez Díaz, aunque casi todo el mundo lo llama «La Fundación».

—Te felicito. Admiro el trabajo de quienes se dedican a la salud. Es admirable que hayas elegido una especialidad tan compleja y determinante en la vida de las personas.

—Gracias. Es una responsabilidad enorme. —Bajé la mirada hacia mi cerveza—. Cuando decidí estudiar Medicina, lo hice para salvar vidas, pero pronto comprendí que, en este camino, la esperanza y el dolor avanzan siempre de la mano.

—Debe de ser duro no poder salvar a todos tus pacientes.

—Siempre lucho con todas mis fuerzas por mis pacientes, pero no siempre lo consigo. Cada pérdida deja un vacío en mí, un recordatorio de lo frágil que es nuestra existencia.

Octavio me observó con atención. Había algo en su mirada que no conseguía descifrar. No sabía si era emoción, admiración o compasión.

Bebí un trago de cerveza.

—Pero también existe la inmensa alegría de lograrlo. Son esos momentos los que me impulsan a seguir, a enfrentar cada día este camino lleno de altibajos.

—Brindo por ti. Por tu valentía y dedicación —dijo, levantando su botellín de cerveza.

Hicimos tintinear nuestras botellas antes de beber.

En ese momento llegó Astor. Noté que Octavio lo observaba con una seriedad repentina. No entendí por qué, pero algo cambió en su expresión. Había algo en aquella mirada que se asemejaba a una silenciosa reprimenda.

—¿Por qué brindan? —preguntó Astor.

—Por la valentía y la calidad humana de esta mujer. Doriana demuestra que la medicina no es solo una profesión, sino una vocación capaz de transformar vidas.

—Gracias por esas palabras —dije con timidez.

Astor lo miró y frunció el ceño.

Parecía que entre ellos existía un lenguaje propio, un código indescifrable del que yo quedaba completamente al margen.

—¿Quieres pasar para este lado de la barra? —preguntó Astor, señalándome el lado en el que estaban los bármanes.

—Prefiero quedarme aquí. No quiero estorbar.

—Nunca estorbarías —dijeron Astor y Octavio a la vez.

Los tres nos miramos y acabamos sonriendo.

Poco a poco, Vértigo comenzó a llenarse. Las conversaciones se multiplicaron hasta convertirse en un murmullo constante que se mezclaba con la música y el tintinear de las copas. El aire estaba impregnado de perfume, cerveza, cítricos y alcohol. Algunos grupos de amigos ocupaban las mesas; otros se adueñaban de la pista de baile, y la barra seguía llenándose.

Astor y Octavio no tardaron en sumergirse en el ritmo frenético de la noche. Se movían con una coordinación impecable detrás de la barra, preparando bebidas, atendiendo pedidos y respondiendo a los clientes sin perder la sonrisa. A simple vista parecía que apenas intercambiaban unas pocas palabras, pero bastaba observarlos unos segundos para comprender que se entendían a la perfección.

Yo los observaba desde mi taburete, entretenida con aquella dinámica, cuando algo empezó a incomodarme.

Ámbar, una de las camareras, no dejaba de mirarme.

Al principio pensé que era una coincidencia. Sin embargo, cada vez que levantaba la vista, me encontraba con sus ojos clavados en mí. Entonces desviaba la mirada y continuaba trabajando como si nada hubiera pasado.

Era una mujer joven y atractiva, pero había algo en su actitud que me mantenía alerta. No era exactamente hostilidad. Tampoco curiosidad. Era algo distinto, algo que no lograba identificar y que me acompañó durante toda la noche.

Apenas podía hablar con Astor; el bar estaba más concurrido de lo habitual. De vez en cuando se acercaba, me robaba un beso fugaz y se disculpaba por no poder dedicarme más tiempo.

La barra no daba tregua. Astor y Octavio se movían de un lado a otro atendiendo pedidos, sirviendo bebidas y recogiendo vasos vacíos entre el murmullo de las conversaciones y la música.

De pronto, un estruendo seco llamó mi atención.

Una copa se hizo añicos contra el suelo.
Varias personas se volvieron hacia el ruido.

—¡Mierda! —exclamó Ámbar.

Ámbar permanecía junto a la barra, sujetándose la mano izquierda. Entre sus dedos comenzó a filtrarse un hilo de sangre.
Antes de que nadie reaccionara, ya me había puesto de pie. Cuando llegué hasta ella, Astor y Octavio intentaban ayudarla.

—Déjame ver —dije, indicándoles con una mirada que me dieran espacio.

Ámbar levantó la vista y clavó en mí sus grandes ojos marrones.

—Se me resbaló la copa y… no creo que sea nada.
—Enséñame la mano, por favor. Soy médica —expliqué. Mi tono salió firme, el mismo que utilizaba con mis pacientes cuando intentaban restarle importancia a una lesión.

Ámbar miró a Astor y él asintió en silencio.
Con cierta reticencia separó los dedos. La sangre brotaba de un corte en la palma.

—Necesito un botiquín —dije, mirando a Octavio.
—Ahora mismo.

Mientras él desaparecía detrás de una puerta, tomé a Ámbar suavemente del brazo.

—Ven conmigo.

La conduje hasta el baño del personal, lejos de las miradas curiosas de los clientes. Una vez allí, abrí el grifo y coloqué su mano bajo el agua.

—Va a escocer un poco.

Ámbar soltó una mueca.

—«Un poco», dices. Arde como el infierno.

No pude evitar sonreír.

—Prometo que solo será unos segundos.

Momentos después apareció Octavio con el botiquín.

—Gracias.

Esperé a que nos dejara a solas y examiné la herida con atención. El corte era limpio, aunque algo profundo.

—Por suerte no parece haber afectado ningún tendón —murmuré.

Limpié cuidadosamente la zona y retiré los pequeños restos de cristal que habían quedado incrustados. Luego apliqué presión para detener el sangrado y terminé vendando la palma.

Durante todo el proceso, Ámbar permaneció inusualmente callada y apenas apartó la vista de mí.

—Listo —dije al terminar—. No necesitas puntos, pero vigila la herida para asegurarte de que no se infecte. Si notas cualquier cambio o tienes alguna duda, acércate a un centro médico para que la evalúen.

Ámbar bajó la vista hacia el vendaje.

—Se nota que eres muy buena.

Solté una pequeña risa.

—Eso espero. De lo contrario, mis pacientes estarían arriesgando sus vidas.

Ella frunció el ceño.

—No me refería solo a eso. Eres buena persona. No mereces que te hagan daño.

Su comentario me sorprendió tanto que levanté la vista de inmediato. Ella sostuvo mi mirada unos segundos. Por primera vez

desde que había llegado a *Vértigo*, sus ojos no parecían escrutarme ni juzgarme. Solo había sinceridad en ellos.

—¿Por qué lo dices?

—Por nada en concreto —dijo, moviendo la mano sana en un gesto que pretendía restar importancia a su comentario—. Es que, al final, a las mujeres casi siempre nos engañan.

No sé por qué, pero no terminé de creerle del todo.

—No siempre. Hay personas honestas, leales e íntegras.

—Puede ser. Pero si vieras y escucharas todo lo que yo veo y oigo en este bar, quizá no pensarías lo mismo. —Hizo una pausa—. Igualmente, todo acaba saliendo a la luz, ¿no?

Los golpes en la puerta terminaron con nuestra conversación.

Astor se asomó y ella enseguida se puso de pie.

—¿Cómo estás, Ámbar?

—No fue nada. Ya me voy —dijo, un tanto nerviosa o incómoda.

—Vete a tu casa. No te preocupes, podemos arreglárnoslas sin ti —dijo Astor.

—Por supuesto que no. Estoy bien. Además, la doctora ya me curó —respondió sin mirarme.

—Cuídate esa mano y ten en cuenta lo que te dije sobre la infección.

Asintió y se dirigió hacia la puerta. Antes de marcharse, volvió la cabeza un instante, como si quisiera decirme algo. Al final bajó la mirada y salió sin pronunciar una sola palabra.

Astor se me acercó y me abrazó por la cintura, estrechándome fuerte contra él.

—Muchas gracias, doc. Eres increíble.

—No tienes que agradecerme.

Se apartó lo necesario para mirarme a los ojos. Me miraba con aquellos vibrantes ojos celestes, cargados de intenciones que nunca se esforzaba por disimular.

—Claro que sí. Te invité para que te divirtieras y terminaste trabajando.

—Gajes del oficio. Además, puedes estar tranquilo porque me estoy divirtiendo.

—Estoy orgulloso de ti.

Esas palabras hicieron que mi corazón se acelerara.

—Gracias.

Solo oírlo suspirar fue suficiente para desarmarme.

—¿Podrías curarme a mí, doc? —preguntó, mientras acariciaba mi mejilla con la yema del índice.

—¿Cuál es tu enfermedad?

Se inclinó sobre mi cuello y lo rozó con la punta de la nariz.

—Tú —respondió sin apartar los ojos de los míos.

—Aunque pudiera hacerlo… jamás te curaría de eso.

—¿Y si muero por ti?

—Soy cardióloga. Estás en buenas manos.

Su sonrisa se ensanchó y acercó la boca a la mía, pero apoyé un dedo sobre sus labios y sostuve su mirada.

—¿Y yo? ¿Estoy en buenas manos?

La sonrisa se desvaneció poco a poco. Durante un instante, algo cruzó por sus ojos. Algo fugaz. Indescifrable.

Me observó unos segundos antes de responder.

—Soy barman. Puedo prepararte un buen trago para aliviar tus penas.

Y antes de que pudiera preguntarle nada más, sus labios encontraron los míos.

Nos besamos.

Cada caricia de sus dedos sobre mi espalda, mi cabello y mi cuello parecía grabarse en mi alma. La intensidad fue creciendo hasta

convertirse en un torbellino de respiraciones entrecortadas, brazos aferrados y labios que se buscaban una y otra vez, incapaces de separarse.

CAPÍTULO 32

«El amor es una bellísima flor, pero hay que tener el valor de ir a buscarla al borde de un precipicio»

—Stendhal

Astor



Hacía ya un rato que Doriana se había marchado de *Vértigo*.

Al verla tan cansada, insistí en pedirle un taxi para que pudiera irse a descansar.

A mí todavía me quedaban varias horas por delante. Había que dejar todo limpio y encargarse del cierre del bar.

Tenerla allí, compartiendo mi mundo y mi rutina, había sido una experiencia difícil de explicar. Tan difícil como admitir que había sentido unos celos irracionales, patéticos y absurdos cada vez que alguien la miraba.

Aunque la noche había sido especialmente intensa, me resultó imposible concentrarme en el trabajo. Por más que lo intentaba, era incapaz de disfrutar de la música o del ambiente vibrante que siempre llenaba el bar. Nada de lo que ocurría a mi alrededor lograba competir con lo que ella me hacía sentir. Porque, entre las luces, las conversaciones y el bullicio de la noche, seguía pareciéndome un privilegio contemplarla y saber que, de algún modo, estaba conmigo.

Seguía sin entender en qué momento había sucedido.

¿Cuándo aquella doctora ligada al recuerdo más doloroso de mi vida había dejado de ser un fantasma del pasado para convertirse en alguien tan importante?

Conocerla me había hecho comprender que, aunque formaba parte de aquel recuerdo doloroso, también era la única persona capaz de ayudarme a entenderlo de verdad. Porque, paradójicamente, gracias a ella, por primera vez en años podía recordar a mi abuelo sin que el dolor lo devorara todo.

Doriana poseía una extraña capacidad para hacer que todo pareciera más sencillo de lo que realmente era. Esa noche, al verla atender a Ámbar con tanta seguridad y delicadeza, pude reconocer una vez más la esencia de su carácter generoso, compasivo y profundamente humano.

Como si hubiera adivinado el rumbo de mis pensamientos y estuviera dispuesto a convertirlos en una de sus interminables sesiones de terapia, Octavio apareció sin que nadie lo llamara.

—Después de esta noche, entiendo que has dejado de lado tus perversos objetivos con Doriana —dijo, sentándose frente a mí en una de las mesas del bar.

Lo primero que me llamó la atención fue que ya no la llamaba «la doctora», sino simplemente Doriana.

Lo segundo fue que lo dijo con un tono de advertencia.

Me recosté en la silla y lo miré.

—Somos novios.

—Eso no responde a mi pregunta.

Exhalé.

—Escúchame —prosiguió—, basta pasar un rato con ella para comprender que Doriana es una buena mujer. Eligió una profesión que la hace vivir con una mochila cargada de responsabilidades. No se merece que le compliques la vida

—No quiero complicarle la vida. Al contrario, quiero hacerle la vida más… alegre —confesé.

Octavio me miró, se cruzó de brazos y sonrió.

—Eso es una muy buena noticia, y no solo para ella. Te atrae en serio —afirmó.

—Me atrae y punto. Lo de «en serio» corre por tu cuenta. Aunque sí tenías razón en una cosa: mis planes con Doriana eran una verdadera mierda.

—Me alegra saber que no eres tan cabrón y gilipollas, y que te diste cuenta a tiempo del gran error que ibas a cometer. —Se acercó a la mesa y apoyó los codos—. Ella te enseñó el lado luminoso de la vida.

No pude evitar reír.

—Tampoco es que antes viviera en el infierno. Puedo ser un donjuán, pero no soy un hijo de perra sin escrúpulos.

—Por supuesto que no. Precisamente por eso me preocupaste cuando planeaste algo tan… desalmado. Pensé que debía dedicarte más tiempo para aleccionarte a ser un buen hombre. —Volvió a sonreír—. Entonces, ¿la amas?

La pregunta me pilló desprevenido.
No, ¿verdad?
¿O sí?
¿Era posible…?
No.

—Doriana es una mujer muy guapa e increíble. Pero ¿enamorado de ella? No, no lo creo. Cuando estamos juntos estamos bien. Nos entendemos. Hay mucha química. Pero de ahí a estar enamorado... no.

—¿Estás seguro? Porque lo que vi esta noche eran gestos más propios de dos enamorados que de dos amigos.

Nunca me había enamorado.

Y si bien era verdad que con Doriana experimentaba cosas nuevas y que ella me importaba, no podía haberme enamorado. Era mucho más fácil restarle importancia a lo que sentía que intentar entenderlo.

Y no era conveniente que Octavio ni nadie lo supieran.

—Como te dije, lo nuestro es pura pasión. Pero ninguno de nosotros está enamorado del otro.

—¿Tienes miedo a amarla?

Durante un instante, la imagen de Doriana sonriendo sobre la moto cruzó por mi cabeza. La aparté de inmediato.

—Deja de decir gilipolleces y terminemos con esto así podremos irnos a dormir.

—Qué forma tan sutil de evitar admitir que, como siempre, tengo razón.

Fruncí el ceño y negué con la cabeza, como si acabara de decir la mayor estupidez del mundo, pero el corazón se me aceleró por la seguridad con la que lo dijo.

—Deja de decir barbaridades.

Octavio me dedicó una mirada recelosa.

Habría jurado que estaba a punto de llamarme «gilipollas» o algo peor, pero me quedé con la duda de qué fue exactamente lo que pensó en aquel momento.

CAPÍTULO 33

«Cuando te vi me enamoré y tú sonreíste porque lo sabías»
—William Shakespeare

Doriana



—Son novios… —repitió Carlota.

Como siempre que podíamos, habíamos quedado para comer juntas en la cantina del hospital.

—Es solo una etiqueta. Lo importante es lo bien que estamos juntos y el vínculo que compartimos.

—Vaya, vaya…

Carlota me lanzó una mirada punzante.

—¿Qué?

Contrario a lo que esperaba, la burla desapareció de su rostro.

—¿Qué va a pasar contigo si esta relación tampoco funciona? Lo de Amadeo te hizo pasar muy mal.

Aquel día, por alguna razón, los papeles parecían invertidos.

—Primero, fuiste una de las personas que me aconsejó acostarme con Astor y divertirme, así que no vengas ahora con ese pesimismo. Segundo, si las cosas no funcionan, nos diremos adiós como

personas civilizadas. Pero creo que no puedes predecir lo que ocurrirá ni dejar de vivir por miedo a que las cosas no salgan como esperas.

Carlota siguió mirándome en silencio.

Yo también guardé silencio unos segundos antes de exhalar lentamente.

—Estaré triste durante un tiempo, supongo. Luego seguiré con mi vida.

—Te quiero mucho y no quiero verte cargar con otro desengaño porque, como ya te dije, tengo la sensación de que lo de Astor va a ser intenso. —Suspiró—. Pero tienes razón. Quizá incluso sea el hombre de tu vida. No me hagas caso. Hoy estoy un poco desanimada.

Enseguida le tomé las manos por encima de la mesa.

—¿Qué pasó?

—Bobadas mías. —Me apretó las manos—. Es que hablé con mi madre y, como siempre, solo me dio malas noticias.

Negué con la cabeza.

—¿Qué te dijo esta vez?

—Que volvió a quedarse sin trabajo y necesita pagar todas sus cuentas. Lo mismo de siempre. Ya no sé qué hacer —respondió, bajando la mirada.

—Carlota, mírame —le pedí, y ella obedeció—. Si necesitas dinero, puedo ayudarte.

—Gracias, Dori, pero más allá del dinero, es la situación lo que me supera.

—Te entiendo. Cuentas conmigo para todo lo que necesites.

—Lo sé. No sé qué haría sin ti. Eres mi hermana del alma.

—Y tú la mía.

—Si quieres, hoy puedo ir a tu casa o tú venir a la mía. Me quedaré contigo hasta que estés bien.

—¿Para siempre? —preguntó con una sonrisa triste.

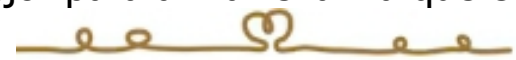
—Claro que sí.

Carlota suspiró.

—¿Algún día se acabarán las tormentas, Dori?
—No lo creo. Son parte de la vida. Pero siempre termina saliendo el arcoíris.
—Y siempre podemos comer chocolate.

Ambas sonreímos.

—No hay nada mejor para aliviar el alma que el chocolate.



Durante el resto del día traté de estar pendiente de Carlota. Sabía que la situación con su madre la angustiaba mucho. A mí también me preocupaba profundamente.

Su madre era muy irresponsable con el dinero. Acumulaba deudas y no parecía comprender la gravedad de la situación. Carlota sentía que estaba constantemente caminando sobre una cuerda floja, temiendo que un día su madre lo perdiera todo por su falta de previsión. Era doloroso ver cómo una persona que debería haber sido un pilar en su vida se había convertido en una fuente de preocupación.

Me habría gustado poder hacer algo más por ella. Pero, por el momento, todo lo que podía ofrecerle era mi apoyo: escucharla cuando necesitaba desahogarse y recordarle que no estaba sola.

Había decidido que, sin importar la hora ni lo cansada que estuviera, al salir del hospital iría directamente a su casa.

A las diez de la noche terminé mi guardia, saqué el teléfono del bolsillo de la bata y vi que tenía una llamada perdida de Astor. Justo debajo había un mensaje suyo preguntándome a qué hora terminaba y si todo había ido bien durante el día.

Una sonrisa espontánea iluminó mi rostro. No era solo el mensaje, sino lo que había detrás de él: la preocupación sincera, el interés por saber cómo estaba, la certeza de que había pensado en mí mientras yo seguía atrapada entre consultas, pacientes y pasillos de hospital. Sentí cómo parte del cansancio acumulado durante el día se

desvanecía. A veces bastaba un solo gesto para recordarte que le importabas a alguien.

Aunque sabía que a esa hora debía de estar en el bar y quizá no escuchara el teléfono, decidí llamarlo.

—*Hola, doc*. —Percibí en su voz que se alegraba de oírme.

Al otro lado se oían el murmullo de las conversaciones y la música de fondo del bar.

—Hola. ¿Puedes hablar?

—*Por supuesto. ¿Sigues en el hospital?*

—Estoy saliendo, pero no voy a volver a mi piso. Me voy a la casa de Carlota porque no está bien anímicamente y no quiero dejarla sola.

—*¿Tu amiga?*

—Carlota es más que eso, es como mi hermana.

—*Me imagino que debes de estar agotada y, aun así, sigues anteponiendo a los demás.*

—Siempre estamos la una para la otra, y quiero asegurarme de que esté bien.

—*Me alegra saber que cuentas con una amiga así. ¿Comiste algo?*

—Aún no. Pensaba pedir algo cuando llegue a su casa. A estas horas no nos vamos a poner a cocinar y dudo que Carlota lo haya hecho.

—*No pidas nada. Pásame la dirección de tu amiga y les mando algo del bar. El chef es muy bueno y sé que a ti te encantan sus platos.*

Guardé silencio unos segundos, sorprendida por el gesto tan considerado.

Pude oír el sonido que hacía el hielo al caer en un vaso.

—¿De verdad?

—*Claro que sí. Envíame un mensaje con la dirección y en un rato tienen la comida lista para comer.*

—Muchas gracias, Astor. —Sonreí.

—*No hay de qué. Tú cuidas de los demás y yo cuido de ti.*

No podía borrar la sonrisa de mi rostro.

—Eso es muy bonito. Gracias.

— Deja de darme las gracias por todo. Ya encontrarás una forma mejor de compensarme cuando nos veamos. Ya sabes cómo me gusta que me agradezcas.

—Qué tonto eres.

—Solo un tonto reconoce a otro tonto.

—Buenas noches, Astor.

—Buenas noches. Y no olvides pasarme la dirección de tu amiga.

—Está bien. Yo ya me estoy yendo del hospital.

—Conduce con cuidado.

—Lo haré. Te mando un beso.

—Mejor guárdalos y me los das en persona, doc.

—Eso sin duda.

—Cuídate.

—Tú también.

La llamada se cortó.

Sin poder dejar de sonreír, le envié la dirección y luego guardé el teléfono.

Apenas estábamos empezando a conocernos y sabía que aún no debería sentir aquello —fuera lo que fuera—, pero cuando me decía cosas bonitas y era tan cariñoso, no podía evitar que se me acelerara el corazón.



Estaba terminando de contarle a Carlota del ofrecimiento de Astor cuando sonó el timbre. Las dos nos miramos.

—Debe de ser la comida —dije mientras me levantaba del sofá.

—¡Qué rapidez! —exclamó Carlota—. Espero que tu novio solo sea rápido para los recados —agregó con picardía.

Nos volvimos a mirar y soltamos una carcajada. Me alegraba muchísimo volver a verla de buen humor.

Fui hasta la puerta convencida de que me iba a encontrar a un repartidor cargando bolsas del bar.

Sin embargo, cuando abrí, el corazón se me detuvo al verlo allí.
Tan guapo como siempre… quizá incluso más.

—¿Astor?

Sostenía varias bolsas de comida en una mano y tenía una sonrisa seductora en los labios.

—Buenas noches, doc.

Por un instante fui incapaz de reaccionar.

—¿Qué haces aquí?
—Traer la cena —respondió, subiendo las bolsas.

Parpadeé varias veces. Él se acercó y me dio un beso en los labios.

—No, quiero decir... pensaba que enviarías a alguien. ¿No tendrías que estar en el bar?

La sonrisa de Astor se ensanchó ligeramente.

—Para algo soy el dueño ¿no? Y el local está lleno de gente competente. Sobrevivirán sin mí. Además, quería ver a mi novia.

Se encogió de hombros como si la respuesta fuera la cosa más evidente del mundo.
Sonreí, incapaz de ocultar la alegría.
¿Cómo podía ser tan dulce?

—Esto es lo más bonito que han hecho por mí en mucho tiempo. No puedo creer que hayas dejado el trabajo para venir hasta aquí —dije, y lo abracé.
—Sigues acumulando agradecimientos y… ya te dije que luego tendrás que compensarme.
—Sin duda alguna —respondí, y me acerqué a sus labios para darle un delicado beso.
—Tendrás que esforzarte un poquito más.

Sonreí y me dispuse a darle un beso de verdad, pero la voz de Carlota llegó desde detrás de mí.

—¿Qué está pasando aquí?

Nos apartamos y giré para mirarla.

—Carlota, él es Astor.

Los ojos de mi amiga fueron de Astor a mí y de mí a Astor.

—Ya lo conozco. No sabía que también era repartidor.
—A veces tengo que buscarme un curro temporal —respondió Astor, sonriendo.
—Empezaste con buen pie. Me caes bien —dijo Carlota con una sonrisa divertida y estirando la mano para saludarlo—. Sobre todo, porque nos trajiste comida. ¿Te quedas a cenar?

Astor la saludó y luego le tendió las bolsas.

—No quiero molestarlas. Aproveché para poder ver a Doriana, aunque fuera unos minutos.

Mi corazón estaba por explotar de alegría.

—Ahora me caes mejor —dijo Carlota—. Quédate a cenar con nosotras. No es molestia ninguna, al contrario.

Entramos los tres en la casa.
Mientras Carlota dejaba las bolsas sobre la mesa y Astor la ayudaba a sacar la comida, yo seguía observándolo con una mezcla de incredulidad y una emoción mucho más difícil de definir.
Cuando levantó la vista y nuestros ojos se encontraron, me dedicó una sonrisa cómplice.
Sentí un calor agradable extenderse por mi pecho.

—Les traje postre de chocolate porque Doriana me dijo que era de tus preferidos.

¿Lo recordaba?

El corazón volvió a acelerárseme.

Era una tontería. Un detalle insignificante para cualquiera.

Pero no para mí.

Había recordado algo que le había contado semanas atrás. Había salido del bar para traer la cena. Había recorrido media ciudad solo para verme unos minutos.

Quería acercarme a él, abrazarlo y besarlo.

Cuando sus ojos se volvieron a encontrar con los míos, sentí que algo dentro de mí terminaba de encajar.

Y fue entonces cuando comprendí por qué adoraba dormir entre sus brazos.

Por qué esperaba sus mensajes con tanta ilusión.

Por qué una simple sonrisa suya podía mejorar un mal día.

Por qué sus cuidados significaban tanto para mí.

Ya no podía seguir engañándome ni fingir que aquello era simple atracción o entusiasmo por una relación nueva.

Lo sabía.

Lo sabía con una certeza absoluta.

Me había enamorado de Astor Sinclair.

Y, por primera vez desde que había llegado a mi vida, dejar de negarlo resultaba tan aterrador como maravilloso.

CAPÍTULO 34

«¿Cómo no amarte si en tu risa cabe el mundo y en tu abrazo el tiempo se detiene?»

—Mario Benedetti

Doriana



Durante las semanas siguientes, nuestra relación encontró un ritmo tranquilo y natural. Una complicidad que nos hacía profundamente felices.

Cuando salía temprano del hospital, lo acompañaba al bar, aunque rara vez me quedaba hasta el cierre. Por lo general, regresaba a casa antes que Astor. Los días en que terminaba mi turno de noche o de madrugada, lo esperaba despierta.

La mayoría de las noches dormíamos juntos, en su piso o en el mío. Dormir con él se había convertido en mi refugio. Su abrazo al acostarnos me transmitía una profunda sensación de cercanía, calidez y seguridad. Era nuestra forma silenciosa de comunicarnos: no hacían falta palabras. Bastaban nuestra compañía y la conexión que compartíamos. Todo mi cuerpo parecía relajarse y reconocer, al fin, que podía descansar. Dormir con él significaba terminar el día en el lugar al que sentía que pertenecía, dejar atrás las preocupaciones y entregarme al sueño entre los brazos de la persona que amaba.

Sí, lo amaba cada día más, si es que eso era posible.

Sin embargo, aún no se lo había confesado.

Prefería dejar que las cosas siguieran su curso.

No quería convertir aquellas palabras en una exigencia ni precipitar nada. Anhelaba oírlas de sus labios, pero no a costa de alterar el ritmo natural de lo que estábamos construyendo. Había aprendido que algunas cosas necesitaban tiempo; que los sentimientos más profundos no siempre llegaban acompañados de confesiones inmediatas. Así que esperaba, paciente, confiando en que, cuando llegara el momento, las palabras encontrarían su lugar. Después de todo, lo que sentíamos estaba presente en cada gesto, en cada mirada y en cada vivencia compartida.

Aquella noche había salido del hospital a las nueve. Mi plan era llegar a casa, darme una ducha y dormir unas horas antes de que Astor regresara. Tenía que contarle que la semana siguiente debía viajar a Barcelona durante unos días para asistir al Congreso Europeo de Cardiología (ESC). Aunque iba a echarlo de menos, aquellos congresos seguían entusiasmándome. Eran físicamente exigentes, pero también me producían una mezcla de orgullo profesional, curiosidad científica y placer personal por el reencuentro con colegas y por la visita a la ciudad.

Ya en mi piso y recién duchada, me preparé una cena ligera y salí a la terraza para disfrutar de la cálida noche. La luz de las ventanas y los balcones vecinos dibujaba siluetas en la pared. Me encantaba contemplar la noche desde allí, sobre todo en verano. Me sentía parte de una ciudad viva y cálida: pequeña bajo el cielo, pero arropada por una constelación de luces, sonidos y aromas que convertían aquella cena en la terraza en un instante inequívocamente madrileño.

Desde una ventana cercana llegaban las notas de *Foolish*, de Forest Blakk.

Cerré los ojos y me dejé llevar por la música.

Una gran satisfacción me invadió al sentir que estaba viviendo el mejor momento de mi vida. No sabía qué sería de Astor y de mí, pero no quería pensar en ello.

Tomé el vaso de limonada que había dejado sobre la mesa y bebí un sorbo. El frescor se expandió por todo mi cuerpo, reconfortándome.

Durante unos instantes, el mundo pareció encajar a la perfección, como si todas las piezas dispersas de mi vida hubieran encontrado, al fin, la forma de convivir en armonía.

Sabía que nada estaba garantizado. Que el amor, como todo, era vulnerable al tiempo y a los vaivenes de la vida. Pero aquella noche eso no importaba. Por primera vez en mucho tiempo, estaba en paz con lo que tenía.

Cerré los ojos y sonreí.

Era feliz.

Y mi único temor era que el mundo se entrometiera en esa felicidad y en esa calma, y lo echara todo a perder.

El mundo se entrometió segundos después.

O, mejor dicho, mi madre.

La pantalla del teléfono se iluminó con su foto de contacto.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? Hace unos días que no sé nada de ti.

—Sí, discúlpame. Mis horarios son complicados y no quiero llamarte muy tarde.

—Me imagino. Siempre fuiste tan trabajadora y responsable — dijo, y me pareció que su voz sonaba apagada, triste.

—¿Pasa algo, mamá? ¿Estás bien?

—Hace unos días, Elena vino a vivir conmigo.

Negué con la cabeza. La noticia no me sorprendía, pero sí la lamentaba por mi madre. Convivir con Elena no era sencillo.

—¿Y su trabajo en Madrid?

—La despidieron. Ella me dijo que fue por reducción de personal. —Suspiró—. *Yo me enteré de que no fue por eso. La despidieron por irresponsable. Faltaba sin avisar y nunca llegaba a tiempo. Lo sé con certeza porque una de sus compañeras es hija de una amiga mía.*

Tampoco me sorprendió.

—No sé qué decirte, mamá.

—Sé que para ti tampoco fue fácil convivir con ella. No te culpo por haberla echado de tu casa, sé que Elena no es una persona fácil de llevar.

—No quería llegar a eso, pero ya no podíamos seguir en las condiciones que estábamos.

—Lo tengo claro, cariño. También me enteré de que Elena estuvo en pareja con Amadeo.

Eso sí me sorprendió, porque no esperaba que mi hermana se lo contara.

—¿Te lo dijo ella?

—No. Sabes que Elena no me lo contaría porque tiene claro que no estaría de acuerdo con sus acciones, pero tuvo la poca discreción de contar en su trabajo que estaba saliendo con el ex de su hermana. La misma persona que me habló de su despido también me lo contó.

—No te preocupes, mamá. Estoy bien. No te voy a decir que no me afectó, pero no por Amadeo, sino por la actitud de Elena. Ya lo superé, no te preocupes. Además, estoy saliendo con una persona y me siento muy bien.

—Me alegra saberlo, cariño. Te mereces ser muy feliz.

—Gracias, mamá. Y lamento mucho que estés pasando por toda esa situación con Elena.

—Solo me preocupa ella. Yo sé llevarla, pero me angustia que tu hermana no encuentre rumbo en la vida. Es como si siempre caminara sin saber a dónde va. Voy a preguntar a mis conocidos si saben de algún trabajo para que empiece cuanto antes. —Suspiró—. *Bueno, solo quería saber de ti y contarte que Elena está aquí y, por lo que sé, ya no se ve con Amadeo.*

—De todo eso, solo me importa que tú estés bien. Avísame si necesitas algo.

—Gracias, hija.

—Te quiero, mamá.

—Y yo a ti.

La tranquilidad que había sentido unos minutos antes se desvaneció. Con Elena, mi madre nunca lo tendría fácil.



Los suaves besos de Astor me despertaron.

Estaba convencida de que era de madrugada, aunque había perdido la noción del tiempo.

Abrí los ojos, pero la luz del televisor me obligó a cerrarlos de nuevo.

Cuando volví a abrirlos, comprendí que Astor no me estaba besando ni estaba a mi lado. Había sido un sueño.

Recordé que, al entrar de la terraza, me había acostado en el sofá y había encendido la televisión para distraerme mientras lo esperaba. Debí de haberme quedado profundamente dormida.

Consulté la hora: eran las tres de la mañana.

Estaba tan cansada que apagué el televisor, cerré los ojos y me permití volver a dormir.

Sentí primero el calor: un soplo breve en la mejilla, como una brisa cálida. Luego, el contacto. Besos delicados, tantas veces imaginados y, aun así, más dulces que en mis sueños. Sus labios, tibios y seguros, me fueron devolviendo a la realidad beso a beso.

Abrí los ojos.

La sala estaba bañada de ese azul pálido de la madrugada.

Astor estaba sentado a mi lado y me miraba con una sonrisa. Me pregunté si volvería a estar soñando.

—Hola —susurré.

—Odio despertarte porque sé que necesitas descansar, pero no puedo evitar observarte, tocarte, besarte.

—A mí, en cambio, me gusta que me despiertes así.

En realidad, quería que esa fuera siempre mi primera imagen al despertar. La de Astor observándome con dulzura. Sonriéndome de esa forma.

Retiró el cabello de mi rostro y yo suspiré.

—Vamos a la cama —dijo. Su voz cerca de mi oído provocó miles de cosquillas en mí.

Se puso de pie y me tomó en brazos con facilidad.
Sonreí, feliz.
Necesitaba fundirme en sus brazos.

—Si estás muy cansada…

Lo silencié posando el dedo índice sobre su boca. La nuez se le acentuó y la respiración se le aceleró.

—Ya dormí. No tengo nada de sueño —respondí enseguida.

Astor sonrió y caminó rápidamente hacia la habitación. Cuando llegamos, acercó sus labios a los míos y me besó con esa pasión que se reservaba para cuando estábamos solos. Me depositó en la cama con delicadeza, pero me incorporé enseguida. Antes de que nos fundiéramos en uno solo, quería desnudarlo y sentir el calor de su piel entre mis dedos. Le había echado de menos.
El anhelo por tocarnos nos estaba consumiendo.
Me centré en desnudarlo poco a poco. Astor no apartó los ojos de mí mientras cada una de las prendas iba cayendo y yo acariciaba todo su cuerpo con suavidad.
Sentía que estaba rozando el cielo.

—Doriana… me estás matando —murmuró con la voz entrecortada.

Temblaba de deseo al tenerlo completamente desnudo para mí. La visión me dejó sin aliento. Lo más erótico que había visto.

—Astor…

Con rapidez me sacó el camisón y dedicó unos segundos a observarme.

—Eres tan perfecta…

Me dejé caer hacia atrás y me arqueé, sintiendo cómo recorría mi desnuda y erizada piel con su boca. Hizo una pausa y volvió a mirarme. Sin demora me quitó la braguita, el sujetador y hundió la boca entre mis pechos.

Me retorcía bajo sus besos y caricias, bajo esas miradas de adoración que se clavaban en mi alma, bajo la sensualidad que desprendía cada uno de sus movimientos. Porque ya había perdido la cabeza y mi corazón por él… y ni siquiera sabía cómo había sucedido.

—Por favor, Astor…

Tras varias súplicas, me cubrió con su cuerpo.

Gemimos ante el contacto tan anhelado y, reclamándome los labios, se adentró en mi interior.

Y me entregué a él, experimentando un sinfín de sensaciones.

Me hacía perder la razón por completo.

No había un solo espacio entre nuestros cuerpos.

Nos movíamos como si supiéramos lo que necesitaba el otro. Su cadera deslizándose entre mis muslos a un compás agónico, refugiándose muy dentro de mí. Mis pechos rozándose con su torso. Mi vientre con sus abdominales.

Nos hacíamos el amor.

—Astor —gimoteé.

—Lo sé, lo sé… cariño.

Me aferré con brazos y piernas a él, estremeciéndome cada vez más.

Y alcanzamos el orgasmo juntos, entre temblores que nos sorprendieron por su intensidad.

—Te necesito… tanto —me susurró al oído y hundió el rostro en el hueco de mi garganta.

No tenía ni idea de cuánto significaban esas palabras para mí.

No sabía si llorar o reír de la emoción.

No era la primera vez que alguien decía necesitarme. Mis pacientes lo hacían cada día sin saberlo. Mis padres también habían depositado en mí grandes expectativas desde niña. Pero aquello era distinto. Por primera vez, no sentía el peso de una obligación. Sentía el privilegio de ser importante para la persona que amaba.

Nos quedamos en silencio mientras los espasmos del orgasmo iban menguando, pero no nos apartamos; no podíamos.

El corazón me latía a una velocidad de vértigo.

Los sentimientos pugnaban por salir.

Cada vez me costaba más no confesárselos.

Levantó la cabeza y se apoyó en mi frente.

Abrí la boca para decirle que lo amaba. Sentía las palabras en la punta de la lengua.

Pero no fue eso lo que salió de mis labios.

—Tengo que contarte algo —susurré.

Me miró.

—La próxima semana me voy unos días a Barcelona a un congreso de cardiología.

Noté que se tensó.

Lo abracé con más fuerza, dándole un beso en los labios, consiguiendo que se relajara.

—¿Cuántos días te vas?

—Cinco o seis.

Suspiró y me dio un beso en la punta de la nariz.

—Se me van a hacer eternos.

—A mí también, pero tengo una propuesta para ti: cuando vuelva tengo pensado descansar dos o tres días. Podemos ir a algún lugar a hacer playa o, simplemente, pasar todo el tiempo que queramos juntos.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —respondí sonriente.

Y lo besé.

Como si pudiera guardar en ese beso los días que íbamos a pasar separados.

Como si ya estuviera echándolo de menos.

CAPÍTULO 35

«Ese momento en el que te das cuenta de que si no hablas con esa persona tu día no es el mismo»

—Anónimo

Doriana



Por una vez, había dejado el coche y optado por viajar a Barcelona en avión. Cuando el taxi se detuvo frente al hotel, alcé la vista hacia la fachada de cristal que reflejaba el sol de la mañana y sonreí. Me alojaría en el mismo hotel que acogía el congreso: un edificio elegante, inspirado en las formas y colores de Gaudí.

El vestíbulo bullía de actividad. Hombres y mujeres de distintas nacionalidades cruzaban el amplio espacio arrastrando maletas, consultando programas o conversando en diferentes idiomas. Grandes paneles con el logotipo de la Sociedad Europea de Cardiología decoraban la entrada principal, junto a pantallas que daban la bienvenida a miles de especialistas llegados de todo el mundo. Hacía años que asistía a congresos, pero aquella mezcla de ilusión y nervios seguía acompañándome cada vez que participaba en uno. Allí se reunían algunos de los cardiólogos más prestigiosos del mundo. Muchos de ellos llevaban años acompañándome sin saberlo, a través de artículos subrayados, estudios consultados de madrugada y referencias bibliográficas que casi conocía de memoria.

Inspiré profundamente y continué caminando.

Tras registrarme en la recepción y recoger una carpeta con documentación y la acreditación, me dirigí a mi habitación. Como el

congreso no comenzaría hasta la tarde, tenía unas horas para descansar o pasear por la ciudad.

La puerta se abrió con un suave pitido electrónico y entré.

Lo primero que percibí fue el silencio.

Después de varias horas rodeada del bullicio del aeropuerto, el tráfico de la ciudad y las conversaciones en el hotel, aquella calma resultaba casi extraña, pero bienvenida.

Cerré la puerta tras de mí y me permití observar el lugar que sería mi hogar durante los próximos días. La habitación era amplia y luminosa. La luz de la mañana se filtraba a través de los ventanales y dibujaba reflejos dorados sobre los muebles de líneas modernas. Una cama de matrimonio ocupaba el centro de la estancia, cubierta por sábanas blancas impecables.

Dejé la maleta junto al armario y me dirigí hacia el ventanal para abrir las cortinas.

Barcelona se extendía ante mí, bañada por una luz dorada que parecía suavizar las fachadas modernistas. Desde allí distinguía algunos de los edificios más emblemáticos de la ciudad, entre ellos la Casa Batlló y La Pedrera. Las fachadas parecían resplandecer bajo la luz de la mañana.

Aquel viaje solo duraría unos días, pero suponía mucho más que asistir a un congreso: era una oportunidad para recordar por qué había elegido la cardiología.

Sin embargo, al pensarlo, mi mente no se detuvo en las ponencias ni en todo lo que me aguardaba durante aquellos días.

Se detuvo en Astor.

Saqué el teléfono del bolso y observé durante unos segundos la pantalla. Habían pasado apenas unas horas desde nuestra despedida y ya lo echaba de menos.

Tal como le había prometido, le envié un mensaje para decirle que había llegado bien. Dejé el teléfono sobre la mesilla y me dejé caer sobre la cama.

El teléfono vibró.

Era un mensaje suyo.

Astor:

«Me alegra saber que llegaste
bien. Aunque conozcas Barcelona,
sal a perderte un rato por sus calles.
Y no trabajes demasiado.
Cuídate, doc.
Nos hablamos.
Besos»

Decidí seguir su consejo y salir a caminar sin rumbo durante un rato antes de almorzar.

Me puse ropa cómoda y abandoné el hotel.

La ciudad ya estaba despierta. El aroma a café escapaba de las cafeterías, las terrazas comenzaban a llenarse y el murmullo constante de conversaciones se mezclaba con el ruido del tráfico. Respiré hondo y eché a andar sin prisa. En unas horas volvería a ser la cardióloga pendiente de horarios, ponencias y debates. De momento, solo quería disfrutar de la ciudad. Barcelona se desplegaba ante mí como una postal viva.

Sin embargo, aquel paseo no lo hice sola.

Con Astor hicimos una videollamada y le fui mostrando los distintos lugares que visitaba. Había algo profundamente íntimo en aquella manera de viajar juntos: Astor acompañándome desde cientos de kilómetros de distancia mientras yo recorría la ciudad.

Caminaba despacio, sosteniendo el teléfono frente a mí. Al otro lado de la pantalla, él observaba cada rincón que le enseñaba. Su rostro aparecía en una pequeña esquina de la pantalla, atento a cada detalle. Compartíamos aquel paseo como si camináramos uno al lado del otro.

Al doblar una esquina, la silueta de la basílica apareció de repente entre los edificios, elevándose sobre la ciudad.

Sonreí de inmediato.

—Espera, espera... tienes que ver esto.

La fachada de la Sagrada Familia llenó la pantalla. A aquella hora de la mañana, la luz del sol resaltaba cada relieve, cada figura esculpida y cada detalle que parecía desafiar la imaginación

humana. Las torres se alzaban hacia el cielo azul, afiladas y majestuosas, como si quisieran atravesar las nubes.

Me quedé unos segundos contemplándola en silencio, dejando que la imagen hablara por sí sola.

—Cada vez que la veo me parece más bonita —susurré.

—Es impresionante —dijo Astor—. Algunas cosas conservan intacta la capacidad de asombrarnos, por muchas veces que las contemplemos.

—Sí, siempre me asombra.

—Yo me refería a ti —respondió—. Me gusta mucho más observar tu cara de fascinación que la basílica.

Una risa suave escapó de mis labios.

—Hablo en serio. Me encanta verte así de feliz, doc.

Dejé de observar la basílica y lo miré a él a través de la pantalla.

—Algún día vendremos juntos —afirmé.

—Sin duda.

Y aunque la distancia seguía existiendo, durante aquellos segundos compartimos la misma vista, el mismo asombro y la misma certeza de estar viviendo algo extraordinario.



Sentada en el Aeropuerto de El Prat con una taza de café en mano, sentí que el cansancio acumulado de los últimos cinco días comenzaba a asentarse por fin sobre mis hombros. Había llegado a Barcelona llena de expectativas, nervios y una agenda imposible de cumplir, y en ese momento, con el congreso finalizado, tenía la sensación de haber vivido varias semanas dentro de una sola.

Apenas habían sido cinco días.

Cinco días que, sobre el papel, parecían insignificantes. En la práctica, se habían sentido muchísimo más largos.

Barcelona había sido extraordinaria. El congreso había superado todas mis expectativas. Me llevaba conocimientos, contactos y

recuerdos que conservaría durante años.

Las jornadas habían sido intensas. Conferencias interminables, conversaciones improvisadas en los pasillos y encuentros con profesionales a los que durante años solo había conocido a través de artículos y videollamadas. Aprendí más de lo que imaginaba, tomé notas apresuradas y descubrí nuevas ideas que ya empezaban a transformarse en proyectos futuros. Era una satisfacción profunda, de esas que no nacen de los aplausos ni de los reconocimientos, sino de la certeza íntima de haber crecido. Algunas ponencias me obligaron a replantearme conceptos que llevaba años dando por sentados. Otras me recordaron por qué había elegido la cardiología cuando apenas era una estudiante. Escuchar a especialistas que admiraba desde hacía tanto tiempo no solo había ampliado mis conocimientos; también había renovado mi entusiasmo por una profesión que seguía desafiándome cada día.

Y, sin embargo, comprendí que había algo que ninguna ponencia ni ninguna experiencia profesional podía sustituir.

Astor.

Lo había echado de menos más de lo que había imaginado.

Especialmente durante las noches silenciosas del hotel, cuando la emoción del día se apagaba y ya no quedaban distracciones. También durante los desayunos apresurados antes de salir hacia el recinto del congreso. Su ausencia había tenido un peso inesperado.

Había compartido con él fotografías, mensajes y videollamadas siempre que encontraba un momento libre. Sin embargo, ninguna pantalla conseguía reproducir la alegría que sentía cuando estaba a su lado.

Nunca antes había sentido tantas ganas de regresar.

Siempre me había gustado volver a casa, pero aquello era diferente. No era por la ciudad ni por el hospital al que tanto cariño le tenía. Lo que me llamaba de regreso era él.

Imaginé el instante en que la distancia de aquellos días desaparecería por completo. Ninguna videollamada. Ninguna conexión inestable ni despedidas apresuradas porque alguno de los dos tenía que seguir con sus obligaciones.

Solo él.

Solo nosotros.



Mientras avanzaba por los pasillos del aeropuerto de Madrid arrastrando la maleta, el corazón me latía desbocado. Al llegar a la zona de recogida de equipajes, revisé el teléfono. Había un mensaje de Astor:

Astor:

«Ya estoy aquí»

Sonreí.

La espera junto a la cinta transportadora se me hizo interminable. Cuando por fin recuperé el equipaje, aceleré el paso. El aeropuerto bullía de movimiento. Seres queridos que se reencontraban, viajeros apresurados, voces que se mezclaban con los anuncios por megafonía. Sin embargo, yo apenas percibía nada de aquello.

Solo buscaba su rostro.

Atravesé las puertas automáticas de llegadas y mi mirada recorrió la multitud.

Y entonces lo vi.

Astor estaba unos metros más allá, entre la gente que aguardaba tras la barrera de acceso.

Al verlo tuve la certeza de que ninguna de las experiencias vividas durante aquellos cinco días, por extraordinarias que hubieran sido, podía compararse con aquella felicidad sencilla y absoluta. La de regresar y encontrarlo allí, esperándome.

Todo el ruido del aeropuerto pareció desdibujarse a mi alrededor.

Durante una fracción de segundo permanecimos inmóviles, observándonos. Sentí una oleada de alivio tan profunda que casi me dolió.

Sin pensarlo, aceleré el paso.

Astor sonrió.

Y me rendí a la emoción que llevaba días conteniendo.

Salí corriendo hacia él y me lancé a sus brazos, que me recibieron con el mismo anhelo que yo sentía. Era allí donde quería estar; no

solo en aquel momento, sino siempre. Entre sus brazos, donde me sentía segura y en casa. Sí, él se había convertido en mi refugio. Era mi paz. Mi hogar. Y no me importaba quién estuviera presenciando aquella escena. Ya no podía seguir conteniéndome.

Cerré los ojos.

Durante unos segundos no quise pensar en nada más.

Sentí el calor de su abrazo, el latido firme de su corazón y la sensación reconfortante de estar exactamente donde quería estar.

Comprendí que Madrid ya no era solo mi ciudad.

Madrid era la vida que estaba construyendo junto a él.

Lo que sentía por Astor latía con una fuerza imposible de ignorar. Era un amor sano y generoso; intenso, apasionado y profundamente transformador. Jamás hubiera imaginado que podía llegar a enamorarme de esa forma.

Cuando nos separamos ligeramente, Astor me apartó con suavidad un mechón de cabello que había caído sobre mi rostro.

—Qué bueno que ya estés aquí, doc.

Lo miré y mis labios buscaron los suyos. Nos fundimos con el beso más emotivo que jamás nos hubiéramos dado.

Un beso en el que no hacían falta palabras.

Pero aquel día necesitaba pronunciarlas.

Me separé apenas lo necesario. Hundí los dedos en su cabello y descansé mi frente contra la suya.

Permanecimos así unos segundos, compartiendo la misma respiración. El nudo que tenía en la garganta me impidió hablar de inmediato. Pero las palabras estaban allí, esperando desde hacía días, acumulándose en cada mensaje, en cada videollamada y en cada momento en que había echado de menos su presencia.

—Te amo, Astor —confesé, sonriéndole entre lágrimas—. Te amo.

Levantó ligeramente la cabeza para mirarme.

Sus ojos celestes brillaban más que nunca.

—Doriana… —murmuró.

La emoción le atravesó la mirada por un instante.
Pero no dijo nada.
Solo volvió a besarme.

CAPÍTULO 36

«La mayor felicidad de la vida es la convicción de que somos amados; amados por nosotros mismos o, mejor dicho, amados a pesar de nosotros mismos»

—Víctor Hugo

Astor



Estaba sentado en un taburete junto a la barra del bar, asimilando las palabras de Doriana.

Me había dicho: «Te amo».

No «te quiero», sino «te amo».

Aquellas dos palabras valían más que cualquier otra cosa del mundo. No dejaban lugar a dudas.

Doriana me amaba.

La intensidad de su mirada y la vulnerabilidad de su declaración me habían dejado sin aliento.

Al recordarlo, una inesperada sensación de hogar se instaló en mi pecho.

Su confesión me había dejado aturdido; las emociones se agolpaban en mi mente sin darme tregua.

La amaba.

Lo sabía con la misma certeza con la que sabía que seguía respirando. Y, aun así, decir que la amaba no alcanzaba a expresar la magnitud de mis sentimientos. Al contrario. Lo que sentía por Doriana era inmensamente mayor y esas palabras apenas lograban contenerlo.

Doriana me estaba entregando el único amor del que de verdad quería ser digno.

Pero… ¿lo merecía?

Ella ignoraba por completo quién había sido yo cuando decidí entrar en su vida.

Bajé la cabeza. La culpa regresó de golpe y oscureció todo lo demás.

Era esa misma culpa la que me había mantenido en silencio. Antes de declararme, quería ser completamente sincero con ella. No me había parecido correcto hacerlo sin explicarle primero las razones por las que, en un principio, me había acercado a ella. Pero ahora, con el eco de aquella declaración resonando en mi mente, comprendía que había dejado escapar la oportunidad de abrirme por completo.

Debía haberle dicho que nada me importaba más que ella. Que la amaba por encima de todas las cosas.

Debía encontrar la forma de confesárselo. Había llegado el momento de dejar de esconderme, de ser valiente, de abrir mi corazón y de permitir que mis sentimientos encontraran por fin su voz. Y, aunque la incertidumbre seguía asustándome, una parte de mí también se sentía expectante ante lo que estaba por venir.

—¿Qué haces tan temprano por aquí? —la voz de Octavio me devolvió a la realidad—. Pensé que hoy llegaba Doriana de Barcelona. Como mínimo esperaba verte aparecer bastante más tarde —añadió, palmeándome el hombro.

—Sí, llegó temprano. Y si te preocupa que no le haya dado la bienvenida como merece, puedes estar tranquilo porque la tuvo —bromeé.

Octavio sonrió, pero cuando me volvió a mirar su sonrisa se borró.

—¿Qué ocurre? ¿Algo va mal?

Me pasé la mano por el pelo con frustración.

—Sí y no.

—¿Puedes ser más claro?

—Doriana me confesó que me ama.

Incluso decirlo en voz alta hizo que se me hinchara el pecho de emoción.

A Octavio le tomó un par de parpadeos asimilar mi respuesta. Al instante recuperó la sonrisa y me dio otra palmada en el hombro.

—Bueno, parece que tu objetivo se cumplió y que la chica cayó rendida ante tus encantos, gilipollas.

Sonreí y negué con la cabeza.

—Y parece que no me tenías mucha fe. No soy tan gilipollas después de todo.

Octavio miró por encima de mi hombro y la sonrisa se le borró.

—¿Necesitas algo, Ámbar? —preguntó mi amigo.

Cuando me giré, la encontré a unos metros de nosotros, y su rostro reflejaba una mezcla de estupor y contrariedad. Muy distinto del embeleso con el que solía observarme.

—No. Venía a por unas copas, pero vuelvo después. No quiero interrumpir vuestra… conversación.

—Tómalas —dije, señalándoselas—. No nos interrumpes. Además, nosotros también debemos ponernos a trabajar.

Me puse de pie y miré a Octavio. Este seguía observando a Ámbar con desconfianza.

La chica tomó un par de copas y se marchó.

—¿Qué fue eso? ¿Por qué la miras así?

—No me gusta que ande fisgoneando. No es la primera vez que hablamos de Doriana y ella aparece para escuchar la conversación.

—Puede escuchar todo lo que quiera. No hemos dicho nada malo.

Octavio me miró y se encogió de hombros.

—Sigue poniéndome al día. Entonces también le confesaste que la amabas.

—No lo hice.

—Pero, la amas —afirmó con total certeza.

—Sí, sin ninguna duda. Pero… no sé… sentí que antes de decírselo debía contarle la verdad sobre nosotros. —Inspiré profunda y lentamente—. Debo contarle lo de mi abuelo y cuáles eran mis intenciones cuando me acerqué a ella.

—Tienes claro que corres el riesgo de que te dé una buena patada en el culo.

—Y merecida —dije. Octavio asintió—. Pero necesito arriesgarme porque no siento que esté siendo leal. Quiero que entre nosotros no haya secretos.

—Y… ¿por qué no aprovechaste el momento y se lo dijiste?

—No supe cómo hacerlo.

—No deberías esperar mucho más.

Me tomé un segundo para asimilar el tono premonitorio de su consejo.

Lo atribuí a mi propia inquietud. Aquella noche me sentía inmensamente feliz y, al mismo tiempo, profundamente incómodo conmigo mismo. Así que no le di más vueltas.

CAPÍTULO 37

«El arte es largo, la vida es breve, la oportunidad fugaz, la experiencia engañosa, el juicio difícil»

—Hipócrates

Doriana



—¿Le confesaste tus sentimientos y no te dijo nada? —preguntó Carlota.

Mi amiga no disimulaba su sorpresa. Pero no porque yo estuviera enamorada de Astor —se había dado cuenta mucho antes que yo—, sino por el silencio con el que Astor respondió a mi declaración.

—No con palabras. Solo me… besó —respondí, tendiéndole una copa de Aperol Spritz, un cóctel que nos encantaba y que yo preparaba de maravilla.

—¿Esa fue su única reacción? —preguntó mientras se sentaba en el taburete de la cocina.

—Es que se lo solté nada más vernos en el aeropuerto.

Me observó durante un instante y, antes de responder, dio un trago.

—No sé cómo haces para que te quede tan delicioso.

—No cambies de tema. ¿Qué piensas de la reacción de Astor?

—Que seguramente no dijo nada por eso mismo.

—¿Por qué? No te entiendo.

—Acababan de reencontrarse después de varios días y la emoción debió de dejarlo vulnerable.

—¿Vulnerable? Ni tú misma te crees eso. —Dejé la copa sobre la barra—. Quizá lo asusté y piensa que es una locura porque todavía no nos conocemos lo suficiente.

—¿Tú piensas eso?

Negué con la cabeza y le sostuve la mirada.

—No sé cómo sucedió en tan poco tiempo, pero estoy segura de que lo amo. Este sentimiento, tan abrumador, no se parece a nada que haya sentido antes. Es reconfortante, pero también aterrador.

—Entonces no veo por qué habría de parecerle una locura. Creo que hiciste bien en confesárselo.

—¿De verdad crees que hice bien? ¿No piensas que debí guardármelo un tiempo más?

—No. Además, no habrías aguantado mucho más. El corazón siempre toma la decisión antes que la cabeza.

—Una respuesta muy contundente —dije.

—¿Qué habría cambiado si hubieras esperado? El amor tiene muchos defectos, pero sentirlo no es uno de ellos. Además, Astor te besó, no salió corriendo.

—Eso es cierto.

—Si no se lo decías, seguirías sintiendo lo mismo, solo que en silencio.

—La realidad es que ya había tardado demasiado en confesárselo. Pero estando en Barcelona, sentí que debía hacerlo. Me sentía una traidora por seguir ocultándoselo. Era como si me estuviera defraudando a mí misma.

Suspiré y giré la copa entre las manos.

—Odio esta sensación de no saber qué está pensando —dije.

—Bienvenida al club. Los hombres llevan siglos provocándola. —Dejó la copa y me miró a los ojos—. Si quieres otro consejo, deja que las cosas sigan su curso y no estés pendiente de su respuesta.

—Lo intentaré.

—Ahora le toca a él decidir qué hacer con esa información. Y, Dori... intenta no imaginar respuestas antes de escucharlas. La cabeza siempre inventa las peores.

—Gracias por ser mi equipo anticrisis —dije, tomándole la mano.

—Tú eres el mío. —Me apretó la mano—. Si empezara a agradecerte todo lo que haces por mí, no terminaría ni mañana.

—No tienes nada que agradecer.

—Tú tampoco. Pero gracias por compartir tus dolores, sueños y miedos conmigo, y por darme la mano cuando toca exigir, marcharse o gritar. Gracias porque, en este mundo cada vez más incierto, siempre me haces sentir segura y querida.

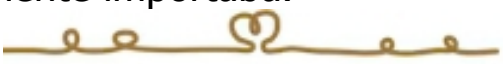
Sus palabras me emocionaron.

Seguramente podríamos llenar páginas enteras de agradecimientos mutuos: por corregirme el delineador corrido, por esconder la etiqueta de la ropa que estrenaba, por quitarme el chupito de tequila de la mano cuando ya había tenido suficiente. También por ser mi fan número uno. Por confiar en mí incluso cuando yo dudaba de mí misma. Por recordarme que podía aspirar a más y que merecía cosas mejores.

También valoraba que me dijera la verdad, incluso cuando no quería escucharla. Por señalar mis errores y por celebrar mis aciertos como si fueran suyos. Por hacerme reír. Porque siempre encontraba la manera de colar un poco de luz en los días más grises y de convertir cualquier desastre en una anécdota.

Le daba las gracias por no escatimar nunca en abrazos ni en consejos. Sin importar cuántas veces tropezara con la misma piedra, siempre estaba dispuesta a ofrecerme cariño, consuelo y una nueva oportunidad para intentarlo.

Y, sobre todo, le daba las gracias por estar. Porque, al final, eso era lo único que realmente importaba.



Carlota se marchó cuando el reloj marcaba las dos de la mañana.

Habíamos charlado durante horas, no solo de Astor, sino también del congreso en Barcelona y de un posible viaje juntas a Alicante

para disfrutar de unos días de playa y descanso.

Cuando me fui a la cama, eran cerca de las dos y media. Aunque estaba cansada, quería esperar despierta a Astor, así que me senté en la cama y me puse a leer, iluminada únicamente por la lámpara de la mesita de noche.

Desde que se había ido a *Vértigo,* no sabía nada de él. Como casi siempre me llamaba o me escribía, una parte de mí no podía evitar pensar que aquel silencio se debía a mi declaración.

Exhalé hondo y me removí entre las sábanas, molesta conmigo misma. Pasé la página con más fuerza de la necesaria y seguí leyendo.

El teléfono vibró sobre la mesita de noche. La foto de contacto de Astor, en la que me hacía un guiño, iluminó la pantalla. Una sonrisa apareció antes de que pudiera evitarlo.

Actúa con naturalidad, me recordé.

—¿Hola?

—*Hola, doc* —saludó. Su voz alegre me tranquilizó.

—Suena como si estuvieras en un bar. ¿Ha salido de fiesta, señor Sinclair? —bromeé, y lo oí reír.

—*Yo solo salgo de fiesta contigo, doc.*

—Entonces… ¿cómo va la noche en *Vértigo*? ¿Cierran mucho más tarde?

—*Supongo que dentro de un rato. Hoy está muy concurrido. ¿Carlota sigue allí?*

—No. Se fue hace un rato.

—*No te llamé antes porque no quería molestarlas. ¿Qué tal lo pasaron?*

—Muy bien. Después de tantos días sin vernos, teníamos muchas cosas de las que hablar —dije, y volvió a reír.

—*No lo dudo. ¿Qué estabas haciendo? ¿Ya estás en la cama?*

—Sí, pero leyendo.

—*Mmm… ¿Un libro erótico?* —preguntó en voz baja, con un tono sensual.

Estaba juguetón. Pensaba seguirle el juego.

—Quizá. Si quieres, puedo esperarte y leerlo contigo.
—*No me gusta leer esas cosas sin hacerlas realidad.*

Me estaba provocando.

—Podríamos hacerlas realidad.

Al otro lado de la línea solo hubo silencio.
Por segunda vez aquel día, lo había dejado sin palabras.

—*Vas a conseguir que saque a toda la gente de aquí para cerrar el bar y salir corriendo hacia allí.*
—¿Y qué tan rápido podrías hacerlo?
—*Soy capaz de pulsar ahora mismo el botón de la alarma de incendios.*

Me eché a reír.

—¿Lo dices porque estás ardiendo?
—*Y te vas a quemar conmigo, doc.*

Solté una carcajada.

—No lo hagas, por favor. El sistema de riego va a estropear todo el bar. Además, nos queda todo el resto de la noche para nosotros.
—*Espérame despierta.*
—Te lo prometo.

Dejé el libro a un lado. Sabía que no leería una sola página más hasta que él llegara.



No pude cumplir mi promesa.
Apenas unos minutos después de cortar la llamada con Astor, el teléfono volvió a sonar. Mi sonrisa desapareció en cuanto vi que llamaban del hospital.

—¿Sí?
—*Doctora Delacroix, disculpe la hora y, sobre todo, tener que molestarla cuando está en sus días libres. Lamentablemente,*

tenemos un Código Infarto en Urgencias. El paciente es un varón adulto y presenta una oclusión coronaria aguda. El doctor Álvarez solicita que venga cuanto antes porque entiende que usted es la indicada para este caso.

Cerré los ojos un instante.

Me apenaba no poder esperar a Astor, como le había prometido, pero no dudaba ni un segundo en acudir al hospital y hacer todo lo que estuviera a mi alcance para salvar una vida.

—Estoy en camino.

La llamada terminó y enseguida comencé a prepararme.

Miré la puerta, imaginando a Astor atravesándola unos minutos después. Había prometido esperarlo despierta. Aquella noche tampoco iba a ser.

—Lo siento... —murmuré.

Tomé el teléfono y le escribí un mensaje antes de salir.

Yo:

«Me ha surgido una urgencia
en el hospital. Lo siento muchísimo.
Te llamo en cuanto pueda»

Me cambié a toda prisa, me recogí el cabello en un moño descuidado y tomé el maletín antes de salir.

Las calles estaban casi vacías a esas horas. Los semáforos cambiaban de color para nadie. La ciudad parecía abrirme el camino para que llegara más rápido. Mientras conducía, recibí un mensaje. Supuse que era de Astor, pero tendría que leerlo después.

Las puertas automáticas de Urgencias se abrieron con un siseo familiar.

El olor típico del hospital sustituyó al perfume de mi piso. Enfermeros, celadores y médicos cruzaban los pasillos con la rapidez de quien ya conoce la coreografía de una noche complicada.

Una residente llegó prácticamente corriendo hasta mí.

—Doctora Delacroix.
—Buenas noches. Infórmame.
—Varón de setenta y nueve años. Dolor torácico de inicio súbito hace cuarenta minutos. Elevación del ST[1] en cara anterior. Lo están preparando para hemodinámica[2].

Asentí mientras caminábamos.
La decepción de apenas unos minutos antes quedó relegada a un rincón de mi mente. A partir de ese momento, solo existía el paciente.
Al entrar en el box, el monitor mostraba una frecuencia cardíaca demasiado elevada y el doctor Álvarez me miró con preocupación. Álvarez era cirujano cardiovascular y llevaba varios años en el hospital. Conocía esa mirada y no me gustó. Miré al paciente. Respiraba con muchísima dificultad.

—Doctora, lo están preparando para la angioplastia —me informó el doctor—, pero antes necesito hablar con usted. —Señaló la salida.

En cuanto salimos del box, me miró con seriedad.

—Quiero su opinión. El paciente es de alto riesgo por sus comorbilidades[3], pero entiendo que debe ir directo a cirugía.
—Necesito ver las pruebas.

Se trataba de una disección aórtica tipo A[4]. Coincidía en que se debía cancelar la angioplastia y llamar a cirugía cardiovascular de inmediato. El electrocardiograma inicial no mentía: mostraba una elevación del ST en cara anterior. Era el cuadro típico de un infarto masivo. Pero, cuando estudié la ecografía, enseguida comprendí que la aorta se estaba desgarrando. Cancelar hemodinámica y llevarlo a quirófano era prioritario.

—¡Masaje cardíaco interno! —ordenó Álvarez, hundiendo las manos en la cavidad torácica.

Di un paso al frente con los ojos fijos en el rostro del paciente.

El monitor emitió un pitido continuo, plano, ensordecedor.

Pasaron diez, veinte, treinta minutos de maniobras.

—Es suficiente —dijo finalmente Álvarez, dejando caer las manos, exhausto.

El silencio que siguió fue abrupto, roto solo por el siseo del respirador mecánico que el anestesiólogo procedió a apagar. Cuando un corazón dejaba de latir y ya no quedaba nada más por intentar, se producía un silencio particular y un vacío que ningún protocolo enseñaba a llenar.

No fui a la sala de descanso.

Me encerré en el baño de mujeres del área quirúrgica, echando el pasador antes de dejarme caer sobre el suelo de baldosas frías.

Me quité el gorro y las gafas de protección y los dejé caer a mi lado.

Me temblaban las manos, aunque una cardióloga no podía permitirse ese temblor.

Sin embargo, allí dentro no era la doctora Delacroix.

Solo era Doriana.

El silencio del baño era insoportable comparado con el caos de unos minutos antes, pero en mi cabeza seguía sonando el pitido plano del monitor.

Apoyé la frente contra las rodillas y dejé que el llanto contenido me cerrara la garganta, ahogando los sollozos para que nadie al otro lado de la puerta supiera que la doctora también se estaba rompiendo.

Unos minutos después, la voz de una enfermera me hizo incorporarme.

—Doctora Delacroix, ¿se encuentra aquí?

—Sí, estoy aquí. Ya salgo —dije, enjugándome las lágrimas.

—El doctor Álvarez solicita que usted lo acompañe para informar a los familiares.

Ese era uno de los momentos más temidos por cualquier médico. La transición del quirófano a la sala de espera rompía la barrera entre el lenguaje técnico y la realidad humana más cruda. La mirada de los familiares pesaba. Tener que decir «lo siento, hicimos todo lo que pudimos» exigía una fortaleza inmensa. Y esas palabras nunca serían suficientes para quien acababa de perder a un ser querido. Compartía, en cierto modo, esa pérdida, aunque desde un lugar distinto.

Respiré hondo, intentando tragar el nudo de piedra que se me había formado en la garganta, y empujé la puerta.

—Doctora, ¿se encuentra bien? —preguntó Mara, la enfermera que había venido a buscarme.

—Todo lo bien que se puede estar.

—Lo siento mucho, doctora.

—Gracias, Mara.

Álvarez y yo nos detuvimos ante la puerta de madera de la sala de informes.

—Era mi paciente. Yo me encargo, Doriana, pero te necesito a mi lado.

—Aquí estoy. Todos necesitamos apoyo en estos casos.

—Gracias.

Respiré hondo y empujé la puerta.

Las miradas que nos recibieron volvieron a destrozarme el corazón.

—¿Familiares del señor Tomasi? —preguntó Álvarez.

Se acercaron tres personas: una mujer y dos hombres.

En ese momento advertí otra figura al fondo de la sala. Permanecía apoyada contra la pared, inmóvil.

Al principio pensé que sería otro familiar.

Pero no.

Era Astor.

Saber que estaba cerca hizo que el peso de aquella noche resultara un poco más llevadero.

La voz del doctor me hizo desviar la mirada.

—Lo lamento muchísimo…

Entonces llegó el grito.

Un sonido agudo, animal, que pareció rebotar en las paredes desnudas de la sala. El llanto y el desconsuelo se adueñaron del lugar.

Extendí la mano y toqué el antebrazo de la mujer. Cada palabra de consuelo que intentaba formular me parecía un cliché vacío, un insulto ante la magnitud de la pérdida.

Levanté la vista hacia Astor. Estaba pálido y parecía tan consternado que me asusté. Me miraba como si no me conociera. El horror estaba dibujado en su rostro. Parecía que la noticia se la hubiéramos dado a él y que yo fuera la causante de ese dolor.

Di un paso hacia él y, para mi sorpresa, retrocedió y levantó la mano para detenerme.

En su mirada solo pude distinguir tristeza y decepción.

Se encaminó hacia la salida.

Vi cómo abría la puerta, salía y la cerraba tras de sí.

Me quedé inmóvil.

No entendía qué acababa de ocurrir, pero algo parecido al miedo empezó a instalarse en mi pecho.

CAPÍTULO 38

«Si usted pudiera ver mis pies cuando no llevo botas, se haría una idea de lo que es el amor no correspondido»

—Charles Dickens

Doriana



Al llegar a mi piso, lo encontré oscuro y silencioso.

Tenía la esperanza de encontrar a Astor esperándome, como tantas otras veces. Había imaginado su presencia como un refugio. Mi refugio. Pero el piso me recibió vacío.

Estuve a punto de ir a su piso y preguntarle qué había sucedido en el hospital, pero no lo hice. No estaba en condiciones de enfrentarme a él. No solo estaba angustiada, también sentía un cansancio tan grande que apenas podía mantenerme en pie.

Por mi cabeza pasaban mil cosas, pero siempre llegaba a la misma conclusión: Astor había ido a esperarme para hablar de lo que le había confesado en el aeropuerto, pero, al encontrarse con aquella situación tan desgarradora, había preferido marcharse. No le encontraba otra explicación. Y no lo entendía.

Tampoco podía ocultar que me sentía un poco desilusionada. Podía entender —aunque no estuviera de acuerdo— que el hecho de que me hubiera enamorado de él lo asustara, pero lo ocurrido esa noche en el hospital nada tenía que ver con nuestra relación. Yo no habría dudado en quedarme a su lado para brindarle apoyo y consuelo, porque él había notado mi profunda angustia y desazón.

Me senté en la cama, apoyé los codos sobre las rodillas y me sostuve la cabeza entre las manos.

Había perdido pacientes antes. Sabía que no todas las enfermedades tenían cura y que la muerte formaba parte de la profesión que había elegido. Lo sabía. Pero cada paciente llevaba consigo una historia, una familia, una esperanza depositada en nosotros. Y, cuando no conseguíamos salvarlos, era imposible no preguntarse si había algo más que hubiéramos podido hacer, aunque la razón respondiera que no.

Sin embargo, ese conocimiento no me protegía del dolor.

Pero había que continuar.

El hospital seguía funcionando. Otros pacientes esperaban, otras alarmas sonaban, otras decisiones reclamaban atención. Había que secarse las lágrimas y seguir adelante. La profesión rara vez concedía tiempo para elaborar el duelo. Porque detrás de la bata había una persona que también sentía, que también sufría y que había elegido una profesión en la que, a pesar de entregarlo todo, no siempre era posible vencer a la muerte.

Me dejé caer hacia atrás y cerré los ojos.

Necesitaba unos días de descanso.

Quizá lo mejor sería tomarme unos días y hacer el viaje que tenía planeado con Carlota. Una escapada a Alicante era justo lo que necesitaba. Además, empezaba a pensar que quizá un poco de distancia con Astor nos vendría bien a los dos.

Con esa idea en la cabeza, me hice un ovillo y dejé que el sueño me venciera.



Me desperté sin saber muy bien qué hora era.

Durante unos segundos permanecí inmóvil, con los ojos apenas entreabiertos, aferrada al último resto de un sueño. El silencio que reinaba en la habitación era profundo.

Seguía hecha un ovillo, exactamente igual que cuando el agotamiento había apagado mi conciencia. Ni siquiera las sábanas parecían haberse movido; el otro lado de la cama seguía liso, frío, intacto.

Estaba sola.

Entonces todo lo sucedido el día anterior regresó a mí.

Enseguida me incorporé y tomé el teléfono con esa mezcla de esperanza y anhelo que convierte cada segundo de espera en pura ansiedad.

Pero no había ningún mensaje.

Ninguna llamada perdida.

Ninguna explicación.

Era como si dormir me hubiera servido únicamente para cambiar de día, no de ánimo.

Me disponía a levantarme cuando la pantalla del teléfono se encendió anunciando un mensaje. El corazón me dio un brinco, esperanzado. Pero la ilusión apenas duró un instante: era Carlota.

Carlota:

«Cómo estás? Estás con Astor?
Yo estoy saliendo del hospital.
Voy para tu casa. Me enteré
de lo sucedido anoche con el
paciente. Te conozco y me
imagino cómo debes estar.
Te quiero»

Qué suerte tenía de tenerla en mi vida.

Yo:

«Estoy bien, pero gracias por
preocuparte. Me encanta que
vengas. Tmb te quiero»

Carlota poseía el don de aparecer justo cuando más la necesitaba, incluso antes de que yo fuera capaz de admitir que no estaba bien. Con un mensaje, una visita inesperada o un abrazo silencioso, conseguía recordarme que no tenía que cargar sola con el peso de los días difíciles. Saber que en unos minutos estaría llamando a mi puerta fue el primer pensamiento que logró aliviar, aunque solo fuera un poco, la tristeza con la que me había despertado.

Antes de que mi amiga llegara, quería hablar con Astor. Solía dormir hasta el mediodía porque casi todas las noches se acostaba cerca de las cuatro de la mañana. De hecho, cuando lo vi en la sala de espera del hospital eran casi las cinco. Ya eran las once, así que decidí pasar por su piso para hablar con él en persona.

Después de ducharme, desayuné un café y unas tostadas, y subí. Astor me había dado una copia de la llave, así que abrí la puerta con cuidado. Todo estaba en silencio. Me dirigí a su dormitorio y me sorprendió comprobar que la cama seguía sin hacer. Su camiseta seguía tirada sobre una silla, como si hubiera salido con prisas. Pero él no estaba. Seguramente se había levantado temprano y había salido. No podía esperarlo porque Carlota estaba al llegar.

Decidí llamarlo.

El corazón me latía desbocado mientras esperaba a que contestara, nerviosa.

Pero la llamada se cortó de repente.

Había rechazado la llamada.

Sentí que el miedo empezaba a convertirse en certeza.

Nunca había rechazado una llamada mía… Jamás.

Pensé un momento y le envié un mensaje.

Yo:

«Me gustaría que habláramos. Carlota viene a visitarme en un rato. Si te parece bien, te aviso cuando se haya ido. Besos»

Guardé el teléfono en el bolsillo trasero de los *jeans* y salí de su piso sintiendo como si una pesada roca me aplastara el pecho.

Cuando llegué a mi piso volví a mirar el teléfono.

La confirmación de lectura me indicó que lo había visto. Aguardé con el alma en un puño.

—Responde —susurré.

Contuve la respiración mientras esperaba.

Nada.

No apartaba la vista de la pantalla.

Pero no respondió, y algo me decía que no lo haría.

Dejé el teléfono sobre la mesa del *living* y me senté en el sofá.

No sabía qué estaba pasando. Pero, por primera vez desde que Astor había entrado en mi vida, tuve miedo de que se estuviera alejando de mí.

CAPÍTULO 39

«Herir a alguien que amas es la forma más rápida de destruirte a ti mismo»
—Paulo Coelho

Astor



No había podido pegar ojo.

Me pasé la noche paseando de un lado a otro de mi piso. A las siete decidí descargar de algún modo toda la frustración que sentía.

Salí a correr por el Parque del Retiro. Ya llevaba diez kilómetros. Los pulmones me ardían y las piernas empezaban a protestar, pero seguía sin sentir el alivio que había salido a buscar.

Normalmente, conseguía calmarme. Los pensamientos solían desaparecer, sustituidos por el dolor de las articulaciones, el cansancio, el ardor de los músculos y el hambre atroz que siempre aparecía al terminar.

Pero esa mañana, nada servía. Mis pensamientos eran un caos y nada lograba reemplazarlos ni aquietarlos. Podía obligar a mi cuerpo a seguir avanzando, pero mi cabeza seguía atrapada en el mismo sitio. Sentía una enorme rabia conmigo mismo y una profunda desilusión.

Siguiendo el consejo de Octavio, la noche anterior había ido a esperarla al hospital para confesarle mi verdad y mis sentimientos por ella. Nuestra relación era especial… Ella lo era.

Mi intención era sorprenderla esperándola a la salida.

Pero, al presenciar aquella escena en la sala de espera del hospital, reviví el instante en que nos comunicó la muerte de mi abuelo.

Volví a sentir todo el dolor, la impotencia y la rabia de aquella vez.

Volví a perder a mi abuelo.

Y no pude con eso.

Tampoco pude enfrentarme a Doriana. Salí huyendo como un cobarde y sin darle ninguna explicación.

Correr ya no me estaba proporcionando ninguna calma. Detuve mi marcha. Apoyé las manos en las rodillas y permanecí así un buen rato. Cuando la respiración se normalizó un poco, me senté en un banco y me puse a mirar el estanque. Mi teléfono vibró en el brazalete deportivo. Miré la pantalla. La foto de contacto de Doriana apareció en ella. Me sonreía con esa expresión luminosa que siempre conseguía hacerme olvidar el resto del mundo.

Quería tenerla a mi lado. Quería abrazarla. Y, al mismo tiempo, era incapaz de soportar mirarla.

Le iba a confesar todo lo que tenía atascado en la garganta, sobre todo mis sentimientos. Pero en ese momento no podía. Lo de esa noche me había dejado con el corazón hecho trizas.

Rechacé la llamada.

Y me odié por hacerlo.

Pero me sentía incapaz de hablar con ella.

No tenía ni idea de qué estaría pensando, pero sabía con certeza que debía de estar sorprendida y preocupada por mi actitud en el hospital y por no responder su llamada.

Me llegó un mensaje suyo.

Doriana:

«Me gustaría que habláramos. Carlota viene a visitarme en un rato. Si te parece bien, te aviso cuando se haya ido. Besos»

Aunque el cielo estaba completamente despejado, sentí que todo a mi alrededor se oscurecía.

El mensaje seguía iluminando la pantalla.

Yo era incapaz de responderle.

Y nunca me había sentido tan miserable.

CAPÍTULO 40

«¿Sabe lo mejor de los corazones rotos? Que solo pueden romperse de verdad una vez. Lo demás son rasguños»
—Carlos Ruiz Zafón

Doriana



—Esta noche iremos a *Vértigo* —afirmó Carlota.

Le había contado con lujo de detalles todo lo sucedido con Astor. Ella estaba convencida de que el distanciamiento de él no se debía a mi confesión, sino a otra cosa. Se apoyaba en que, después de confesárselo, habíamos hablado por teléfono e incluso había bromeado conmigo sobre el libro erótico.

Yo no estaba de acuerdo.

Si bien era cierto que habíamos hablado con naturalidad, entre nosotros no había sucedido nada que pudiera haberlo alejado de mí. A diferencia de Carlota, yo pensaba que había bromeado por teléfono porque estaba esperando a que nos viéramos para hablar del tema. También tenía claro que Astor no estaba enamorado de mí; de estarlo, no habría actuado así.

—No, Carlota. Si no quiere verme, no voy a imponerle mi presencia.

—Eres la novia. Como mínimo, te debe una explicación. ¿Piensas que, si no le atendieras las llamadas ni contestaras los mensajes, él se quedaría de brazos cruzados? ¡Ni hablar! Lo tendrías aquí o en el

hospital exigiéndote una explicación. Así que hoy iremos a *Vértigo* y se la pedirás.

Había tanta convicción en su voz que, por un momento, me hizo dudar.

Pero negué con la cabeza.

—No voy a hacerlo. —Fruncí el ceño al mirarla—. ¿Por qué tengo la sensación de que buscas pelea?

—No la busco. Al contrario. No quiero que se separen porque Astor te hace bien, te hace feliz. Estoy segura de que debe de haber un motivo para su comportamiento. ¿Y si tuvo algún problema? Capaz fue al hospital decidido a contártelo, pero te vio tan angustiada que se echó atrás. —Los ojos se le abrieron de golpe—. ¡Es eso! Estoy segura.

—Deja de divagar. Si fuera eso, ¿por qué no atiende mis llamadas? —repliqué.

—Porque… porque… debe de estar complicado.

Solté un suspiro y puse los ojos en blanco.

—Sabes muy bien que tengo razón. Nadie desea más que yo estar equivocada, pero no encuentro otra explicación.

—Pero tiene que haberla, ¿verdad?

—No lo sé.

—Sí, lo sabes. Y si quieres saber si tienes razón, deben hablar cuánto antes.

Bajé la vista.

—No quiero obligarlo a hablar conmigo.

—No vas a obligarlo. Vas a darle la oportunidad de hacerlo.

—Es lo mismo.

—No. Obligarlo sería perseguirlo hasta que te escuchara. Ir a verlo una vez no es obligarlo. —Tomó mi mano—. Habla con él esta noche. Si no lo resuelven, mañana mismo nos vamos a Alicante como habíamos planeado. Al menos, sabrás que hiciste todo lo que estaba en tus manos.

No respondí.
Sus palabras seguían dando vueltas en mi cabeza.

—Deja de castigarte porque no hiciste nada malo. ¿Desde cuándo decirle a tu novio que lo amas es un error? Siempre fuiste una mujer valiente. Enfréntalo, Dori —dijo, apretándome aún más la mano.

Muy a mi pesar, empezaba a pensar que tenía razón.

—Vayamos. Si es lo que dices y Astor es un gilipollas inmaduro, por lo menos podrás cerrar esta historia.

Solté el aire despacio.

—De acuerdo. ¿Vendrás conmigo?

Carlota sonrió.

—¿En serio crees que iba a dejarte ir sola?



Llegamos a *Vértigo* a la medianoche.
Entré al local hecha un manojo de nervios. Si bien sabía que Carlota tenía razón y debía enfrentar a Astor, no me gustaba presentarme allí sin haberle avisado. No sabía lo que me deparaba la conversación y me inquietaba demasiado.
Mientras subíamos en el ascensor, Carlota no dejaba de observarme.

—No olvides lo que hablamos —susurró.
—Sí.
—Repítemelo —dijo.

No pude evitar sonreír.

—Ir directo a saludarlo. Mantener la calma. Escuchar lo que tenga que decirme con la mente abierta.
—Exacto —dijo, dándome una palmadita en el hombro—. No lo olvides.

—No lo haré —respondí, dedicándole otra sonrisa a mi maravillosa amiga.

—¿Preparada? —preguntó, en cuanto el ascensor se detuvo y las puertas se abrieron.

—Sí.

—Deja de responderme con monosílabos. Necesito que me digas: nací preparada.

—Dejemos esto porque me pones más nerviosa, Carlota.

—Ajá… sabía que estabas loca de los nervios.

La miré y negué con la cabeza.

Cuadré los hombros, me armé de valor e ingresé al bar.

El lugar nos recibió con el bullicio de siempre. Grupos de amigos y parejas reían, bailaban con las copas en alto y se dejaban llevar por el ambiente.

Carlota se arregló el cabello y me dio un suave empujón.

Mientras caminábamos recorrí la barra con la mirada buscando un único rostro. Al primero que vi fue a Octavio. Del otro lado de la barra, bajo una hilera de lámparas de cristal, agitaba una coctelera con precisión, sonreía a unos clientes y, casi al mismo tiempo, servía dos copas con un gesto elegante.

Entonces apareció una cabellera rubia a su lado. Mi corazón dio un brinco en el mismo instante en que mi amiga me daba un codazo. Astor estaba allí. Vestía una camisa negra con las mangas remangadas hasta los antebrazos y, como siempre, resaltaba entre la multitud.

—Está en la barra —me avisó.

—Sí, lo vi.

—Joder, qué bueno está.

—Carlota…

—Ya sé, ya sé. Por ahora es un gilipollas. Veremos cómo se comporta esta noche y qué te dice. Pero, igual, hay que reconocer que está cañón.

—Así no me ayudas.

—Está bien. Me voy. Le voy a pedir algo de beber al otro barman… que tampoco está nada mal. Tú ve a hacer lo tuyo y avísame si me necesitas.

En el momento que Carlota volteó para irse, se dio de bruces con la chica que trabajaba allí y a la que yo le había curado la mano. Si no recordaba mal, se llamaba Ámbar.

—Discúlpame —dijo Carlota.

Ámbar no respondió. Nos miraba con las cejas alzadas, como si se hubiera sorprendido. Llevaba una bandeja en los brazos y casi la dejó caer.

—Hola —saludé—. Ámbar, ¿verdad?
—Sí. Tú me curaste la mano la vez que me hice un corte.
—Así es. ¿Cómo estás?

Carlota observaba la escena en silencio.

—Ella es mi amiga Carlota —se la presenté y luego miré a mi amiga—. Carlota, ella es Ámbar, trabaja aquí.
—Encantada de conocerte. Discúlpame porque casi te hago tirar todo lo de la bandeja.
—No hay problema —respondió, pero me siguió mirando y esa vez solo pude ver reflejado en sus ojos preocupación e inseguridad.

Carlota debe haber notado algo porque no se movió de mi lado.

—Hace bastante que no venías —dijo.
—Estuve varios días en Barcelona —respondí, aunque me sorprendió que lo hubiera notado.
—¿Sigues saliendo con Astor? —me preguntó.

Y esa pregunta me descolocó por completo. ¿Por qué demonios le interesaba?
Carlota nos miraba alternativamente, a una y a otra. Parecía que miraba un partido de tenis.
Yo abrí la boca sin saber qué decir.

¿Debía negarlo?

No tuve que pensar mucho porque fue mi amiga quien respondió por mí.

—Es la novia de Astor. ¿No lo sabías?

Ámbar la miró, pero enseguida volvió el rostro hacia mí. En ese momento algo dentro de mí, como si fuera una sospecha, me obligó a hacerle la siguiente pregunta:

—¿Por qué lo preguntas? ¿Mi relación con Astor te afecta en algo?

Ella cambió el peso de una pierna a la otra, pero no se movió de donde estaba. Solo estiró el brazo y dejó la bandeja sobre la mesa que tenía al lado. Luego volvió a mirarme.

—A mí no me afecta. A ti, sí.

—¿Perdona?

Carlota abrió la boca para decir algo, pero la fulminé con la mirada y alcé la mano para que no interviniera. Se mantuvo en silencio, pero no se movió.

—¿Por qué me debería afectar? ¿Tienes algo qué decirme?

—Sé que no está bien decirte esto y que, además, estoy traicionando a mi jefe, pero…

—Pero ¿qué? —interrumpió Carlota, yo ni la miré.

Mi atención estaba solo en Ámbar y en lo que tenía para decirme. La chica tampoco la prestó atención a mi amiga.

—Solo quería que supieras que Astor no es lo que parece. Yo… quise contártelo antes, pero no tuve oportunidad. Si te lo cuento ahora es porque lo que te está haciendo no entra dentro de mis códigos. No quiero ser cómplice de algo así, y sé cómo se siente cuando te engañan de esa forma tan rastrera.

Un mal presentimiento se instaló en mi estómago.

—¿De qué estás hablando?

—Astor no sale contigo porque le intereses. —Tragó saliva—. Finge que le importas para que te enamores de él y hacerte sufrir.

Me quedé un momento en silencio, tratando de asimilar lo que me acababa de decir. Por un instante estuve en *shock*. Por primera vez desde que habíamos llegado, Carlota permanecía en silencio.

De repente miré a Astor —que seguía ajeno a mi presencia—, y sacudí la cabeza. Eso que decía era absurdo. No tenía sentido. ¿Por qué querría hacerme sufrir? Seguramente Ámbar estaba enamorada de él —no la culpaba— y quería separarnos.

—Ámbar, te agradezco que quieras protegerme de Astor. Pero no creo que él quiera hacerme daño. No deberías culparlo de algo tan grave inventando ese disparate.

—¿Crees que lo estoy inventando? Eres más ilusa de lo que creía —dijo, negando con la cabeza—. No estoy inventando nada. Octavio también lo sabe. Pero ese es otro que solo le hace la pelota.

—Astor no… —me callé.

Astor no, ¿qué?

Ni siquiera sabía cómo defenderlo.

Si pensaba en las últimas horas, la acusación de Ámbar tenía sentido. Logró que le confesara mis sentimientos y me hizo a un lado. Se alejó sin motivos. Tampoco podía rebatírselo apelando a los sentimientos, porque él no me amaba. Las pruebas estaban en su contra. Y aun así seguía buscando una sola razón para no creerla.

—Doctora, lo digo en serio. Me pareces una buena mujer y no puedo guardarme lo que sé. Astor no te quiere. Lo que voy a decirte ahora te lo va a confirmar porque está claro que yo no tendría cómo saberlo. Él…

—Dilo de una maldita vez —gritó Carlota.

—Carlota… basta.

Ámbar bajó la mirada un segundo y, cuando volvió a mirarme, solo vi determinación.

—Lo escuché hablando varias veces con Octavio —respiró hondo y bajó la voz— y le decía que te hacía responsable de la muerte de su abuelo. Creo que lo atendiste y no le pudiste salvar la vida. Por eso te enamoró. Como una especie de venganza.

—¡¿Qué?! —exclamó Carlota.

Yo quedé en silencio. Procesando esas horribles palabras.

El mundo se me vino encima.

—Ámbar, ¿qué estás haciendo? —exclamó Octavio, apareciendo a nuestro lado—. Ve a trabajar.

—¿Que qué estoy haciendo? Lo que deberías haber hecho tú, si tuvieras un poco de vergüenza. No sé cómo puedes mirarla a los ojos sabiendo que tu amigo la engañó de esa forma tan cruel.

Miré a Octavio esperando ver algo que me dijera que todo era una gran mentira.

No encontré nada.

Al contrario, se tensó y me miró con vergüenza.

—¿Es verdad, Octavio? ¿Lo que dice Ámbar, es verdad?

—Deberías hablar con Astor, Doriana —respondió, pero sus palabras y su rostro me lo dejaron claro. Esa era la respuesta.

—¿Hablar con ese hijo de puta? Por supuesto que no. No se merece ni un solo minuto más del tiempo de Doriana. Nos vamos —dijo Carlota, tomándome de un brazo y tironeando de mí.

—No, Carlota. Me dijiste que fuera valiente y pidiera explicaciones. Es lo que voy a hacer.

—No de estas, Dori… —dijo, mirándome con tristeza.

—Esta vez estoy convencida de que debo pedirlas.

—Lo siento —dijo Ámbar, y se fue.

—Habla con Astor, Doriana —insistió Octavio, mirándome preocupado.

¿Yo había atendido a su abuelo?

¿Yo era la que no había podido salvarlo?

No podía creer que Astor fuera tan cruel y me quisiera hacer sufrir culpándome de su muerte.

Pero a la vez… tenía sentido. Su mirada de horror en la sala de espera del hospital. Su gran amor y admiración por su abuelo.

Solo había una forma de saberlo.

Comencé a abrirme paso hacia la barra, con Carlota y Octavio siguiéndome de cerca. Choqué con varias personas, pero ni siquiera levanté la vista para disculparme. Todo era un borrón de sombras y luces de colores.

Al llegar, alcé el rostro y miré al hombre que, en ese instante, me resultaba un completo desconocido.

Él también levantó la vista.

Nuestros ojos se encontraron.

Sonrió de inmediato.

Cruzó la corta distancia que nos separaba hasta quedar frente a mí, al otro lado de la barra.

Pero, al ver mi expresión, la sonrisa se desvaneció.

—¿Todo este tiempo me engañaste para hacerme sufrir por la muerte de tu abuelo?

—Doriana, yo...

—Respóndeme.

Astor cerró los ojos un instante.

Pero no respondió.

No necesité que lo hiciera porque, al mirarlo, lo supe. Lo que me había dicho Ámbar era verdad.

Y no solo lo delató la sombra de arrepentimiento que cruzó su rostro. También lo hizo su silencio.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—¡Capullo hijo de puta! —gritó Carlota.

De repente, un líquido oscuro corría por el rostro de Astor. Carlota le había arrojado el contenido de una copa.

Lo miré con un gran dolor oprimiéndome el pecho.

—¿De verdad me crees culpable de la muerte de un paciente? ¿De verdad me crees capaz de eso? Siento muchísimo la muerte de tu abuelo. No sé si fui yo quien lo atendió, pero, si fue así, te

aseguro que hice todo lo que estaba en mis manos para salvarlo. Siempre lo hago. Siempre. Cada paciente que entra en mi consulta o en un quirófano pone su vida en nuestras manos, y no hay un solo día en que olvide el peso de esa responsabilidad.

»Cuando no conseguimos salvar a alguien, esa pérdida no se queda en el hospital. Se viene con nosotros. Nos acompaña durante mucho tiempo. Yo todavía recuerdo a pacientes que no pude salvar y me sigo preguntando si habría podido hacer algo más, aunque sepa que no.

»Eso es lo que significa ser médico. Vivir con esas ausencias y seguir adelante porque otros pacientes te necesitan. Así que no... nunca podría tomarme una muerte a la ligera. Y si de verdad atendí a tu abuelo, siento de corazón no haber podido salvarlo. Pero convertir ese dolor en una venganza... eso habla de ti, no de mí.

Inspiré profundamente para contener el llanto.

—Felicidades, Astor. Lo lograste. No te ha costado demasiado conseguir lo que querías —dije, no solo angustiada, sino también asqueada—. Espero que, por lo menos, disfrutes del resultado. Lo hiciste bien porque me enamoré de ti. No solo me enamoré de ti, también lograste herirme en lo más profundo como era tu objetivo. Te aseguro que yo no sabía cómo era el infierno. Hasta ahora. Felicidades, campeón.

Me di la vuelta y me dirigí hacia los ascensores, sintiendo que todo el cuerpo me temblaba y que las piernas me iban a flaquear en cualquier momento. Noté que Carlota me daba la mano y me la apretaba. Con ese contacto logré un poco de equilibrio.

—Sácame de aquí, por favor —supliqué.

Quería salir de allí y olvidarme de Astor, de su bar y de todo lo que tuviera algo que ver con él.

Apenas entramos en el ascensor, Carlota me abrazó.

—Te aseguro que ese gilipollas va a sufrir lo indecible y se va a arrepentir hasta el día en que desaparezca de este mundo, porque

nada podrá compararse a haberte perdido.

La abracé con más fuerza.

Negué despacio. Ojalá tuviera razón, pero si de verdad le importara, no podía haberme herido de esa forma tan cruel.

Yo no significaba nada para Astor.

Y nadie se arrepentía de conseguir exactamente lo que había ido a buscar.

CAPÍTULO 41

«¿Por cuánto tiempo, solitario, esquivo
he de aguardar con la mirada incierta
a que Dios me devuelva compasivo
a la mujer que huyó por esa puerta?»
—Amado Nervo

Astor



La música seguía sonando.
Las copas seguían llenándose.
La gente seguía riendo.

Y, sin embargo, *Vértigo* nunca me había parecido un lugar tan silencioso y vacío.

La posibilidad de ir tras Doriana y explicárselo cruzó por mi mente, pero no lo hice. No me parecía buena idea abordarla en ese estado. Ninguno de los dos estaba en condiciones de hablar con serenidad.

Me sentía furioso conmigo mismo. Sabía que, tarde o temprano, Doriana acabaría enterándose. Las mentiras tenían las patas cortas y yo había sido demasiado descuidado. Ni siquiera me había asegurado de que Ámbar no estuviera escuchándonos. Y, cuando lo hizo, tampoco me molesté en explicarle que ya no pensaba hacerlo.

Tenía claro que dejar pasar demasiado tiempo sería contraproducente, así que, apenas cerrara *Vértigo*, iría a su piso y se lo explicaría todo. Le debía una gran explicación.

Pero…

¿Podría perdonarme?

Sus palabras se me habían hundido en el pecho como dagas.

«*¿De verdad me crees capaz de eso?*»

¿Cómo podía esperar que me perdonara después de haber dudado de su integridad?

Ella dedicaba su vida a salvar la de los demás.

Yo, en cambio, acababa de destruir el amor de la única mujer que había amado para castigar un dolor que nunca fue suyo.

—Astor —llamó Octavio.

Entonces volví a la realidad y me di cuenta de que seguía parado tras la barra, sin prestar atención a lo que me pedían los clientes.

Tuve que apoyar las dos manos sobre la barra porque sentía que las piernas ya no podían sostenerme.

Miré a Octavio, que no disimulaba su preocupación.

—Lo siento, Astor.

—No lo sientas. Todo es culpa mía. Si hubiera sido honesto, nada de esto habría pasado.

—Fue Ámbar —dijo Octavio, como si quisiera quitarme parte de la culpa—. Cuando llegué, Doriana ya lo sabía. Te dije que el comportamiento de Ámbar no me gustaba. Siempre que hablábamos, ella rondaba cerca de nosotros.

—En realidad, yo mismo me jodí.

—Esa chica no solo escuchó conversaciones ajenas, sino que además se inmiscuyó en algo que no le correspondía. ¿La vas a despedir?

Levanté la mirada hacia él.

—No voy a despedirla, pero sí hablaré con ella. No me decepciona que hablara con Doriana. Al contrario. Habla bien de ella.

—¿Me estás hablando en serio? Ámbar no debió escuchar y mucho menos meterse.

—Octavio, no fue Ámbar la que la hizo llorar, sino yo.

Mi amigo se quedó mirándome sin saber qué decir.

—¿Y qué haces aquí? —dijo al fin—. Ve tras ella y explícaselo. ¿No tienes miedo de perderla?

Lo miré, pero apenas pude sostenerle la mirada.

—No es el miedo lo que me paraliza. El miedo todavía deja espacio para la esperanza. Lo que me paraliza es la pérdida. La quiero más que a mi vida, Octavio.

—¿¡Y qué haces aquí?! —insistió—. Ve tras ella, Astor. Haz lo que haría un hombre que quiere recuperar a la mujer que ama, no lo que hace uno que cree haberla perdido.

Sus palabras se quedaron suspendidas entre nosotros.

Nunca había pensado en el dolor de aquella forma. Durante años había creído que el sufrimiento solo servía para castigarte.

Aquella noche comprendí que también podía enseñarte el verdadero alcance del daño que habías provocado.

Y yo acababa de descubrir el mío.

Durante años había culpado a Doriana de la pérdida más dolorosa de mi vida.

Ahora entendía que acababa de convertirme en la pérdida más dolorosa de la suya.

CAPÍTULO 42

«Besos que vienen riendo, luego llorando se van, y en ellos se va la vida, que nunca más volverá»
—Miguel de Unamuno

Doriana



Hacía dos días que Carlota y yo estábamos alojadas en un hotel de Alicante, frente a la playa del Postiguet.
Cuando planeamos aquel viaje, lo hicimos con la idea de disfrutar de unos días de descanso y del mar.

Pero los planes se precipitaron y terminé marchándome de Madrid con la esperanza de que la distancia me ayudara a escapar, al menos mentalmente, del dolor.

No había vuelto a ver a Astor desde que salí de su bar. De allí fui directamente a casa de Carlota y, al día siguiente, salimos hacia Alicante. Ella había conseguido diez días de licencia y yo acumulaba tantos días pendientes que me habían concedido quince.

Di un sorbo de agua mientras dejaba vagar la vista por la playa. Una pareja caminaba de la mano; un hombre lanzaba una pelota a su perro; unos niños perseguían las olas entre risas y otros corrían por la arena.

Eran las ocho y media de la mañana y la playa ya estaba llena de gente. Oía sus voces a lo lejos. Sus carcajadas resonaban en el aire, pero yo me sentía como si flotara por encima de todo, como si no estuviera realmente allí, sino en un limbo en el que el dolor lo ocupaba todo.

Sabía que algunas heridas cicatrizaban sin dejar rastro. Otras, en cambio, dejaban secuelas para siempre. Lo que aún no sabía era cuál sería el pronóstico de la herida que Astor me había provocado.

Cada vez que respiraba hondo, sentía que el pecho se me iba a hundir. El dolor era tan intenso que, si hubiera sido una herida física, habría acabado ingresada en cuidados intensivos. En aquellos días había empezado a comprender que la medicina y el amor no compartían la misma definición de resistencia.

Me puse de pie y caminé despacio por la orilla, dejando que el agua me cubriera los pies durante unos segundos antes de retirarse. Cada ola borraba las huellas que dejaba sobre la arena, como si nunca hubiera pasado por allí. Me detuve a observarlas desaparecer.

Ojalá olvidar fuera tan sencillo.

Seguí caminando.

El agua estaba fría, pero agradecía esa sensación. Era una de las pocas cosas que todavía lograba hacerme sentir presente. Una parte de mí seguía a cientos de kilómetros de aquella playa, atrapada en un bar de Madrid, en el instante exacto en que todo se había desmoronado.

Desde que habíamos llegado me había obligado una y otra vez a apartarlo de mi cabeza, pero, pese a todo lo ocurrido, me descubría echándolo de menos.

Ya no me preguntaba: «*¿Cómo pudo hacerme esto?*».

Había empezado a preguntarme: «*¿Qué hacía ahora con todo el amor que sentía por él?*».

Lo más duro no era recordar la traición. Era recordar la felicidad.

Sentía que no había vivido ni sufrido nada hasta conocerlo.

El teléfono vibró en el bolsillo.

Tenía decenas de llamadas perdidas de Astor y otros tantos mensajes sin leer, pero aún no sabía si quería darle la oportunidad de explicarse.

Miré la pantalla convencida de que volvería a ser él, pero era Carlota.

—Hola —respondí.

—¿Dónde estás? Acabo de despertarme. Perdona, no te oí cuando te levantaste.

—No te preocupes. Para eso son los días libres, para descansar y no cumplir horarios. Salí a caminar por la playa antes de que el sol se volviera insoportable.

—¿Estás bien?

—Perfectamente.

—Espérame delante del hotel, que voy a acompañarte.

—No hace falta, Carlota. Descansa.

—Mmm, pues yo creo que sí.

No respondí.

Había conseguido poner cientos de kilómetros entre Astor y yo. El problema era que todavía no había encontrado la manera de ponerlos entre él y mi corazón.

Aquella tarde, el viento había empezado a levantar pequeñas crestas blancas sobre el mar. Llevaba más de una hora sentada en la terraza de la habitación del hotel, observando cómo las olas golpeaban la orilla una y otra vez. Carlota se había quedado dormida mientras miraba una película de acción. Seguramente se había aburrido porque no era su género preferido, pero yo tenía claro que evitaba deliberadamente las películas románticas. Y lo hacía por mí.

Bajé la vista hacia el teléfono, que descansaba sobre la mesa.

Astor había dejado de llamarme y, en los últimos días, solo me enviaba un mensaje al día, siempre a la misma hora. La hora en la que normalmente llegaba a casa y me daba el beso de buenas noches.

No sabía si aquello debía aliviarme o dolerme todavía más.

No había abierto ninguno de sus mensajes, convencida de que leerlos solo serviría para prolongar la angustia y la desilusión.

Pero ignorarlos tampoco había borrado las preguntas. Al contrario. Con el paso de los días se habían ido multiplicando, porque el silencio también era una forma de conversación; una llena de respuestas que solo existían en mi imaginación.

Cerré los ojos.

También existía otra posibilidad.

Una que llevaba días esforzándome por no contemplar: ¿y si debía escuchar lo que tenía que decirme?

Ya no me quedaban fuerzas para seguir pensando.

Tomé el teléfono. La pantalla se iluminó, mostrándome treinta y ocho mensajes sin leer y más de veinte llamadas perdidas.

Todas de él.

Sentí un nudo en el estómago.

Durante unos segundos mantuve el pulgar suspendido sobre la conversación. Todavía podía seguir fingiendo que aquellas palabras no existían. Pero comprendí que eso no cambiaría los hechos. Solo conseguiría que aquellas preguntas siguieran persiguiéndome.

Inspiré hondo.

Deslicé el dedo y abrí la conversación.

El primer mensaje había llegado apenas media hora después de salir de Vértigo.

Astor:

«¿Me concederás el beneficio
de la duda hasta que podamos
hablar? Estoy yendo hacia tu
piso»

¿Concederle el beneficio de la duda?

Ni siquiera había dicho una sola palabra cuando tuvo la oportunidad de hacerlo.

En el siguiente mensaje se notaba su desesperación al no encontrarme.

Astor:

«Por favor, cariño. Dónde
estás? Dime dónde estás.
Iría hasta el fin del mundo
por ti.
Necesito que hablemos»

Hablar.

Las mentiras no se hablaban.

Tampoco se negociaban.

O se creían o no se creían.

Y él tenía todas las pruebas en su contra.

Después de enterarme de lo de su abuelo, revisé mentalmente todos los pacientes que había perdido hasta que el nombre terminó emergiendo entre mis recuerdos: Ismael Sinclair.

Sabía su nombre porque Astor lo había mencionado varias veces y deduje que tenía el mismo apellido de él, porque Astor no había sido reconocido por su padre.

El historial confirmaba su fallecimiento por infarto agudo de miocardio provocado por la obstrucción total de una arteria coronaria. También confirmaba que yo había sido una de las médicas que lo habían atendido y la única cardióloga. Nunca olvidaba a los pacientes que fallecían durante mis guardias, y enseguida asocié el nombre con el paciente y con el caso. Recordaba vagamente a la mujer a la que le di la triste noticia, pero, aunque él siempre me dijo que estuvo presente cuando les comunicaron el fallecimiento, yo no conseguía recordarlo.

Seguí leyendo.

Astor:

«Por favor. Necesito que me
escuches. No voy a defender
lo que hice porque es indefendible.
Solo quiero explicarte toda
la verdad. Te debo esa explicación»

Las lágrimas empezaron a empañarme la vista, pero continué leyendo.

Astor:

«Tú sabes lo que hemos vivido juntos.
Y nada de eso podría haber sido
mentira. Si lo fuera, ni me molestaría
en explicártelo»

Tuve que detenerme un instante.

Las palabras empezaban a desdibujarse detrás del agua que me llenaba los ojos.

Astor:

«Confieso que, antes de
conocerte, mi intención era tratar de
que te mudaras para no tener que verte.
Me recordabas el peor día de mi vida.
Me acerqué a ti por ese motivo.
No lo niego. Nunca podré borrar eso.
Es la decisión más miserable que
he tomado en mi vida. Pero te
aseguro que nunca sería capaz
de llegar tan lejos.
Por favor. Llámame.
Solo cinco minutos.
No sé cómo decirte todo esto por aquí»

Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano y seguí. Después venían varios mensajes más.

Y en el último…

Astor:

«Sé que ahora mismo debes odiarme
y tienes motivos para hacerlo.
Solo te pido que me permitas explicarte.
Después, si decides no volver a
verme, respetaré tu decisión.
Buenas noches, cariño.»

Dejé escapar lentamente el aire y apoyé la espalda en el respaldo de la silla.

Sentía el corazón golpeándome con fuerza en el pecho.

Volví a mirar el mar mientras las lágrimas resbalaban por mis mejillas.

Nada de aquello borraba lo que Astor había hecho. Pero, por primera vez desde aquella noche en *Vértigo*, sentí que, tarde o temprano, tendría que escucharlo. Pero solo cuando me sintiera capaz de enfrentarme a ello.

El aeropuerto de Alicante bullía con esa energía caótica que solo existe en los lugares de paso. Maletas de todos los colores y tamaños rodaban sobre el suelo pulido con un golpeteo constante, mezclándose con el chirrido de los carros portaequipajes y el murmullo incesante de cientos de conversaciones en distintos idiomas.

Carlota y yo hacíamos la fila para facturar. Aunque solo ella embarcaba, yo iba a quedarme unos días más en Alicante.

—Todavía puedes cambiar de idea y volver en el próximo vuelo a Madrid —dijo, con una sonrisa demasiado pequeña para convencer a nadie.

Negué con la cabeza.

—Necesito quedarme unos días más. Sabes que volver implica cruzarme con él. Vivimos en el mismo edificio. Aún no puedo.

Habíamos pasado ocho días juntas y estaba convencida de que, sin ella, no habría conseguido superarlos. Ya no me quedaban palabras para agradecerle su compañía, todo el cariño que me había brindado y la infinita paciencia que había tenido conmigo.

—Me da mucha rabia tener que irme —dijo Carlota, apretando la correa de la mochila—. No me gusta dejarte sola.

—Voy a estar bien. —La abracé—. No creo que puedas imaginarte lo mucho que significa para mí tu amistad. Gracias. Mil gracias por todo lo que has hecho por mí. No sé qué habría sido de mí estos días si no hubieras estado conmigo.

—No me des las gracias. Eres mi familia, aunque no compartamos la misma sangre. Siempre estaré para ti, incluso cuando no pueda estar a tu lado.

—Lo sé.

Durante unos segundos, ninguna habló.

—Prométeme una cosa —pidió—. Me llamarás cuando necesites hablar. No importa la hora que sea. Además, quiero que te cuides,

comas y descanses.

Solté una pequeña risa entre lágrimas.

—Sí, mamá.

Carlota sonrió y volvió a abrazarme con fuerza.

—Supongo que vas a llamarme diez veces al día —bromeé.
—Doce.
—Pesada.
—Lo sé. Soy un pelmazo, pero igual me quieres.
—Te adoro.
—Y yo a ti.

Carlota cruzó el control de seguridad, avanzó unos metros y se volvió. Yo seguía allí, intentando mantener una sonrisa que se deshacía en cuanto ella dejaba de mirarme.

Levanté la mano.

Carlota hizo lo mismo.

Mientras la figura de mi amiga desaparecía entre los pasajeros, comprendí que seguía sosteniéndome incluso cuando tenía que marcharse.

La verdadera amistad no consistía en evitar el dolor, sino en compartir su peso.

Y el cariño de una amiga conseguía que nunca tuvieras que enfrentarte al dolor en soledad.

CAPÍTULO 43

«Pero tú te has llevado mi paz en tu maleta,
los hilos del teléfono, la calle en la que vivo»
—Luis Alberto de Cuenca

Astor



Diez días y diez noches… sin ella.

Diez días en los que sobrevivía a café, culpa y apenas unas horas de sueño.

Hacía todo lo posible por encontrarla, pero los días pasaban y seguía sin tener noticias de Doriana.

Todos los días pasaba por su piso y por el hospital, pero parecía que la había tragado la tierra.

En el hospital no me dieron ningún dato sobre ella porque era información confidencial, pero conseguí hablar con la enfermera que siempre estaba en su consulta y que me conocía de verme esperándola. Ella fue la que me dijo que se había tomado una licencia, pero no sabía cuándo volvería.

Se había alejado.

No podía reprochárselo. Yo mismo la había empujado a marcharse. Era la causa de su distancia y de su dolor.

La imagen de Doriana marchándose volvió una vez más: sus lágrimas, su rostro bañado de dolor y confusión.

Ese recuerdo dolía demasiado.

Había sido yo quien le había provocado esa herida. Debí haberle contado todo mucho antes y, sobre todo, debí confesarle mis sentimientos.

Desde que ella se marchó, vivía desesperado.

Miré hacia la puerta del hospital. Aquella mañana llevaba más de dos horas esperando en el coche, frente a la entrada.

Pero nada.

Cerré los ojos para intentar recuperar la calma, pero fue inútil. Siempre acababa regresando al mismo pensamiento: había perdido a Doriana.

Abrí los ojos y miré una vez más la puerta a través del cristal, donde mi reflejo tenía el mismo aspecto derrotado que yo sentía por dentro.

La gente entraba y salía del edificio, pero ella seguía sin aparecer.

¿Dónde estaba?

¿Podría recuperarla?

Había dicho que me amaba…

De repente, vi entrar a Carlota. Sin pensarlo, salí del coche y corrí hacia ella. No pensaba dejar escapar aquella oportunidad. Seguramente me daría una patada en las pelotas —merecidísima, además—, pero me arrastraría ante ella si era necesario.

—Carlota —llamé.

Se detuvo y giró muy despacio hacia mí.

Se quitó lentamente las gafas de sol y me miró con un desprecio tan grande que casi me hizo retroceder.

No lo hice.

—Dame una buena razón para no estrellarte esto en tu cara —dijo, levantando una botella de agua que llevaba en la mano.

—Vengo en son de paz —dije, alzando las manos.

Los ojos de Carlota se estrecharon hasta convertirse en dos finas rendijas marrones que no lograban disimular su rechazo.

—¿Te crees gracioso? ¿No te has divertido lo suficiente todo este tiempo jugando con ella? Eres un maldito psicópata.

Me fulminó con la mirada, incapaz de disimular su enfado.

—Solo quiero…

—Sí, ¿qué mierda quieres? —preguntó, dando un paso hacia mí.

Respiré hondo.

—La amo. Estoy enamorado de ella, Carlota. Necesito verla.

Noté el momento exacto en que procesó mi confesión. Por primera vez vaciló y no pudo disimular la sorpresa. Pero era evidente que no me lo iba a poner fácil.

—Así que necesitas verla… —Sonrió con sarcasmo—. Y yo necesito pasar todo el día en un spa, pero aquí estoy, entrando a trabajar quince horas seguidas.

—Por favor, necesito hablar con Doriana, explicarle todo…

—¿No es un poco tarde para venir a darte cuenta de tus sentimientos?

Exhalé.

—Le fallé. Pero es a ella a quien debo explicaciones, no a ti.

—No te la mereces. Da igual cuánto lo intentes… No te la mereces.

—En eso estamos de acuerdo. Nadie la merece. —Exhalé, cansado—. Mira, Carlota, no vine en busca de problemas, solo quiero verla, hablar con ella. He recorrido todo Madrid, pero no hay rastro de Doriana. Creo que no me equivoco cuando digo que solo tú sabes dónde puedo encontrarla.

—No te equivocas. Pero no voy a decírtelo… porque la cuido. Aunque la hayas acusado de lo contrario, ella cuida de todo el mundo. Es normal que quien la conozca de verdad quiera protegerla.

—Lo sé. Sé que ahora mismo no tienes ningún motivo para creerme, pero yo también quiero cuidarla. Hacerla feliz.

—Entonces la amas —dijo, a medias pregunta, a medias afirmación.

—Más que a mi vida.

Entornó la mirada con cierta satisfacción.

—Ella también te ama, gilipollas. No entiendo qué te ve —dijo, negando con la cabeza.

—Yo tampoco. Pero solo puedo estar agradecido por ello. Te pido que, cuando hables con ella… no le digas nada de esta conversación. Soy yo quien debe decírselo. —Di un paso atrás—. Perdóname por molestarte.

Bajé la cabeza y giré dispuesto a marcharme.

—Aún no te he dicho dónde está.

Me detuve en seco y la miré.
El corazón empezó a latirme desbocado.
Carlota suspiró.

—No lo hago por ti. Lo hago por ella.

CAPÍTULO 44

«En asuntos de amor, los locos son los que tienen más experiencia. De amor no preguntes nunca a los cuerdos; los cuerdos aman cuerdamente, que es como no haber amado nunca»
—Jacinto Benavente

Doriana



Como todas las noches, había salido a caminar por la playa. En ese momento estaba sentada en la arena, rodeándome las rodillas con los brazos. Miraba el mar, que ya no era mar, sino una extensión oscura y sin límites. No había espuma visible ni un horizonte claro, solo una línea difusa donde el agua y el cielo se confundían. El sonido del mar era lo único constante: un ir y venir lento que nunca se detenía.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí. Podían haber sido minutos, una hora… o más.

A lo lejos sonaba *Dear Love*, de Forest Blakk.

Sonreí ante la ironía.

Sin duda era una hermosa balada, pero sobre la desilusión, el dolor y la traición dentro de una relación.

Cerré los ojos y me limité a disfrutar del momento.

Estaba tan concentrada en los sonidos que percibí unas pisadas acercándose. Pasos que dejaban un susurro seco y breve, casi imperceptible entre el rumor constante de las olas. Pero aquellos pasos eran distintos. Más firmes. Más cercanos.

No podría decir por qué, pero el corazón empezó a latirme con fuerza. Tuve un presentimiento. Antes incluso de abrir los ojos, supe que aquellos pasos eran de él.

Los pasos se detuvieron a mi lado.

Aun así, no giré para mirar. No lo necesité. Porque hay presencias que el cuerpo reconoce antes que la mente.

—Doriana…

Pronunció mi nombre con el mismo tono de siempre, ese que me ataba a él más de lo que jamás admitiría. Un tono que me atravesó el pecho con una precisión devastadora.

Astor estaba allí.

No lo miré ni dije una sola palabra.

Él se sentó a mi lado. Observé cómo dejaba a un lado los zapatos y volvía la vista al mar.

—¿Qué haces aquí, Astor?

No respondió de inmediato.

Primero volvió el rostro hacia mí y me observó largo rato, como si necesitara asegurarse de que era yo. Después alargó el brazo y me rozó la mejilla con las yemas de los dedos. Sus dedos se deslizaron lentamente hasta mi barbilla, un gesto que me hizo estremecer.

—Hola —susurró con voz temblorosa.

—Te hice una pregunta.

Asintió, apartó la mano de mi rostro y adoptó mi postura, abrazándose las rodillas.

—Necesitaba verte, Doriana. Nos debemos una conversación —respondió mientras recorría mi rostro con la mirada. Sus ojos rezumaban dolor y tenía el rostro demacrado.

—Y yo necesitaba alejarme, Astor. Lo necesitaba porque me heriste tanto que ya no sé cómo seguir.

—Lo siento tanto, cariño. —Exhaló—. Aunque no me creas, te aseguro que, por primera vez, hice todo cuanto estuvo en mi mano

para hacerte feliz.

—Querrás decir que hiciste todo lo posible por enamorarme. Porque ese era tu objetivo. Nada más. Querías que me enamorara para después hacerme sufrir. Una auténtica aberración.

—No niego que eso fuera lo que pensaba… al principio, pero se trataba de ti, Doriana. Nunca habría sido capaz de llegar tan lejos. Pero tienes todo el derecho a decirme esto y a desconfiar de mí. Por eso estoy aquí. Quiero que me digas todo lo que necesites decir y que luego me permitas defenderme.

Se me humedecieron los ojos. Parpadeé para que no me viera llorar.

—Quiero la verdad.

Astor asintió lentamente.

—Puede que al principio pensara en hacerte daño, pero nunca lo puse en práctica. —Suspiró con cansancio—. Cuando murió mi abuelo, durante mucho tiempo creí que había habido una negligencia médica. No voy a negarte que, al verte tan joven, mis dudas crecieron. Empecé a preguntarme si tendrías la experiencia suficiente, si habrías visto casos como el suyo y, sobre todo, si podrías haber pasado por alto algo importante. No era una cuestión personal. Simplemente, durante toda mi vida había asociado la experiencia con la edad. Necesitaba culpar a alguien, porque era más fácil que aceptar que, sencillamente, lo había perdido.

—¿Y ahora? ¿Sigues culpándome?

Negó con la cabeza.

—No —respondió con firmeza—. Te admiro. Nunca has medido tu compromiso en horas ni en sacrificios. Cuando alguien necesita tu ayuda, ahí estás, entregándolo todo, como si cada vida que pasara por tus manos mereciera hasta la última parte de ti.

—La merece.

—Ahora lo entiendo. Hay mucha gente que hace las cosas por interés, pero tú no. Tú ejerces la medicina porque de verdad crees

en ella. Lo haces con humanidad. Nunca he visto a nadie entregarse como tú.

—¿Alguna vez me manipulaste? ¿Algo de lo que dijiste...? ¿Algo de lo que hiciste?

—No. Jamás. Nunca fingí nada. Ni te mentí para gustarte más. Cuando estaba contigo, solo existías tú. No pensaba en nada más que en ti. Era totalmente genuino. No desconfíes de lo que vivimos. Porque, si hubo una verdad en todo esto, fue precisamente lo que sentí contigo… lo que compartimos.

—No me hables de verdad cuando todo empezó con una mentira.

—No. Me sentí atraído por ti desde el primer instante. Tú también tuviste que sentirlo, Doriana. Tuviste que darte cuenta de cómo me atrapaste. No podía dejar de mirarte.

—Ya no sé qué creer, Astor. —La voz me tembló—. ¿No pensabas decirme todo esto? ¿No ibas a contarme cuáles habían sido tus intenciones?

—No lo sé. Quise contártelo cientos de veces. Cada día encontraba un motivo para hacerlo... y otro para callarme. Cuanto más tiempo pasábamos juntos, más cobarde me volvía. Porque sabía que, cuando lo supieras, iba a perderte. —Negó con la cabeza—. La verdad... no sé si habría sido capaz de decírtelo.

—¿Por qué?

Me miró a los ojos y me sostuvo el rostro entre las manos.

—¿De verdad aún no lo sabes? ¿No te has dado cuenta?

Durante un instante, ninguno de los dos dijo nada. Sentía que el corazón iba a salírseme del pecho. Lo único que escuchaba era el latido desbocado de mi corazón.

—Temía perderte porque no sabría qué hacer sin ti. Estos días sin ti… han sido un infierno. Si no estás conmigo mi vida es totalmente miserable. —Cerró los ojos. Inspiró—. Te amo, Doriana. Te asustarías si supieras cuánto. Hasta a mí me asusta.

Parpadeé.

¿Era una broma?

Me puse de pie de un salto y me aparté. Sentía que así podría defenderme mejor.

Astor también se levantó. Era evidente que mi reacción lo había sorprendido.

—¿Ese es mi premio de consolación? ¿O es tu último recurso para dejar de sentirte miserable? —dije, incapaz de ocultar la desilusión —. No soy tan estúpida para creer en tu «declaración de amor» — afirmé, haciendo el gesto de las comillas con los dedos—. ¿Crees que con esto vas a conseguir que olvide todo lo que hiciste y todo lo que he pasado por tu culpa?

Astor me sostuvo la mirada con tristeza. Había tanto dolor en sus ojos que me costaba mirarlo.

—Yo te confesé lo que sentía... y tú te quedaste callado —le recordé—. Si de verdad me amaras como dices, me lo habrías dicho en ese momento, Astor Sinclair. No. Te. Creo.

—No puedo culparte. Al contrario. Haces bien en dudar de mí. Es lo que me he ganado —dijo, sin despegar la vista de mí—. Pero esto... tienes que creerlo. Te amo. Estás tan dentro de mí que nada ni nadie conseguirán arrancarte. Te amo como jamás imaginé que podría amar a alguien. —Exhaló despacio—. Si no te lo dije cuando me confesaste tu amor, fue porque en ese momento me sentí un estafador. No porque no estuviera locamente enamorado de ti, sino porque saber que me amabas me convertía en alguien especial, alguien que no podía permitirse defraudarte.

»No sé si me entenderás, pero si te decía que te amaba sin haberte contado antes la verdad sobre cómo empezó todo, te estaba engañando a ti... y también a mí. Ser el hombre al que amabas fue el mayor honor de mi vida. Y precisamente por eso sentía que no merecía ese lugar.

Inspiré hondo para serenarme.

Sonaba sincero. Aun así, necesitaba seguir desconfiando de él.

Lo miré a los ojos intentando descubrir si decía la verdad. Encontré culpa, vergüenza, dolor... pero ni el menor rastro de

engaño. No solo eso. Astor bajó la cabeza muy despacio, intentando ocultar, sin conseguirlo, la emoción que lo desbordaba. Por primera vez desde que lo conocía, parecía un hombre completamente desarmado.

—No sé si confío lo suficiente en tus sentimientos como para darte otra oportunidad.

—Haría cualquier cosa por ti, doc. Incluso le estrecharía la mano a la Muerte si eso significara volver contigo.

—No dejaría que hicieras eso —dije. Él me miró con algo muy parecido a la esperanza—. Pero debes saber que, si algún día quieres volver a tener derecho sobre mí, tendrás que ganártelo y merecértelo.

Exhaló como si acabara de recuperar el aire y, entonces, se acercó para acariciarme la barbilla con el pulgar.

—Doc, te amo. Y voy a amarte siempre. Si me lo permites, voy a pasar el resto de mi vida demostrándotelo.

—No va a ser tan sencillo para mí. Pero, después de escucharte... al menos ya no lo veo imposible.

Los ojos de Astor se iluminaron.

Pero no se movió ni dijo nada.

Parecía hasta incapaz de respirar.

Entonces sonreí apenas.

—Astor... por si todavía te queda alguna duda, te estoy dando esa segunda oportunidad.

Y lo dije porque entendí que el hombre que tenía delante ya no era el hombre que tomó aquella decisión.

Él sonrió y me rodeó la cintura con los brazos.

—Doc, por si todavía te queda alguna duda... solo me importas tú. ¿Qué quieres que haga? ¿Dónde quieres que viva? ¿Quieres que me mude a Alicante? Lo haré, me pidas lo que me pidas.

Se inclinó para besarme, pero se detuvo a escasos centímetros de mi boca.

—Solo voy a pedirte una cosa: no vuelvas a marcharte sin dejarme explicarme —suplicó con un hilo de voz—. No podría soportarlo. No sé vivir sin ti, doc. —El pecho le temblaba al hablar—. No vuelvas a dejarme… por favor.

—No vuelvas a mentirme.

—No lo haré. Te lo prometo.

Entonces me besó.

Se aferró a mí como si temiera volver a perderme.

Sabía que tardaría un tiempo en olvidar lo sucedido. Seguramente, a los dos nos costaría.

Pero volvíamos a estar juntos.

Y tenía la esperanza de que lo superaríamos.

Porque, por primera vez desde que todo empezó, entendimos que amar no consistía en no fallar nunca, sino en tener el valor de reparar aquello que habíamos roto.

EPÍLOGO

«Cuando te enamoras no vuelves a ser la misma persona que eras antes, porque es en ese momento donde empiezas a vivir la vida de verdad»

—Miguel Alvarado

Doriana y Astor

Unos meses después…

—Se acabó —dije, deteniéndome en mitad de la calle Serrano.

—Deja de quejarte, Astor. Una más y luego decidimos —respondió Carlota.

Llevábamos horas entrando y saliendo de distintas joyerías. Carlota me había acompañado para elegir el anillo de compromiso de Doriana.

—Es que nada te convence —protestó.

—A ti tampoco. Cada vez que elijo uno, encuentras alguna objeción.

—Deberías haberlo encargado antes. Casi no tenemos tiempo. Así que anda, muévete —ordenó y siguió caminando.

Carlota tenía la costumbre de decirle a todo el mundo lo que debía hacer. Llevarle la contraria era una batalla perdida. Sin embargo, tenía un corazón enorme. Doriana la adoraba, y el cariño era completamente mutuo. Yo era testigo de ese cariño cada día y, por eso, la respetaba profundamente.

Aunque empezaba a pensar que pedirle consejo para elegir el anillo había sido una mala idea.

—Bueno, aquí está la que te decía —dijo, señalando el letrero de una de las joyerías más exclusivas de Madrid—. Entremos. Tengo el presentimiento de que será aquí.

—Después de ti

Le sostuve la puerta.

Estábamos a una semana de Navidad y mi intención era pedírselo en Nochebuena. Todo estaba preparado; solo faltaba el anillo.

Los nervios empezaban a hacerse notar. Después de tantos meses imaginando aquel momento, por fin había llegado.

Si todo salía bien, Doriana sería mi mujer.

Nunca había deseado nada con tanta intensidad.

—¿En qué puedo ayudarlos? —nos saludó el dependiente.

—Verá —se adelantó Carlota antes de que pudiera responder—, estamos buscando un anillo de compromiso especial. Él —añadió, señalándome— va a comprometerse con mi mejor amiga. En realidad, es como mi hermana. Una mujer increíble, de esas que siempre ponen a los demás por delante y merece algo tan especial como ella.

No pude evitar sonreír.

Estaba tan emocionada como yo, y me alegró invitarla a acompañarme; después de todo, nadie más que ella merecía compartir un momento tan importante.

—Qué maravilla. Felicidades. ¿Tenían alguna idea en mente?

—Gracias. Debe ser de oro de dieciocho quilates, con uno o dos diamantes. No busco algo ostentoso, pero sí perfecto.

—Y que él no tarde tres horas en decidirse —añadió Carlota.

El dependiente sonrió.

—De acuerdo. Acompáñenme, por favor.

Nos enseñó una vitrina repleta de anillos de diamantes alineados con precisión.

—Gracias. Me temo que vamos a tardar un rato —comenté, mirando a Carlota, que ya estaba analizando los anillos con tal concentración que solo le faltaba sacar una lupa del bolso.

—No hay problema. Tómense el tiempo que necesiten. Estaré por aquí si me necesitan.

Me acerqué a ella y susurré:

—Confiamos en que dirá que sí, ¿no?

Carlota soltó una risa.

—Más le vale. ¿Sabes lo difícil que fue conseguir que ustedes dos dejaran de complicarse la vida? Además, no pienso aceptar que todo ese *tour* de joyerías haya sido por nada. Mis pies me lo van a recordar toda la vida.

Sonreí mientras recorría la vitrina con la vista hasta que uno de los diamantes captó mi atención.

—¿Ves alguno que te guste? —susurró.
—Ese de ahí. —Lo señalé.

Carlota miró hacia donde señalaba.

—Creo que lo encontramos, socio. Me gusta mucho.
—Disculpe —llamé al dependiente.

El dependiente se acercó.

—Dígame.
—¿Podría enseñarnos este? —Volví a señalar el anillo.
—Por supuesto.

Lo sacó de la vitrina y me lo tendió.

Con Carlota lo contemplamos en silencio.

Mientras lo sostenía entre los dedos, no pude evitar imaginarlo en la mano de Doriana. Supe al instante que era ese.

El dependiente nos explicó sus características, pero apenas lo escuché. Ya había tomado la decisión.

—A mí me encanta —dijo Carlota.

Asentí sin apartar la vista del anillo.

—Es este. Es perfecto. Me lo llevo.



Astor contemplaba las luces de la ciudad desde el ventanal de nuestro piso.

Hacía unos meses que, por fin, nos habíamos mudado juntos. Era Nochebuena y pensábamos pasarla con su mamá e Iñigo, pero a última hora, él había contraído influenza y no habían podido viajar. Así que pasaríamos la noche solos. Aun así, aquella Navidad era especial… Era la primera que pasábamos juntos en nuestro hogar.

Yo terminaba de colocar los adornos en el árbol de Navidad. Sabía que Astor estaba un poco desanimado porque había planeado pasar la Navidad con su madre, pero también lo notaba inquieto, nervioso, y no sabía a qué se debía.

Astor volteó, sonrió y se acercó.

—Gracias por dedicarle tanto tiempo a la decoración. Lamento mucho que mamá e Iñigo no hayan podido acompañarnos. Sé que te esmeraste mucho porque ellos venían.

Apoyé la frente contra la suya.

—También me esmeré por nosotros. Y con ellos ya pasaremos en otra oportunidad. Tenemos muchas fiestas para reunirnos. No quiero que estés triste, porque imagino que tenías muchas ganas de ver a tu mamá.

Nos sentamos en el sofá.

—Sí, es verdad. Pero podemos ir a verla después de las fiestas. Si estoy contigo, es la Navidad perfecta.

Lo besé y luego me acomodé sobre su regazo, pasando mis brazos por su cuello. Él me abrazó por la cintura.

—Para mí también lo es. Y no quiero verte así, porque hoy te he visto un poco… inquieto. ¿Qué puedo hacer para animarte? ¿Quieres que me disfrace de Mamá Noel?

Astor se echó a reír y me dio un suave beso en los labios.

—Seguro que serías la Mamá Noel más hermosa y *sexy*, pero, si tuviera que elegir algo para ti… me gustaría que fueras… Doriana Sinclair.

Me quedé sin aliento durante un instante.

—¿Qué… significa lo que dijiste?
—Significa que te estoy proponiendo matrimonio, doc —respondió, con la voz cargada de emoción.

Se puso de pie y, con sumo cuidado, me dejó sentada en el sofá.
Acto seguido, hincó una rodilla en el suelo y sacó un estuche con un hermoso anillo.

—Doriana Delacroix, ¿quieres casarte conmigo?

El mundo se detuvo de golpe.
Tenía un nudo en la garganta y los ojos anegados de lágrimas. Me arrodillé frente a él, me aferré a su cuello para no derrumbarme y asentí con tanta fuerza que no necesité pronunciar palabra antes de besarlo. Le besé con todo mi corazón y toda mi alma.

—¿Eso fue un sí? —preguntó.
—Eso fue un sí, Astor Sinclair. Quiero ser tu esposa. Quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Entonces su cara se iluminó con una amplia sonrisa de alivio, y me estrechó contra su cuerpo.

—Acabas de hacerme el hombre más feliz del mundo.

Nos volvimos a besar.
Luego sacó el anillo del estuche y lo deslizó lentamente en mi dedo.

—Es hermoso. Te amo, Astor.
—Yo también te amo, doc.

Astor me contempló unos segundos más.
Sonrió.
Respiró hondo.
Y entonces gritó:

—¡Ya pueden entrar! ¡Dijo que sí!

Antes de que pudiera decir nada, la puerta de entrada se abrió de golpe. Carlota entró la primera, agitando una botella de champán como si acabara de ganar un campeonato. Le siguieron Aitana, Iñigo y mi madre.

Los miraba sin poder creerlo.

Todos irrumpieron entre vítores y aplausos.

Enseguida nos rodearon entre felicitaciones, abrazos, sonrisas amplias y lágrimas discretas —o no tan discretas— de emoción.

Unos minutos después, Astor me llevó de la mano hasta el centro de la sala. Levantó una copa de champán y esperó a que el resto hiciera lo mismo. Las conversaciones cesaron y todas las miradas se dirigieron hacia nosotros.

—Brindo por el amor que nos ha traído hasta aquí, por los sueños que compartimos y por esta nueva etapa que hoy comienza. Te amo, Doriana. Y me siento honrado de poder compartir mi vida contigo. Gracias, mi amor, por hacerme el hombre más feliz del mundo.

Sonreí con los ojos brillantes. Apreté suavemente su mano y, tras tomar una pequeña bocanada de aire, respondí:

—Y yo te amo a ti, más de lo que las palabras pueden expresar. Gracias por seguir eligiéndome cada día, por hacerme sentir segura, querida y capaz de soñar contigo. Brindo por nosotros, por todo lo que hemos vivido y por todo lo que aún nos espera.

—¡Salud! —exclamó Aitana.

Las copas se elevaron al unísono y chocaron con un tintineo delicado que resonó por toda la sala. Volvieron los aplausos, las risas y las felicitaciones.

Celebrábamos no solo nuestro compromiso, sino también la promesa de una vida en común, rodeados del cariño de quienes brindaban junto a nosotros por nuestra felicidad.

Busqué la mano de Astor y entrelacé mis dedos con los suyos. Él respondió al instante, como si aquel gesto fuera una promesa silenciosa de que nunca volveríamos a soltarnos.

Mientras las copas seguían chocando a nuestro alrededor, comprendí que el mejor capítulo de nuestras vidas acababa de empezar.

Había dedicado mi vida a escuchar corazones. Durante años aprendí a reconocer sus ritmos, sus silencios y sus latidos. Pero ninguno había sonado nunca tan perfecto como el nuestro en aquel instante.

Porque, a veces, basta un solo latido para cambiar una vida.

Y aquella noche, el mío había encontrado su lugar junto al suyo.

EPÍLOGO EXTRA

«Te quiero no por quién eres, sino por quién soy cuando estoy contigo»

—Mario Benedetti

Doriana y familia

Seis años después…

Habían transcurrido cuatro años desde aquel quince de enero en que Astor y yo nos casamos. Y, aunque tenía todo cuanto había deseado, jamás lo había imaginado así.

Era mil veces mejor.

Con Astor habíamos construido exactamente la vida con la que un día solo nos habíamos atrevido a soñar.

Vértigo seguía siendo el bar más popular del momento, y Astor, un empresario exitoso. Incluso una de las revistas más importantes de España le había hecho una entrevista y le había dedicado una página entera. Describían a *Vértigo 360* como un oasis urbano que combinaba vistas panorámicas, coctelería de autor, música en vivo y una atmósfera vibrante. El éxito era tal que Astor ya planeaba abrir otro local en Barcelona.

Yo seguía trabajando en el hospital, aunque ahora mi jornada era más reducida, ya que tenía otras responsabilidades: nuestra numerosa familia.

Mientras terminaba mi té, observé a Astor leyéndoles un cuento a los amores de nuestra vida: Xabier, de tres años, y Valencio, de dos.

Jamás me cansaría de contemplar aquella escena. Era el amor en estado puro. Nunca imaginamos que ser padres pudiera cambiarnos tanto. El vínculo entre Astor y yo se había reforzado hasta límites insospechados. Ellos, y ese amor infinito que compartíamos, nos unirían para siempre. Nuestro amor había dado los mejores frutos.

Los ojos de Astor se iluminaron al mirarme. Le lancé un beso al aire y sonreí.

Todas las noches, antes de irse a *Vértigo*, les leía un cuento y esperaba a que se durmieran.

Cuando nuestros pequeñines se quedaron dormidos, se puso de pie, les dio un beso y caminó lentamente hacia mí.

—Ya están como dos troncos —susurró—. ¿Y cómo está mi chica? —preguntó, abrazándome por la cintura.

—Feliz.

—Ven conmigo —dijo. Me tomó de la mano y se encaminó hacia nuestra habitación.

Su propuesta me pareció sumamente provocadora, aunque la hubiera dicho con total naturalidad.

Caminamos juntos por el pasillo en penumbras. Al llegar a nuestra habitación, encendí la luz, pero él la apagó y cerró la puerta. Luego me dejó de pie en mitad del dormitorio y abrió las cortinas del ventanal para que la luz de la luna bañara toda la habitación. Todo lo demás quedó envuelto en una penumbra suave que difuminaba los contornos y hacía que el mundo pareciera reducido a ese pequeño espacio compartido.

A continuación, tomó su teléfono y buscó algo. Inmediatamente sonó *Te voy a amar,* de Axel.

—¿Baila conmigo, señora Sinclair? —preguntó, tendiéndome la mano.

—Siempre.

Se acercó despacio, apoyó una mano en mi cintura y entrelazó la otra con la mía. Me acerqué hasta que nuestras frentes casi se rozaron. Bastó un leve balanceo para que el silencio adquiriera ritmo. Nos movíamos en un vaivén lento y sensual.

Astor me miraba con una ternura infinita, como si quisiera memorizar cada expresión de mi rostro.

Ninguno de los dos tenía prisa por decir nada; disfrutábamos de ese momento.

El roce de la ropa, el calor de las manos entrelazadas y el sonido tenue de nuestras respiraciones llenaban la habitación mejor que cualquier melodía.

La penumbra nos envolvía como un refugio. Solo existíamos nosotros dos, moviéndonos lentamente, con la serenidad de quienes habían encontrado un lugar seguro en los brazos del otro.

—Te amo, doc. Amo a nuestra familia. Soy inmensamente feliz —susurró, apoyando su frente en la mía.

—Yo también, cariño. Gracias por ser un compañero maravilloso.

Éramos felices.

Y estaba bien que nos lo dijéramos. A veces uno era feliz y tardaba demasiado en darse cuenta. La vida pasaba demasiado rápido. Y, en toda su magnanimidad, nos regalaba buenos y malos momentos. Solo quedaba disfrutarlos y seguir escribiendo nuestra historia, atesorando los más maravillosos.

Astor sonrió y me hizo retroceder hasta que ambos caímos en la cama.

Entre risas, nos besamos apasionadamente. Me devoraba con sus manos y su boca.

—¿Cerraste bien la puerta?

—Por supuesto —dijo, acomodándose entre mis piernas y arrancándome un gemido.

El camisón me duró puesto apenas un par de minutos. Antes de darme cuenta, solo llevaba las braguitas y Astor estaba buscando mis pechos con la boca, jugueteando con ellos, tironeando suavemente, mordiendo, lamiendo y besando.

Me arqueé y ambos gemimos.

Su boca bajó por mi estómago y me abrió las piernas con decisión. Paseó la nariz sobre mis braguitas, rozando y provocándome.

Cuando noté su lengua sobre la tela y sus dedos sacándome la ropa interior, no pude evitar gemir fuerte y retorcerme de placer.

Su lengua descubría cada rincón de mi piel con una devoción que conseguía desarmarme.

Él jadeó y ese sonido de placer me recorrió entera.

Miré al techo y me dejé hacer mientras metía los dedos entre los mechones rubios de su pelo.

De pronto se incorporó y comenzó a quitarse la ropa hasta quedar totalmente desnudo. Cuando se volvió a tumbar sobre mí, su erección pugnaba por entrar en mi cuerpo.

Y lo dejé.

Y me llenó.

Apreté las sábanas por no gritar de satisfacción.

Los gemidos y jadeos descontrolados llenaban nuestra habitación.

Giramos en la cama y me coloqué sobre él.

Y perdimos el control.

Nuestros cuerpos pedían más y aceleramos los movimientos con acometidas fuertes, haciendo que el placer fuera delirante.

Astor volvió a darnos la vuelta, dejándome atrapada entre él y el colchón.

Lo miré embobada: con su pelo revuelto, estaba espectacular.

Y me deshice entre sus brazos.

Astor me miró fijamente y también se dejó ir, dejándose caer sobre mí con un gran gemido de satisfacción.

Cuando nuestras respiraciones se ralentizaron, subió la cabeza y nos besamos profundamente. Al apartarse, me miró a los ojos con ese brillo que me deslumbraba.

—Te amo, doc.

—Y yo a ti, mi barman sensual.

Astor dejó escapar una risa.

—¿Habremos hecho mucho ruido? —pregunté.

—No se van a despertar. Los dejé como troncos. Es más… creo que podemos repe…

—Mami…, ¿papi ya se fue a trabajar? —preguntó una vocecita infantil.

—Así que como troncos…

Nos miramos y nos echamos a reír.

—Tu papi sigue aquí. Danos un segundo, cielo.

Astor se levantó de la cama desnudo y se metió en el baño. Yo me vestí y me arreglé un poco el pelo.

Cuando salí al pasillo, Xabier me esperaba con cara somnolienta y el pelo rubio todo enmarañado.

—Cariño, no deberías estar despierto a esta hora.

—¿Papi puede seguir leyéndome?

—Ahora está en el baño, pero podemos preguntarle cuando salga.

Astor salió en ese momento del baño con una expresión de absoluta felicidad.

—Por supuesto que puedo leerle a mi campeón. Pero tendremos que leer bajito porque tu hermano está dormido. Vamos a tu cama.

Lo levantó en brazos y se dirigieron al dormitorio.

Yo entré al baño con una sonrisa.

Cuando salí, sentí la voz de Astor y dos risas infantiles. Valencio también se había despertado.

Me asomé al dormitorio y los encontré a los tres en la cama de Xabier. Astor en el centro y sus hijos a cada lado.

Al verme, me guiñó un ojo.

—Estamos leyendo el de los dinosaurios y la granja.

—Ya veo que están casi… dormidos —bromeé.

Astor los observó orgulloso.

—Vamos a hacerle un lugar a mami, así ella también disfruta de la lectura.

Los pequeños se apretujaron con su padre.

—Ven, mami —dijo Xabier, mientras Valencio reía.

—¿No tienes que irte a *Vértigo*?

—Llamé a Octavio y le dije que esta noche se hiciera cargo. Hoy me quedo en casa con mi hermosa y numerosa familia.

Al escucharlo, me detuve en seco.
Había llegado el momento de contarle lo que había descubierto esa mañana.

—¿Numerosa?
—Exacto —dijo, mirándonos a todos con una gran sonrisa.
—Vigile lo que desea, señor Sinclair. Ya tiene usted dos hijos… y otro en camino.

Astor dejó de sonreír.
Parpadeó.
Y me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Estás…?
—Vas a ser padre… nuevamente —respondí con lágrimas en los ojos.

Para mi sorpresa, Astor abrazó a sus hijos y se echó a reír.

—Dios… cuánto te amo. Cuánto amo a mi familia.

Abrió los brazos y me refugié en ellos.
Él nos abrazó a los tres.

—Quién me iba a decir que tendría tres hijos —dijo Astor, sin dejar de reír.
—O cuatro, no te olvides de que yo soy melliza.
—Uyuyuy… —dijo entre risas.

Me besó y luego besó a cada uno de sus hijos.

—La felicidad absoluta existe —afirmó con total convicción.

Volvió a besarme mientras nuestros hijos reían ajenos a todo. Apoyé la cabeza sobre su pecho y escuché el latido sereno de su corazón.
Supe que jamás dejaría de buscar ese sonido.

Porque, al final, toda mi vida me había llevado hasta él.
Hasta ese latido.
Mi hogar.

Fin

Otras obras de D.D. Gianni:

Déjame amarte



SINOPSIS:

Dayanna Degreen es una joven de 25 años, bella, exitosa y millonaria, pero con una vida marcada por la tragedia familiar. Si bien disfruta de su trabajo, su vida es ordenada y solitaria. Vive en un lujoso hotel ubicado en la ciudad de Madrid del cual es propietaria. Se refugia en el trabajo para acallar su soledad, se conforma con su vida tranquila y piensa

que no necesita nada más para ser feliz. Le huye al amor, la aterra volver a necesitar a alguien, a perder a esa persona que se convierta en importante en su vida. Ella piensa que, si no lo tiene, no lo pierde, pero lo que no sabe es que, del amor no se puede huir.

Kyle Adams es un actor de fama mundial, ídolo de todas las generaciones tras cosechar grandes éxitos en su carrera y tener gran carisma con la gente. Es atractivo y sexy a rabiar, pero a sus 31 años sigue sin querer ningún compromiso sentimental y vive la vida sin ataduras de ningún tipo. Las mujeres deliran por él, lo consideran un hombre irresistible, lo que hace que tenga una larga lista de conquistas amorosas.

Sus caminos se cruzan en un país distinto al que viven. Para ella, un país con recuerdos de su infancia. Para él, un país que no conocía, pero no olvidará jamás. Una noche que invita al romanticismo y una amiga que insiste en que Dayanna olvide su ordenado mundo y, por una vez, solo disfrute y se deje llevar. Si él es el candidato imposible y ella la chica que no está preparada para dejarse amar, seguro que será solo sexo, ¿no?

Déjame sanar tu corazón



SINOPSIS:

Dafne Davidsson es una brillante y bella joven de 26 años, con una carrera profesional exitosa y con una idea clara sobre el amor: No existe. Por eso ha decidido disfrutar de la vida y no comprometerse con nadie. Su corazón está blindado y nadie tiene la llave para abrirlo. Es la CEO de una cadena hotelera y su vida transcurre entre el trabajo, sus amigas y relaciones esporádicas.

Alvar Hills es contratado como gerente general por la empresa en la que trabaja Dafne. Es un hombre atractivo y sexy, que inmediatamente se integra a la empresa y congenia bien

con todos, aunque Dafne lo trate de evitar a toda costa porque le hace sentir emociones que nunca había experimentado.
Unas miradas intensas, un viaje de negocios que los hace compartir más tiempo del que tenían planeado, atracción y pasión arrolladoras imposibles de negar, y todo lo planeado se olvida en una noche que los cambiará para siempre.
Pero ¿serán esos sentimientos tan poderosos que logren que Dafne baje sus barreras? Y Alvar ¿podrá confiar en Dafne luego de que los celos de otro hombre la obliguen a mentirle para evitar que su hermano se vea perjudicado?
Descúbrelo en esta apasionante historia de amor, pasión y sanación.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify: https://open.spotify.com/playlist/6CBJDKE9h74NVaftycvFV9?si=b38517408e374e01
(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Mi ángel



SINOPSIS:

Darcy Davis desde que tiene uso de razón, estuvo enamorada de **Helio Clay,** el mejor amigo de su hermano. Siempre lo admiró desde lejos y tuvo que ver la larga fila de conquistas amorosas que desfilaban por su vida. Ella está convencida de que, aunque ya sea una hermosa mujer, Helio la sigue mirando como a la hermana pequeña de su mejor amigo. Lo que ella no sabe es que, para Helio ella es inalcanzable, y que ella fue quien le cambió la vida y lo salvó. Ella fue su ángel. Descubre esta historia de amor apasionada y amistad verdadera, en la que te emocionarás, reirás y te enamorarás de todos sus

personajes. ¡No te la pierdas! Cerrarás el libro con una sonrisa y también te garantizo alguna lágrima de emoción.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify: https://open.spotify.com/playlist/1LRBQHbbRZpBL3jJLJAfZT?si=2329985174fb4b3e

(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Hasta que llegaste tú

SINOPSIS:



Delfina Darner es una joven de 25 años, bella y con una carrera profesional exitosa. Si bien nunca se ha enamorado y disfruta de su soltería junto a sus amigos, no está cerrada al amor. Está convencida de que se enamorará cuando el destino lo decida.

Hermes Darwich a sus 38 años es un hombre poderoso y sumamente atractivo, pero que ha sido traicionado y ha dejado que esa experiencia marcara su vida convirtiéndose en un hombre amargado, desconfiado y negándose a amar, negándose a abrir su corazón y negándose a ser feliz. Juzga y mide a todas las mujeres con la misma vara que mide a la mujer que lo traicionó engañándolo con su mejor amigo.

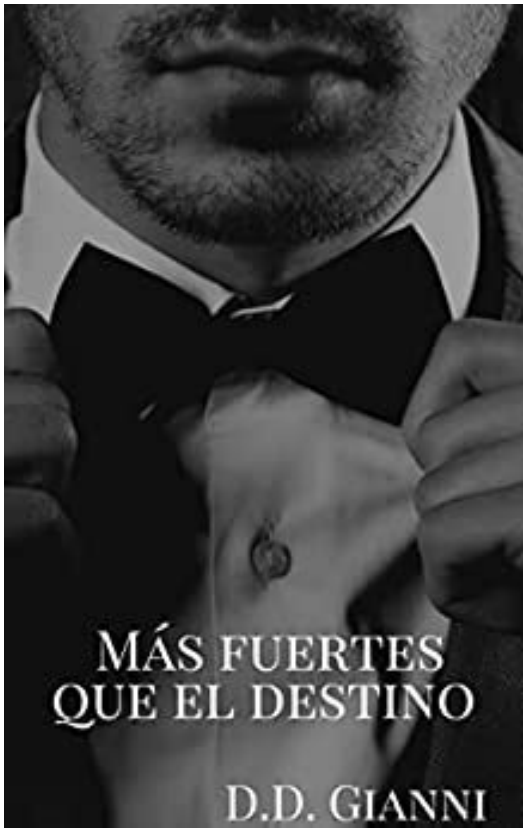
Ellos se conocen por accidente cuando Delfina vuelca una bebida en su camisa y reconocen en esa mirada a la persona que, sin saberlo, estaban buscando. A partir de allí, sus caminos

se comienzan a entrelazar. La atracción entre ellos es inmediata y ninguno podrá luchar contra la pasión que corre por sus cuerpos cuando están cerca del otro. Sin darse cuenta, Hermes irá abandonando todas sus reglas y verá como Delfina pondrá sus propósitos y su vida de cabeza, llevando luz a su oscuro corazón. Delfina se rendirá ante la pasión y el amor que siente por ese complicado y sexy hombre y aceptará sus reglas, hasta que su desconfianza la hiera profundamente.
Pero cuando todo parece encaminarse, una persona llegará a sus vidas para poner su relación a prueba.
¿El amor que sienten pasará esta prueba de fuego? Descúbrelo en esta hermosa historia de amor repleta de pasión y enseñanzas de vida.
Personajes entrañables que los acompañarán en esta aventura y que te harán emocionar y reír.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify: https://open.spotify.com/playlist/4Vsn5QrxqWsPHSaKnmg9cr?si=00176b9501d048a2
(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Más fuertes que el destino

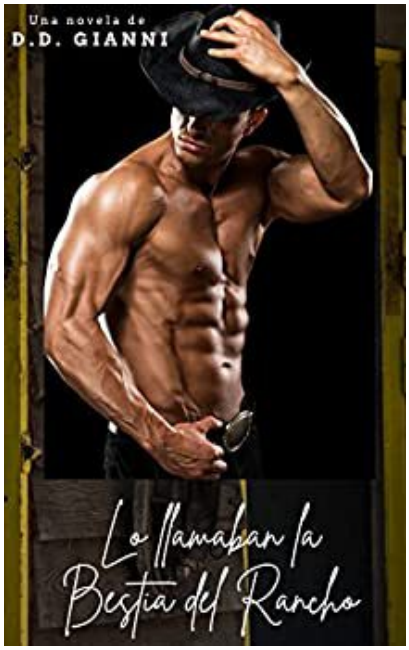
SINOPSIS:



¿Puede el amor desafiar al destino? Averígualo en esta romántica y apasionada historia de amor.

Cuando una noche en el bar de su hotel, la joven, bella e inexperta en el amor, **Dalina Dukart** conoce al poderoso, atractivo, autoritario e independiente **Henry Woollardy**, no se imagina que la historia de ellos acaba de comenzar y que ese hombre pondrá su mundo al revés, tanto como ella lo hará cambiar todas sus creencias sobre el amor. La atracción entre ellos será inmediata y ninguno podrá luchar contra la pasión que se desata en sus cuerpos cuando están cerca del otro.
Aunque se resistan, el destino, porfiado e implacable, se empeñará en cruzar sus caminos y los embarcará en un romance excitante, sensual, pero repleto de inseguridades y desconfianza. En ese camino y, como si de un juego de montaña rusa se tratara, su relación subirá y bajará emocionalmente y deberán enfrentarse a la traición de una persona cercana y a la desconfianza que los rodea, pero donde su pasión nunca decaerá.
¿Podrán ser más fuertes que el destino?
Descúbrelo en esta hermosa historia de amor repleta de pasión y enseñanzas de vida, con personajes entrañables que los acompañarán en esta aventura y que te harán emocionar y reír, embarcándose, tanto ellos como los personajes principales en sucesos hilarantes.
La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify: https://open.spotify.com/playlist/3xTp2lp5x3nykIr1SjEy2R?si=b3bee82c5782493b
(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Lo llamaban La Bestia del Rancho



SINOPSIS:

Dallas Delmont es una hermosa joven de 25 años que ha dedicado su tiempo al estudio y acaba de recibirse de doctora. Su vida es demasiado tranquila, así que, su amiga Kate, que se acaba de recibir con ella, le propone pasar las vacaciones en su rancho para descansar y salir de juerga con sus amigos antes de comenzar a trabajar en la clínica médica. Lo que Dallas ignora es que el hermano de Kate, que vive en el rancho, pondrá su mundo patas arriba y lo que prometían ser unas divertidas y tranquilas vacaciones con su amiga, se convierten en un viaje que transformará completamente su vida.

Johan Scott a sus 36 años es un hombre amargado, taciturno y con un carácter tan endemoniado que se ha ganado el mote de La Bestia del Rancho. La gente le teme y lo compadece por igual. Su vida cambió unos años atrás cuando en un accidente de tránsito perdió a su mejor amigo y el quedó lisiado de una pierna de por vida. La culpa y los remordimientos lo transformaron en el ser huraño y amargado del presente, un hombre que cree que no merece ser feliz y vive encerrado en sus demonios negándose a ser amado.

Ellos se conocen en el rancho y la atracción es inmediata. Dallas reconoce que al malhumorado, altanero y grosero hermano de su amiga todos lo podrán apodar La Bestia del Rancho, pero tiene el rostro de un ángel y el cuerpo de un sexy guerrero y que, por más que se lo niegue, le aborrece y le atrae a partes iguales. Por su parte, Johan se siente confundido y aterrorizado porque cada vez que se cruza con la hermosa Dallas, siente que, después de muchos años, alguien lo mira y no ve a una Bestia, sino que ve a Johan, al hombre deprimido, solitario y con un atormentado corazón, pero también siente que él no merece que nadie lo vea de esa forma porque él no merece ser feliz. Además, está convencido que una mujer tan bella como Dallas jamás se fijaría en un hombre lisiado física y emocionalmente.

Pero nada se puede hacer cuando el amor y la pasión te golpean con fuerza. Ninguno podrá luchar contra la pasión arrolladora que les despierta el otro, mientras otro sentimiento más poderoso crece en su corazón.

¿Su amor podrá superar todas las barreras autoimpuestas y las que la propia vida les presente? Descúbrelo en esta hermosa historia de amor repleta de pasión, romance, momentos divertidos y enseñanzas de vida.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:

https://open.spotify.com/playlist/5mIndWgxh8b26VZCFOGFxP?si=dc6583bf1bc9475a
(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Mi destino eres tú



SINOPSIS:

Después de muchos años, **Denise De la Corte**, una hermosa joven de 26 años, vuelve a su país de nacimiento, Uruguay, con el único objetivo de concurrir al velatorio de su padre, Feliciano De la Corte, quien la separó de su vida cuando era una niña, enviándola a un internado en España y condenándola al sufrimiento y la soledad. Su madre había fallecido en el parto y él, un importante hombre de negocios prefirió dedicar todo su tiempo a su empresa olvidándose de su hija. Pero lo que Denise pensó que sería una despedida para dejar atrás los rencores, aliviar el dolor y otorgar el perdón, se transforma en un viaje que cambiará su vida para siempre. Para poder cumplir una promesa se ve obligada a acatar las exigencias establecidas por Feliciano De la Corte, que incluyen trabajar codo a codo en su empresa junto a su joven socio. Esto, y las cartas que le deja en las que le abre su corazón y le confiesa detalles de su vida y de la de otros personajes de la historia, la llevan a un destino muy distinto al que había imaginado para ella.

Aitor Sarrasqueta, es el socio minoritario de la empresa De la Corte Corp, y tampoco ha tenido una vida fácil. Hasta el momento del fallecimiento de su socio no conoce a Denise, pero está convencido de que su hija no es más que una mocosa superficial y malcriada que lo único que quiere es el dinero de Feliciano, por eso no duda en que la chica le entregará el control total de la empresa vendiéndole sus acciones. Con eso él podrá cumplir su sueño, y de paso se podrá deshacer de ella para no volver a verla nunca más.

Antes de conocerlo, Denise está convencida de que el socio de la empresa debe ser un señor de la edad de su padre, que al igual que este, su único objetivo en la vida debe ser aumentar su poder y riqueza. Hombres que ella odia y que quiere tener muy lejos de su vida. Por su parte, Aitor cree que Denise es una chica superficial que solo aspira a satisfacer

sus caprichos, sin importarle el trabajo ni el esfuerzo que requiera ganar el dinero que ella solicita. Mujeres que el aborrece y en las que jamás se fijaría.
Nada los prepara para la sorpresa que se llevan al conocerse, dejándolos totalmente desconcertados y sintiendo una atracción y un deseo por el otro que les es difícil de manejar.
Pero cuando se rinden a esas emociones, la vida no les da tregua, volviéndolos a sorprender con hechos que pueden alterar su vida para siempre. Las cartas de Feliciano De la Corte les revelan información tan crucial que los puede unir o separarlos para siempre. Sin saberlo, sus caminos estaban entrelazados desde el nacimiento mismo, pero esos caminos ¿los llevarán al mismo destino? ¿Estarán destinados a estar juntos?
Descúbrelo en esta hermosa historia de amor repleta de pasión, romance, momentos divertidos y enseñanzas de vida.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify: https://open.spotify.com/playlist/5wPwKNXiCgOAl8X1zFynqY?si=f6cb73242b1a412f
(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Y de repente tú



SINOPSIS:
Historia de amor narrada desde el punto de vista de ambos protagonistas. Si bien la historia comienza siendo narrada por la protagonista femenina, a partir de que la pareja se conoce, la historia es contada por ambos.

Dakota Durban está lista para comenzar sus vacaciones en Alicante, España. Allí pasará unas semanas con su gran amiga Nicole, quien le aseguró que la va a hacer olvidar de su perfecto mundo, de todas sus responsabilidades y sus prejuicios, y la obligará a divertirse como nunca lo ha hecho. Dakota es una hermosa chica de 27 años con una cargada

agenda de trabajo, y su forma de ser es recatada, seria y educada, prefiriendo la vida tranquila a las agitadas noches de Alicante que le describe su amiga, pero en sus vacaciones está dispuesta a seguirle la corriente y disfrutar, aunque sea en esas semanas libres.

Almar Suescún es uno de los propietarios del bar «Naked Heart», un lugar en el que aprovecha su irresistible atractivo y sensualidad para estar todas las noches con una mujer distinta, o con varias.

Él es el tipo de hombre atrevido, descarado y sensual, del cual una chica como Dakota prefiere mantenerse alejada a toda costa. Ella es la chica hermosa y sumamente sexy que Almar jamás permitiría que saliera del «Naked Heart» sin lograr lo que él siempre busca en una mujer, solo placer.

Y de repente se conocen y cada uno rompe los esquemas del otro y el control de sus vidas. Se atraen tanto que solo vislumbran problemas. Y los problemas surgen porque la atracción es poderosa y la seducción inevitable.

Pero… no solo son completamente distintos y quieren cosas distintas, también viven en continentes distintos.

Pero… el destino siempre hace de las suyas.

Conoce esta hermosa historia de amor repleta de pasión, romance y momentos divertidos con personajes entrañables.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:

https://open.spotify.com/playlist/73O9VO4e6wzsNzJjjFC3Ml?si=030135417e174631

(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Doctora de mi corazón



SINOPSIS:

Devon Dulcet es una joven pediatra que ve como su vida se desmorona cuando le determinan incapacidad para lograr un embarazo y, ante el diagnostico irrevocable, su esposo la abandona sin miramientos, culpándola de arruinar su vida al privarlo de tener hijos. Al sentirse sola a todos los niveles y embargada por un profundo dolor, busca refugio en su amada profesión y en sus amigos, logrando con el tiempo salir adelante. Pero Devon tiene claro que no va a volver a pasar por ese dolor y, para eso, también se hace una promesa, cerrar su corazón al amor y a cualquier emoción parecida porque, ¿quién amaría a una persona que no puede formar una familia con hijos? Ella cree que no merece ser amada, pero se equivoca. Nada la prepara para la sacudida que se produce en su vida cuando se cruza con una pequeña paciente ávida de atención, y con su autoritario, pero atractivo padre.

William Cavaller es viudo, abogado e importante empresario, pero, sobre todo, padre amoroso de Aurora, una niña de 3 años. Su primer matrimonio fue una farsa y juró que nunca más pasaría por ese calvario. Además, ahora que su hija es parte de su vida, no permitirá, por nada del mundo, que una mujer juegue con los sentimientos de la pequeña. Pero ¿qué sucedería si un hermoso ángel se cruza en su vida para cambiar el rumbo que él había marcado?

Sí; sus vidas se cruzan y, aunque ambos hacen todo lo posible para evitarse, es difícil escapar de la pasión y el deseo irrefrenable que se despierta en ellos cuando se enfrentan y, aunque sus planes sean huir de esas nuevas y desconcertantes emociones, parece que el destino tiene otros planes distintos, y la pequeña Aurora también.

Pero cuando ambos se dejan llevar por esa emoción nueva que crece a pasos agigantados y los deja totalmente vulnerables, el pasado regresa con intenciones de estropearlo todo.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:

https://open.spotify.com/playlist/6QBgdK08VmfO7fEbPt9ElW?si=168337f36db84010

Siempre fuiste tú



SINOPSIS

Fascinación, eso era lo que sentía **Dareen Dayet** por **Alex Kastillén**, el atractivo y sexy hermano mayor de los mellizos Amanda y Elir, sus mejores amigos y, también, el mejor amigo de su hermano. Dareen siempre lo había observado con anhelo, pero sabiendo que él la miraba, pero no la veía, o eso creía ella. A sus 24 años aún no había conocido el amor, salvo el amor platónico que sentía por Alex. Pero una noche y gracias al club secreto «Los Elegidos», puede ocultarse tras una máscara y dejar a Dareen para convertirse en Lady Red, una mujer sensual y atrevida que, no solo despierta la curiosidad de Alex, o Lord Dark, como es llamado en ese club, sino también una pasión arrolladora y un deseo irrefrenable como nunca él había sentido. En la piel de Lady Red, ella ve la posibilidad de cumplir su sueño de besarlo y estar con él, y Alex ve la misma posibilidad en una mujer que le recuerda mucho a la que ha deseado desde siempre en secreto, pero que nunca podrá ser suya.

El problema surge cuando después de esa noche maravillosa, apasionada e inolvidable, cada vez que se ven, sus cuerpos parecen reconocerse y la atracción flota entre ellos y les es imposible dominarla, sobre todo cuando se ven forzados a compartir tiempo en un crucero con sus hermanos para festejar el cumpleaños de los mellizos.

Alex sabía que lo que Dareen le hacía sentir debía enterrarlo en el fondo de su corazón, pero cada vez le resultaba más difícil de reprimir; y Dareen tenía claro que los daños colaterales de ese encuentro íntimo y clandestino serían difíciles de superar, pero no pudo evitarlo.

Y cuando ese sentimiento silencioso y agazapado en sus corazones ya no puede ser ocultado, la vida no les dará tregua, les pondrá obstáculos y les deparará sorpresas que los

obligarán a reprimirlo. Pero… el amor es más fuerte y siempre triunfa ¿verdad?
Descúbrelo en esta hermosa historia de profundo amor, colmada de pasión arrolladora, romance y momentos divertidos con personajes entrañables.
La música siempre es una compañera de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:
https://open.spotify.com/playlist/3wPBYzbkvEOTlQV2cU4KpB?si=1ac6017bcdd34da6

Una reina para King



SINOPSIS:
Carter King, un hombre tan atractivo como egocéntrico y soberbio, ve como el testamento de su padre pone su vida patas arriba al enfrentarlo a la difícil decisión de casarse o perder la empresa familiar. Con todo a su disposición, el pasar por el altar no estaba en sus planes, y la única solución que se le ocurre es hacer un «trato» con alguien y seguir con su vida de soltero con «discreción», eso sí, para hacerlo necesitaría a una mujer que no lo complicara en lo relacionado a temas de enamoramiento, celos, reproches y toda esa «mierda del amor». Ni se le ocurriría planteárselo a alguna de las mujeres con las que salía porque correría el riesgo de que terminaran reclamándole lo que él no estaba dispuesto a dar.
A no ser que la arpía de…
Della Davenport conoce a los King desde que era pequeña, son parte de su familia, salvo el hijo mayor, Carter, con el que nunca se entendió y al que considera el imbécil más pedante y creído que había conocido en su vida. Adora a sus hermanos y a su madre,

incluso había querido mucho al señor Lucas King y su muerte le había causado un profundo dolor, pero a Carter no había manera de que pudiera tolerarlo y prefería tenerlo lejos de ella.
Una propuesta inesperada les cambiará la vida y, lo que parecía que sólo los afectaría en… casi nada, termina cambiando su vida por completo.
Acompaña a Della y Carter en esta aventura romántica, apasionada y divertida, donde disfrutarás de una gran historia de amor y en la que, como siempre, no faltará el drama y los personajes despiadados.
Conócelos y descubrirás que, ni él es tan pedante ni ella tan indiferente.
La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:
https://open.spotify.com/playlist/2uGrGM5vxPBl2ePOQ9GKBZ?si=02fc107b69434a00

Corazón de Fuego



SINOPSIS:

Dixie Daudet es considerada una princesa… pero de hielo. Bella, implacable en los negocios, distante y experta demostrando indiferencia. Pocos saben que eso es solo una fachada, una forma de no mostrar sus sentimientos y vulnerabilidades, y muchos menos conocen la presión a la que se ve sometida en su vida y la soledad que la rodea. Su padre, empresario reconocido, millonario y padre manipulador, dedicó su vida a su empresa, mientras Dixie lidiaba con el desprecio y el maltrato de su madrastra y la hija de esta. Su padre solo le exigió y le enseñó a manejar la empresa con carácter y temple, convirtiéndola en una persona inflexible, y ella, por conseguir algo de su atención, lo obedeció en todo y se guio por sus preceptos, incluso en las relaciones románticas, porque solo salía con

ejecutivos, hombres de traje y corbata, respetuosos y educados. Hombres pulidos y correctos que la gran mayoría de las veces la hacían esconder un bostezo.
«Harley» Chevalier es todo lo contrario a Dixie y huye del mundo en el que ella se mueve. Vive a su modo sin importarle lo que piensen de él ni lo que se espera que haga. Es increíblemente atractivo y sexy, y las mujeres mueren por su atención.
Dixie se mueve en coches de lujo y viste ropa de diseñador.
Harley conduce una moto y jamás usaría traje y corbata.
Y aunque se mueven en mundos distintos, el destino los enfrenta, o mejor dicho los sienta juntos, y sus mundos comienzan a girar diferente a como lo hacían hasta ese momento.
Ninguno de los dos está acostumbrado a tratar con personas tan diferentes a ellos, y aun así, no pueden ignorar lo que el otro les provoca.
Dixie y Harley, dos corazones solitarios que, por esas cosas del destino, se encontraron y se atrevieron a arder juntos rompiendo todo convencionalismo.
Pero el mundo que los rodea nos les pondrá las cosas fáciles. Se verán rodeados de mentiras y traidores que harán cualquier argucia por separarlos. ¿Lo lograrán? Averígualo acompañándolos en esta aventura romántica y apasionada, aderezada con una buena dosis de humor. Te garantizo que disfrutarás de una preciosa, ardiente y emocionante historia de amor.
La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en la siguiente playlist:
https://open.spotify.com/playlist/2aB248bsHExNSNXXBmf9YB?si=9f8f0e25469f4283

Contrato de Amor



SINOPSIS:

Después de residir varios años en España, país al que había viajado para realizar una especialización de su carrera profesional, **Diana Devereux** volvió a su país natal decidida a encontrar un buen empleo y disfrutar con sus amigos todos esos encuentros que tanto había añorado. A sus 26 años y con un currículo brillante, esperaba sacarles provecho a tantos años de estudio y encontrar el trabajo de sus sueños. Con lo que no contaba era con que el hermano mayor de sus mejores amigas la quisiera reclutar para su empresa y saboteara sus entrevistas para que no tuviera oportunidad de rechazarle.

La vida había hecho que **Alistair Kenna** fuera un hombre exitoso, serio, excesivamente responsable y desconfiado como el demonio. A muy temprana edad se había hecho cargo de sus tres hermanos, pero eso no había evitado que se consolidara como un empresario prestigioso y reconocido. A esa altura de su vida, su empresa era lo más importante y tenía muy claro que jamás se involucraría con una mujer que trabajara para él, como tampoco se involucraría sentimentalmente con una, y en ese último caso sin importar donde trabajara. En su vida no entraba el romance ni los compromisos que no fueran laborales. Acostumbraba a liberar las tensiones del trabajo saliendo con «amigas» que eran sólo el rollo de una noche.

Pero…

Años antes, cuando había visto a Diana, la amiga de sus hermanos, se había sentido tan desconcertado y maravillado que había decidido evitarla a como diera lugar, hacer como si no existiera o ignorar su presencia.

Pero

Años después, la vida o el destino, más porfiados que él, volvieron a ponerla en su camino y, esa vez, vistiendo solo… ropa interior. Fue entonces cuando ni aunque cerrase los ojos o huyera voluntariamente despavorido, podía sacarse aquella imagen y ese recuerdo de su cabeza. Así que… en contra de sus reglas, hizo todo lo posible por tenerla cerca.

Y firmaron un primer contrato: de trabajo.

Pero…

Sin poder evitarlo y sin voluntad para resistirse, el trato se terminó ampliando e incluyó… sexo. Las reglas eran sexo sin ataduras, sin compromiso.

Pero…

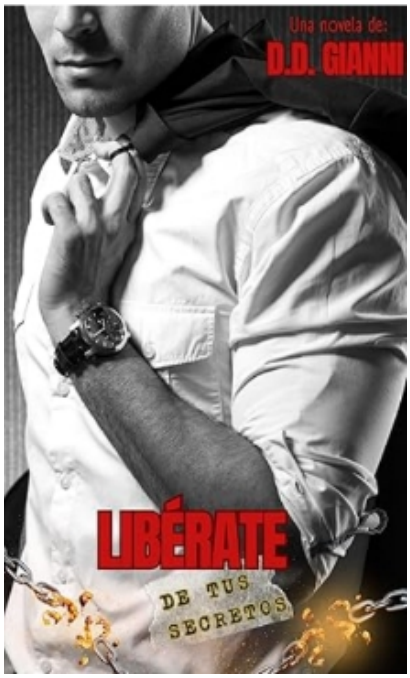
Las reglas están para romperse y las de ese segundo trato comenzaron a desvanecerse hasta que las rompieron como profesionales, convirtiendo ese trato en algo muy distinto.

Acompáñalos en esta aventura apasionada y romántica, y disfrutarás de una preciosa historia de amor y amistad. No faltará el drama y los personajes inescrupulosos que harán cualquier cosa por separarlos.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en la siguiente playlist:

https://open.spotify.com/playlist/6QGsmRFFEDl5UzsqyUuD3n?si=8db51b2656334438

Libérate de tus Secretos



Sinopsis:

Ella no tenía intención de forjar lazos sólidos con nadie. Su trágico pasado la había hecho tomar esa determinación, así como estudiar medicina para ser cirujana y poder salvar vidas, ser capaz de salvar la vida del ser querido de alguien.

Se conocieron una noche que Clemente había bebido de más para poder huir de su realidad y Damaris, convencida de que quería experimentar con su sexualidad, había

decidido volverse un poco impulsiva.

Y pasó… lo que tenía que pasar.

Pero…, él lo olvidó o, mejor dicho, creyó que había sido un sueño, uno que lo ayudó a seguir adelante.

Ella guardó el secreto.

Siete años más tarde el destino volvió a cruzar sus caminos.

Para Clemente fue como un *déjà vu* que lo confundía, desconcertaba e impedía que se alejara de esa mujer que le recordaba a… la ninfa de su sueño.

Para Damaris también fue desconcertante porque no solo sintió el nerviosismo de alguien que oculta algo, sintió algo más, algo que la consumía como el recuerdo de aquella noche que, muy a su pesar, nunca había olvidado.

Sus vidas no eran sencillas y ambos guardaban grandes secretos.

¿Se podrán liberar de ellos y apostar por el amor?

Averígualo en esta preciosa, romántica y apasionada historia de amor y amistad.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando ese momento musical. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en la siguiente playlist:

https://open.spotify.com/playlist/6N2F6wwaqMzidSweMKKOWH?si=VSjro4nGTH-dTsfWY1dLjA

El Camino hacia Ti



Sinopsis:

Después de un matrimonio desastroso, **Dillon Daurelli** deseaba un nuevo comienzo en su vida. Ansiaba dejar el pasado atrás, ese pasado en el que solo recordaba la humillación, infelicidad y decepción. Por esa razón, aceptar el trabajo como veterinaria del «Rancho El Camino», un rancho ganadero de un pueblo alejado de la ciudad en la que vivía, se le presentaba como la mejor oportunidad para reescribir su historia. Algo en ella le decía que ese lugar le brindaría la paz y la libertad que tanto anhelaba, y la ayudaría a sanar.
Pero Dillon no contaba con que el destino le tenía preparado algo más. Porque quizás el rancho no solo era un refugio, sino también el lugar donde su verdadera historia comenzaría a escribirse.

Y, sobre todo, no contaba con… **Tobías Lexington**.

Ante la jubilación de su antiguo veterinario, Tobías había contratado para el rancho a un joven veterinario cuyo currículo lo había sorprendido para bien, no solo por su extensa formación académica, sino también por su especialización en asistencia a equinos, cosa que demostraba su pasión y compromiso con los caballos. El joven Dillon Daurelli era lo que el rancho necesitaba.
Pero… la sorpresa fue grande cuando el día que se presentó en su rancho, constató que Dillon Daurelli ¡era una mujer! Y, encima…, hermosa y sensual como el infierno. Así que… no dudó en despedirla. Él no quería a una mujer en su rancho, y menos a una que lo alteraba tanto.
Pero Tobías no contaba con que, sus abuelos casamenteros y una yegua que decidió parir ese día, tiraran abajo su decisión. Tal parecía que Dillon era lo que realmente necesitaba y… no solo como profesional.
Él también arrastraba una historia que lo había convertido en un hombre desconfiado y… un tanto gruñón. Había pasado gran parte de su vida manteniendo a las mujeres a distancia. El campo le había enseñado a ser independiente, a confiar solo en sí mismo, en sus abuelos, en su hermano y en su trabajo. Nada más.
Pero la cercanía de Dillon le hacía cuestionarse sus propios límites, esa muralla invisible que había levantado alrededor de su corazón durante años y que, comenzaba a desquebrajarse. Parecía que Dillon había llegado para romper todos sus esquemas y hacerlo perder el equilibrio que tanto cuidaba.
Entre ellos saltaban chispas y ardía un fuego abrazador que se hacía más intenso con cada segundo. Era como si la atracción fuera una fuerza inevitable que los iba a hacer colisionar sin remedio.
Y colisionaron.
Acompáñalos en esta aventura emotiva, apasionada y romántica, y disfrutarás de una preciosa historia de amor. No faltarán los personajes entrañables que acompañarán a la pareja e «incentivarán» el romance, así como crueles e inescrupulosos que harán cualquier cosa por separarlos.

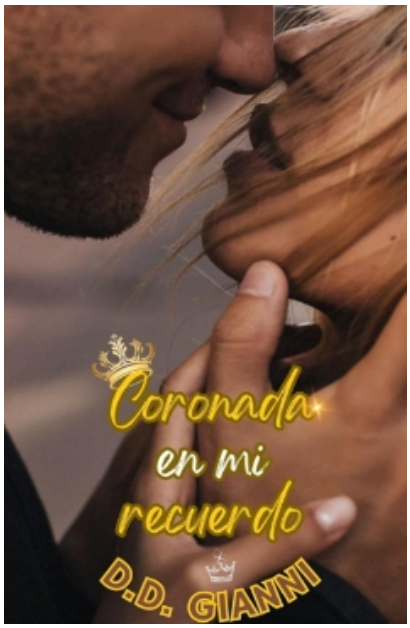
Susurros del destino



Sinopsis:
Cuando el destino susurra… ¿te animas a escucharlo?
Él no pensaba volver a enamorarse.
Ella solo intentaba sobrevivir.
Pero cuando el amor llega, no siempre toca la puerta.
A veces… se cuela como un susurro.
Darla Dupont jamás imaginó que una mañana cualquiera, sirviendo café en una esquina olvidada de la ciudad, no solo salvaría la vida de un niño… sino también la de su padre. Y

que ese instante lo cambiaría todo.
Evander Campbell, padre viudo, se ha prometido no volver a amar. Su mundo gira en torno a su hijo, su empresa… y los silencios que dejó el pasado. Pero la llegada de Darla a su vida empieza a resquebrajar el muro que construyó para protegerse.
Lo que comienza como una relación laboral, pronto se transforma en una danza de miradas, reproches y deseo contenido. Entre noches de insomnio, mariposas en el jardín y heridas que buscan redención, Darla y Evander deberán enfrentar sus miedos para abrirse al amor… ese que no grita, pero lo dice todo con un susurro.
Una novela intensa, sensible y profundamente romántica sobre segundas oportunidades, maternidades elegidas, vínculos reales… y un destino que, cuando es verdadero, siempre encuentra el camino.

Coronada en mi recuerdo



Sinopsis:
¿Se puede amar a quien una vez te rompió el corazón… si también fue el único que lo hizo latir de verdad?
Diez años atrás, la noche de su graduación marcó sus destinos: un beso inolvidable, una traición dolorosa y un adiós que dejó cicatrices imposibles de borrar.
Hoy, Denver Douglas es una mujer fuerte, hecha a sí misma, que ha aprendido a sobrevivir con el apoyo incondicional de sus amigos. Callum Merival, en cambio, ha cargado con pérdidas, soledades, amistades que lo empujaron al límite y malas decisiones que lo volvieron un hombre distante.
Pero el destino los pone otra vez frente a frente.
El reencuentro aviva viejos recuerdos, pero también despierta una atracción intensa y un sentimiento que nunca murió. Sin embargo, el pasado regresa disfrazado de intrigas, chantajes y enemigos que buscan destruir lo poco que han logrado reconstruir.
Entre risas, heridas, segundas oportunidades y un amor que late con la fuerza de lo irrenunciable, Denver y Callum descubrirán que algunos recuerdos no se apagan… esperan su momento para renacer.

Porque algunas historias no terminan. Solo hacen una pausa… hasta que el corazón vuelve a latir al mismo ritmo.

La melodía de tu voz



Sinopsis:

Él nació en la oscuridad. Ella vive en el silencio.

Pero cuando sus mundos colisionan, nada vuelve a ser igual.

Daisy perdió su voz a los cinco años, pero nunca dejó de hablar con el corazón. Su mundo es el silencio, la música y las manos que danzan en el aire para expresar lo que no puede decir en palabras.

Jamie, fue el primero en mirarla sin compasión, el primero en regalarle flores… y el dueño de su primer beso.

Años después, el destino los une con una fuerza que ninguno puede resistir. Pero él guarda secretos y sombras que amenazan con arrastrarlos a la oscuridad de la que intenta escapar.

Daisy descubre que, al lado de Jamie, su voz —ese sonido perdido— comienza a abrirse paso. Y Jamie, acostumbrado al control absoluto, descubre que no existe estrategia que lo prepare para amar y que, el verdadero miedo no es morir… sino perderla.

Pero cuando el amor se convierte en el punto débil y a la vez en la mayor fortaleza, ambos deberán decidir hasta dónde están dispuestos a llegar para volver al otro… incluso si eso significa caminar sobre el filo del peligro.

La melodía de tu voz es una historia de amor que sana heridas, de silencios que se transforman en palabras, y de dos almas que descubren que la verdadera música —la que

nunca deja de sonar— es aquella que nace cuando se encuentran.
Porque algunos amores no solo se escuchan… se sienten.

Un trato para siempre



Sinopsis:

Hicieron un trato… el destino cambió las reglas.
Donna Dolagaray es una abogada brillante que ha construido su vida sobre el control, el éxito y una coraza imposible de atravesar. En su mundo no hay espacio para el caos ni para aquello que no pueda prever… especialmente el amor.
Kieran Laurentis es todo lo contrario. Espontáneo, intenso y profundamente leal. Vive entre dos mundos: el del prestigioso bufete en la ciudad y el de la granja familiar que lo mantiene conectado con lo verdaderamente importante.
Cuando sus caminos se cruzan, lo que comienza como un trato aparentemente inofensivo, pronto se convierte en algo imposible de ignorar. Porque, a pesar de sus diferencias, entre ellos nace una conexión tan fuerte como inesperada, capaz de derribar muros… y despertar emociones que ninguno estaba preparado para sentir.
Pero amar a Kieran implica enfrentarse a todo lo que Donna ha evitado durante años.
A sus miedos.
A su pasado.
Y a la posibilidad de perderlo todo.
¿Se puede apostar por un «para siempre» cuando nunca aprendiste a creer en él?
Hay decisiones que lo cambian todo.
Y hay tratos… que no se pueden romper.

SOBRE LA AUTORA:



D.D. Gianni es el seudónimo que uso para escribir. Mi nombre es Daniela. Soy contadora y vivo en Montevideo, Uruguay.
Leer es uno de mis pasatiempos favoritos y, a partir de allí, fue que desarrollé la pasión por escribir. Realicé el curso «Escritura de una Novela paso a paso» dictado por la escritora novelista Cristina López Barrio (dejo el certificado en mi perfil: https://www.amazon.com/author/ddgianni)
¿Por qué deberían leer mis historias? Creo que todos los escritores/as hemos sido, en mayor o menor medida, unos apasionados lectores y nos hemos sumergidos en muchísimas historias. Leer es adentrarse en otro mundo, y que ustedes se sumerjan en el mundo que he creado y que pueda trasmitirles todas las emociones que siento cuando escribo la historia, es maravilloso y significa todo para mí. Que se emocionen, entristezcan un poquito (nunca mucho), rían y hasta se enfurezcan, es todo un logro y mi mayor recompensa. Mis historias son todas románticas, con muchos momentos apasionados, con un poquito de drama, risas y, en ocasiones, también alguna lágrima. Además del amor romántico, también te vas a encontrar con fuertes lazos de amistad, ese lazo peculiar que tanto necesitamos para ayudarnos a sobrellevar los malos momentos y sacarnos sonrisas cuando creemos que ya no vamos a poder reír. Mis personajes son ficticios, pero te aseguro que representan a cualquier ser humano con sus virtudes y defectos. Te

adentrarás en un mundo que te hará sentir todo eso, un mundo que te hará volar la imaginación y experimentar sensaciones tan maravillosas como el amor, la pasión arrolladora, la amistad verdadera e incluso la esperanza. Desde el fondo de mi corazón, gracias por ser parte de este viaje literario, gracias por leer mis historias. No duden en ponerse en contacto conmigo, siempre es un verdadero placer saber de mis lectores. Con todo mi cariño, ❤
D.D. Gianni
Espero disfruten mis historias.

Sígueme en redes sociales para enterarte de mis próximos libros y de todas mis promociones. Y no dudes en ponerte en contacto conmigo para cualquier consulta, siempre es un verdadero placer saber de mis lectores.

 : @ddgianni_books

 : https://www.amazon.com/author/ddgianni

- : ddgiannibooks@gmail.com

---

[1] Elevación del segmento ST (Supradesnivel): Ocurre cuando el segmento se curva o desplaza hacia arriba. Es la señal principal de un infarto agudo de miocardio (ataque cardíaco).

[2] La hemodinamia (o hemodinámica) es una subespecialidad de la cardiología que estudia el flujo y la mecánica del movimiento de la sangre dentro de los vasos sanguíneos. Permite diagnosticar y tratar enfermedades cardiovasculares mediante procedimientos mínimamente invasivos (cateterismos) que evitan la cirugía a corazón abierto.

[3] Enfermedades coexistentes

[4] La arteria aorta se está desgarrando y el desgarro tapó el origen de la arteria coronaria, simulando el infarto en el electro